



LUCAS
UN COMENTARIO

J. Vernon McGee

LUCAS
UN COMENTARIO

J. Vernon McGee

©2020 THRU THE BIBLE RADIO NETWORK
Primera Edición en Español
Traducido de materiales escritos en inglés por J. Vernon McGee
ISBN 978-1-944067-41-0

Impreso en los Estados Unidos

Al menos que se indique lo contrario, el texto Bíblico ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina;
© renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.
Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society,
y puede ser usada solamente bajo licencia.

Agradecemos a Joe Ferguson y Joseph Miller
por su labor de edición de la presente obra.

Radio Trans Mundial
PO Box 8700
Cary, NC 27512-8700
Tel: 1.800.880.5339
www.atravesdelabiblia.org
atb@transmundial.org

Radio Trans Mundial es el ministerio en español
de Trans World Radio



ATRAVÉS de la BIBLIA

con *J. Vernon McGee*

Al Dr. McGee, autor del estudio bíblico A Través de la Biblia, le importaba mucho que todos los que quieran entender la Palabra de Dios tengan las herramientas para hacerlo. Es por eso que escribió el librito titulado

Las Guías para el Entendimiento de la Escrituras.

Este recurso le brinda siete principios para la lectura y comprensión de la Biblia.

Para obtener una copia, descárguela gratis en nuestro sitio web:
www.atravesdelabiblia.org/EstudiarLaBiblia

www.atravesdelabiblia.org
atb@transmundial.org

Radio Trans Mundial es el ministerio en español
de Trans World Radio

Índice

Introducción	9
Comparación con los otros evangelios	12
Rasgos especiales	14
Capítulo 1	21
El propósito de este Evangelio	21
Gabriel le aparece a Zacarías y predice el nacimiento de Juan	23
El anuncio	27
La visita de María a Elisabet	31
Juan nace y es nombrado	33
Capítulo 2	36
El nacimiento de Jesús en un pesebre en Belén	38
La recepción de Jesús: Los ángeles anuncian Su nacimiento a los pastores	40
Circuncisión de Jesús y purificación de María	43
Incidentes en el templo concerniente a Simeón	43
El incidente en el templo concerniente a Ana	45
El retorno a Nazaret	46
La visita de José, María y Jesús a Jerusalén	46
Capítulo 3	49
El ministerio de Juan el Bautista	49
El bautismo de Jesús	54
La genealogía de María	55
Capítulo 4	57
Jesús es tentado	59
Jesús regresa a Galilea y a Nazaret y es rechazado por Su pueblo natal	65
Jesús cambia Su centro de operaciones a Capernaum y continúa Su ministerio	69
Capítulo 5	73
Jesús llama por segunda vez a los discípulos	73
Jesús limpia a un leproso	76
Jesús sana al paralítico	77
El llamamiento de Mateo	78
Las parábolas en cuanto al vestido nuevo y a los odres	80
Capítulo 6	82
Jesús defiende a Sus discípulos por recoger espigas en el día de reposo	82
Jesús elige a los Doce	83
Jesús da un sermón en un lugar llano	85

Capítulo 7	93
Jesús sana al siervo del centurión	93
Jesús le restaura vida al hijo de la viuda de Naín	94
Jesús encomienda Juan el Bautista	96
Jesús cena en la casa de un fariseo	101
Jesús da la parábola de los dos deudores	103
Capítulo 8	105
Parábola del sembrador	106
Parábola de la lámpara encendida	106
Relaciones personales	107
Jesús calma la tempestad	107
Jesús echa fuera los demonios en Gadara	109
Jesús sana a la mujer con flujo de sangre y resucita a la hija de Jairo	114
Capítulo 9	116
Jesús comisiona y envía a los doce	116
Jesús alimenta a cinco mil	118
Jesús anuncia Su muerte y resurrección	119
La transfiguración	120
Jesús echa fuera los demonios de un hijo único	123
Jesús se encamina hacia Jerusalén	124
Jesús da el patrón para el discipulado	126
Capítulo 10	128
Jesús envía a los setenta	128
Jesús pronuncia juicio sobre Corazón, Betsaida, y Capernaum	129
Parábola del Buen Samaritano	131
Jesús entra en el hogar de María y Marta	137
Capítulo 11	139
Jesús enseña a los discípulos a orar usando las parábolas del amigo persistente y un buen padre	139
A Jesús le acusan de echar fuera demonios por medio del poder de Beelzebú	145
La parábola del espíritu inmundo que vuelve	147
La señal de Jonás	147
La parábola de la luz	148
Jesús denuncia a los fariseos	149
Capítulo 12	152
Jesús amonesta en cuanto a la levadura de los fariseos	152
Parábola del rico necio	155
Parábola del regreso de la boda	157
La comprobación de los siervos a la luz de la venida de Cristo	158
Jesús declara que Él es causa de división	159

Capítulo 13	162
Jesús enseña a los hombres a no juzgar, sino a arrepentirse	162
La parábola de la higuera	163
Jesús sana a la mujer encorvada	164
La parábola de la semilla de mostaza y la de la levadura	165
Jesús continúa enseñando mientras va hacia Jerusalén	166
El lamento de Jesús sobre Jerusalén	168
Capítulo 14	169
Jesús va a casa de un fariseo para cenar	169
Parábola de los invitados mal educados	170
Parábola de la gran cena	173
La parábola en cuanto a la edificación de una torre	176
La parábola de un Rey yendo a la guerra	176
Capítulo 15	178
Parábola de la oveja perdida	178
Parábola de la moneda perdida	179
Parábola del hijo pródigo	180
Capítulo 16	189
Parábola del mayordomo infiel	189
La respuesta de Jesús a los fariseos codiciosos	194
Jesús habla sobre el divorcio	195
Jesús hace un relato en cuanto al rico y Lázaro (hombre pobre)	195
Capítulo 17	201
Jesús instruye a Sus discípulos en cuanto al perdón	201
Jesús instruye a Sus discípulos en cuanto al servicio fiel	202
Jesús sana a diez leprosos (un samaritano vuelve para darle las gracias)	203
Jesús habla en cuanto a la naturaleza espiritual del reino de Dios	203
El Señor habla en cuanto a Su segunda venida	204
Capítulo 18	208
Parábola del Juez injusto	209
La parábola en cuanto a un fariseo y un publicano	213
Jesús bendice a los niños	215
Jesús confronta al joven rico con cinco de los diez mandamientos	216
Jesús sana a un ciego al entrar en Jericó	218
Capítulo 19	220
Jesús entra en Jericó y en la casa de Zaqueo	220
La conversión de Zaqueo	221
La parábola de las diez minas	225
Jesús entra en Jerusalén	227
Jesús llora sobre Jerusalén	229
La purificación que Jesús hace del templo	230

Capítulo 20	231
La autoridad de Jesús es retada	231
La parábola de la viña, una parábola	232
Jesús es cuestionado en cuanto a dar tributo a César	233
Jesús hace callar a los saduceos en cuanto a la resurrección	235
Jesús les hace una pregunta a los escribas	239
Capítulo 21	240
Jesús observa como ofrendan las gentes y alaba a la pequeña ofrenda que da la viuda	240
Jesucristo contesta la pregunta: “¿Cuándo será esto?”	241
Capítulo 22	249
Judas conspira con los principales sacerdotes para traicionar a Jesús	249
Los planes que hace Jesús para la última Pascua y la institución de la Cena del Señor	251
Jesús anuncia Su traición	253
Posición de los apóstoles en el futuro reino	254
La negación de Pedro	255
Jesús amonesta a los discípulos en cuanto al futuro	257
Jesús va a Getsemaní	258
La traición de Jesús por Judas	262
El arresto de Jesús y Su conducción a la casa del sumo sacerdote	263
Jesús es negado por Pedro	264
Jesús es escarnecido y azotado	265
Traen a Jesús ante el Sanedrín	266
Capítulo 23	268
Jesús es traído ante Pilato	268
Jesús es traído ante Herodes y Barrabás es soltado	269
Jesús predice la destrucción de Jerusalén y ora por Sus enemigos	272
Jesús es crucificado	273
Jesús es mofado por los gobernantes y soldados	273
Jesús es mofado por un ladrón—el otro ladrón se vuelve a Jesús y es aceptado por Él	274
Jesús despide Su espíritu	276
Jesús es sepultado en el nuevo sepulcro de José de Arimatea	278
Capítulo 24	281
Cristo es resucitado de entre los muertos, y sale de la tumba de José	281
Jesús va por el camino a Emaús y se revela a los discípulos	283
Jesús va a los discípulos reunidos—se revela a los once	288
Jesús promete enviar al Espíritu Santo	289
Jesús bendice a los Suyos y asciende al cielo	289

Lucas

INTRODUCCIÓN

Lucas era el médico amado a quien el Apóstol Pablo se refiere en Colosenses 4:14: Os saluda Lucas el médico amado, y Demas. Note que Lucas, en sus escritos, usó más términos médicos que el mismo Hipócrates, el padre de la medicina. El hecho de que el Espíritu Santo haya escogido a Lucas para escribir el tercer Evangelio revela que no hay ningún escritor accidental de las Sagradas Escrituras. Podemos estar seguros de que hubo una selección sobrenatural en el caso de Lucas. No había muchos sabios, (1 Co. 1:26), pero Lucas ciertamente merece pertenecer a esta categoría. Tanto Lucas como Pablo, evidentemente eran superiores en cuanto a su inteligencia y a su espiritualidad. Esto explica en parte la razón por la cual viajaban juntos, y también por la cual se hicieron muy amigos en el Señor.

Lucas sin duda tendría la clasificación de “científico” en sus tiempos. Escribió en el mejor griego entre todos los escritores del Nuevo Testamento, aun incluyendo a Pablo. Fue un historiador exacto, y según el famoso Arqueólogo Sir William Ramsey, Lucas era un historiador esmerado y cuidadoso con los detalles, y poseedor de una habilidad extraordinaria.

Son muchísimas las tradiciones que rodean la vida de Lucas. Primero, Lucas escribe su Evangelio desde el punto de vista de María, lo que parece confirmar la tradición de que Lucas recibió de María la información para su Evangelio. Lo que sí es seguro es que Lucas consultó su contenido con ella. También hay suficientes razones como para creer que Lucas era gentil y no judío. La mayoría de los eruditos

están de acuerdo con esto. Pablo, en Colosenses 4:11, distingue entre aquéllos “que son de la circuncisión”, y los otros que evidentemente eran gentiles. Lucas aparece en una lista de gentiles en Colosenses 4:14. Así hay muchos que afirman, sin reservas, que Lucas era gentil.

Recuerde que Lucas escribió el libro de los Hechos, y en ese libro, aprendemos que era compañero de Pablo. En Hechos 16:10, Lucas dice: Cuando vio la visión, en seguida procuramos partir para Macedonia. Estaba con Pablo en el segundo, y creo que también en el tercer viaje misionero. Desde este versículo en adelante, habla en cuanto a “nosotros”, es decir, la primera persona del plural en el libro de los Hechos, y antes de este versículo, hablaba en cuanto a “ellos”, es decir, la tercera persona del plural. Por tanto, podemos concluir de Hechos 16, que Lucas estaba con Pablo en aquella travesía histórica por Europa.

Es importante ver esto. Probablemente Lucas había sido convertido a Cristo por medio del Apóstol Pablo, y luego acompañó a Pablo en su segundo viaje misionero; Lucas se quedó con él hasta el fin. Al escribir Pablo su canto del cisne, 2 Timoteo, dice en el capítulo 4:11: Sólo Lucas está conmigo. Todo esto explica el por qué Pablo lo llama el “médico amado”.

El tema de este evangelio se halla resumido en la frase: He aquí el Hombre. Jesús es el segundo hombre, pero el último Adán. Pablo, dice en 1 Co. 15:45: Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, Espíritu vivificante. Y en el versículo 47: El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Dios está creando hombres semejantes a Jesús. Juan dice: Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es. (1 Jn. 3:2) Por eso, Jesús es el segundo hombre, porque habrá el tercer hombre y aún el millonésimo hombre. Pero Él es el último Adán, porque no habrá otra cabeza de la raza humana. Jesús, según Hebreos 2:17 fue en todo semejante a Sus hermanos para que Sus hermanos puedan ser hechos semejantes a Él.

Al fin del siglo diecinueve, una ola de escepticismo pasó rápidamente por Europa y las Islas Británicas. La decepción y la desilusión siguieron al optimismo de la era victoriana. Uno de sus resultados fue el hecho

de que muchos eruditos comenzaran a investigar con más seriedad la Biblia. Algunos llegaron a ser escépticos, y otros hasta cínicos. Pero ha quedado bien establecido que los historiadores también pueden equivocarse. El Sr. Will Durant y su señora, han escrito en muchos volúmenes sobre la historia de la civilización. Pasaron más de cuarenta años consiguiendo datos históricos y estudiando unas veinte civilizaciones que abarcaban un período de 4.000 años. Después de trabajar por tanto tiempo, hicieron la declaración siguiente en su libro *The Lessons of History* (Las lecciones de la historia): “Nuestro conocimiento del pasado siempre es incompleto, probablemente inexacto, obscurecido por evidencias ambivalentes e historiadores predispuestos, y quizá distorsionada por nuestra propia ciega adhesión patriótica y religiosa. Mucha de la historia es suposición; lo demás es prejuicio”.

Se cuenta que un joven erudito muy inteligente, en la Universidad de Cambridge quiso cierta vez refutar la exactitud de las Escrituras. Era agnóstico y creía que, por medio de una investigación histórica, las podría refutar. Decidió entonces comprobar la exactitud de la descripción bíblica de los viajes de Pablo, y así llegó a ser un arqueólogo. Recuerde usted que el Dr. Lucas había escrito un relato histórico de Jesús y de los viajes misioneros de Pablo. Fue así como el destacado arqueólogo, Sir William Ramsey, descubrió que el Dr. Lucas no se había equivocado ni una sola vez, y más aún, el mismo Sr. Ramsey se tornó en uno de los más elocuentes defensores de la fe cristiana evangélica.

El Dr. Lucas escribió su evangelio con un propósito doble: su primer propósito fue literario e histórico. De entre los cuatro Evangelios, el Evangelio de Lucas es la narración histórica más completa. El evangelio según San Lucas contiene más referencias y con mayores detalles en cuanto a las instituciones, las costumbres, la geografía y la historia de aquel período que cualquiera de los otros Evangelios.

Su segundo propósito fue espiritual. Presenta a la persona de Jesucristo como el perfecto Hombre divino y Salvador del mundo. Era Dios manifestado en carne. Abordemos ahora el aspecto científico. El Dr. Lucas era erudito. Conocía bien la cultura griega, y junto con el Apóstol Pablo, escribió usando el mejor griego en todo el Nuevo Testamento. Hizo un completo estudio anatómico del cuerpo de

Jesús y de la persona de Jesús. Lo disecó y lo examinó parte por parte. Determinó la causa de Su muerte, y lo hizo con sumo cuidado. El Dr. Lucas también puso su estetoscopio de inspección en el nacimiento del bebé allá en Belén. Usó asimismo su estetoscopio para examinar al Señor Jesucristo en la cruz y lo pronunció muerto. En el tercer día, el Dr. Lucas puso una vez más su estetoscopio en Jesús y descubrió que estaba vivo.

Comparación con los otros evangelios

Mateo da mayor importancia al hecho de que Jesús fue nació el Mesías.

Marcos hace un mayor énfasis sobre Jesús como el Siervo de Jehová.

Lucas le da mayor importancia al hecho de que Jesús era el Hombre perfecto.

Juan presenta el hecho de que Dios se hizo Hombre.

Sin embargo, es interesante notar que Juan no usó el método científico. El Dr. Lucas declara que él examinó a Jesús de Nazaret y que sus investigaciones lo llevan a la conclusión de que Jesús es Dios. Llegó a la misma conclusión que Juan, pero usando procedimientos y técnicas diferentes.

Mateo presenta al Señor Jesús como el Mesías, Rey y Redentor.

Marcos, por su parte, presenta a Cristo como el poderoso Vencedor y Soberano.

Juan presenta a Cristo como el Hijo de Dios.

Lucas presenta al perfecto y divino Hijo de Dios como nuestro Gran Sumo Sacerdote, quien puede compadecerse de nuestras debilidades, y quien es poderoso para extendernos socorro, misericordia y amor.

Lucas escribió a sus paisanos griegos, exactamente como Mateo escribió a los suyos. Lucas escribió a la mente griega y a la comunidad intelectual.

En el siglo 4 a.C., los griegos elevaron sobre el horizonte de la historia la manifestación más brillante y centelleante del genio humano que el mundo jamás haya visto. Este período de la supremacía intelectual

y material de Atenas, lo llamaron la Edad de Oro de Péricles. Los griegos trataron de perfeccionar la humanidad y desarrollar el hombre perfecto. Este esfuerzo por lograr la perfección del hombre en la esfera física se encuentra expresado en tales obras como las estatuas de Fidias. También existen amplios indicios de sus esfuerzos por conseguir esta perfección en la esfera mental. Se estaban esforzando por conseguir un hombre que fuese hermoso e intelectual a la vez. Las obras literarias de Plato, de Sófocles, de Eurípides, de Aristófanes, de Esquilo y de Homero, todas tratan de presentar la descripción de un hombre perfecto, y se esfuerzan por conseguir un hombre universal.

Los griegos hicieron sus dioses a la imagen de los hombres. El hecho es que sus dioses no eran sino proyecciones del hombre. Las magníficas estatuas de Apolo, de Venus, de Atenea y de Diana no eran representaciones feas como las que han salido del paganismo del Oriente. Los griegos deificaron al hombre, pero incluyendo sus pasiones viles junto con sus cualidades nobles. Otros dioses griegos incluyen a Pan, a Cupido, a Baco—el dios del vino y de la borrachera—y a la diosa Afrodita. Ahora, no todos estos dioses eran benévolos. Algunos de ellos se caracterizaban por su furor.

Alejandro Magno esparció esta cultura, idioma y filosofía emocionante a través de todas las tierras que conquistó. El griego llegó entonces a ser el idioma universal de aquellos tiempos. Poco antes de la venida de Cristo, en Alejandría de Egipto, el Antiguo Testamento fue traducido al griego. Llamamos a esa traducción “la Septuaginta”, y es una de las mejores traducciones del Antiguo Testamento que tenemos.

Todo el Nuevo Testamento fue escrito originalmente en idioma griego. El idioma griego proveyó el mejor vehículo para la expresión y la comunicación del evangelio a toda la raza humana. Ha sido también el mejor idioma para expresar un hecho o para comunicar una idea. Pero, aunque la cultura, el idioma, y la filosofía griega fueron los más desarrollados en la historia de la humanidad, los griegos nunca pudieron lograr su objetivo de perfeccionar la humanidad. Los griegos nunca encontraron la utopía que buscaban. Nunca dieron con los Campos Elíseos, y más aún, perdieron de vista todo lo relacionado con la “esfera” espiritual. Este mundo llegó a ser su hogar, su campo de recreo, su taller, y su sepulcro.

El Dr. F. W. Robertson dijo lo siguiente en cuanto a los griegos: “Mientras más se apegaba el griego a este mundo, más oscuro se tornaba el mundo invisible para él”. Ésta es la razón por la cual los griegos hicieron una imagen al “Dios no Conocido”, y cuando Pablo les predicó, allí fue donde comenzó. Los atenienses cultos eran escépticos y llamaron a Pablo un “palabrero” y se burlaron de él cuando trató de darles la verdad sobre la realidad espiritual.

Pablo declara que el Evangelio es locura para los griegos; sin embargo, él también se dirigió a la mente griega. Les dijo que, en tiempos pasados, eran gentiles sin esperanza y sin Dios en el mundo. Ésta, era la descripción del griego de aquel entonces. Pero Pablo también dijo que, cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a Su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, y que este Hijo de Dios murió por ellos.

Pablo andaba por las carreteras romanas con un idioma universal, predicando un evangelio global en cuanto al Hombre perfecto que había muerto por los hombres del mundo. La religión de Israel sólo pudo producir a un fariseo. El poder de Roma sólo pudo producir a un César. La filosofía de Grecia solamente pudo producir a un gigante como Alejandro Magno quien era sólo un niño de corazón.

Fue a esta misma mente griega a quien Lucas escribió. Presentó a Jesucristo como el Hombre perfecto, el Hombre universal. El mismo Hombre a quien buscaban los griegos es presentado aquí en este Evangelio de San Lucas.

Rasgos especiales

1. Aunque el Evangelio según San Lucas es uno de los evangelios sinópticos, contienen muchos rasgos omitidos por Mateo y Marcos.

2. El Dr. Lucas nos da los villancicos.

3. El Dr. Lucas tiene la relación más larga del nacimiento virginal de Jesús de todos los evangelios. En los primeros dos capítulos, nos da una historia desvergonzada de obstétrica. Una declaración clara y cándida del nacimiento virginal es dado por el Dr. Lucas. Desde el Dr. Lucas hasta el Dr. Howard Kelly, ginecólogo en Johns Hopkins, hay una afirmación poderosa del nacimiento virginal, que hace que las declaraciones de los pseudo-teólogos parezcan pueriles cuando dicen desvergonzosamente

que el nacimiento virginal es una imposibilidad biológica.

4. El Dr. Lucas nos da veinte milagros de los cuales seis son dados en ningún otro evangelio.

5. Él también nos da veintitrés parábolas, y dieciocho de ellos no se encuentran en ningún otro sitio. La parábola del Hijo Pródigo y la del Buen Samaritano son exclusivos a este tercer evangelio.

6. Él nos da la relación muy humana del camino a Emaús que nuestro Señor resucitado siguió. Esto prueba que Jesús era todavía humano después de Su resurrección. El Dr. Lucas demuestra que la resurrección no era del espíritu, sino del cuerpo. Jesús fue “sembrado un cuerpo animal...levantado un cuerpo espiritual.” (Véase 1 Co. 15:44)

7. Una simpatía definitivamente humana atraviesa este Evangelio, que revela la naturaleza verdaderamente humana de Jesús, y también la gran simpatía de este médico del primer siglo que conocía personalmente mucho del sufrimiento de la humanidad.

8. El Dr. Lucas usa más términos médicos que Hipócrates, el padre de la medicina.

BOSQUEJO

I. **Nacimiento del Hombre Perfecto y Su familia. Capítulos 1-3**

A. Anuncio de los nacimientos de Juan y Jesús; el nacimiento de Juan, capítulo 1

1. El propósito del Evangelio, 1:1-4
2. Gabriel aparece a Zacarías y anuncia el nacimiento de Juan, 1:5-25
3. Gabriel aparece a María y anuncia el nacimiento virginal de Jesús, 1:26-38
4. María visita a Elizabeth (Ave María y La Magnificat), 1:39-56
5. Nacimiento de Juan (Benedictus de Zacarías), 1:57-80

B. Nacimiento de Jesús; Su recibimiento; Su circuncisión; Su viaje a Jerusalén cuando tuvo doce años, Capítulo 2

1. Nacimiento de Jesús en un establo, 2:1-7
2. Recibimiento de Jesús: ángeles anuncian Su nacimiento a los pastores y éstos visitan el establo, 2:8-20
3. La circuncisión de Jesús y la purificación de María, 2:21-24
4. Incidente en el templo tocante a Simeón, 2:25-35 (Nunc Dimittis, versículos 29-32)
5. Incidente en el templo tocante a Ana; regreso a Nazaret, 2:36-40
6. La visita de José, María y Jesús a Jerusalén cuando Jesús tuvo doce años, 2:41-52
7. (El Dr. Lucas dice que crecía normalmente en cuerpo, mente y espíritu, versículo 52)

C. El ministerio de Juan el Bautista; bautismo de Jesús; genealogía de María, Capítulo 3

1. Predicación de Juan, 3:1-20

2. El bautismo de Jesús, 3:21-22 (La Trinidad, versículo 22)
3. Genealogía de María, 3:23-38 (María también descendió de David, versículo 31; véase Mateo 1)

II. Tentación del Hombre Perfecto; rechazo por Su pueblo natal, Capítulo 4

“Tentado en todo según nuestra semejanza”, He. 4:15

- A. Tentación de Jesús, 4:1-13
- B. Jesús regresa a Galilea y Nazaret; es rechazado por Su pueblo natal, 4:14-20 (Jesús cita Isaías 61:1-2 en el versículo 18)
- C. Jesús cambia Su centro de operaciones a Capernaum; continúa Su ministerio, 4:31-44

III. Ministerio del Hombre Perfecto en la región de Galilea, Capítulos 5-9

- A. Jesús llama a los discípulos por segunda vez; sana a un leproso; sana a un paralítico; llamamiento de Mateo; la parábola del vestido nuevo y de los odres, Capítulo 5
- B. Jesús defiende a los discípulos, los cuales arrancan espigas en el día de reposo; sana a un hombre con la mano seca en el día de reposo; elección de los doce discípulos; da un sermón en el lugar llano, Capítulo 6
- C. Jesús sana al siervo de un centurión; resucita al hijo de la viuda de Naín; los mensajeros de Juan el Bautista; come en casa del fariseo; parábola de los deudores, Capítulo 7
- D. Jesús da parábolas: del sembrador y de la luz en el candelero; la madre y los hermanos de Jesús; calma la tempestad; el endemoniado gadareno; Jesús sana a la mujer que le tocó; resucita a la hija de Jairo, Capítulo 8
- E. Misión de los doce discípulos; alimentación de los 5.000; Jesús anuncia Su muerte y resurrección; la transfiguración; Jesús sana a un muchacho endemoniado; Jesús determina ir a Jerusalén; da la prueba del discipulado, Capítulo 9

IV. Ministerio del Hombre Perfecto en Su camino a Jerusalén, Capítulos 10-18

A. Jesús envía a los setenta; pronuncia ayes sobre las ciudades de Corazín, Betsaida y Capernaum; la parábola del buen samaritano; Jesús visita a Marta y María, Capítulo 10

B. Jesús enseña a los discípulos a orar al dar las parábolas del amigo persistente y del buen padre; le acusan de echar fuera los demonios por Beelzebú; da la parábola del espíritu inmundo que sale del hombre; la lámpara del cuerpo; señal de Jonás; Jesús acusa a los fariseos, Capítulo 11 (Las dos parábolas ilustran por contraste, y no por comparación.)

C. Jesús amonesta en cuanto a la levadura de los fariseos; da la parábola del rico insensato, el regreso de las bodas, el siervo vigilante y el siervo infiel; Jesús causa de división, Capítulo 12

D. Jesús enseña a los hombres a arrepentirse; la parábola de la higuera; Jesús sana a la mujer con espíritu de enfermedad; da parábolas de la semilla de mostaza y de la levadura; continúa Sus enseñanzas al acercarse a Jerusalén; lamento de Jesús sobre Jerusalén, Capítulo 13

E. Jesús come en casa de un fariseo; da parábolas de los convidados a las bodas, la gran cena, la edificación de la torre, el Rey que sale a la guerra, la sal que pierde su sabor, Capítulo 14

F. Jesús da la parábola de la oveja perdida, la moneda perdida y dos hijos perdidos (el hijo pródigo), Capítulo 15

G. La parábola del mayordomo infiel; responde a los fariseos; habla sobre el divorcio; el rico y Lázaro (un pobre), Capítulo 16

H. Jesús enseña a los discípulos en cuanto al perdón, servicio fiel; sana a 10 leprosos (un samaritano vuelve para darle las gracias); habla sobre la naturaleza espiritual del Reino y de Su regreso a la tierra, Capítulo 17

I. Jesús da dos parábolas en cuanto a la oración; bendice a los niños; el joven rico; anuncia de nuevo Su muerte; sana al ciego al entrar en Jericó, Capítulo 18

V. Ministerio del Hombre Perfecto en Jericó y Jerusalén, Capítulos 19-21

- A. Jesús entra a Jericó y va a la casa de Zaqueo; conversión de Zaqueo; la parábola de las diez minas; entra a Jerusalén; llora sobre la ciudad; limpia el templo, Capítulo 19
- B. La autoridad de Jesús es disputada; la parábola de la viña; la pregunta acerca del tributo; calla a los saduceos en cuanto a la resurrección; pregunta a los escribas, Capítulo 20
- C. Jesús mira cómo dan las personas y alabe a la viuda; contesta la pregunta “¿Cuándo será esto?” Capítulo 21

VI. Traición, juicio y muerte del Hombre Perfecto, Capítulos 22 y 23 (Nuestro Pariente-Redentor)

- A. Judas conspira con los principales sacerdotes para traicionar a Jesús; Jesús prepara la última Pascua e instituye la Cena del Señor; anuncia Su traición; el puesto de los apóstoles en cuanto al futuro; va a Getsemaní; traicionado por Judas; arrestado y llevado a la casa del Sumo Sacerdote; negado por Pedro; escarnecido, azotado y llevado ante el Sanedrín, Capítulo 22
- B. Jesús ante Pilato y Herodes; Barrabas es suelto; Jesús predice la destrucción de Jerusalén y ora por Sus enemigos; Jesús es crucificado; burlado por los gobernantes, los soldados y un ladrón; el otro ladrón se vuelve a Jesús y es aceptado por Él; Jesús entrega Su Espíritu; es puesto en un sepulcro nuevo propiedad de José de Arimatea, Capítulo 23

VII. Resurrección y Ascensión del Hombre Perfecto, Capítulo 24

- A. Jesús resucita de los muertos; sale de la tumba, 24:1-12
- B. Jesús anda por el camino a Emaús y se revela a dos discípulos, 24:13-34
- C. Jesús se aparece a los discípulos reunidos en Jerusalén, se revela a los once; da la comisión de ir, 24:35-48 (Él es todavía un hombre; enfatiza la importancia de la Palabra de Dios)
- D. Jesús promete enviar el Espíritu Santo; asciende al cielo en actitud de bendecir a los Suyos, 24:49-53

CAPÍTULO 1

El propósito del Evangelio; Gabriel aparece a Zacarías y anuncia el nacimiento de Juan; Gabriel aparece a María y anuncia el nacimiento virginal de Jesús; María visita a Elisabet; el nacimiento de Juan

Históricamente, Lucas principia su Evangelio en un punto anterior al de los otros Evangelios sinópticos. El cielo ya había permanecido callado por más de 400 años cuando el ángel Gabriel le habló a Zacarías desde el altar del incienso para anunciarle el nacimiento de Juan el Bautista. Lucas describe no sólo el nacimiento de Juan y de Jesús, sino que también incluye las circunstancias que rodean a ambos eventos. Es en este Evangelio donde se encuentra que tanto María como José poseen ciertas cualidades muy nobles. José es descrito como un hombre humilde, confiable, no egoísta y poseedor de los más altos ideales. María, por su parte, poseía estas mismas cualidades en su carácter. Ella era obediente y no querellante, y tenía un buen conocimiento del Antiguo Testamento. Mucho antes de que la ciencia médica le diera importancia alguna a la herencia, Lucas le da gran énfasis, y así revela que José y María no fueron seleccionados accidentalmente por Dios.

Lucas aclara también, sin lugar a dudas, que Jesús nació de una virgen. Ninguna otra conclusión puede ser inferida de las declaraciones definidas, directas y dogmáticas del ángel Gabriel a María. Mientras que el hombre no tenga un conocimiento más profundo en cuanto al origen de la vida, no puede, científicamente, refutar en forma dogmática la declaración del Dr. Lucas. Una consideración verdaderamente científica es una investigación humilde y objetiva de los hechos. Al llegar a la segunda mitad, hay tres cantos en este capítulo:

1. La salutación de Elisabet a María, Vs. 42-45
2. El Magnificat de María, Vs. 46-55
3. La profecía de Zacarías, Vs. 67-79

El propósito de este Evangelio

Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas,

Tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, Me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo, Para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido. [Lc. 1:1-4]

Hay dos frases en este pasaje que son importantes y que no debemos pasar por alto. La Biblia de Jerusalén tiene las palabras “testigos oculares” para la frase lo vieron con sus ojos. Esta frase proviene de la palabra griega *autoptai* que es traducida “ojo” o “ver”. Significa “verlo uno mismo”. Se asemeja mucho a la palabra “autopsia”. El hecho es que lo que el Dr. Lucas trata de decir aquí es: “Somos testigos oculares, quienes hemos hecho una autopsia y les estoy escribiendo en cuanto a lo que encontramos”.

La segunda frase de importancia en este pasaje contiene la palabra “ministros,” que es la palabra griega *juperétes* y significa, “el que rema.” Nuestra palabra “interno” que se aplica para los médicos internos en un hospital, carga el mismo sentido; o sea, que ellos eran médicos internos del Gran Médico.

Los primeros cuatro versículos de este capítulo forman un gran principio. Lucas escribió su Evangelio para dar a los hombres una certeza y una seguridad en cuanto al Señor Jesucristo. Amigo, ¿cuánta seguridad tiene usted? ¿Está usted seguro que es hijo de Dios por la fe en Jesucristo? ¿Está usted seguro que la Biblia es la Palabra de Dios? Me da lástima la persona que no tiene seguridad en cuanto a estas cosas. Usted dirá: “Pues, no estoy seguro en cuanto a mi salvación, ni en cuanto a la Biblia. ¿Será que no tengo suficiente fe?” Amigo, el no tener suficiente fe no puede ser el problema. Puede que su problema sea que todavía no conoce lo suficiente. ...la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios. (Ro. 10:17) Si realmente usted conoce la Palabra de Dios, la creerá. Aquéllos que no conocen la Biblia son los que tienen problemas. El problema no radica en la Biblia, ni en el Señor Jesucristo; el problema, está en nosotros mismos.

Llegamos ahora al punto en que el ángel Gabriel aparece a Zacarías y le anuncia el nacimiento de Juan.

Gabriel le aparece a Zacarías y predice el nacimiento de Juan

Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abías; su mujer era de las hijas de Aarón, y se llamaba Elisabet. [Lc. 1:5]

Dios se aparece repentinamente después de 400 años de silencio. El Dr. Lucas empieza cronológicamente el Nuevo Testamento. Vuelve hacia el nacimiento de Juan el Bautista, al incidente en que el ángel Gabriel se apareció al padre de Juan mientras servía en el templo. Los padres de Juan eran Zacarías y Elisabet. Zacarías significa “Dios recuerda”, y Elisabet significa “Su juramento”. Juntos, sus nombres significan: “Dios recuerda Su juramento”. ¿Cuándo juró Dios? El Salmo 89:34-37, registra el pacto de Dios: No olvidaré Mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de Mis labios. Una vez he jurado por Mi santidad, y no mentiré a David. Su descendencia será para siempre, y su trono como el sol delante de Mí. Como la luna será firme para siempre, y como un testigo fiel en el cielo. Selah. Dios juró a David que uno de sus descendientes reinaría. Cristo es aquel Descendiente, y éste es el anuncio de que Él ya está en camino. “Dios recuerda Su juramento”. Dios estaba listo para aparecer en la historia humana después de pasar unos 400 años de silencio.

Fíjese que las Escrituras nos dicen que Zacarías y Elisabet eran justos. ¿Cómo podían ser justos? Pues, reconocieron que eran pecadores y así ofrecían los sacrificios necesarios.

Ambos eran justos delante de Dios, y andaban irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor. [Lc. 1:6]

Su conducta encomendó su salvación. Cuando cometían un pecado o una falta, ofrecían el sacrificio debido. Sin embargo, había un elemento de tragedia en sus vidas porque no tenían hijo.

Pero no tenían hijo, porque Elisabet era estéril, y ambos eran ya de edad avanzada. [Lc. 1:7]

He aquí una pareja de ancianos que no tenían hijo. El hecho de no tener hijo realmente era una vergüenza para una mujer hebrea; y

Elisabet, pues, no tenía hijo.

Zacarías, quien era de la tribu de Leví, servía en el templo. Aconteció que ejerciendo Zacarías el sacerdocio delante de Dios según el orden de su clase, Conforme a la costumbre del sacerdocio, le tocó en suerte ofrecer el incienso, entrando en el santuario del Señor. Y toda la multitud del pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso. Y se le apareció un ángel del Señor puesto en pie a la derecha del altar del incienso. Y se turbó Zacarías al verle, y le sobrecogió temor. [Lc. 1:8-12]

Zacarías estaba sirviendo en el altar de oro, el lugar de la oración. Era la hora del sacrificio de la tarde, y en esta área particular del servicio, cuando ofreció el incienso en el altar, de repente, se le apareció un ángel. Si usted viera a un ángel, ¿qué haría? Estoy seguro que su reacción sería la misma que la de este hombre. Se turbaría y le sobrecogería el temor.

Pero el ángel le dijo: Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan. [Lc. 1:13]

Zacarías estaba orando, pidiendo un hijo. Elisabet también estaba orando para obtener un hijo. Creo que muchísimos de sus amigos también estaban orando para que ellos tuvieran un hijo. Creo que debemos pedir al pueblo de Dios que nos ayude en oración. ¿Cómo sé que oraba pidiendo un hijo? Porque el ángel le dijo ...tu oración ha sido oída.

Y tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento; Porque será grande delante de Dios. No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre. [Lc. 1:14-15]

El hijo de Elisabet y Zacarías debía ser nazareo. Uno de los votos del nazareo era que no bebería vino ni sidra. Debía hallar su alegría en el Espíritu Santo y en Dios. Por eso mismo, Pablo, dice en Efesios 5:18: No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu. Su alegría se debe hallar en Dios y no en la botella. Hoy en día hay tantos bebés de la botella. No hablo en cuanto a los bebés de cuna, sino de los que se sientan en los bares. Hay algunos cristianos hoy en día, que constantemente hay que animarles para que puedan

enfrentarse a la vida. Tenemos que reconocer que el Espíritu de Dios es todopoderoso y puede darnos la fuerza para enfrentarnos a la vida.

Y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto. [Lc. 1:16-17]

Vamos a entender claramente que, aunque Juan el Bautista salió con el espíritu y el poder de Elías, él no era Elías. Su ministerio era hacer volver los corazones de los padres a los hijos. Juan debía llenar la brecha entre las generaciones. Nuestro problema hoy en día no es tanto que haya una brecha entre los adultos y los jóvenes, sino una brecha entre Dios y los adultos. Si los adultos tuvieran una relación correcta con Dios, no habría el problema que existe el día de hoy con la juventud.

Dijo Zacarías al ángel: ¿En qué conoceré esto? Porque yo soy viejo, y mi mujer es de edad avanzada. [Lc. 1:18]

No puedo menos que reírme cuando leo un versículo, así como éste. Muchas personas no encuentran mucho de humor en la Biblia, pero sí lo hay y este versículo nos da una muestra de ello. Aquí está un hombre que ha buscado al Señor en oración, y es sacerdote. En el altar del incienso, acaba de clamar: “Oh, Dios mío, dame un hijo”. Cuando Dios le dice mediante el ángel Gabriel: “Te voy a dar un hijo”, Zacarías le responde diciendo: ¿En qué conoceré esto? Dice: “Mi esposa ya es vieja y yo también soy demasiado viejo, y no creo que podamos tener hijo”. Sin embargo, poco antes estaba orando pidiendo un hijo.

¿Ha orado usted alguna vez en esta forma? Usted le pide a Dios algo, pero realmente no cree que se lo vaya a dar. Ésta es una de las razones por la cual no recibimos una respuesta a nuestras oraciones. No tenemos fe. Este hombre Zacarías es muy humano y no puedo menos que reírme de él, porque yo también he pedido algo a Dios, y he quedado muy sorprendido cuando Él contesta mi oración.

Respondiendo el ángel, le dijo: Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios; y he sido enviado a hablarte, y darte estas buenas nuevas. [Lc. 1:19]

La Palabra de Dios tiene el sello de Dios sobre ella. La Palabra de Dios tiene autoridad. Lo que digo yo, no es lo importante; pero lo que dice la Palabra de Dios, eso tiene importancia. Es Dios quien nos habla por medio de Su Palabra.

Y ahora quedarás mudo y no podrás hablar, hasta el día en que esto se haga, por cuanto no creíste mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo. [Lc. 1:20]

Zacarías, quien aparentemente era conocido como una persona que hablaba mucho, ahora quedaría mudo por un período de tiempo. La incredulidad, siempre es muda. Nunca tiene un mensaje. Conuerdo con lo que la famosa escritora, Elizabet Barrett Browning, dijo cierta vez: “Si usted no tiene fe, quédese callado”. Son muchos los parlanchines que se lo pasan hablando acerca de su incredulidad. Si no tienen nada que decir, pues, conuerdo en que deben quedarse callados. Dejen que el hombre que cree en Dios y que tiene algo que decir, hable.

Y el pueblo estaba esperando a Zacarías, y se extrañaba de que él se demorase en el santuario. Pero cuando salió, no les podía hablar; y comprendieron que había visto visión en el santuario. Él les hablaba por señas, y permaneció mudo. [Lc. 1:21-22]

Este pasaje también me parece humorístico en cierta manera. Dios, después de 400 años de silencio, de nuevo se aparece a la raza humana; y el mismo hombre con quien se comunica no lo cree, y por esto lo enmudece. ¿Puede usted imaginarse a Zacarías tratando de explicarles a todos que es mudo? ¿Cómo le explicaría usted o les haría saber a sus amigos que usted había visto a un ángel y que no podía hablar debido a su propia incredulidad? No le sería fácil. Piense usted en las señas, los manoteos que Zacarías debe haber empleado mientras trataba de comunicar su situación. Por otra parte, también existe la posibilidad de que Zacarías usara una pizarra o algo parecido para comunicarse. Pero, de todos modos, no deja de ser un incidente algo cómico.

Y cumplidos los días de su ministerio, se fue a su casa. [Lc. 1:23]

Muchos años antes, el Rey David había arreglado las cosas a fin de que el sacerdote en el templo sirviera durante cierto período de tiempo, y luego tomara sus vacaciones. Un sacerdote servía y luego tenía su tiempo libre cuando otro sacerdote lo reemplazaba. Esto es lo que le

sucedió a Zacarías, pero tuvo que concluir su tiempo a cargo de este oficio, sin poder hablar. Cuando llegó el tiempo para sus vacaciones, todavía tuvo que mantener silencio; y así me imagino que volvió a su hogar y escuchaba hablar a su esposa Elisabet.

Después de aquellos días concibió su mujer Elisabet, y se recluyó en casa por cinco meses, diciendo: Así ha hecho conmigo el Señor en los días en que se dignó quitar mi afrenta entre los hombres. [Lc. 1:24-25]

Ésta es una situación interesante: Zacarías no puede hablar. Elisabet, a causa de su condición, permanece recluida en el hogar durante varios meses. Me imagino que ella le habló muchísimo a Zacarías durante todo este tiempo, y que constantemente le recordaba diciendo: “Zacarías, ¡vamos a tener un hijo!”

El anuncio

Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, A una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María. [Lc. 1:26-27]

Hemos llegado ahora a otra sección de la historia. Seis meses después que el ángel Gabriel se apareció ante Zacarías, se aparece ante María. Note que dos veces en un sólo versículo, el Dr. Lucas la llama una virgen. ¿Sabe usted lo que es una virgen? Parece que hay muchas personas que en realidad no lo saben. Una virgen es una mujer que jamás podría tener un niño por las vías naturales debido a que nunca ha tenido el tipo de relación con un hombre que haría posible el nacimiento de un niño.

Creo que es tiempo ya de que alguien hable claro sobre este asunto, porque hay hombres que dicen que el nacimiento virginal es biológicamente imposible. Cuando alguien habla de esta forma, dan ganas de llamarle por teléfono e invitarle a un almuerzo para enseñarle algunas cosas en cuanto al sexo, porque me parece que no saben mucho en cuanto a eso. Las Escrituras declaran en forma inequívoca que el Señor Jesucristo nació de una virgen. No me opongo a que un incrédulo diga que no cree en el nacimiento virginal de Cristo. Pero cuando se atreve a declarar que la Biblia no lo enseña, entonces sí me opongo.

Insisto en que el que hace tal declaración le falta algo de inteligencia o bien, desconoce todo en cuanto al sexo. Tenemos que recordar que Lucas era médico y que él da el relato más amplio sobre el nacimiento virginal de Jesucristo.

Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: ¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres. [Lc. 1:28]

Hay cierta tendencia en el protestantismo, a restarle importancia al papel que desempeñó María, pero este versículo nos dice que ella era altamente favorecida por Dios entre todas las mujeres. Al mismo tiempo, sin embargo, permítame decir que ella era bendita entre las mujeres, y no por encima de las mujeres. Es necesario que tengamos muy en cuenta esta clara distinción aquí. Ella no fue elevada a un puesto sobre las mujeres; sino que ella elevó el estado de la mujer. Éste es el papel que ella desempeñó. Es muy fácil decir que fue una mujer la que primero trajo pecado al mundo, pero recuerde usted, que fue una mujer, y no un hombre, quien trajo a un Salvador al mundo.

Mas ella, cuando le vio, se turbó por sus palabras, y pensaba qué salutación sería ésta. [Lc. 1:29]

María se turbó por las palabras del ángel. Cuando lo sobrenatural toca lo natural, siempre lo acompaña el temor. María también pensaba qué salutación sería ésta. No puedo resistir el impulso de decir esto, pero la reacción de María fue muy semejante a la reacción de alguien que dijo: “Yo tampoco creía en fantasmas hasta que vi uno”. Cuando uno ve un ángel, tiene el derecho de temer. Me parece que yo tendría miedo si viera uno.

Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; Y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. [Lc. 1:30-33]

Éste es un lenguaje franco y claro. No hay manera alguna de interpretarlo mal. Éste es un pasaje que tiene que interpretarse en sentido literal. Aquéllos que niegan el nacimiento virginal, tampoco

creen que el Señor se sentará en el trono de Su padre David.

Al parecer, se entendió que lo que Lucas escribió tenía que aceptarse en sentido literal. El vientre de la virgen María, mencionado antes, es literalmente eso, y también lo es aquí el trono de David. El descendiente de David reinará literalmente sobre la casa de Jacob y Su reino no tendrá fin. Ese reino también es una realidad que se cumplirá literalmente.

Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón. [Lc. 1:34]

María fue la primera en hacer una pregunta en cuanto al nacimiento virginal. Ella dijo: ¿Cómo será esto? Ésta todavía es una buena pregunta. El Dr. Lucas cita las palabras del ángel Gabriel como respuesta.

Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios. [Lc. 1:35]

Ningún hombre tuvo algo que ver con el nacimiento de Jesucristo. Se nos dice en el libro de Levítico que el nacimiento de un niño era causa de que la mujer fuera inmunda porque había traído al mundo un pecador. La unión de un hombre y una mujer sólo puede producir un niño con una naturaleza pecadora. En el Salmo 51:5, David dijo: He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre. El hijo de María sería diferente. Sería nacido de una virgen. Usted bien puede negar el nacimiento virginal, si así lo desea. Si usted es incrédulo, yo esperaré que lo niegue. Sin embargo, si usted me escribe para decirme que sí cree la Biblia, pero que niega el nacimiento virginal, esto me turbaría mucho. No me diga que la Biblia no enseña el nacimiento virginal porque es un hecho que lo enseña.

Fíjese también que el Hijo de María se llamará el Hijo de Dios, porque Él es el Hijo de Dios. Recuerde que el Dr. Lucas escribe su Evangelio desde el punto de vista científico. Él declara que él examinó a Jesús de Nazaret, y halla que Jesús es Dios. Lucas llegó a la misma conclusión a que llegó Juan en su Evangelio, pero su procedimiento y técnica eran diferentes. El Dr. Lucas empleó un lenguaje franco y simple para presentar los resultados de sus investigaciones, y si no podemos comprender su mensaje, es porque tenemos que aprender de nuevo lo fundamental.

Y he aquí tu parienta Elisabet, ella también ha concebido hijo en su vejez; y éste es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril; Porque nada hay imposible para Dios. [Lc. 1:36-37]

El nacimiento de Juan el Bautista también es milagroso, pero no es un nacimiento virginal. La declaración del ángel: Porque nada hay imposible para Dios, es buena, y es una declaración en la cual debemos pensar mucho en estos días. Sin embargo, deseo hacer el mayor énfasis en el hecho de que hay un grupo de personas que han tomado esta declaración y la han torcido, la han tergiversado y han pervertido así su significado. Nada hay imposible para Dios cuando Él ha determinado hacerlo, pero Él no hará necesariamente lo imposible, sólo porque nosotros le pidamos que lo haga. Muchos se sirven de este versículo como una frase gastada para encubrir el hecho de que lo que realmente quieren son sus propios deseos egoístas. Nada hay imposible para Dios, es cierto, pero hay mucho que es imposible para usted y para mí. Cuando un hombre dice: “Nada hay imposible para Dios”, pero deja de hacer alguna tarea que él dice que el Señor le dio para hacer, eso ocasiona que los incrédulos se burlen de Dios. Por otra parte, el incrédulo no debe burlarse de Dios a menos que esté muy seguro de que el hombre que falló fue realmente llamado por Dios para hacer aquella tarea específica.

Cualquier cosa que Dios determine, Él lo puede lograr, porque es la verdad que no hay nada que sea imposible para Dios. Pero repito que esto no quiere decir que Dios hará todo lo que el creyente quiere que haga; porque puede ser que haya cosas que no estén incluidas en Su plan, y puede ser también que la nuestra no sea la manera en que Dios quiera hacer las cosas. Pero vamos a poner todo esto en su perspectiva debida antes de hablar acerca de las cosas que lesionan la causa de Cristo en lugar de ayudarla.

Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra. Y el ángel se fue de su presencia. [Lc. 1:38]

Este versículo expresa una de las cosas más preciosas que jamás se haya dicho en cuanto a María y su sumisión a la voluntad de Dios. Ella le dijo al ángel: Hágase conmigo conforme a tu palabra. En aquel momento mismo, una nube descendió sobre su vida y aquella nube estuvo presente hasta cuando el Señor Jesucristo resucitó de los

muerdos. La resurrección de Cristo comprueba Su nacimiento virginal, y no es posible negar el nacimiento virginal y al mismo tiempo creer en la resurrección, ni viceversa. El nacimiento virginal y la resurrección van juntos; se mantienen o caen juntos.

La visita de María a Elisabet

Después de un tiempo, María decidió visitar a Elisabet en cierta ciudad de Judá.

En aquellos días, levantándose María, fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá; Y entró en casa de Zacarías, y saludó a Elisabet. Y aconteció que cuando oyó Elisabet la salutación de María, la criatura saltó en su vientre; y Elisabet fue llena del Espíritu Santo. [Lc. 1:39-41]

Lo que tenemos aquí es milagroso y es inútil tratar de ofrecer una explicación natural. O usted, simplemente cree lo que sucedió en estos versículos, o no lo cree. Estoy cansado de escuchar a los que tratan de explicar los milagros de la Biblia a las personas de hoy en día; esto es especialmente cierto en cuanto a los predicadores que tratan de aparecer como inteligentes. O bien, aceptan los milagros de la Biblia, o no los aceptan, y lo que aconteció en estos versículos ciertamente fue un milagro. Esta mujer fue llena del Espíritu Santo, y el bebé saltó en su vientre.

Y exclamó a gran voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. [Lc. 1:42]

Éste es el primer canto que se nos da en el Evangelio según San Lucas, y es muy bello, por cierto. El Dr. Lucas también era poeta y nos da todos los cantos de Navidad; éste es el primer canto, y es el que canta Elisabet.

¿Por qué se me concede esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí? Porque tan pronto como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Y bienaventurada la que creyó, porque se cumplirá lo que le fue dicho de parte del Señor. [Lc. 1:43-45]

Poco se dice en la Escritura en cuanto a Elisabet. Ella cantó el primer canto en el Nuevo Testamento, y cuando usted oye cantar a una solista

como ésta, no debe ignorarla. Es una persona extraordinaria. Ella tenía fe, aunque su esposo Zacarías no la tenía. Fíjese en el contraste: Zacarías quedó mudo a causa de su incredulidad, mientras que Elizabet creyó a Dios y por eso cantó para animar a María. En este caso, note también que mientras María era joven, Elisabet era de edad avanzada. Elisabet había caminado con Dios por muchos años, y así le dio a María esperanza y fortaleza. Le dijo a María que habría un cumplimiento de todas aquellas cosas que le habían sido reveladas. Me gustaría que reconocieran un poco a Elisabet, junto con las otras. Desde luego que no debe ser deificada. Ella era sólo una mujer como María era sólo una mujer.

Entonces María dijo: Engrandece mi alma al Señor; Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva; Pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones. [Lc. 1:46-48]

Ahora, es María quien canta. Este canto se conoce como “el Magníficat”. Nos enseña varias cosas muy interesantes. María nos dice en su canto que ella reconocía su propia necesidad de un Salvador, y que ella se regocijaba en Él. Amigo, llamémosla bendita, pero no la hagamos una diosa. No necesitamos un altar para arrodillarnos ante ella. Fue en realidad un glorioso privilegio para María, ser escogida para ser la madre del Hijo de Dios y traerle al mundo, y aunque no debemos restarle importancia a este hecho, tampoco debemos adularla en demasía. Era una persona maravillosa y no fue por mera casualidad que fue elegida por Dios para esta tarea tan especial. Escuche mientras María continúa cantando:

Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso; Santo es su nombre, Y su misericordia es de generación en generación a los que le temen. Hizo proezas con su brazo; esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones. Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos. Socorrió a Israel su siervo, acordándose de la misericordia De la cual habló a nuestros padres, para con Abraham y su descendencia para siempre. [Lc. 1:49-55]

María canta: Hizo proezas con Su brazo; y Isaías dijo ... ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová? (Is. 53:1) Luego Isaías comienza en seguida a revelar al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Dios ha manifestado la fuerza de Su brazo y ha revelado Su poder y amor en la salvación que ha dado al género humano.

María también menciona a Abraham en su canto. Hay más referencia a Abraham que a cualquier otro personaje del Antiguo Testamento. El hecho es que se habla más en cuanto a Abraham sobre el nivel humano que en cuanto a cualquier otro personaje en toda la Biblia.

Y se quedó María con ella como tres meses; después se volvió a su casa. [Lc. 1:56]

Aparentemente varios de los meses en que Elisabet estuvo recluida los pasó en compañía de María.

Juan nace y es nombrado

El resto de este capítulo cuenta el nacimiento de Juan el Bautista y del canto de Zacarías. Comentaré sólo algunas de las cosas más sobresalientes.

Cuando a Elisabet se le cumplió el tiempo de su alumbramiento, dio a luz un hijo. Y cuando oyeron los vecinos y los parientes que Dios había engrandecido para con ella su misericordia, se regocijaron con ella. Aconteció que al octavo día vinieron para circuncidar al niño; y le llamaban con el nombre de su padre, Zacarías; Pero respondiendo su madre, dijo: No; se llamará Juan. [Lc. 1:57-60]

En el principio le dieron al bebé el mismo nombre de su padre. Pero Elisabet dijo que debía llamarse Juan.

Le dijeron: ¿Por qué? No hay nadie en tu parentela que se llame con ese nombre. Entonces preguntaron por señas a su padre, cómo le quería llamar. Y pidiendo una tablilla, escribió, diciendo: Juan es su nombre. Y todos se maravillaron. Al momento fue abierta su boca y suelta su lengua, y habló bendiciendo a Dios. [Lc. 1:61-64]

En aquellos tiempos, era costumbre que se le diese al recién nacido un nombre de entre los nombres de la familia. Cuando se presentó el

momento de ponerle nombre al bebé, los parientes asumieron que se llamaría Zacarías. Pero Elisabet dijo que el bebé debía llamarse Juan. Juan era el nombre que Dios había puesto a este niño antes de nacer. Aquéllos, pues, que estaban presentes se maravillaron.

Después de ponerle nombre, Zacarías pudo hablar de nuevo, e inmediatamente empezó a cantar alabanzas a Dios. Él no tenía mucha fe, pero cuando el bebé nació, se regocijó en Dios. Una vez más diré, que la falta de fe que fue manifestada por Zacarías es una característica que muchos tenemos. Cuando Dios oye y contesta la oración, es sólo entonces que realmente nos levantamos y nos regocijamos. Creo a veces, que la razón por la cual Dios contesta las oraciones de algunos de nosotros que somos más débiles, es para que tengamos algo de lo cual podamos regocijarnos. Por general, los santos más débiles no se regocijan mucho. Los santos más firmes, los que tienen más fe, son los que se regocijan en todas las circunstancias de la vida.

Y se llenaron de temor todos sus vecinos; y en todas las montañas de Judea se divulgaron todas estas cosas. Y todos los que las oían las guardaban en su corazón, diciendo: ¿Quién, pues, será este niño? Y la mano del Señor estaba con él. Y Zacarías su padre fue lleno del Espíritu Santo, y profetizó, diciendo: Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo, Y nos levantó un poderoso Salvador en la casa de David su siervo. [Lucas 1:65-69]

Era muy obvio que Juan iba a ser un niño extraordinario. Después que nació, Zacarías, quien había estado mudo por unos nueve meses, no sólo habló, sino que también elevó un cántico de alabanza y gratitud a Dios. Elisabet entonó el primer cántico; María el segundo, y ahora es muy propio que Zacarías cante el tercero, en un solo. Su canto es un canto de profecía. Zacarías no es de la línea de David, pero reconoce que su hijo será el precursor de Jesucristo, como fue predicho por Malaquías e Isaías. Juan iba a ser el que anunciaría la venida del Mesías. La presencia del precursor indica que el Mesías no demoraría en venir. Viene muy pronto.

Como habló por boca de sus santos profetas que fueron desde el principio; Salvación de nuestros enemigos, y de la mano de todos los que nos aborrecieron;

Para hacer misericordia con nuestros padres, y acordarse de su santo pacto; Del juramento que hizo a Abraham nuestro padre, que nos había de conceder Que, librados de nuestros enemigos, sin temor le serviríamos En santidad y en justicia delante de él, todos nuestros días. [Lc. 1:70-75]

Dios hizo estas promesas a Abraham. María, Elizabet, Zacarías y otros todavía creían que las promesas hechas a Abraham serían cumplidas. Hoy en día hay quienes se han dado por vencidos, y no creen que Dios cumplirá Sus promesas a Abraham. Pero, amigo, si usted cree en estas palabras del Señor Jesucristo: Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo Unigénito, para que todo aquél que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna (Jn. 3:16), entonces no tiene ningún derecho de descontar las promesas que Dios le hizo a Abraham.

Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado; porque irás delante de la presencia del Señor, para preparar sus caminos; Para dar conocimiento de salvación a su pueblo, para perdón de sus pecados, Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó desde lo alto la aurora, Para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte; para encaminar nuestros pies por camino de paz. Y el niño crecía, y se fortalecía en espíritu; y estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel. [Lc. 1:76-80]

Juan sería llamado profeta del Altísimo. Iba a ir delante del Señor para preparar Sus caminos. Juan sabía que el Mesías estaba en medio de ellos. Juan el Bautista era una persona muy extraordinaria, y estaba dispuesto a hacer una tarea muy especial para Dios.

CAPÍTULO 2

Augusto empadrona al Imperio Romano; el nacimiento de Jesús; un ángel se lo cuenta a los pastores; una multitud de las huestes celestiales canta alabanzas a Dios; Cristo es circuncidado; Simeón y Ana, profetizan sobre Cristo; Cristo crece en sabiduría; Cristo pregunta a los doctores en el templo, y es obediente a Sus padres

El capítulo 2, es un cuidadoso relato histórico del nacimiento de Jesús, dando a conocer su relación histórica con el gobierno romano. Aquí se ve el relato sencillo de la visita de los pastores, enlazado con el relato sublime de la visita de las huestes celestiales. Trajeron a Jesús al templo cuando cumplió ocho días de vida para circuncidarlo, según la ley mosaica. Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. (Gá. 4:4-5) Como resultado de esta visita a Jerusalén, tenemos los cánticos de Simeón y de Ana.

El Dr. Lucas incluye la única referencia que tenemos en cuanto a la niñez de Jesús. Lo hace para dejarnos saber que Jesús tuvo una niñez muy normal. Note lo que dice, por ejemplo, el versículo 52: Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres. Jesús crecía en sabiduría, es decir, un crecimiento mental; en estatura, es decir, un crecimiento físico; y en gracia para con Dios y los hombres, un crecimiento espiritual.

Veamos ahora el nacimiento de Jesús en Belén en un pesebre. Antes de estudiar el texto, es necesario considerar algunas cosas en cuanto a las circunstancias que lo rodean. Como usted recordará, el Evangelio de Lucas es de carácter mayormente histórico, y fue escrito especialmente para el griego y para el hombre pensador. También tiene un gran propósito espiritual: presentar al Hijo de Dios. Neander, uno de los grandes santos del pasado, hizo esta declaración: “Las tres grandes naciones históricas tenían que contribuir, cada una en su manera peculiar, a la preparación del terreno para la implantación del cristianismo. Los judíos con su énfasis sobre lo religioso; los griegos con su desarrollo de las ciencias y del arte; y los romanos como gobernadores del mundo

proporcionando el elemento político”. Cada uno de los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, fue dirigido a un segmento en particular de la humanidad. Mateo, como dije ya, fue escrito al judío; Marcos, para el romano, y Lucas, para el griego.

El Dr. Gregory escribió: “Los griegos se distinguen claramente de las otras grandes razas históricas por ciertas características notables. Eran los representantes de la razón y del humanismo en el mundo antiguo. Se consideraron como poseedores de la misión de perfeccionar a los hombres”. Eran los cosmopolitas de aquel entonces. Hicieron sus dioses a la imagen de los hombres, tanto como a su propia imagen, y por eso enlazaron a la cultura humana con una mundanalidad e impiedad absoluta.

Pablo era el hombre preciso para ir a Atenas e iluminar a los griegos en cuanto a la realidad de su altar al DIOS NO CONOCIDO. El Dr. Lucas, gentil, fue con Pablo. Así, la misión de la cultura griega fue evidentemente la preparación para la venida del Señor Jesucristo al mundo. Obligó a los hombres pensadores de aquel entonces a saber y a confesar la insuficiencia de la razón humana, aun en su más perfecto estado de desarrollo, para la liberación y la perfección del género humano. Los dejó esperando y anhelando a alguien que fuese capaz de llevar a cabo esta obra. En el capítulo 2, el Dr. Lucas nos da un prefacio y una introducción para luego presentar al Señor Jesucristo desde Su nacimiento hasta Su muerte; desde Su resurrección hasta Su ascensión al cielo, y la promesa de Su segunda venida. El idioma griego llegó entonces a ser un vehículo o medio para divulgar la Palabra de Dios. Dios utilizó a Alejandro Magno para realizar esto.

Howson, dijo en cuanto a Alejandro Magno que “recogió las mallas de la red de la civilización que se hallaban en desorden en las orillas de la costa asiática y las tendió por todos los países que atravesó en su maravillosa campaña. El este y el oeste de repente fueron unidos. Las tribus apartadas fueron unidas bajo un gobierno común. Nuevas ciudades fueron construidas como centros de la vida política. Nuevas líneas de comunicación fueron abiertas como canales de actividad comercial. La nueva cultura penetró las cordilleras montañosas de Pisidia y Licaonia. Los ríos Tigris y Eufrates llegaron a ser ríos griegos. El idioma de Atenas se oyó entre las colonias judías de Babilonia, y

una Babilonia griega fue construida por el conquistador en Egipto y bautizada con su nombre.” Ésa fue la ciudad de Alejandría, que todavía lleva este nombre. Ahora, tenga en mente todas estas circunstancias, al estudiar el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

El nacimiento de Jesús en un pesebre en Belén

Aconteció en aquellos días, que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado. Este primer censo se hizo siendo Cirenio gobernador de Siria. [Lc. 2:1-2]

Ahora, alguien pensará al leer la frase que todo el mundo fuese empadronado, que el Imperio Romano estaba empadronando también a las Américas. Pero, la palabra griega para “mundo” aquí (oikouménē en griego), significa “la tierra habitada”, y se refiere al mundo civilizado de aquel entonces. Quizá algunos de nosotros tuvimos ascendientes que vivieron en el Norte de Europa en aquellos días. Pero no estaban incluidos en este empadronamiento, aunque a Augusto César le hubiera gustado empadronar a todo el mundo, si hubiera podido lograrlo.

¿Quién era Augusto César? Era el hijo adoptado de Julio César. En realidad, su nombre era Octaviano, y tomó el nombre de “César”. Creo que tenía el derecho de tomarlo; era como el nombre “Rolls Royce” o “Cadillac”. Era un nombre que connotaba prestigio. Ahora, el nombre “Augusto” no era realmente un nombre, sino más bien un título. Cuando el Senado le presentó ciertos títulos como: Rey, Emperador, Dictador, etc., no estuvo satisfecho. Y fue así como escogió el nombre “Augusto”. Este nombre tenía un significado religioso, y constituía nada menos que un esfuerzo por deificarse y hacerse un dios.

No fue por mera casualidad que el Dr. Lucas mencionó el nombre de Augusto Cesar. Este hombre firmó un edicto diciendo que todo el mundo, es decir, todo el mundo de aquel entonces tenía que ser empadronado. El objetivo de este empadronamiento era imponer nuevos impuestos a todos los pueblos del imperio. El César necesitaba más dinero para formar sus ejércitos y mantenerlos en el campo. Deseaba tener dinero para vivir en su lujuria. Fíjese también que este empadronamiento se hizo mientras Cirenio era el gobernador de Siria.

E iban todos para ser empadronados, cada uno a su ciudad. Y José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto era de la casa y familia de David; Para ser empadronado con María su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta. Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días de su alumbramiento. Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón. [Lc. 2:3-7]

José y María salieron de Nazaret de Galilea y fueron hasta Judea, a Belén, la ciudad de David. José fue allá debido a que era de la casa y del linaje de David. Pero ¿por qué era necesario para María ir también hasta Belén? Porque ella también era del linaje de David.

Francamente, tengo que confesar que me quedo emocionado cuando leo este pasaje, que es tan simple, y al mismo tiempo tan exacto históricamente y además revestido con tanta verdad espiritual. Augusto César fue un hombre que trató de hacerse un dios. Quiso que le adoraran. Promulgó un edicto y causó que una mujer y un hombre, campesinos por decirlo así, que vivían en Nazaret, viajaran hasta Belén para ser empadronados. Aquella mujer estaba llevando al Hijo de Dios, y César causó que se cumpliera la profecía del Antiguo Testamento, en cuanto al Mesías que nacería en Belén. Recuerde usted que Miqueas 5:2, dice: Pero tú, Belén Éfrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti Me saldrá el que será Señor en Israel; y Sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad. Ninguno le paga impuestos a Augusto César hoy en día, ni le honran. Aquel pequeño Bebé, sin embargo, que aún estaba en la matriz de María, Él sí que es adorado por muchos. Muchos de nosotros lo llamamos nuestro Salvador. Éste es un relato extraordinario.

Todo lo que pasó aquí fue arreglado por Dios. Si alguien le hubiera dicho al César: “Espere un momento, pues las mujeres que están por dar a luz tendrán que viajar a fin de que usted reciba sus impuestos”. Creo entonces, que César hubiera respondido: “No me importan los bebés, ni sus madres; todo lo que me interesa son los impuestos, los ejércitos, el dinero y el lujo”. Bueno, todo eso ya ha pasado, incluyendo al mismo César y su Imperio.

El Dr. Lucas, habla muy claro en este pasaje. ¿Está usted dispuesto a hacerle frente a esto? ¿Sabe lo que él está diciendo aquí? Dice que María le puso pañales a Dios. ¿Le gusta esto? Permítame decirle que ésta es una declaración tremenda. María envolvió en pañales a este pequeño Bebé. Y este Bebé es el Hijo de Dios. Fue en el cumplimiento del tiempo que Dios envió a Su Hijo para nacer en Belén.

La recepción de Jesús: Los ángeles anuncian Su nacimiento a los pastores

Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigiliias de la noche sobre su rebaño. [Lc. 2:8]

Muchos hacen la pregunta: “¿Cuándo nació Jesucristo?” Pues, no pudo haber sido en lo más inclemente del invierno, o los pastores no habrían estado de noche con las ovejas. En realidad, la fecha de Su nacimiento no es lo más importante, así como tampoco lo es el día en que fue crucificado. Las Escrituras no dicen cuándo nació; lo importante es el hecho de que nació. Las Escrituras no dicen cuándo fue crucificado; pero lo importante es que murió por nuestros pecados. Sí, amigo, Cristo nació y murió por sus pecados y los míos. Y hoy le ofrece a usted vida eterna por medio de Su sangre derramada en la cruz del Calvario. Todo lo que usted tiene que hacer, es abrir las puertas de su corazón y permitirle entrar como el dueño absoluto de todo su ser, de tal manera que Él gobierne enteramente su ser completo.

Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor. Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: Que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor. [Lc. 2:9-11]

Es maravilloso ver nacer un bebé en este mundo y el corazón de uno siempre simpatiza con uno de estos recién nacidos. Fue así, como Dios entró en el mundo. Pudo haber entrado como entrará cuando venga a la tierra por segunda vez, con poder y gran gloria. Pero, en lugar de esto, vino de la manera más débil; vino como un bebé. George MacDonald lo expresó así: “Estaban buscando a un Rey para elevarlo a un lugar alto; pero vino como un bebé que hizo llorar a una mujer”. Ésta fue la manera en que el Salvador escogió venir a este mundo. No puso a un lado Su

Deidad; lo que puso a un lado fue las prerrogativas de Su Deidad.

Debieron haber venido muchos más que estos pocos pastores y ángeles para darle la bienvenida. Toda la creación debió haber estado allí. El mismo César debió haber estado allí en Belén para adorarlo. Jesucristo pudo haberle obligado a hacer esto mismo, pero no lo hizo.

Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. [Lc. 2:12]

Una vez más, el Dr. Lucas nos dice que María le puso pañales al Hijo de Dios. El Hijo de Dios vino a este mundo como un ser humano, y es precisamente por esto que Él se puede compadecer de nuestras debilidades.

Hebreos 4:15, dice: Porque no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino Uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Dios, conoce al género humano. Le conoce a usted y me conoce a mí. Nos comprende no sólo porque Él nos hizo, sino también porque Él vino al mundo como ser humano. Esto significa que podemos saber algo en cuanto a Dios también, porque Él tomó nuestra humanidad.

Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían: ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres! [Lc. 2:13-14]

Un examen cuidadoso del texto original griego en este pasaje nos revela que lo que los ángeles realmente declararon fue: “Paz para con los hombres de buena voluntad”. Es decir, aquellos hombres que se gozan en hacer la buena voluntad de Dios y en quienes Dios se complace. Es sólo a éstos a quienes va dirigida esta paz. Los ángeles no hicieron la declaración absurda que muchos hombres hacen hoy en día cuando dicen: “Vamos a tener paz, paz, paz”. Dios dice en Isaías 48:22: No hay paz para los malos. Vivimos en un día cuando necesitamos forjar espadas de nuestros azadones y no lo contrario; vivimos en un mundo perverso. Vivimos en un mundo que es dominado por Satanás, y por eso no hay paz. Sin embargo, hay paz, verdadera paz para con los hombres de buena voluntad. Y si usted, se encuentra entre estos hombres de buena voluntad, es decir, aquéllos que han acudido a

Cristo Jesús y le han aceptado como Salvador personal, entonces y sólo entonces, usted puede conocer la paz de Dios, por medio de Él. Pablo declara en Romanos 5:1: Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Cuando Cristo vino la primera vez, ésta es la clase de paz que trajo. En Su segunda venida, vendrá como Príncipe de Paz y en aquel tiempo Él reprimirá toda la injusticia y la rebelión que hay en el mundo. Establecerá paz en toda la tierra; pero hasta que Él venga, no habrá paz.

Sucedió que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido, y que el Señor nos ha manifestado. Vinieron, pues, apresuradamente, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. [Lc. 2:15-16]

Los pastores se apresuraron y fueron hasta Belén. Allí hallaron a María, a José, y al Niño Jesús. Probablemente fueron los primeros en visitar al Bebé, puesto que Mateo nos dice que los magos no llegaron hasta más tarde. El hecho es que, cuando los magos por fin encontraron al Señor Jesús, ya estaba viviendo en una casa, y sin duda habían transcurrido algunos meses.

Y al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho acerca del niño. Y todos los que oyeron, se maravillaron de lo que los pastores les decían. Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Y volvieron los pastores glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, como se les había dicho. [Lc. 2:17-20]

María era una madre maravillosa. Cuidaba al Niño Jesús con sumo amor y esmero, mientras meditaba sobre todas estas cosas en su corazón. La Biblia menciona en Mateo 2, que debido a que la vida de Jesús estuvo en peligro, María y José lo llevaron a Egipto por un tiempo, regresando más tarde a Nazaret. Pero fuera de este relato, y el del incidente de Jesús en el templo cuando tenía doce años, no hay nada más en toda la Biblia que se mencione en cuanto a la niñez del Señor. Después de esto, lo que se sabe es que cuando Jesús cumplió los treinta años, comenzó Su ministerio público. Había llegado a ser hombre, y puesto que había nacido bajo la ley, cumplió la ley.

Circuncisión de Jesús y purificación de María

Cumplidos los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre JESÚS, el cual le había sido puesto por el ángel antes que fuese concebido. Y cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, conforme a la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalén para presentarle al Señor. [Lc. 2:21-22]

Según la ley, una mujer era considerada inmunda por cuarenta días, después del nacimiento de un hijo. Ella tenía que traer un sacrificio al Señor. María también era pecadora y, como ya se ha visto en este Evangelio, ella también necesitaba un Salvador, así como lo necesitan todos los seres humanos.

(Como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abriere la matriz será llamado santo al Señor), Y para ofrecer conforme a lo que se dice en la ley del Señor: Un par de tórtolas, o dos palominos. [Lc. 2:23- 24]

María y José ofrecieron un par de tórtolas como sacrificio, lo que indica su pobreza. Este sacrificio, según la ley, era para María y no concernía al Señor. Según lo que sabemos, nunca se ofreció un sacrificio por nuestro Señor Jesucristo, ni Él nunca ofreció un sacrificio. Pues Jesucristo Mismo fue el Sacrificio por todo el mundo.

Incidentes en el templo concerniente a Simeón

Y he aquí había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor. Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, Él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; Porque han visto mis ojos tu salvación, La cual has preparado en presencia de todos los pueblos; Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel. [Lc. 2:25-32]

Hubo un hombre llamado Simeón, quien, movido por el Espíritu Santo, estaba en el templo cuando el Señor Jesús fue traído para ser circuncidado según la costumbre de la ley. Dios le había prometido a Simeón que vería la salvación de Dios. ¿Qué vio Simeón? Vio a un pequeño bebé. Nuestra salvación, depende de una Persona, y no de algo que uno haga. En realidad, la salvación es la Persona misma del Señor Jesucristo. O bien, usted le tiene como su mejor amigo, o no le tiene en nada. O bien, confía en Él en todo, o no confía en Él para nada.

Simeón cantó en cuanto a la salvación que había visto, y realmente éste es un canto extraordinario. Este hombre era bastante limitado en cuanto a su perspectiva de la vida. Durante toda su vida, permaneció en una misma región geográfica, y, sin embargo, vio a quien había de ser el Salvador del mundo. Ésta es una de las cosas admirables en cuanto a la Palabra de Dios. La Biblia y la salvación de Dios vinieron por medio de la nación judía, pero son para todo el mundo. Ninguna otra religión es así. Generalmente, las religiones del mundo son sólo para cierta región o cierto pueblo en particular. Esto es verdad en cuanto al sintoísmo, al judaísmo, y otras religiones así por el estilo. El cristianismo, sin embargo, ha sido, y es, para todos en todas partes.

Y José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él. Y los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha (Y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones. [Lc. 2:33-35]

Note usted que Lucas llama a los padres de Jesús: José y Su madre, en vez de decir Su padre y Su madre. María pagó un precio tremendo para traer al mundo al Salvador. Pagó un precio terrible al pararse debajo de la cruz del Señor Jesús y al verle morir. La cruz de Cristo ha conmovido a muchos. Los artistas famosos la han pintado; los grandes compositores le han dedicado sus obras maestras, y los autores más destacados han descrito con palabras aquellos momentos de sufrimiento. Muchos predicadores han predicado innumerables sermones en cuanto a la cruz, y aquí creo que hay un peligro de tratar Su muerte de una manera demasiado compasiva, si se me permite la expresión. Cristo no murió, para atraer la compasión de nadie. Él no quiere su simpatía. Lo único

que Él desea es su fe.

Más adelante en el capítulo 23:28, cuando el Señor está en camino hacia la cruz, tenemos la escena en que algunas mujeres empezaron a llorar, y donde Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Si usted tiene lágrimas por Jesús, guárdelas para usted mismo y para su familia. No llore por Él, porque Él no quiere su simpatía. Jesús quiere su fe. Cuando María se paró debajo de aquella cruz y vio morir a Jesús, no sintió compasión; lo que ella sintió fue angustia. El sufrimiento de María no tenía nada que ver con la salvación suya. Su sufrimiento se debió a una relación humana. Ella era Su madre humana. Ella le trajo al mundo y lo crio. Él por Su parte era su Hijo, y por eso el sufrimiento de María le causó profunda angustia como una espada que le traspasaba su alma.

Se considerará ahora, el incidente en el templo en cuanto a Ana y el regreso a Nazaret. Son muchos los solos que se cantan en este evangelio y aquí tenemos otro.

El incidente en el templo concerniente a Ana

Estaba también allí Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada, pues había vivido con su marido siete años desde su virginidad, Y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones. Ésta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén. [Lc. 2:36-38]

Ana vivía cerca del Señor como Simeón, y Dios le dio la habilidad para reconocer a Su Hijo, el Mesías de ella. Él dio gracias. Aunque su cántico no aparece, es un cántico de alabanza.

No puedo refrenarme de mencionar aquí que hay quienes dicen que hay diez tribus de Israel que están perdidas. Si usted, escudriña por la Biblia desde el tiempo que Israel regresó a la tierra prometida después del cautiverio, se puede trazar a casi todas las tribus. Aquí se menciona a Ana como miembro de la tribu de Aser. Es evidente que Ana no se perdió. Ella era viuda y había permanecido en ese estado ochenta y cuatro años. Esta mujer daba gracias en el templo de día y de noche.

Cuando vio al Señor Jesucristo, también ella entonó un canto en cuanto a la salvación.

El relato de Mateo nos dice que el próximo evento en la vida de Jesús fue su viaje a Egipto, pero Lucas omite este relato. No sería malo recordar de nuevo que el propósito para el cual fue escrito cada Evangelio era diferente. Mateo presenta al Señor Jesucristo como Rey, y Lucas lo presenta como el Hombre perfecto. La venida de los magos no concuerda con el propósito que tenía Lucas al escribir su Evangelio. Los magos vinieron buscando a un Rey, y no al ideal de la raza griega. Si usted se fija bien en el contenido de las Escrituras, descubrirá el propósito de lo que tienen que decir.

El retorno a Nazaret

Después de haber cumplido con todo lo prescrito en la ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él. [Lc. 2:39-40]

Lucas presenta al Hombre perfecto. El doctor Lucas mira a este Muchacho no sólo desde el punto de vista de un médico ginecólogo, sino también desde el punto de vista de un pediatra. El Señor Jesús crecía, físicamente; se fortalecía, espiritualmente; y se llenaba de sabiduría, mentalmente. La gracia de Dios era sobre este Muchacho y Él crecía física, espiritual, y mentalmente.

La visita de José, María y Jesús a Jerusalén

Tenemos luego un incidente que sólo lo relata el Dr. Lucas. Lucas lo cuenta porque él es doctor en pediatría, y por eso tiene interés en el Señor como niño, y como hombre. Lucas describe aquí una escena de la niñez de Jesús cuando Él tenía doce años. Puesto que poco se menciona en cuanto a la niñez y la juventud de Jesús, algunos llaman a este segmento de su vida “los años de silencio”. Francamente, no los considero años de silencio. Creo que usted puede darse cuenta de que el Antiguo Testamento habla de estos años si es que las mira con cuidado. Pero aquí en el relato de Lucas, éste es el incidente aislado más detallado de su niñez. Este evento ocurrió cuando José, María y Jesús subieron a Jerusalén.

Iban sus padres todos los años a Jerusalén en la fiesta de la pascua; Y cuando tuvo doce años, subieron a Jerusalén conforme a la costumbre de la fiesta. Al regresar ellos, acabada la fiesta, se quedó el niño Jesús en Jerusalén, sin que lo supiesen José y su madre. Y pensando que estaba entre la compañía, anduvieron camino de un día; y le buscaban entre los parientes y los conocidos; Pero como no le hallaron, volvieron a Jerusalén buscándole. [Lc. 2:41-45]

María y José estaban criando a un niño normal y saludable. No crea usted que el niño Jesús era un niño que iba de un lugar a otro con una aureola sobre Su cabeza. Los artistas de la Edad Media tenían concepciones muy curiosas en cuanto al Señor Jesús, tanto de Su niñez como cuando ya llegó a ser un adulto. No creo que se veía como ninguna de esas pinturas. En Su niñez, Jesús era simplemente un muchacho normal.

En aquellos días, acostumbraban a viajar en grupos o en compañías, así que cuando llegó la hora de salir de Jerusalén, la compañía se reunió y comenzó su viaje hacia sus hogares. Cuando el grupo con el cual viajaban José, María y Jesús estaba a un día de camino de Jerusalén, José y María notaron la ausencia de Jesús. José probablemente dijo: “¿Dónde está Jesús?” María quizá respondió: “Yo creía que estaba contigo”. Así, pues, lo buscaron entre la multitud con la cual estaban viajando. Cuando descubrieron que no se encontraba por ninguna parte, entonces, decidieron regresar a Jerusalén. Buscaron a Jesús durante tres días. ¿Dónde cree usted que lo encontraron? Estaba en el templo.

Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles. Y todos los que le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas. Cuando le vieron, se sorprendieron; y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia. Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar? Mas ellos no entendieron las palabras que les habló. [Lc. 2:46-50]

Cuando María y José por fin encontraron a Jesús en el templo, Él

estaba parado en medio de los sabios de aquel entonces, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Les hacía preguntas que ellos no podían contestar. Mientras que Él tenía respuestas claras para todas las preguntas que a Él le hacían, y por esto parece que ellos quedaron algo irritados. Jesús tenía solamente doce años y, sin embargo, Él tenía una sabiduría muy superior a Sus años.

Cuando Sus padres le preguntaron por qué les había causado tanta ansiedad, Él simplemente les respondió: ¿No sabíais que en los negocios de Mi Padre Me es necesario estar? El Señor está hablando en cuanto a los negocios de Su Padre Celestial y no en cuanto al trabajo de carpintero que desempeñaba con José en Nazaret. María aquí no comprendía ni apreciaba exactamente quién era ni lo que Su obra involucraba, pero guardaba todas estas cosas en su corazón.

Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres. [Lc. 2:51-52]

Jesús estaba sujeto a Sus padres. Esto es interesante a la luz del hecho de que aún hoy en día los niños de doce años exigen que los escuchemos. Los estudiantes de la universidad también quieren ser escuchados. Dicen que debemos escucharlos. Les hemos escuchado y no les hemos oído decir nada todavía a pesar de toda la propaganda que se les da en la televisión y en la radio. No creo que un estudiante de la universidad tenga mucho que decirnos. Todavía en cambio, le queda mucho que aprender. Su coeficiente intelectual no significa nada. Conozco a muchos hombres que tienen un doctorado en Filosofía, y coeficientes de inteligencia muy altos, pero no saben que no deben salir en la lluvia. Esto es importante notar que el Señor Jesús obedecía a Sus padres y estaba sujeto a ellos. María se fijó en Su conducta y la guardó en su corazón.

Ahora, el Dr. Lucas también nos da un informe en cuanto a aquellos llamados “años de silencio” cuando Jesús crecía y se aproximaba a la edad adulta. Dice Lucas que crecía en sabiduría, es decir, un crecimiento mental; en estatura, físicamente; en favor con Dios, espiritualmente; y con los hombres, socialmente. En toda área, el Señor Jesucristo estaba llegando a ser el Hombre perfecto.

CAPÍTULO 3

Note que Lucas hace énfasis especial sobre el mensaje de Juan, de la necesidad del arrepentimiento como condición para acudir al Mesías. Siguiendo el sistema mosaico del lavamiento con agua, el rito que comúnmente se realizaba por medio de la inmersión en aquel entonces, Juan bautizaba a los que venían a él sólo como una preparación, o reformación moral para la venida de Cristo. Cristo, en cambio, bautizaría en el Espíritu Santo, lo que efectuaría una verdadera transformación de la vida misma.

La genealogía de Jesús en este capítulo traza su ascendencia desde María, y revela dos cosas: en primer lugar, se remonta hasta Adán el padre de toda la familia humana, y establece que Jesús era verdaderamente humano. Mateo, al presentar a Jesús como Rey, traza la genealogía solamente hasta Abraham, el padre de la nación hebrea. En cambio, Lucas, al presentar a Jesús como Hombre, se remonta hasta Adán mismo, el padre de toda la humanidad. En segundo lugar, establece que Jesús era descendiente de David por medio de Su madre, ya que María descendió de David por medio de Natán, un hijo de David, en lugar de su hijo primogénito, Salomón. Compare usted el versículo 31, con 1 Crónicas 3:5.

El ministerio de Juan el Bautista

Este capítulo contiene muchísimos detalles, puesto que Lucas era un perfeccionista que anotaba todo con exactitud.

En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisaniás tetrarca de Abilinia. [Lc. 3:1]

Son cinco los personajes que se identifican en este versículo, permitiéndonos fijar la fecha con plena exactitud. Augusto César era el emperador cuando el Señor Jesucristo nació. Pero ahora Tiberio César es nombrado como emperador. La historia secular, que tiene que suplir los detalles, nos dice que Tiberio era talentoso, pero brutal; que era vivo, astuto, inhumano y profano. Trató de domar al mundo entero.

Lucas da los nombres de las personas en puestos de menor rango en esos tiempos.

Y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. [Lc. 3:2]

Anás y Caifás eran sumos sacerdotes. ¿Por qué había dos? El hecho de que había dos sumos sacerdotes revela el poder que Roma ejercía sobre la religión de Jerusalén en aquellos tiempos. Aparentemente Anás era el que ejercía el poder, aunque permanecía en el trasfondo, mientras que Caifás era el que Roma había puesto ante el pueblo. La experiencia normal para Juan habría sido servir en el templo como su padre había servido. A Juan le correspondía ser el líder en el templo, pero debido a esta corrupción que surgió, lo abandonó y salió al desierto renunciando a su sacerdocio. No quiso servir dentro de un sistema corrupto, y, por tanto, llegó a ser profeta.

Juan el Bautista es uno de aquellos personajes notables que aparecen de vez en cuando. El pueblo recordó a alguien que había venido antes, debido a ciertas semejanzas en sus métodos. Ellos pensaron que era Elías. Juan era tan diferente que esta gente llegó a pensar también que él era Aquél que un día iba a aparecer, el Mesías. Juan el Bautista era una persona paradójica. Era extraordinario. Tuvo un nacimiento milagroso; asistido por una visita del ángel Gabriel. Toda su niñez es pasada por alto, y el próximo evento en su vida que se menciona es el principio de su ministerio. Era sacerdote, profeta y predicador. Era sacerdote por nacimiento porque era hijo de Zacarías, pero fue llamado por Dios para ser profeta.

Y él fue por toda la región contigua al Jordán, predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados. [Lc. 3:3]

Juan predicaba el bautismo del arrepentimiento. Él fue el último de los profetas. En realidad, era un personaje del Antiguo Testamento que caminó hacia las páginas del Nuevo Testamento. Era un hombre pintoresco, barbudo y de pelo largo. Estaba vestido con ropaje de pelo de camello. Era diferente en su modo de vestir, en su dieta, y en su parecer, y recibió la misma recepción que le fue brindada a muchos otros profetas—fue muerto.

El mensaje más mal recibido aún en nuestros días es la voz del profeta. El mundo nunca recibirá a un hombre que se atreva a contradecir su filosofía de la vida. Si un predicador desea ser popular, pues, tiene que cantar junto con la multitud. Pero ¡que Dios tenga misericordia del púlpito que no es nada más que un portavoz de lo que dice la congregación! El mundo no quiere escuchar la voz de Dios, especialmente cuando esa voz habla de juicio. El mensaje de Juan era acérrimo.

Como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías, que dice: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas. Todo valle se rellenará, y se bajará todo monte y collado; los caminos torcidos serán enderezados, y los caminos ásperos allanados; Y verá toda carne la salvación de Dios. Y decía a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: ¡Oh generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? [Lc. 3:4-7]

Me pregunto por cuánto tiempo duraría un predicador en una iglesia si empezara su sermón del domingo diciendo: ¡Oh generación de víboras! Creo que al domingo siguiente no se encontraría en el mismo púlpito. La congregación pronto se desharía de tal predicador. No le recomiendo a usted que use esta introducción tan extraordinaria de Juan en sus sermones o charlas. No estoy tan seguro de que Dios quiere que usemos este mismo lenguaje hoy en día, pero sí creo que estas mismas palabras serían muy apropiadas para muchas iglesias.

Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. [Lc. 3:8]

El mensaje de Juan era un mensaje de arrepentimiento. Ése no es exactamente nuestro mensaje hoy, aunque el arrepentimiento es incluido. También tiene que ver con un cambio total en cuanto al pensar y la conducta previa. La predicación de Juan tenía como objetivo traer a los hombres a la experiencia del perdón. El arrepentimiento es solamente una parte de nuestro mensaje hoy en día. Pablo, dijo: Porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y

verdadero. (1 Ts. 1:9) Nuestro mensaje hoy en día involucra el colocar nuestra fe en el Señor Jesucristo y en Su obra por nosotros en la cruz, y el aceptarle como todo suficiente Salvador. Luego, la vida eterna es nuestra y cuando es nuestra, nos apartamos de las cosas del mundo y nos allegamos a las cosas de Dios. El arrepentimiento verdadero, involucra este tipo de conversión.

Quizá usted haya oído hablar acerca del amor de Dios, pero no se ha sentido conmovido por ese amor y se pregunta por qué. Es que, le falta escuchar el clamor de aquella voz en el desierto que dice: “Arrepiéntase”. El arrepentimiento es una parte de la fe salvadora. El arrepentimiento no es el mensaje de la hora; predicamos la gracia de Dios, pero si usted ha sido recipiente de la gracia de Dios y se ha vuelto a Él, usted tendrá que convertirse de sus pecados. Si no se convierte de sus pecados, en realidad, usted no se ha vuelto a Dios. El arrepentimiento es necesario en la salvación, pero el mensaje de Dios es: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa. (Hch. 16:31b)

Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego. [Lc. 3:9]

En los tiempos de Juan, los árboles que no daban fruto eran inútiles; eran cortados y usados para leña. El mensaje de Juan era acérrimo. Juan no dio el mensaje del amor redentor de Dios. Él no fue llamado para dar ese mensaje. Su mensaje era uno de juicio pendiente. Debemos reconocer que ésa es también una de las facetas del mensaje de Dios para nuestro día. La nación de Israel no había dado el fruto como Dios había esperado que diera, y el juicio iba a ser su porción. Juan estaba diciéndole a Israel que, si no daba fruto, se usaría el hacha para cortar la raíz del árbol. Hoy en día, el Señor Jesucristo está diciéndole lo mismo a la iglesia.

Y la gente le preguntaba, diciendo: Entonces, ¿qué haremos? Y respondiendo, les dijo: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo. [Lc. 3:10-11]

Juan estaba diciéndole a Israel en un lenguaje sencillo y comprensible que estaba viviendo con fines puramente egoístas y que no trataba de compartir lo que tenía con otros.

Este aspecto del ministerio de Juan el Bautista es algo extenso como ya se ha visto.

Vinieron también unos publicanos para ser bautizados, y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos? Él les dijo: No exijáis más de lo que os está ordenado. [Lc. 3:12-13]

Los publicanos eran recaudadores de contribuciones y eran bien conocidos por su robo y codicia. Sin embargo, ellos acudieron a Juan y le preguntaron: ¿Qué haremos? Por su respuesta, ellos vieron su necesidad de acudir también al Señor.

También le preguntaron unos soldados, diciendo: Y nosotros, ¿qué haremos? Y les dijo: No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario. [Lc. 3:14]

Éste es un mensaje práctico que Juan dio a estas personas de diferentes clases y condiciones sociales que vinieron a él. Amigo, si usted es tipógrafo, usted revela que es cristiano por su modo de imprimir. Si usted es soldado, revela su cristianismo por su modo de ser soldado. Y si usted es ama de casa, pues, revela su cristianismo siendo una buena ama de casa. Usted revelará lo que es. Mateo 7:20 dice: Así que, por sus frutos los conoceréis.

Como el pueblo estaba en expectativa, preguntándose todos en sus corazones si acaso Juan sería el Cristo, Respondió Juan, diciendo a todos: Yo a la verdad os bautizo en agua; pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en su mano, y limpiará su era, y recogerá el trigo en su granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará. [Lc. 3:15-17]

Juan dice claramente que su mensaje no es el mensaje final. Él está preparando el camino para Otro que iba a venir. Juan bautizó a aquéllos que venían donde él como una preparación para la venida de Cristo.

Juan bautizó con agua. Pero hace dos mil años, Cristo está bautizando en el Espíritu Santo. Él también bautizará con fuego en Su segunda venida. El fuego habla de juicio.

Algunos creen que ésta es una referencia al día de Pentecostés cuando el Espíritu Santo vino, y había lenguas de fuego sobre cada uno de los que estaban reunidos. Sin embargo, es importante notar que en Hechos 2:3 dice ...como de fuego. La venida del Espíritu Santo no era el cumplimiento del bautismo por fuego. Eso tendrá lugar en la segunda venida de Nuestro Señor.

Con estas y otras muchas exhortaciones anunciaba las buenas nuevas al pueblo. Entonces Herodes el tetrarca, siendo reprendido por Juan a causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano, y de todas las maldades que Herodes había hecho, Sobre todas ellas, añadió además ésta: encerró a Juan en la cárcel. [Lc. 3:18-20]

Juan había acusado a Herodes públicamente porque se había casado con Herodías, la esposa de Felipe su hermano. Herodías se puso furiosa por esto, y demandó que Juan fuese encarcelado. Herodes accedió a esta solicitud y arrestó a Juan y lo encarceló, agregando así una maldad más a la lista de maldades que ya había hecho, según el versículo 19.

El bautismo de Jesús

Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, Y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia. [Lc. 3:21-22]

Lucas no trata de darnos un orden cronológico de estos eventos. Si así fuera, habría relatado el bautismo de Jesús antes del arresto de Juan el Bautista, y no después. Es evidente que, estando Juan encarcelado, no hubiera podido bautizarlo.

El bautismo de Jesús revela la doctrina de la Trinidad. El Espíritu Santo, en forma de paloma, desciende sobre Jesús, quien también es miembro de la Trinidad, y el Padre Celestial le habla a Jesús. Éste fue el principio de la misión redentora de Jesús. El Padre y el Espíritu Santo, pusieron Su sello de aprobación sobre Su ministerio.

La genealogía de María

El resto de este capítulo trata de la genealogía de María, y no de la de José. La genealogía de José se encuentra en el Evangelio según San Mateo. En Mateo la genealogía principia con Abraham y llega hasta el Señor Jesucristo por medio de David y Salomón. Mateo da la genealogía de Jesús por medio de José, que es de la línea real. El título legal al trono para Jesús vino por medio de José.

La genealogía en Lucas es diferente. Se presenta en un orden inverso a la de Mateo. Lucas se remonta hasta David y luego, aun hasta Adán. Está dando la línea de sangre de Jesús. Son dos las cosas que se deben notar en cuanto a esta genealogía: en primer lugar, el Dr. Lucas presenta el hecho, sin lugar a dudas, que José no era el padre del Señor Jesucristo.

Jesús mismo al comenzar su ministerio era como de treinta años, hijo, según se creía, de José, hijo de Elí. [Lc. 3:23]

La palabra “hijo”, como es usada en esta genealogía, no aparece en los mejores manuscritos. José no era hijo de Elí. La palabra “hijo” se incluye para indicar el linaje por el padre (el hombre), quien era la cabeza del hogar. En otras palabras, la genealogía se da según el nombre del hombre. En Mateo, donde se da la genealogía por parte de José, declara que Jacob engendró a José. La segunda cosa de importancia que se debe notar se halla en el versículo 3:

Hijo de Melea, hijo de Mainán, hijo de Matata, hijo de Natán. [Lc. 3:31]

Mateo traza la línea de Cristo por Salomón, hijo de David, o sea que Mateo presenta la línea real, la línea de la realeza. Lucas, por su parte, traza la línea de Cristo por Natán, otro de los hijos de David. La sangre de David corría en las venas de María y, por eso, Jesucristo es Hijo de David.

Lucas revela a Jesucristo como el Hijo del Hombre y el Salvador del mundo. Su línea de ascendencia no se detuvo con Abraham, sino que se remontó hasta Adán, el primer hijo de Dios. Adán fue creado hijo de Dios, pero cayó de aquella alta posición cuando pecó. Jesucristo, el último Adán e hijo de Dios, ha venido para traer de vuelta al género

humano a aquella relación con Dios, a aquella relación que Adán tenía antes de su caída. Esta misma relación es posible ahora por medio de la fe en el Señor Jesucristo.

CAPÍTULO 4

La tentación y el ayuno de Jesús; Jesús regresa a Galilea y Nazaret—rechazado por Su pueblo natal; sana a un endemoniado y sana a la suegra de Pedro y a muchos otros; Jesús transporta Su centro de operaciones a Capernaum y continúa Su ministerio

En este capítulo Jesús en Su humanidad es tentado por Satanás; eran tentaciones humanas iguales a las que vienen a todos nosotros, y abarcan todo el espectro de las posibles tentaciones humanas y como ocurren de tres maneras diferentes:

1. Tenemos la tentación de convertir las piedras en pan para satisfacer las necesidades del cuerpo. No hay nada malo en cuanto al pan, el pan es el sostén de la vida. El cuerpo necesita pan y Jesús tenía hambre. ¿Qué había, pues, de malo aquí? Lo malo habría sido emplear Sus grandes poderes para ministrarse a Sí Mismo, lo cual le hubiera constituido en un egoísta. Jesús tuvo que demostrar en Su propia vida la verdad del gran principio: No sólo de pan vivirá el hombre... (Mt. 4:4) Esto es contrario al pensar de esta edad materialista tan crasa que vive simple y solamente para satisfacer los caprichos del cuerpo. El hombre moderno en nuestra sociedad secular dice: “Come, bebe y alégrate, porque mañana moriremos”. Según el punto de vista del hombre, la muerte termina con todo. El egoísmo es la maldición de una sociedad secular sin creencia alguna. Nuestro Señor al hacerle frente a esta tentación, refutó la filosofía popular del mundo.

2. Satanás le ofrece a Jesús las naciones del mundo. Aprendemos que las naciones del mundo derivan su poder de la fuerza bruta y el manejo político. La guerra es un modo de vivir para el mundo. El odio y el temor son azotes usados para motivar el populacho. No hay duda que todo esto es satánico, y que es Satanás quien ofrece los reinos del mundo a base de estos términos. Los hombres tienen que ser cambiados para poder entrar en el reino de Dios. Esto es lo que Jesús le dijo a Nicodemo en Juan 3:3: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Note que la respuesta de Jesús a esta tentación tiene una nota de finalidad. Él citó Deuteronomio 6:13: A Jehová tu Dios temerás, y a Él sólo servirás... En cuanto a esto, creo que

también debemos considerar lo que Pablo dice en 2 Corintios 10:3-5: Pues, aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.

3. La última tentación en que Satanás desafía a Jesús a lanzarse del templo parecía ser un procedimiento muy lógico para que Jesús impresionara a la multitud en cuanto a Su persona y Su misión. Pero Jesús no se deja engañar por ningún camino aparentemente fácil hacia el trono. Estaba dispuesto a llevar la corona de espinas antes que la corona de gloria. Stifler declara: “Hay dos maneras de menospreciar a Dios: una es ignorar Su poder, y la otra es abusar de él”. Es fácil el no hacer nada, y luego vocear toda clase de palabras piadosas en cuanto a cómo Dios provee para las aves, y que también cuidará de nosotros. Pero Dios dice en Génesis 3:19: Con el sudor de tu rostro comerás el pan... El misionero que sale al extranjero primero tiene que estudiar para poder aprender el idioma y el modo de vida, y entonces Dios le ayudará. Somos socios de Dios, y no simples títeres.

Después de considerar lo que sufrió Adoniram Judson, uno de los primeros misioneros del Evangelio a Birmania, su hijo, el Dr. Edward Judson, dijo: “Si tenemos buen éxito es porque otros han sufrido antes de nosotros. Si sufrimos sin tener buen éxito, es para que otros tengan buen éxito después de nosotros”. Jesús rechazó una falsa posición espiritual. Su respuesta fue devastadora: No tentaréis a Jehová vuestro Dios, como lo tentasteis en Masah. (Dt. 6:16) En realidad, Jesús comenzó Su ministerio público en Nazaret, Su pueblo natal, donde más tarde fue rechazado y aun expulsado. Fue en la sinagoga de Nazaret donde anunció el cumplimiento de Isaías 61:1-2: El Espíritu de Jehová el Señor está sobre Mí, porque Me ungió Jehová; Me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados. Pero Jesús dejó de leer antes de llegar a las palabras: y el día de venganza del Dios nuestro. Sería interesante comparar Isaías 61:1-2 con los versículos 18-20 de este capítulo.

Jesús es tentado

Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto. Por cuarenta días, y era tentado por el diablo. Y no comió nada en aquellos días, pasados los cuales, tuvo hambre. [Lc. 4:1-2]

Tenemos aquí delante de nosotros el episodio que narra la tentación del Señor Jesucristo. Los evangelios sinópticos—Mateo, Marcos y Lucas—todos mencionan esta tentación. Juan no presenta este incidente, porque él presenta al Señor Jesús como el Hijo de Dios, y pone el mayor énfasis sobre Su Deidad. Los evangelios sinópticos, en cambio, ponen el énfasis en la humanidad del Señor Jesús. Él fue tentado como hombre; pero como Dios, no puede ser tentado. Es que aquí, en el evangelio de Lucas, Jesucristo es presentado como el Hijo del Hombre. Note que el versículo 38 del capítulo anterior, dice: hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios. Ésta es la genealogía de María, que traza la línea de Cristo hasta Adán. Como hijo de Adán, Jesús establece Su parentesco al comienzo mismo de la raza de la que todos somos miembros. Fue un ser humano que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin caer en pecado alguno.

Hay una oscuridad espantosa en torno a la tentación de nuestro Señor que constituye un enigma aterrador. Debo confesar que no lo puedo explicar, pero llegaremos al mismo borde y hasta el margen de Su tentación, y espero que así podamos aprender algo. Es obvio que había fuerzas invisibles y ocultas de la maldad en Su derredor. Y que Él estuvo rodeado de los poderes de las tinieblas y de la destrucción. Jesús luchó contra los problemas fundamentales del género humano, contra aquello que es mundano, y así ganó una victoria para toda la humanidad. Ganó la victoria para usted y para mí.

Hay algunas consideraciones preliminares que debemos tener en cuenta al considerar la tentación de nuestro Señor. Dice el versículo 1, que Jesús fue lleno del Espíritu Santo. Como hombre, el Hijo de Dios necesitaba ser lleno del Espíritu para poder hacerle frente a la tentación. Amigo, yo no puedo hacerle frente a las tentaciones de este mundo. No les puedo hacer frente por mis propias fuerzas. Pablo, en Romanos 7:21, nos dice: Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. ¿No ha notado usted que esto es verdad en usted

mismo? En Romanos 8:3, Pablo continúa diciendo: Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a Su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne. La carne es débil, y no la Ley. Romanos 8:4, dice: Para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Por tanto, Pablo concluye en Gálatas 5:16, diciendo: Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Necesitamos al Espíritu Santo.

En Deuteronomio 8:2, Dios les dijo a los israelitas: Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no Sus mandamientos. En otras palabras, Dios estaba tentando a los israelitas. Pero recuerde que Dios nunca tienta a nadie con la maldad. Note también que Lucas 4:1, dice que antes que el Señor fuera tentado, fue llevado por el Espíritu al desierto. Marcos dice que el Espíritu Santo le impulsó al desierto. En otras palabras, el Señor no buscó la tentación. Aun en el huerto de Getsemaní Él oró, pasa de Mí esta copa (véase Lc. 22:42).

La tentación del Señor no principió al fin de los cuarenta días. El versículo 2 nos dice que fue después de la tentación, que tuvo hambre. Note también que Satanás no dejó de tentar al Señor después de esta tentación en el desierto. En el huerto de Getsemaní, Satanás le atacó furiosamente de nuevo. Y cuando el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de Él por un tiempo. (Lc. 4:13)

Note las últimas palabras por un tiempo. Otra cosa que necesitamos comprender es que Satanás es una persona. Claro que entiendo que son muchos los que dicen que Satanás no es persona. Las Escrituras, sin embargo, establecen sin lugar a dudas, que el diablo es una persona. Cuando tentó al Señor Jesús, por ejemplo, ¿apareció el diablo en forma física? ¿Llegó como espíritu, o como ángel de luz? La Biblia nos dice que el Señor le habló cara a cara. Tenemos que darnos cuenta, que Satanás es muy astuto. Unas veces se presenta como un león rugiente que anda buscando a quien devorar. (Véase 1 Pedro 5:8) La próxima vez viene como ángel de luz, para engañar, si fuese posible, aun a los escogidos. (Mr. 13:22) Así lo expresa también 2 Corintios 11:14.

Considere ahora lo que significa la tentación del Señor. Note primeramente que la palabra “tentar” puede tener dos significados diferentes. En primer lugar, “tentar” significa incitar o atraer a hacer maldad, o sea, seducir. Si una persona puede ser seducida a hacer maldad, quiere decir que ya hay algo en aquel individuo que le causa ceder al mal. No sería una tentación a menos que hubiese algo dentro de la persona que fuese capaz de caer. Esto ciertamente no fue el caso en cuanto al Señor Jesucristo. En Juan 14:30, Él pudo decir: No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en Mí. Yo no sé cuál será la situación suya, amigo, pero cada vez que Satanás viene para tentarme, siempre encuentra algo en mí que él sabe muy bien que ya está predispuesto a caer en su red. Nuestro Señor, en cambio, era santo, inocente, sin mancha, y apartado de los pecadores (He. 7:26). La tentación del Señor no fue una tentación a hacer mal.

Note ahora, una segunda acepción de esta palabra “tentar”. En la traducción conocida como la Biblia de Jerusalén, Génesis 22:1 dice: Dios tentó a Abraham, o sea que Dios probó a Abraham. Dios también probó a Israel por cuarenta años en el desierto. Volviendo ahora al caso de Jesucristo, surge aquí una pregunta. ¿Pudo haber caído el Señor Jesucristo? Note la respuesta. La respuesta es un enfático: ¡No! ¡Cristo nunca pudo haber caído! Entonces, quizá usted se esté preguntando si ésta era una tentación legítima. Ésta era una prueba. Todas las cosas nuevas se prueban. Por ejemplo, los neumáticos y los automóviles se prueban antes de ser vendidos al público. Siempre en la televisión los fabricantes nos enseñan el nuevo modelo de un automóvil y lo manejan como si fuera por el mismo purgatorio para demostrar la cantidad de castigo que aquel carro puede resistir. Todo es probado y si algo se descompone en estas pruebas, sería bastante desconcertante para los fabricantes.

El Señor Jesucristo, no pudo haber caído. Entonces, ¿era ésta una tentación legítima? Sí, lo fue. Permítame ilustrar este hecho con una historia sencilla. Cuando yo era muchacho en Tejas, vivíamos cerca del río Brazas. En el verano, no corría suficiente agua, y por eso el río se secaba. En el invierno, sin embargo, había un caudal capaz de mantener a flote a un acorazado en el mismo río. Un año sufrimos una inundación, y se llevó el puente del ferrocarril que cruzaba el río.

Los obreros de la compañía del ferrocarril vinieron inmediatamente para construir un nuevo puente. Cuando se terminó su construcción, pusieron dos locomotoras en el puente y comenzaron a hacer sonar los silbatos. Nunca habíamos oído sonar a la vez dos silbatos de locomotora, y por eso todo el mundo corrió hasta el puente.

Un tipo valiente entre la multitud preguntó: “¿Qué es lo que hacen?” El ingeniero le contestó: “Estamos probando el puente”. “¿Creen que se puede romper?” preguntó el joven. “Claro que se no romperá”, dijo el ingeniero con una expresión de desprecio. “Entonces, si es que saben que no se romperá, ¿por qué pusieron aquellas dos locomotoras sobre el puente?” preguntó el joven. “Simplemente”, dijo el ingeniero “para probar que el puente no se romperá”.

El propósito de la tentación del Señor fue para mostrarnos que tenemos un Salvador que es santo, inocente, sin mancha, apartado de todo pecado, y poderoso para salvar perpetuamente a los que por medio de Él se acercan a Dios, como consta en Hebreos 7:25-26.

El Señor fue tentado en una manera que es imposible que nosotros seamos tentados. Cuando nosotros somos tentados, siempre hay algún punto donde estamos dispuestos a ceder. Cuando llegamos a ese punto, cedemos, y entonces, la presión se nos quita. Pero esta presión fue perenne sobre el Señor.

Al analizar este pasaje, note que Su tentación fue triple y que actuó en tres esferas de su vida: en la esfera física, en la esfera psicológica y en la esfera espiritual. El Señor fue tentado, primero en la esfera física, como indica Lucas 4:3:

Entonces el diablo le dijo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan. [Lc. 4:3]

El diablo no le pidió al Señor que cometiera algún crimen. El pan es el sostén de la vida y una verdadera necesidad. Más adelante, veremos que el Señor le dio de comer a una multitud de 5.000 personas, y después a 4.000 personas en otra ocasión. Eva, miró el árbol plantado en medio del huerto de Edén y vio que su fruto era bueno para comer, y comió de él. Juan llama a esta tentación, los deseos de la carne, los deseos de los ojos. (1 Jn. 2:16) ¿Qué fue lo que hizo ella que era malo? Un hombre necesita vivir, como usted bien sabe, y para poder vivir tiene que comer.

Ésa es la filosofía de muchos hoy en día. El clamor de la multitud y la melodía que cantan es ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? (Mt. 6:31b) Para muchas personas, eso es todo lo que tiene significado en la vida. Los hombres están dispuestos a entregar su honestidad, a robar, jugar, vender drogas y licor y recurrir a casi cualquier estratagema para poder obtener algo para sus cuerpos. Las mujeres están dispuestas hasta a vender su virtud para obtener algún oropel que desean. Ésta es por lo menos la baja opinión de Satanás en cuanto al género humano. Recuerde que, en el caso de Job, en el Antiguo Testamento, Satanás le dijo al Señor en el capítulo 2 de Job: Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida. Pero esto no es verdad porque Job no cedió. Y nuestro Señor, usó la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios para derrotar a Satanás.

Jesús, respondiéndole, dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios. [Lc. 4:4]

Entonces, Satanás tentó al Señor en la esfera psicológica.

Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy. Si tú postrado me adorares, todos serán tuyos. Respondiendo Jesús, le dijo: Vete de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás. [Lc. 4:5-8]

Esta tentación tenía que ver con los deseos de los ojos. Eva miró el fruto del árbol en medio del huerto de Edén, y vio que era agradable a los ojos. Satanás llevó a Cristo a un alto monte y le mostró todos los reinos de la tierra, y se los ofreció con una sola condición. Los reinos de la tierra, abarcaba todo el Imperio Romano. Todo lo que necesitaba hacer el Señor era adorar a Satanás. El Señor había venido para demandar el mundo como Su propio reino, pero si adoraba a Satanás, tendría que entregar Su independencia por los reinos del mundo. Entonces, reconocería el señorío del diablo.

Cristo estaba de camino al trono, pero iba por la vía de la cruz, y aquí Satanás le estaba diciendo: “Vamos a evitar la cruz”. Pablo, dice en 1 Corintios 1:18: Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios.

Luego, en la misma carta, capítulo 2:2, Pablo continúa diciendo: Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a Éste crucificado. Es satánico, tratar de erigir un reino en la tierra sin Jesucristo. Hay sólo dos soberanos: el Señor Jesús y Satanás. Si usted no está tomando en cuenta al Señor, será porque tiene a Satanás como su soberano. En esta tentación, el Señor Jesucristo reconoció la autoridad de Dios como única Autoridad suprema.

Ahora, en último lugar, el Señor fue tentado en la esfera espiritual.

Y le llevó a Jerusalén, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo; Porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden; Y, en las manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra. Respondiendo Jesús, le dijo: Dicho está: No tentarás al Señor tu Dios. Y cuando el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de él por un tiempo. [Lc. 4:9-13]

Eva deseaba el fruto del árbol en medio del huerto porque creía que podía hacerlo sabio a uno. Juan llama a esta tentación la vanagloria de la vida. (1 Jn. 2:16) Esto es en la esfera del espíritu y de la fe. Satanás quería que el Señor Jesús se echara del pináculo a fin de que cuando cayera sin daño en medio de la multitud, lo aclamaran como el Mesías de inmediato. Eso habría sido presunción, y no fe. Era retar a Dios. Tener fe, es esperar pacientemente en Dios, y hacer Su voluntad. Pero, una vez más, el Señor no cedió a la tentación de Satanás. Es interesante notar que, cuando Satanás citó el Salmo 91:11-12, citó equivocada la Escritura, así como citó equivocada la Palabra de Dios, tal y como la había citado equivocadamente a Eva en el huerto de Edén.

Jesucristo, fue tentado para demostrar que Él era sin pecado, impecable y poderoso para salvar. Probó que le había sido dado todo poder. Hay un Hombre en la gloria hoy en día, que nos comprende y que puede compadecerse de nosotros. Es maravilloso tener un Salvador como Él. Juan, escribe: Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo. Y Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. (1 Jn. 2:1-2) Podemos depender del Señor Jesús en todas las circunstancias de la vida. Por eso le exhorto a que abra las puertas de su corazón al Hijo

de Dios, en este mismo momento, porque sólo así podrá contar con un refugio seguro, con una ayuda apropiada para obtener la victoria sobre la tentación en todas las circunstancias de su vida. Venga a Jesucristo en esta hora y recíbele como el Señor, como el Soberano absoluto de su vida. ¡Que el Dios Omnipotente le ayude a dar este paso sin igual que sellará su destino eterno!

Jesús regresa a Galilea y a Nazaret y es rechazado por Su pueblo natal

Después de la tentación por la cual atravesó el Señor Jesucristo, Él necesitaba ser fortalecido.

Y Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor. [Lc. 4:14]

Después de la tentación, el Señor es fortalecido y vuelve entonces en el poder del Espíritu Santo. La tentación hará una de estas dos cosas por el individuo: o bien, le fortalecerá, o bien, le debilitará. Le enternecerá, o le endurecerá. Si usted toma un pedazo de cera y lo expone al sol, notará que se ablanda o se derrite. Asimismo, si toma un pedazo de greda o barro y lo expone al sol, notará que se endurece. Ahora, todos sabemos que es el mismo sol; que por una parte derrite la cera, y, por otra parte, endurece la greda o el barro. La reacción no la determina el sol sino la condición o el carácter del elemento que es expuesto a su acción. No es que Dios lo vaya a endurecer a usted, así como no fue Dios quien endureció el corazón de Faraón cuando Moisés vino ante él para pedirle que dejara salir al pueblo de Israel. El caso es que Faraón ya tenía un corazón duro y que Dios simplemente puso al descubierto este hecho. Nuestro Señor Jesucristo se identificó completamente con el género humano. La Escritura declara: Por lo cual debía ser en todo semejante a Sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel Sumo Sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. (He. 2:17) El Señor Jesucristo se hizo hombre y, por tanto, después de Su tentación necesitaba ser fortalecido. Y si nuestro Señor necesitaba el fortalecimiento del Espíritu Santo después de Su prueba, ¡cuánto más le necesitamos nosotros!

Y enseñaba en las sinagogas de ellos, y era glorificado por todos. [Lc. 4:15]

Después de sufrir la tentación en el desierto, el Señor regresó a Galilea a la tierra de Su hogar, y comenzó a enseñar en las sinagogas y todo el pueblo lo glorificó. Fue alabado y exaltado de tal manera que este versículo parece ser una doxología. Pero ¿sabe usted que es posible alabarle, y, sin embargo, rechazarle? Es posible cantar la doxología y al mismo tiempo negar que Jesucristo sea el Mesías prometido. La misma multitud que cantó “Hosanna, Hosanna” queriendo coronarle, se juntó al día siguiente con Sus enemigos para crucificarle. Hay un cuadro famoso de la crucifixión que muestra a un burro en la parte de atrás comiéndose las ramas de palmera ya secas, y una cruz vacía. Así fue, amigo. Un día alabaron al Señor, y al día siguiente le crucificaron. Un día el Señor fue alabado, y el próximo, fue crucificado.

Llegamos ahora a uno de los incidentes más bellos que se cuenta en la Palabra de Dios. Es una historia centelleante que parece fulgurar con luz propia. Es hermosísima ante nuestra vista, y tiene mucho que enseñarnos. El Dr. Lucas lo cuenta así:

Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer. Y se le dio el libro del profeta Isaías; y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; A predicar el año agradable del Señor. Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros. [Lc. 4:16-21]

Este incidente es contado sólo por el Dr. Lucas y es tan extraordinario que no podemos pasarlo por alto. Se nos dice que después de la tentación, el Señor había regresado a Su pueblo natal. Generalmente los habitantes del pueblo natal de uno se ufanan con la llegada de un muchacho local que ha logrado éxito. Como era Su costumbre, en el día de reposo, Jesús fue a la sinagoga en Nazaret. Nunca tomó en consideración la falsa noción de que se puede adorar a Dios en la naturaleza tanto como en un lugar designado.

Debo decir, que a mí me gustan algunos deportes, pero me perturba lo que algunos dicen en forma piadosa, de que pueden adorar a Dios los domingos tan fácilmente en la cancha de golf, como en la iglesia. ¿Sabe usted cómo responder a este tipo de argumento? Lo que dicen es verdad, pero la pregunta que debemos hacerles es ésta: “Cuando usted lleva su equipo de golf a la cancha los domingos, ¿va para adorar a Dios o para jugar golf?” Claro que la respuesta a esta pregunta invariablemente comienza con un tartamudeo. El hecho es que no hay ninguna intención de adorar a Dios en la cancha de golf, y más aún, creo que hay algo que no le funciona muy bien a la persona que lleva su equipo de golf a la cancha y dice que está allí para adorar a Dios. Creo que muchos sospecharían que tal persona está un poco trastornada. Uno va a la iglesia los domingos en la mañana para adorar a Dios. Uno va a la cancha de golf para jugar golf.

Era la costumbre de nuestro Señor ir a la sinagoga en el día de reposo. La sinagoga era una de las instituciones religiosas más importantes de los judíos en los tiempos de nuestro Señor. Aparentemente las primeras sinagogas aparecieron durante el tiempo del exilio babilónico, cuando los judíos se hallaban lejos de su país natal, del templo y del altar. Sin duda, los que eran píos y temerosos de Dios sintieron la necesidad de reunirse para poder escuchar la Palabra de Dios, y ocuparse en alguna clase de adoración. En el libro del profeta Ezequiel 14:1, y en el capítulo 20:1, se hace mención de que los ancianos se reunían juntos con Ezequiel, y esto pudo haber sido en un tal ambiente muy similar al de la sinagoga. Después del exilio, la sinagoga sobrevivió como institución. En el principio servía solamente para la exposición de la ley. Pero más tarde, fue usada también como lugar para la oración y para la prédica. Sin embargo, las sinagogas servían principalmente para dar instrucción sobre la Ley. Así fue como en los tiempos de nuestro Señor había sinagogas en todos los pueblos grandes.

Ahora, me es posible informarle en cuanto a un día por semana de aquellos años que se conocen como “los años de silencio” en cuanto a la vida terrenal de Cristo. No se sabe tanto en cuanto a los otros seis días de la semana, excepto que era carpintero y que ejercía esa profesión en aquellos días. Este pasaje establece que Jesús asistía a la sinagoga cada sábado. Note usted que la última parte del versículo 16 dice: conforme a Su costumbre—fue al lugar que era designado para la adoración de

Dios. En la sinagoga le entregaron el libro y Él empezó a leerlo. Leyó un pasaje del profeta Isaías. En aquellos días, la Biblia no estaba dividida en capítulos y versículos, como la tenemos hoy; pero según las divisiones que tiene mi Biblia, Él habría leído Isaías 61:1, y parte del versículo 2. Lo importante que debemos notar aquí es donde dejó de leer. Note usted que no leyó las palabras: Y el día de venganza del Dios nuestro. Después de leer todo el versículo uno, concluyó la lectura abruptamente en la mitad del versículo 2, cerró el libro y se lo dio al ministro. Lo asombroso es que no leyó hasta el fin de una frase, sino que concluyó Su lectura donde hay sólo una coma, y aún más notable es que, en el texto Hebreo que leía, ni siquiera había una coma donde acabó Su lectura.

No hizo ninguna mención de la frase: Y el día de venganza del Dios nuestro. No hizo ninguna mención de nada del texto que sigue a esta frase. ¿Sabe usted por qué? Bueno, Él miró a esa multitud y dijo: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros—en el versículo 21. En otras palabras, les dijo: “Aquí tenéis un pasaje de la Escritura que va a ser cumplido ante vosotros, pero sólo hasta donde he leído”. El resto del pasaje no sería cumplido sino hasta que Jesús venga la segunda vez. El día de venganza todavía no ha venido. ¿Cuál es el día de venganza? Es aquel tiempo del cual habló Dios cuando dijo en el Salmo 2:8: Pídeme, y Te daré por herencia las naciones, y como posesión Tuya los confines de la tierra. ¿Cómo es que el Señor recibirá por herencia las naciones? La respuesta se encuentra en el mismo Salmo 2:9: Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás. Es así, entonces, como el Señor vendrá al poder. Aquél será el día de Su venganza. Aquél es el gran día del Señor, y tendrá lugar cuando venga por segunda vez.

Vino la primera vez para predicar el Evangelio a los pobres para que se salvaran. Vino ungido por el Espíritu Santo para traer el mensaje glorioso de la salvación. Todavía estamos viviendo en aquel día maravilloso, el día del Evangelio. Cuando venga la segunda vez, será el día de venganza.

Y todos daban buen testimonio de él, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca, y decían: ¿No es éste el hijo de José? [Lc. 4:22]

Le miraban y se acordaban de que era hijo de José, el carpintero. Parece que eso fue lo que lo echó todo a perder. Decían: ¿Cómo puede ser que un simple carpintero, hijo de carpintero, sea el Mesías? Lucas está diciendo con toda claridad que Él tomó nuestra humanidad débil.

Él les dijo: Sin duda me diréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo; de tantas cosas que hemos oído que se han hecho en Capernaum, haz también aquí en tu tierra. Y añadió: De cierto os digo, que ningún profeta es acepto en su propia tierra. Y en verdad os digo que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en toda la tierra; Pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; pero ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio. [Lc. 4:23-27]

Nuestro Señor Jesucristo muchas veces usó parábolas o proverbios para enseñar al pueblo una lección. En esta ocasión en particular, Él sabía que le pedirían que hiciera milagros, así como lo hizo en Capernaum. Estos hombres no se daban cuenta que perderían una gran bendición si no aceptaban a Jesús como el Mesías. Serían como muchas viudas y muchos leprosos, que no fueron sanados durante el tiempo de los profetas. Sólo unos pocos tenían fe.

Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira; Y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle. Mas él pasó por en medio de ellos, y se fue. [Lc. 4:28-30]

Los del pueblo natal de Jesús le rechazaron. Le llevaron hasta la cumbre de un monte e intentaron arrojarlo a Su muerte. Su escape de esta multitud fue un milagro.

Jesús cambia Su centro de operaciones a Capernaum y continúa Su ministerio

Descendió Jesús a Capernaum, ciudad de Galilea; y les enseñaba en los días de reposo. [Lc. 4:31]

Desde este versículo hasta el final del capítulo, tenemos un día en la vida del Señor Jesús. Muchos de nosotros quisiéramos haber tenido la oportunidad de pasar un día con Él mientras Él estaba aquí en la tierra. Lucas hace posible que podamos hacer eso.

Tanto Mateo como Marcos registran el hecho de que el Señor Jesús cambió Su centro de operaciones desde Su pueblo natal de Nazaret a Capernaum en el mar de Galilea. Hizo esto porque los de Su propio pueblo no le recibieron. Lucas nos da un relato un poquito más detallado en cuanto a las actividades de Jesús en Capernaum. Nos dice que en el día de reposo enseñaba en la sinagoga. Más adelante, en el capítulo 10:15, llegaría el día cuando Él les diría a los de Capernaum: Y tú, Capernaum, que hasta los cielos eres levantada, hasta el Hades serás abatida. (Lc. 10:15) Porque Su centro de operaciones estaba allí, ¡qué oportunidad tenían ellos! La luz crea responsabilidad.

Y se admiraban de su doctrina, porque su palabra era con autoridad. [Lc. 4:32]

Al enseñar el Señor en la sinagoga en el día de reposo, no hablaba como escriba ni como fariseo, sino como Alguien que tenía autoridad.

Estaba en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu de demonio inmundo, el cual exclamó a gran voz, Diciendo: Déjanos; ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Yo te conozco quién eres, el Santo de Dios. Y Jesús le reprendió, diciendo: Cállate, y sal de él. Entonces el demonio, derribándole en medio de ellos, salió de él, y no le hizo daño alguno. Y estaban todos maravillados, y hablaban unos a otros, diciendo: ¿Qué palabra es ésta, que con autoridad y poder manda a los espíritus inmundos, y salen? Y su fama se difundía por todos los lugares de los contornos. [Lc. 4:33-37]

Vivimos en un día cuando la creencia y la adoración de los demonios ha levantado su cabeza fea de nuevo, y la adoración de Satanás es también una realidad hoy en día. Los demonios estaban obrando en los tiempos de nuestro Señor, y hoy en día están obrando nuevamente. Aun con el uso del licor y de las drogas que se ha extendido tanto hoy, es difícil explicar algunas acciones y crímenes tan terribles, sino admitiendo que se cometen bajo el poder y el control de Satanás.

Entonces Jesús se levantó y salió de la sinagoga, y entró en casa de Simón. La suegra de Simón tenía una gran fiebre; y le rogaron por ella. E inclinándose hacia ella, reprendió a la fiebre; y la fiebre la dejó, y levantándose ella al instante, les servía. [Lc. 4:38-39]

Después de salir de la sinagoga, parece que nuestro Señor fue a la casa de Simón Pedro, probablemente para almorzar allí. Mientras estaba en la casa de Pedro, sanó a su suegra. La suegra de Pedro tenía una gran fiebre. Evidentemente tenía una enfermedad, quizá como la fiebre tifoidea. Nuestro Señor reprendió la fiebre, o como lo dice literalmente el Dr. Lucas: “le puso bozal”; inmediatamente la suegra de Pedro se levantó y les servía. Cuando el Señor sanaba a un enfermo, la curación no venía en forma gradual, sino que ocurría inmediatamente.

Alguien que asistió a una reunión de uno de aquéllos que se hacen pasar por “curadores” o “sanadores”, dijo que en esa reunión habían llevado a un cojo a la plataforma y que después de declarar que había sido sanado, lo tuvieron que llevar afuera todavía con sus muletas y aún cojeando. Luego, alguien llegó a la plataforma diciendo que sufría de un cáncer interno y que el curador declaró que fue sanado inmediatamente del cáncer. Es asombroso cómo las personas aceptan este tipo de testimonio. ¿Por qué no fue sanado inmediatamente el cojo? Cuando el Señor sanó a los enfermos su cura fue inmediata. Alguien quizá dirá: “Entonces, ¿no cree usted en la sanidad divina?” La respuesta es, ¿qué otro tipo de sanidad hay? Toda sanidad es divina. Esto es lo que Lucas nos está diciendo. Los médicos no siempre se dan cuenta de esto. Un médico maravilloso que era miembro de mi iglesia cristiana evangélica me dijo una vez: “Yo envío las cuentas, pero Dios es el que sana. Yo quito aquella parte que está irritando el cuerpo, pero Dios tendrá que ser el Sanador”. ¡Qué testimonio más grande! Dios, y no es un individuo el que sana.

Al ponerse el sol, todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades los traían a él; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba. También salían demonios de muchos, dando voces y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Pero él los reprendía y no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Cristo. Cuando ya era de día, salió y se fue a un lugar desierto;

y la gente le buscaba, y llegando a donde estaba, le detenían para que no se fuera de ellos. Pero él les dijo: Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios; porque para esto he sido enviado. Y predicaba en las sinagogas de Galilea. [Lc. 4:40-44]

Más tarde en aquella misma noche, el Señor fue a los que se habían juntado y de uno en uno les tocó y les sanó. Es interesante que Mateo, al relatar este incidente en el capítulo 8:17, cita las palabras del profeta Isaías, diciendo: Para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Él Mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias. Usted notará que el Señor está aquí sanando de una manera maravillosa. Isaías 53:4, dice: Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. El Señor llevó las enfermedades con gran compasión, y a pesar de eso, la nación de Israel en aquel día le tuvo por azotado. Ésa es la forma como nosotros le tenemos. Es un hecho que Jesús no sanó a los enfermos en base a la fe, sino que Su gran corazón lleno de compasión, le impulsó a obrar por ellos.

También a nosotros hoy en día, se nos manda a tener un corazón igualmente lleno de amor y compasión. Pablo, dice en Gálatas 6:2: Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo. Note finalmente, que Él está trayendo el evangelio del reino, que el reino de los cielos está a la mano y la presencia y la persona del mismo Rey, quien está allí.

CAPÍTULO 5

En este capítulo veremos que el Dr. Lucas anota con sumo cuidado los detalles de la purificación y curación de un leproso, y de la sanidad de un paralítico.

Jesús llama por segunda vez a los discípulos

Aconteció que, estando Jesús junto al lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios. Y vio dos barcas que estaban cerca de la orilla del lago; y los pescadores, habiendo descendido de ellas, lavaban sus redes. Y entrando en una de aquellas barcas, la cual era de Simón, le rogó que la apartase de tierra un poco; y sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud. [Lc. 5:1-3]

El lago de Genesaret es otro nombre para el mar de Galilea. Los pescadores estaban allí lavando sus redes, cuando el Señor entró en la barca de Simón Pedro y le pidió que la apartara de la tierra. ¡Qué púlpito! Creo que esta ilustración es simbólica y sugestiva. Cada púlpito es o debe ser una barca de pescar. Es un lugar donde se puede publicar la Palabra de Dios y tratar de pescar. Jesús les dijo a estos hombres que Él los haría pescadores de hombres. Esto no significa que usted va a pescar a alguien cada vez que comparta la Palabra viviente, porque ni aún los discípulos lograron tal cosa. Pero, esto significa, que Él está a bordo de la barca, nunca debe olvidarse que el trabajo supremo de la vida es pescar las almas de los hombres.

Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. [Lc. 5:4]

Después que el Señor hubo terminado de hablar a la gente, se dio vuelta y animó a los hombres a seguir pescando. Mateo y Marcos nos dicen que la primera vez que el Señor llamó a Sus discípulos, estaba caminando a orillas del mar de Galilea, y vio a Simón Pedro y a su hermano Andrés echando su red en el mar. Eran pescadores y nuestro Señor les dijo aquella vez: Venid en pos de Mí, y os haré pescadores de hombres. (Mt. 4:19; Mr. 1:17) Pero parece que estos hombres habían vuelto a su oficio de pescadores.

Evidentemente, el Señor Jesucristo llamó a los discípulos en tres ocasiones diferentes. Se encontró con la mayoría de los que más tarde serían Sus discípulos, en Jerusalén. Juan nos cuenta en cuanto a esto en el capítulo 1 de su Evangelio. Según aquel relato, algunos de los discípulos que seguían a Juan el Bautista querían saber dónde vivía Jesús.

Entre los que seguían a Jesús estaban Felipe, Natanael, Simón Pedro y Andrés. Pero no fue en aquella ocasión cuando Jesús los llamó para ser Sus discípulos, sino que fue más tarde, cuando el Señor andando... junto al mar de Galilea, les vio pescando. Fue entonces que los llamó, y allí mismo dejaron sus redes y le siguieron. Pero ahora, han vuelto a su antiguo oficio de pescadores. Más adelante el doctor Lucas nos dirá que el Señor les llamó de nuevo a volver a pescar hombres, y que fue en aquella ocasión que los hizo Apóstoles.

Simón Pedro había estado sentado en la barca escuchando, mientras el Señor le hablaba a la multitud. Cuando el Señor terminó de hablar, le dijo a Simón que bogara mar adentro, y que echara sus redes porque Él quería ir a pescar con Pedro. En otras palabras, el Señor le estaba diciendo a Pedro: “Tú dejaste de pescar conmigo, ahora pues, Yo voy a pescar contigo”.

Respondiendo Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red. [Lc. 5:5]

Note usted la frase: mas en Tu palabra echaré la red. Simón Pedro reprendió a Cristo. Estos hombres eran diestros pescadores y creían saberlo todo en cuanto a la pesca y el mar de Galilea. Realmente, sí sabían mucho en cuanto al arte de la pesca. Pero Pedro dijo claramente que habían trabajado toda la noche sin pescar nada.

La historia cuenta que una vez Wellington, el famoso militar que derrotó a Napoleón, le dio una orden a uno de sus Generales, y que éste le respondió que era imposible ejecutarla. Wellington le mandó a seguir adelante porque él no daba órdenes imposibles. Cuando el Señor Jesucristo le da una orden a usted, no es necesario que usted le reprenda ni que le diga que no le es posible hacerlo. Él no da órdenes que son imposibles de llevar a cabo.

Y habiéndolo hecho, encerraron gran cantidad de peces, y su red se rompió. [Lc. 5:6]

La pesca debe ser hecha según la dirección del Señor. La pesca es un arte. Uno tiene que ir donde se hallan los peces. Uno tiene que usar el cebo o la carnada indicada, y uno necesita ser paciente. Tenemos que pescar, según las instrucciones del Señor.

En este caso, la red estaba tan colmada con peces que ya se rompía. Pero más adelante, en Juan 21:1-11, tenemos el caso de una red cargada con peces, que no se rompe. La red del pescador ilustra una verdad espiritual. Aquí en este caso no había una red que pudiera aguantar los peces, por la sencilla razón de que Cristo todavía no había muerto, ni había mucho menos resucitado de los muertos. Este hecho, la muerte y resurrección de Jesucristo, es el Evangelio y la red evangélica que podrá aguantar los peces, será una que se apoya en la muerte y la resurrección de Cristo. En el tiempo de aquel incidente, no había ninguna muerte ni resurrección cuando se rompió la red. Después de Su muerte y resurrección Cristo pescó otra vez con Sus discípulos, y les dijo cómo pescar, y en aquel entonces la red no se rompió.

Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que viniesen a ayudarles; y vinieron, y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían. Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador. [Lc. 5:7-8]

Note usted que la pesca fue muy grande y que Pedro confesó su fracaso. Vio que no era buen pescador de peces, debido a su falta de fe. Cuando Simón le dijo al Señor: Apártate de mí, Señor porque soy hombre pecador, estaba diciéndole: “Señor, me llamaste a ser pescador de hombres y fracasé. Volví a pescar peces. Yo creía que yo sabía lo que era mejor pero no lo sabía. Apártate de mí, Señor, déjame solo. Soy pecador, y es mejor que encuentres a otro de quien te puedas fiar”. El Señor, sin embargo, no intentó apartarse de Simón Pedro. Él lo iba a usar, y esto mismo se aplica a nosotros hoy en día también. Lo que tenemos que hacer es reconocer y confesar que no somos buenos pescadores, y reconocer nuestras fallas e infidelidad. Cuando estamos dispuestos a venir a Él, Él no nos excluirá del trabajo de pescar las almas de los hombres, ni se apartará de nosotros.

Porque por la pesca que habían hecho, el temor se había apoderado de él, y de todos los que estaban con él, Y asimismo de

***Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.
Pero Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de
hombres. [Lc. 5:9-10]***

Más adelante, Simón Pedro sí pescó hombres, y muchos. ¿Recuerda usted lo bueno que fue la pesca en el día de Pentecostés? Así, pues, esta respuesta del Señor a Pedro tiene un significado muy importante. Ya no pescaría peces muertos sino hombres vivos. Esa expedición de pesca reveló entonces, dos cosas. Primero, que los discípulos no podían pescar; y segundo, que el Señor sí podía pescar.

Esta lección también nos enseña otra cosa: que hay otro pescador. Su nombre es Satanás. ¿Sabía usted que Satanás es pescador también? Pablo nos dice que él tiene interés en “la pesca”; en 2 Timoteo 2:26, leemos: y escapen del lazo (o la red) del diablo, en que están cautivos a voluntad de él. Satanás tiene su anzuelo en el agua también. Dios está pescando, procurando pescar su alma, pero Satanás también está pescando, procurando agarrar su alma con la carnada que tiene en su anzuelo. En el anzuelo de Satanás cuelgan las cosas del mundo, y en el anzuelo de Dios cuelga una cruz. El Hijo de Dios murió en esa cruz por usted. Éste es el mensaje de Dios para usted.

A propósito, ¿quién le ha pescado a usted? ¿En cuál anzuelo se halla usted hoy en día? O bien se encuentra usted en el anzuelo de Dios, o de otra manera, en el anzuelo de Satanás. O el diablo le ha pescado, o Dios le ha pescado. ¡No hay un tercer pescador!

Jesús limpia a un leproso

Sucedió que estando él en una de las ciudades, se presentó un hombre lleno de lepra, el cual, viendo a Jesús, se postró con el rostro en tierra y le rogó, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Entonces, extendiendo él la mano, le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante la lepra se fue de él. [Lc. 5:12-13]

En los versículos 12-15 aparece el relato sobre la sanidad de un leproso. El doctor Lucas era buen médico. Reconoció una implicación psicológica en la sanidad de este leproso, que no era entendida tanto en aquel entonces.

No se nos dice cómo este hombre descubrió que tenía lepra, pero pudo haber sucedido de la manera siguiente: Un día que llegó a casa después de arar el campo le dijo a su esposa: “Tengo una pequeña llaga en la palma de la mano. Me molesta cuando estoy arando. Quiero que le pongas una cataplasma y que la cubras”. Su esposa vendó su mano, pero al día siguiente esta llaga empeoró. Al pasar unos días, ambos se asustaron. Su esposa le dijo entonces: “Creo que debes ir al sacerdote”. Así fue como el sacerdote lo aisló por catorce días. Cuando lo sacaron, el sacerdote lo examinó otra vez y notó que la llaga se había extendido. El sacerdote, entonces, tuvo que informarle que tenía lepra. Supongo que al saber esto rogaría al sacerdote: “¡Permítame ir a la casa para despedirme de mi esposa y de mis niños!” El sacerdote le contestó: “No, no puedes despedirte de ellos. Nunca jamás podrás abrazar a aquellos niños preciosos ni a tu esposa”. El hombre, entonces, tuvo que irse solo. Su familia le traía la comida a cierto lugar y luego se apartaba cuando él venía a buscarla. Desde lejos él podía ver a su esposa y a sus niños, a quienes tanto amaba. Sólo podía ver crecer a sus niños allá desde la distancia.

Pero, un día, vino el Señor Jesucristo, y el leproso le dice: Si quieres, puedes limpiarme. El Rey de Reyes le respondió Quiero, sé limpio. Ah, pero note usted, cómo el Señor le sana: Extendió Su mano y tocó a este hombre afligido con lepra. A este pobre “intocable” nadie le había tocado por muchos años. ¿Se puede usted imaginar lo que debe haber significado para este pobre hombre, sentir la mano de Cristo sobre su cuerpo? ¿Ha tocado su vida el Señor Jesucristo? Hay tantas vidas que todavía necesitan ser tocadas.

Confío en que usted pueda alcanzar a alguien para el Señor Jesucristo. Él nos dijo que debemos ser pescadores. Usted necesita extender la mano y así tocar algún alma que sólo usted puede tocar hoy en día.

Jesús sana al paralítico

Aconteció un día, que él estaba enseñando, y estaban sentados los fariseos y doctores de la ley, los cuales habían venido de todas las aldeas de Galilea, y de Judea y Jerusalén; y el poder del Señor estaba con él para sanar. Y sucedió que unos hombres que traían en un lecho a un hombre que estaba paralítico,

procuraban llevarle adentro y ponerle delante de él. Pero no hallando cómo hacerlo a causa de la multitud, subieron encima de la casa, y por el tejado le bajaron con el lecho, poniéndole en medio, delante de Jesús. Al ver él la fe de ellos, le dijo: Hombre, tus pecados te son perdonados. [Lc. 5:17-20]

Éste es el relato sobre cómo fue sanado el paralítico de Capernaum. Algunos amigos de este hombre lo bajaron por el techo de una casa para que el Señor Jesucristo lo pudiera atender. Mateo y Marcos también incluyen este incidente en sus Evangelios. Marcos da el relato más largo en su Evangelio, que es a la vez el más corto. El Señor sanó a este paralítico porque estos cuatro hombres lo trajeron a la presencia de Cristo, a un lugar donde el pobre enfermo pudo escuchar a Cristo decirle: Hombre, tus pecados te son perdonados. Fueron palabras maravillosas las que llegaron a los oídos de este hombre.

Hay muchas personas que no van a recibir el mensaje de la salvación, a menos que usted, esté dispuesto a pararse en una extremidad de sus camillas para llevarlas al Señor porque se encuentran paralizados. Han sido inmovilizados por el pecado y por muchas otras cosas que el mundo tiene para ellos. Algunos hombres han sido paralizados por los prejuicios, y otros por la indiferencia, y éstos nunca van a escuchar a Jesús decirles: Hombre, tus pecados te son perdonados, a menos que usted, tome una extremidad de sus camillas y los lleve a Cristo.

Todas estas historias revelan el hecho de que el Señor Jesucristo quiere que nosotros propaguemos el mensaje de la salvación a otros. Por esta razón predico la Palabra de Dios, y recuerde esto: Un solo hombre no puede llevar una camilla. Eran cuatro los que llevaban la camilla del paralítico. Pero, son muchos los hombres y las mujeres que se necesita hoy en día, para dar la Palabra de Dios a tantos necesitados.

El llamamiento de Mateo

Después de estas cosas salió, y vio a un publicano llamado Levi, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y dejándolo todo, se levantó y le siguió. [Lc. 5:27-28]

Mateo nos da esta información en su Evangelio, y Marcos nos da unos detalles más, pero Lucas comparte algo ahora que no se halla en los otros Evangelios.

Y Leví le hizo gran banquete en su casa; y había mucha compañía de publicanos y de otros que estaban a la mesa con ellos. [Lc. 5:29]

Esta cena fue dada por Leví como una manera de tratar de ganar a los hombres para el Señor Jesucristo. Leví no había sido instruido en un seminario teológico. Era un recaudador de impuestos y quizá algo pícaro. Cuando halló la salvación mediante el Señor Jesucristo, hizo todo lo que pudo para ganar a las almas perdidas. Era un publicano rico, y por tanto dio una cena y convidó a todos sus amigos de la misma clase, para que también hallaran la salvación.

A los escribas y fariseos que fueron convidados a la cena les fue difícil quedarse callados y por fin fueron donde el Señor y le formularon una pregunta.

Y los escribas y los fariseos murmuraban contra los discípulos, diciendo: ¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores? [Lc. 5:30]

Los escribas y fariseos le hicieron una pregunta, y el Señor les dio una buena respuesta. Nuestro Señor siempre protege a los Suyos.

Respondiendo Jesús, les dijo: Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. [Lc. 5:31-32]

Los escribas y fariseos les preguntaron a los discípulos por qué comían con los publicanos y pecadores. La respuesta del Señor fue simple y maravillosa. Era el Gran Médico y Él no andaba sanando a los que gozaban de buena salud. Vino a ministrar a aquéllos que estaban enfermos a causa del pecado. El Evangelio realmente es para los que reconocen su propia necesidad. Hay algunos que creen que son demasiado buenos como para necesitar la salvación. No se dan cuenta de su necesidad. Pero, si usted, reconoce que tiene una necesidad, entonces, el evangelio es para usted. Cristo puede y quiere salvarle.

Si usted es arrogante y no reconoce que tiene alguna necesidad personal, permítame decirle que al continuar en el camino que usted ha elegido para sí mismo, éste le conducirá a la destrucción y perdición eterna.

Evidentemente, los discípulos de Juan también estaban presentes en esta gran cena, y por tanto los escribas y los fariseos preguntan por qué los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunaban, mientras que los discípulos de Jesús se están divirtiendo.

Entonces ellos le dijeron: ¿Por qué los discípulos de Juan ayunan muchas veces y hacen oraciones, y asimismo los de los fariseos, pero los tuyos comen y beben? Él les dijo: ¿Podéis acaso hacer que los que están de bodas ayunen, entre tanto que el esposo está con ellos? Mas vendrán días cuando el esposo les será quitado; entonces, en aquellos días ayunarán. [Lc. 5:33-35]

Es bueno divertirnos, pero el ayuno también es beneficioso. Debemos reconocer que nuestro Señor está en el cielo y que nosotros estamos acá en un mundo que le ha rechazado. El punto es, si ayunamos o festeamos, nuestro deber es darles la Palabra de Dios a los necesitados.

Las parábolas en cuanto al vestido nuevo y a los odres

Les dijo también una parábola: Nadie corta un pedazo de un vestido nuevo y lo pone en un vestido viejo; pues si lo hace, no solamente rompe el nuevo, sino que el remiendo sacado de él no armoniza con el viejo. Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo romperá los odres y se derramará, y los odres se perderán. Mas el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar; y lo uno y lo otro se conservan. Y ninguno que beba del añejo, quiere luego el nuevo; porque dice: El añejo es mejor. [Lc. 5:36-39]

Al hombre natural le gustan sus viejas costumbres. Le gusta el vino viejo y la religión vieja. Lo importante es reconocer que nuestro Señor trajo algo nuevo al género humano—el Evangelio. No vino al mundo para remendar un vestido viejo. No vino para añadir remiendos a la ley. Vino para pagar la pena del pecado en la cruz del Calvario. Resucitó de entre los muertos, y ahora nos viste a nosotros con Sus vestimentas de justicia y nos da el nuevo vino del Evangelio. El nuevo vino del Evangelio ha de ser echado en el odre nuevo, y no en uno viejo que es la ley. No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu. (Ef. 5:18) Éste es el mensaje que el Señor da hoy

en día. Vino para darnos algo nuevo. Vino para salvarnos por la fe en Él. Todo el capítulo 5 se mueve en una sola dirección, la de presentar el glorioso Evangelio del Señor Jesucristo por todos los medios que sea posible para que los hombres escuchen el mensaje y tengan una oportunidad para escoger entre aceptarle como Salvador, o rechazarle. Sólo usted, puede tomar la decisión por usted mismo. Él todavía está poniendo vino nuevo en odres nuevos. Todavía está dando nuevos vestidos y no remendando los viejos. ¿Ha aceptado usted a Cristo y le ha recibido en su corazón como su Salvador personal? Si no lo ha hecho, es el momento de que piense con toda seriedad en este asunto.

CAPÍTULO 6

Jesús defiende a Sus discípulos por recoger espigas en el día de reposo

La primera parte de este evangelio es muy similar al relato de los otros Evangelios que se llaman sinópticos, es decir, los que presentan un resumen más o menos cronológico sobre la vida de Jesucristo (Mateo y Marcos). Tenemos, por ejemplo, el caso en que Jesucristo expone Su actitud en cuanto al día de reposo. Fue precisamente en cuanto a esto que Sus enemigos se declararon abiertamente en Su contra. Desde entonces en adelante intentaron matarle debido a Su actitud y Sus acciones en cuanto al día de reposo.

Aconteció en un día de reposo, que pasando Jesús por los sembrados, sus discípulos arrancaban espigas y comían, restregándolas con las manos. Y algunos de los fariseos les dijeron: ¿Por qué hacéis lo que no es lícito hacer en los días de reposo? Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Ni aun esto habéis leído, lo que hizo David cuando tuvo hambre él, y los que con él estaban; Cómo entró en la casa de Dios, y tomó los panes de la proposición, de los cuales no es lícito comer sino sólo a los sacerdotes, y comió, y dio también a los que estaban con él? Y les decía: El Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo. [Lc. 6:1-5]

En un día de reposo Sus discípulos recogían espigas, y las frotaban en sus manos para separar las semillas del tamo y la paja, y luego comían los granos. Los fariseos inmediatamente interpretaron esto como el trabajo de trillar en el día de reposo, lo cual era prohibido según la ley. Desde luego que no estaban quebrando la ley mosaica, ya que ésta permitía a la gente arrancar espigas con la mano (véase Dt. 23:24-25). Si hubiera estado cortando las espigas con una hoz, entonces habrían estado cosechándolas. Pero los fariseos tenían su propia interpretación, y, por lo tanto, interpretaron la acción como que estaban cortando las espigas.

El Señor no insistió en que no habían trabajado en el día de reposo; Él se negó a discutir el asunto con ellos. Él citó un incidente en la vida

de David cuando él definitivamente había quebrado la ley mosaica, y era justificado. Su punto era que la letra de la ley no se debía imponer cuando causaba dificultad a un siervo de Dios. Obviamente los discípulos tenían hambre. Les costaba bastante seguir al Señor.

Llegamos entonces al incidente que también ocurre en un día de reposo. Es el caso del hombre paralítico que aparentemente fue colocado en la sinagoga en un día de reposo para ver si Jesús lo sanaba.

Aconteció también en otro día de reposo, que él entró en la sinagoga y enseñaba; y estaba allí un hombre que tenía seca la mano derecha. Y le acechaban los escribas y los fariseos, para ver si en el día de reposo lo sanaría, a fin de hallar de qué acusarle. Mas él conocía los pensamientos de ellos; y dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate, y ponte en medio. Y él, levantándose, se puso en pie. Entonces Jesús les dijo: Os preguntaré una cosa: ¿Es lícito en día de reposo hacer bien, o hacer mal? ¿salvar la vida, o quitarla? Y mirándolos a todos alrededor, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y él lo hizo así, y su mano fue restaurada. [Lc. 6:6-10]

Yo podría hasta asegurarle, que aquel hombre con la mano seca fue introducido en la sinagoga por los enemigos de Jesús precisamente para tratar de ponerle una trampa. Pero lo que hicieron en realidad fue lisonjear a Jesús en una manera maravillosa, pues, por su acción revelaron que creían que Jesús podía sanarlo. ¿Sabe usted lo que pasó? Pues, Jesús lo sanó. O sea que ésta fue una ocasión en que los enemigos de Jesús estaban en lo correcto. Cuando Jesús sanó a este paralítico, inmediatamente usaron la ocasión para acusarle, diciendo: “Hizo esto en el día de reposo”.

Y ellos se llenaron de furor, y hablaban entre sí qué podrían hacer contra Jesús. [Lc. 6:11]

Mateo dice que conjuraron Su muerte desde ahí en adelante.

Jesús elige a los Doce

Ahora llegamos a una sección del evangelio según San Lucas, que algunos creen que relata los mismos acontecimientos en porciones paralelas en Mateo y Marcos. Pero, yo creo que no es así. Más adelante

le explicaré por qué creo que esto es algo totalmente nuevo, algo que no se incluye en los relatos de ninguno de los otros evangelistas. El asunto principal es la elección de los doce Apóstoles. Usted recordará que hace poco mencioné que Jesús se encontró con Sus discípulos. Él los conoció por primera vez en Su viaje a Jerusalén. Mejor dicho, allí conoció a algunos de ellos y entonces, en otra ocasión Jesús mientras caminaba a orillas del mar de Galilea, les pide que le sigan y que sean Sus discípulos. Pero ellos, aparentemente volvieron a la pesca. El Señor, entonces, vuelve a llamarlos y según el capítulo 5:11: Y cuando trajeron a tierra las barcas, dejándolo todo, le siguieron.

Llegamos ahora a la escena que el Dr. Lucas describe aquí en el capítulo 6. Todos estos hombres que han sido llamados están con Jesús, y Él procede entonces, a la tercera etapa de la elección de los Apóstoles. De entre todos estos discípulos, nuestro Señor elige a doce hombres para servir como Apóstoles, y estos doce hombres son los mismos que también son mencionados por Mateo y Marcos.

Al entrar ahora en el estudio de este pasaje, se incluyen los versículos 12 y 13, pero no los versículos 14-16, ya que contienen una lista de los doce nombres.

En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles. [Lc. 6:12-13]

El versículo 12 es extraordinario, pues revela que hasta el propio Señor Jesucristo consideraba de suma importancia pasar toda una noche en oración a Dios. ¿Por qué lo hizo? Porque tenía ante sí la responsabilidad de elegir a doce de estos hombres para que fuesen Sus Apóstoles. Note que, aun así, aun después de pasar toda la noche en oración, en el momento difícil, todos abandonaron al Señor Jesús, y que uno le traicionó mientras que otro le negó.

La lección importante aquí para nosotros es que los hombres de Dios siempre son elegidos por Él. Es verdad que candidatos hay muchos, pero considere usted lo que dice Juan 15:16: No Me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca. Estas palabras me han dado muchísimo consuelo y aliento. Cuando el Señor me llamó, yo era un

cajero en un banco, y nunca siquiera soñaba que algún día podría ser predicador. El hecho es que yo despreciaba y tomaba en poco a los predicadores. Así es que puedo decir que, en el caso mío, no fui yo quien le rogó al Señor para que me llamara a ser predicador, sino que Él me llamó a mí. Por eso siempre me he sentido bien en cuanto a esto, pues si el Señor me llamó, entonces, Él es responsable. Yo no le llamé a Él. Fue Él quien me llamó. Esto es maravilloso. El Señor dice: “Vosotros no Me llamasteis a Mí sino que Yo os he llamado a vosotros”. A mí, me gusta esto.

Dicen que la doctrina de la elección es algo que debiera infundirnos temor; sin embargo, en realidad es una verdad que nos trae gran alivio y consuelo, si comprendemos lo que realmente significa. El Señor creyó esencial y práctico pasar toda la noche en oración, antes de elegir a los doce Apóstoles. Creo que así también los hombres que son elegidos para la obra del Señor deben ser elegidos sobre la base de mucha oración. Debemos estar seguros de que sean los que Dios elija. El manto de Elías no cayó por casualidad sobre Eliseo. Cayó providencialmente, según el plan de Dios. El proceder que la iglesia emplea, hoy en día, para elegir a los hombres de Dios está muy alejado de las normas de Dios. Seguimos nuestros propios presentimientos y consideramos nuestros deseos egoístas. Usamos las varas de medir humanas en lugar de la vara de medir de Dios. Debemos pasar tiempo con Dios en oración antes de tomar las decisiones.

Jesús da un sermón en un lugar llano

Y descendió con ellos, y se detuvo en un lugar llano, en compañía de sus discípulos y de una gran multitud de gente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón, que había venido para oírle, y para ser sanados de sus enfermedades; Y los que habían sido atormentados de espíritus inmundos eran sanados. Y toda la gente procuraba tocarle, porque poder salía de él y sanaba a todos. [Lc. 6:17-19]

Como ya lo he dicho muchas veces, eran multitudes las que fueron sanadas en esta ocasión. En los tiempos de nuestro Señor, literalmente fueron miles los sanados. No había nada de “teatro” que hacen los que se hacen pasar por “sanadores divinos” hoy en día. Ahí no había la formación de filas, ni el dar de una palmadita a éste ni el pasar la

mano sobre el otro, ni el hacer que las personas cayeran hacia atrás o hacia delante. Los que el Señor sanó, no tenían que hacer nada. Nuestro Señor aún los sanaba desde lejos. Me gustaría ver a algunos de estos “curadores modernos” sanar a enfermos desde lejos. Les sería posible desocupar los hospitales. Pero aquí tenemos la declaración categórica del Dr. Lucas de que Cristo sanó a las multitudes. En cierta ocasión durante mi pastorado, ofrecí cien dólares a cualquier hombre o mujer que pudiese pasar adelante y substanciar el hecho de que había sido sanado por uno de estos curadores. Cierta día vino un hombre insistiendo en que él debía recibir el dinero. Dijo que su madre había sido sanada hacía cincuenta años cuando vivía en otro estado de los Estados Unidos. Le pregunté a este hombre que, si un médico había examinado a su madre, antes y después de su sanidad, a lo cual, el hombre respondió que sí, que un médico la había examinado antes y después. Entonces, le dije: “Vamos pues a conseguir una declaración de este médico”. Pero el hombre dijo que aquel médico había fallecido ya hacía unos cincuenta años. Permítame decir que el Señor no sanó así. Las sanidades que el Señor hizo eran genuinas, y tenemos la declaración del Dr. Lucas para verificarla. Claro que sí creo en la sanidad divina; lo que no creo es en la sanidad de aquéllos que se hacen pasar por sanadores divinos. Lleve usted, su problema directamente al Gran Médico. Él es el mejor Médico que usted puede consultar. Es más, es un Médico que no le enviará una cuenta.

Llegamos ahora, al pasaje que muchos llaman el Sermón del Monte, pero que, en realidad, no es el Sermón del Monte. Recuerde usted que según el versículo 17, este sermón fue predicado en un lugar llano, mientras que el Sermón del Monte fue pronunciado en un monte tal como lo relata Mateo. La analogía entre el contenido de este sermón y el sermón en Mateo, indica que el Señor repitió Sus enseñanzas muchas veces. No nos hace tanta falta una armonía de los Evangelios como el establecer un contraste entre los Evangelios. Lo extraordinario en cuanto a este sermón en Lucas no es su semejanza, sino su desemejanza al sermón que se halla en Mateo. Lo notable son las omisiones, inclusiones, bienaventuranzas y ayes, actitudes y juicios que el uno incluye, mientras son excluidas por el otro, y viceversa.

Y alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios.

Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre. [Lc. 6:20-22]

Hasta aquí, el contenido del sermón en el llano es bastante semejante al Sermón del Monte que aparece en Mateo. El Señor dio las mismas enseñanzas en muchos lugares, pero en forma diferente. Empezando con el versículo 23, veremos que se presenta un nuevo pensamiento.

Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos; porque así hacían sus padres con los profetas. [Lc. 6:23]

Este versículo habla en cuanto a la manera en que los hombres reciben a los profetas de Dios, y su actitud hacia ellos. El verdadero profeta habla de parte de Dios y es perseguido. El falso profeta falsifica a Dios, y es patrocinado y apreciado por los hombres. El verdadero profeta tiene que tener fe en Dios, y mantener una confianza tranquila que mira más allá de las cosas que se ven, a las cosas que son eternas. Esto es lo que mantiene al hombre, fiel a Dios.

Los versículos 20-22 hablan acerca de los pobres, los hambrientos, los débiles, los que son odiados, reprendidos, considerados como desechados, y llamados malos. Todo lo que se necesita hacer es mirar al Antiguo Testamento para ver que esto es verdad. Es verdad también en nuestros días. El hombre que predica la Palabra de Dios va a tener dificultades. Si no tiene dificultades, algo anda mal. Los falsos profetas eran ricos y tenían mucho que comer. Podían reírse y eran considerados por sus contemporáneos como tipos buenos. Pero Dios tiene algo que decir en cuanto a ellos.

Mas ¡ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que ahora reís! porque lamentaréis y lloraréis. ¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! porque así hacían sus padres con los falsos profetas.

Pero a vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; Bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. [Lc. 6:24-28]

Note aquí que el falso profeta es patrocinado y muy apreciado por el mundo, y que, si habla lo que desean escuchar los del mundo, le recompensarán muy bien. El Señor Jesucristo aclara, sin embargo, que Dios no le recompensará así. El falso profeta podrá llegar a ser muy popular o muy estimado en el mundo, pero será de mala fama ante Dios. Puede llegar a ser el alma de la fiesta y gozarse muchísimo acá en la tierra, pero hará llorar al cielo. Puede que coma bien, pero tendrá un alma hambrienta.

Note también lo que dice este pasaje en cuanto a los malhechores que son ricos. Es muy poco lo que se dice hoy en día en cuanto a los ricos impíos. Pero el Señor tuvo mucho que decir en cuanto a ellos en las Escrituras. Dice Él aquí en el versículo 24: ¡Ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo. Parece que todo el mundo está en busca del criminal pobre, aquél que robó unos veinticinco pesos, una prenda de ropa, o un anillo. Sin embargo, creo que los impíos pobres no son tan peligrosos como lo son los impíos ricos. Es que los ricos sin Dios le dan cierto encanto a la impiedad, y creo que hoy en día hay más hipocresía entre los ricos que entre cualquier otro grupo de personas. Están dispuestos a pagarle a un profeta falso para que predique en la iglesia a la cual asisten. Son dueños de la iglesia y de la propiedad. Ninguna iglesia que es poseída por los ricos tiene la fama de ser una iglesia realmente evangélica. Generalmente el Pastor de una de estas iglesias no es un Pastor que predique el Evangelio. Ahora, puede ser que haya ciertas excepciones, pero si las hay, no las conozco.

En la ciudad de Nueva York, en los Estados Unidos, hay una iglesia que lleva el nombre de un hombre muy rico. Es una iglesia que no permite que un predicador evangélico predique en su púlpito porque el verdadero predicador evangélico tendría que condenar a este hombre rico, igual como Santiago los condenó en el capítulo 5:1-3: ¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros.

Me pregunto, cuándo será que los creyentes en Cristo van a despertarse y reconocer el hecho de que esos políticos ricos sólo les están echando míseras migajas de sus mesas a los pobres. En realidad, no tienen ningún interés en los pobres ni en la cuestión de los derechos civiles. Todo lo que quieren es guardar sus riquezas y gozarse de ellas en su egoísmo, y para lograrlo están dispuestos a dejar caer unas migajas a los pobres. En cuanto al asunto de los derechos civiles, no me interesa a mí el color de la piel de un hombre, sino el color de su corazón. ¿Ha sido lavado su corazón en la sangre del Señor Jesucristo? Si ha sido lavado, entonces, es mi hermano. Yo voy a vivir con él por toda la eternidad y es mejor que yo comience a aprender a vivir con él ahora mismo, aquí en la tierra. Puede ser que una persona sea de la misma raza que yo, que el color de la piel sea igual al mío, que hable el mismo idioma que yo hablo, pero si su corazón aún está envuelto, está sumido en las tinieblas del pecado, lo siento mucho, pero tengo que decir que tal persona no puede ser mi hermano. Pero permítame añadir que, por otra parte, si una persona ha experimentado el nuevo nacimiento, si sus pecados han sido lavados por la preciosa sangre de Jesucristo, si esto es así, entonces, esta persona es verdadero hermano mío, sin importar el color de su piel, la forma de sus ojos o ninguna otra cosa por el estilo.

Quizá esto que estoy diciendo le parezca algo revolucionario, y en realidad lo es, pues es lo que Cristo Mismo dijo. Mi hermano, si usted está dispuesto a seguir a Jesucristo, tendrá que vivir una vida revolucionaria, una vida totalmente contraria al rumbo que lleva este mundo. En mi vida, he conocido a muchos que han dicho que estaban siguiendo a Jesús, pero la evidencia de sus vidas indica que realmente ni se han atrevido a seguir al Señor; pues si le estuviesen siguiendo habrían experimentado todo tipo de aflicciones y pruebas. Fíjese ahora en lo que dice Jesucristo en este capítulo, y creo que usted concordará en que estas palabras disiparán cualquier capa de hipocresía que uno tenga, y revelarán la verdad sobre el estado interno de cualquier persona:

Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, ni aun la túnica le niegues. A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva. Y como queréis que hagan los hombres con vosotros,

así también haced vosotros con ellos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo. Y si prestáis a aquéllos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores prestan a los pecadores, para recibir otro tanto. Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y malos. Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados. Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir. [Lc. 6:29-38]

Hay muchos que dicen que están viviendo “según el Sermón del Monte” y que creen que no tienen necesidad de un Salvador, pero su hipocresía se expone a plena vista a la luz de estas enseñanzas del “Sermón del Llano”. Tenemos también a los que están tan dispuestos a criticar a los demás, los que tratan de esconder sus propias faltas llamando la atención hacia las faltas de otros. Estas personas están muy dispuestas a plegarse a demostraciones públicas, a gritar consignas y proclamas contra esta o aquella injusticia, pero cuando estas mismas personas tienen que afrontar una decisión que afecte su propio bienestar, es muy raro que sus hechos respalden sus dichos. En cuanto a este tipo de hipocresía, note estas palabras candentes del Señor Jesucristo en los versículos 39-46 de este capítulo:

Y les decía una parábola: ¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo? El discípulo no es superior a su maestro; mas todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro. ¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo puedes decir a tu hermano: Hermano, déjame sacar la paja que está en tu ojo, no mirando tú la viga que está en el ojo tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja que está en el ojo de tu hermano. No es buen árbol que da malos frutos, ni árbol malo el que da buen fruto. Porque

cada árbol se conoce por su fruto; pues no se cosechan higos de los espinos, ni de las zarzas se vendimian uvas. El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca. ¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo? [Lc. 6:39-46]

Estoy de acuerdo con usted en que este mensaje que estoy dando no es uno de los más populares. El ministro de una iglesia que persigue la buena acogida general no es un ministro que se atreve a mencionar el pecado. Algunos pretenden usar los giros del psicoanálisis para explicar la extrema perversidad del pecado. Describen el pecado como una reliquia de una jungla teológica. Tratan de decir que el pecado no es un crimen contra Dios. Son muchos los predicadores modernos que tienen miedo de decir que Dios odia el pecado y que Jehová es un Hombre de guerra. No es suficiente, lisonjear al ego, felicitar la soberbia, consentir al pecado con una sonrisa, ni tratar al cáncer del pecado con una crema de belleza. El pecado no puede curarse con una prescripción filosófica que es atendida por los placeres del mundo. El único lugar adonde uno puede acudir es al pie de la cruz. Allí, Dios no le dará un simple masaje o algo que le hará sentirse mejor, sino que Dios le operará empleando una cirugía mayor y le hará una nueva criatura en Cristo Jesús. Éste es el mensaje que tenemos aquí en el “Sermón del Llano”, es un mensaje que se complementa con el Sermón del Monte y es un mensaje que el Señor dio muchas veces.

Note que el Señor concluye esto con una parábola, que también incluyó en el Sermón del Monte.

Todo aquel que viene a mí, y oye mis palabras y las hace, os indicaré a quién es semejante. Semejante es al hombre que, al edificar una casa, cavó y ahondó y puso el fundamento sobre la roca; y cuando vino una inundación, el río dio con ímpetu contra aquella casa, pero no la pudo mover, porque estaba fundada sobre la roca. Mas el que oyó y no hizo, semejante es al hombre que edificó su casa sobre tierra, sin fundamento; contra la cual el río dio con ímpetu, y luego cayó, y fue grande la ruina de aquella casa. [Lc. 6:47-49]

Este pasaje me revela que soy pecador delante de Dios, y en verdad, me presenta tal cual soy, quitando todo encubrimiento. Esto es precisamente lo que teme la multitud. El Señor Jesús revela en este pasaje que yo soy pecador y que necesito de un Salvador. Sin embargo, hay una Roca, una Roca sobre la cual puedo edificar, y esta Roca es Cristo Jesús. Pablo, en 1 Corintios 3:11, dice: Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Amigo, ¿sobre cuál fundamento está usted construyendo? ¿Dónde está su casa? ¿Está construida sobre la Roca que es Cristo Jesús, o está sobre la arena?

Si a usted le es posible leer el Sermón del Llano sin darse cuenta de que es un pecador perdido y destinado al infierno, siento verdadera lástima por usted. Siento lástima por el pobre rico que todavía no ha escuchado el Evangelio. Escuche usted el mensaje del Señor y póngase en la Roca sólida, que es Cristo Jesús. Él le salvará sin dinero y sin precio si acude a Él con fe y confía en Él de todo corazón.

CAPÍTULO 7

En este capítulo, se encuentra el incidente, del centurión, que tenía un sirviente que fue sanado por Jesucristo desde una distancia.

Al llegar al versículo 11, hay algo que sólo es mencionado por el Dr. Lucas, y es la historia de la resurrección del hijo de la viuda de Naín. Pero tenga en cuenta que estos acontecimientos en los cuales Jesús le devuelve la vida a alguien que ha muerto, no son en realidad casos de resurrección, según la Biblia define esta palabra. Lo único que Jesús hizo en estos casos fue devolver la vida al mismo cuerpo mortal.

Me imagino que, al atravesar por las puertas de la muerte, cualquier persona pensará que una vez es suficiente. Pero cuando ocurra la verdadera resurrección, y hasta ahora, hay sólo una persona que ha resucitado de entre los muertos con un cuerpo glorificado, y esa persona es el Señor Jesucristo Mismo. Él es la Primicia de entre los que duermen. Uno de estos días, los muertos en Cristo, y aquéllos que estemos con vida, si Jesucristo viene durante nuestra vida, seremos cambiados. Es decir, seremos transformados, recibiendo un cuerpo de resurrección, un cuerpo glorificado, y todos seremos tomados para estar con el Señor. Cuando ocurra, pues, la verdadera resurrección, nunca moriremos otra vez, porque tendremos un cuerpo inmortal, un cuerpo glorificado. Sin embargo, estos casos de resurrección que se mencionan en los Evangelios son de gran importancia porque sirven para ilustrar lo que será la verdadera resurrección.

También en este capítulo tenemos el primero de dieciocho parábolas que sólo Lucas relata. Éste resultó de la visita a la casa de un fariseo donde una mujer le ungió los pies con un unguento. La parábola sencilla de los dos deudores revela que esta mujer de la calle era mejor que Simón el fariseo.

Jesús sana al siervo del centurión

Después que hubo terminado todas sus palabras al pueblo que le oía, entró en Capernaum. Y el siervo de un centurión, a quien éste quería mucho, estaba enfermo y a punto de morir. Cuando el centurión oyó hablar de Jesús, le envió unos ancianos de os

judíos, rogándole que viniese y sanase a su siervo. Y ellos vinieron a Jesús y le rogaron con solicitud, diciéndole: Es digno de que le concedas esto; Porque ama a nuestra nación, y nos edificó una sinagoga. Y Jesús fue con ellos. Pero cuando ya no estaban lejos de la casa, el centurión envió a él unos amigos, diciéndole: Señor, no te molestes, pues no soy digno de que entres bajo mi techo; Por lo que ni aun me tuve por digno de venir a ti; pero di la palabra, y mi siervo será sano. Porque también yo soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. Al oír esto, Jesús se maravilló de él, y volviéndose, dijo a la gente que le seguía: Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe. Y al regresar a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al siervo que había estado enfermo. [Lc. 7:1-10]

Había muchos soldados romanos en esta ciudad. Un centurión era un oficial romano que comandaba a cien hombres. Aparentemente este oficial era un hombre de fe. Su amor por la nación judía se evidenciaba en que había construido una sinagoga para ellos. En su puesto, él era un hombre con autoridad. Él podía decirle a un soldado: “Haz esto”, o “Ve allí”, y el soldado obedecía. Él reconocía que Jesús tenía ese tipo de poder y que sólo tenía que decir una palabra para que su siervo fuera sanado. Jesús se maravilló ante la fe de este hombre. Se relata que en sólo dos ocasiones Jesús se maravilló. Se maravilló ante la fe del centurión y ante la falta de fe por parte de Israel.

Jesús le restaura vida al hijo de la viuda de Naín

Aconteció después, que él iba a la ciudad que se llama Naín, e iban con él muchos de sus discípulos, y una gran multitud. Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; y había con ella mucha gente de la ciudad. [Lc. 7:11-12]

Éste es un caso extraordinario, como usted bien lo puede apreciar. La muerte del único hijo de la viuda de Naín era un caso triste, realmente triste. Siendo que era el único hijo de una madre que se había quedado viuda, esto hacía que la muerte de este hijo fuera aún más trágica.

Mientras pasaba por el pueblo de Naín, el Señor se encontró con el cortejo fúnebre. Alguien ha dicho que el Señor interrumpió todos los funerales con que jamás se encontró. Opino que Cristo resucitó a más personas que las tres que se mencionan en la Biblia. Estos tres casos que se registran son ilustraciones. Un caso fue el de una niña de doce años; otro fue el de un joven en todo el vigor de su juventud; y el tercer caso, fue el de Lázaro, quien ya era un señor de edad mayor. Estos casos son representativos de las tres grandes clasificaciones en que dividimos a la humanidad, y todos son restaurados a la vida.

Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: No llores. Y acercándose, tocó el féretro; y los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: Joven, a ti te digo, levántate. [Lc. 7:13-14]

Jesús levantó a este joven de los muertos por consideración a esta madre tan sola y triste. Él tuvo compasión de esta mujer y de su situación. Tocó el ataúd en el que estaba acostado el joven y le habló. Siempre usó el mismo método para levantar a los muertos. Les habló directamente. Y uno de estos días Él vendrá otra vez. La Escritura nos dice en 1 Tesalonicenses 4:16-17: Porque el Señor Mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. El Señor volverá con una gran voz. Su voz será como la voz de arcángel, y con trompeta de Dios, y aquella voz solitaria llamará a los muertos en Cristo de entre los muertos. Siempre utilizaba el mismo método para restaurar la vida. Sin embargo, no usaba este mismo método en Sus otros milagros. Por ejemplo, una vez abrió los ojos de un ciego simplemente hablándole. En otra ocasión los ojos de un ciego fueron abiertos cuando los tocó. Y aún en otra ocasión, ungió los ojos de un ciego y luego lo envió a lavarse en un estanque. Vemos, pues, que Jesús usó tres métodos diferentes para abrir los ojos de los ciegos. Pero cada vez Jesús a alguien de entre los muertos, usó el mismo método: Les habló.

Entonces se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar. Y lo dio a su madre. Y todos tuvieron miedo, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y: Dios ha visitado a su pueblo.

Y se extendió la fama de él por toda Judea, y por toda la región de alrededor. [Lc. 7:15-17]

Aquí concluye, pues, el caso de la resurrección o de la devolución a la vida del hijo de la viuda de Naín.

Jesús encomienda Juan el Bautista

Durante este tiempo Juan el Bautista envió a algunos de sus discípulos al Señor Jesús para hacerle algunas preguntas por que Juan estaba confundido.

Los discípulos de Juan le dieron las nuevas de todas estas cosas. Y llamó Juan a dos de sus discípulos, Y los envió a Jesús, para preguntarle: ¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro? Cuando, pues, los hombres vinieron a él, dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti, para preguntarte: ¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro? [Lc. 7:18-20]

Hemos conocido ya a Juan el Bautista en nuestros estudios de los evangelios de Mateo y de Marcos. Su vestir era muy pintoresco y extraño. Hoy en día también hay quiénes adoptan una manera de vestir peculiar. Vivimos en un día cuando se le hace gran énfasis al modo de vestir y al modo de peinarse. Tanto es así que algunos piensan que con sólo adoptar cierto modo de vestirse o de peinarse han llegado a ser personas muy religiosas. Pero creo que la adopción de este ropaje estrafalario sólo puede indicar que usted ha llegado a ser algún chiflado religioso. Es verdad que Juan el Bautista se vistió de una manera muy extraña, pero su vestir no fue lo que le hizo un hombre tan extraordinario. Fue su mensaje y su ministerio lo que le colocaron aparte, y no su manera de vestir. Fue llamado por Dios, y sería bueno que usted, también se asegure de que usted es llamado por Dios, si es que va a llevar un traje religioso. Muchas personas creen que al adoptar los adornos y las vestimentas exteriores del cristianismo podrán llegar así a ser cristianos.

Un día, una señorita estaba parada frente a las oficinas principales de A Través de la Biblia allá en Pasadena, el estado de California, en los Estados Unidos, haciendo una encuesta. Ella me preguntó cuál era mi profesión. Le respondí que era predicador; y luego le dije: “Ahora me toca a mí hacerle las preguntas”. Y le pregunté en cuanto a lo que una persona tiene que hacer para ser un cristiano. Esta joven respondió,

que para ser cristiano era necesario portarse bien con los vecinos; no criticar a nadie y ser amistoso, en lugar de ser áspero. Francamente, parecía que ella tenía una lista de cosas que uno debía hacer para ser cristiano. Le dije entonces: “Todo lo que usted cree en cuanto al cristianismo aparentemente está relacionado con algo que uno hace. Pero la verdad es que no es así. El cristianismo consiste en una relación personal con Jesucristo. Es más que tratar de imitar a Cristo, o el llevar cierto traje religioso. El cristianismo implica la necesidad de nacer de nuevo. De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”. (2 Co. 5:17) Es que para ser cristiano hay que tener una experiencia personal con Cristo Jesús.

Así parece que Juan el Bautista ha sido colocado un poco fuera del sitio que le corresponde al aparecer aquí en el Nuevo Testamento. Y la verdad es que no pertenece al Nuevo Testamento de ningún modo. Juan es el último de los profetas del Antiguo Testamento. Es un profeta del Antiguo Testamento que aparece en el Nuevo Testamento. Es como un puente que cubre el vacío existente entre el Antiguo Testamento y el Nuevo. Es el último de los grandes profetas y debe considerársele de igual importancia que Samuel, Elías, Isaías, y Jeremías. Cristo le dijo más tarde a esta generación, según dice Lucas 11:47-48: ¡Ay de vosotros, que edificáis los sepulcros de los profetas a quienes mataron vuestros padres! De modo que sois testigos y consentidores de los hechos de vuestros padres; porque a la verdad ellos los mataron, y vosotros edificáis sus sepulcros. Y la verdad es que se comportaron como hijos genuinos que habían heredado la naturaleza de sus padres, porque cuando Jesús pronunció estas palabras, Juan el Bautista, el último de los profetas del Antiguo Testamento, ya estaba en la cárcel y pronto sería silenciado por medio de la muerte. Bueno, aquí en este pasaje, encontramos entonces que Juan el Bautista ya estaba en la cárcel, y que ciertas dudas habían penetrado en su mente.

Hay quienes tratan de darle una explicación psicológica a esta pregunta que Juan el Bautista hizo: ¿Eres Tú el que había de venir? Juan estaba anticipando la venida del Mesías, y quería saber si Cristo era el Mesías, o no. El tratar de explicarlo psicológicamente es algo que considero casi risible. Tratan de decir que debido a que estaba en la cárcel, Juan sufría de melancolía, que estaba desanimado, desmayado y

desalentado. Pero creo que esa explicación de la condición de Juan no es correcta. No olvide que Juan había anunciado el reino y renunciado la nación. Había proclamado la venida del Rey. Y reconoció que él mismo era sólo el constructor de la carretera para el Rey. Dijo que con Su venida los valles se rellenarían y que los montes serían bajados. Cuando Jesús vino, Juan lo identificó como el Mesías, y dijo en cuanto a Él: Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en Su mano, y limpiará Su era, y recogerá el trigo en Su granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará. (Lc. 3:16-17) Ahora, sea cual fuese su interpretación de este pasaje, usted tendrá que concordar que éste es un lenguaje acérrimo. Juan no estaba esperando un paseo, o un picnic de la Escuela Dominical. Juan anticipaba que Cristo estableciera Su reinado en toda Su majestad, gloria y poder. Pero el hecho es que nada de esto había sucedido, y, por tanto, Juan envió a dos de sus discípulos para preguntarle a Jesús si Él era el Cristo a quien estaba esperando, o que si debían esperar a otro.

Ahora, fíjese que el Señor Jesús recibió cordialmente a los mensajeros, pero los dejó esperando.

En esa misma hora sanó a muchos de enfermedades y plagas, y de espíritus malos, y a muchos ciegos les dio la vista. Y respondiendo Jesús, les dijo: Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; Y bienaventurado es aquél que no halle tropiezo en mí. [Lc. 7:21-23]

Jesús dejó esperando a estos discípulos de Juan mientras hacía muchos milagros, para que pudieran volver adonde Juan y decirle que habían visto el cumplimiento de las profecías en cuanto al Mesías. Isaías 35:4-6, declara Su primera venida: Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios Mismo vendrá, y os salvará. Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo; porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad. Jesús les mandó a estos dos discípulos de Juan que regresaran donde él y le dijeran que habían visto las credenciales del Mesías.

Ahora, esto es muy importante. Creo que estas palabras que siguen en Lc. 7:23, figuran entre las más iluminadoras que haya pronunciado nuestro Señor Jesucristo. Él dice: Y bienaventurado es aquél que no halle tropiezo en Mí. Él nos pide nuestra fe, aun cuando no podamos comprender. Aquí Él les dice a los discípulos de Juan que regresen donde Juan y le digan que Jesús no se está moviendo tan rápidamente como Juan quizá quisiera que lo hiciera, pero que estaba cumpliendo Su misión a cabalidad. Quizá les dijo: “Y ahora he presentado Mis credenciales, pero ante la presencia de dificultades intelectuales, díganle a Juan que mantenga su fe”. Esto es también lo que nos dice a usted y mí hoy. Nos pide que creamos en Él. Y así ocurre con los intelectuales hoy: Los deja esperando una interpretación, mientras se dirige a aquéllos cuyos corazones están abiertos a Él. Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios. (1 Co. 1:18) Ahora, las dudas no indican que uno sea inteligente; al contrario, indican que uno es necio y son una señal de que no sabe nada. Señalan el hecho de que uno pertenece a un grupo que perece. Muchos profesores doctos se sientan en sus sillas giratorias en las bibliotecas polvorientas y mohosas muy alejados de la vida y de la necesidad humana, y escriben sobre las dificultades intelectuales en torno a la aceptación de la Biblia, de la Deidad de Jesucristo, y de la redención con sangre. Y aquellos mismos profesores, cuando tienen un pequeño problema o disturbio, una manifestación en el predio de su universidad, no saben cómo solucionarlo. Puesto que no pueden solucionar problemas modernos, me pregunto: ¿cómo pueden presumir saber tanto en cuanto a lo que tuvo lugar hace 2.000 años?

Se cuenta que, durante la Segunda Guerra Mundial, cinco hombres que, según ellos mismos dijeron eran ateos, quedaron desamparados en una balsa de caucho en medio del Océano Pacífico. Pasaron veinte días en aquella balsa en el mar donde fueron traídos cara a cara con Dios. Fue algo realmente asombroso. Pues, después de aquella experiencia, todas sus dificultades intelectuales se desvanecieron y ninguno de ellos salió de aquella balsa todavía ateo. A veces pensamos en la posibilidad de meter a algunos de estos profesores que se creen tan intelectuales en una balsa y lanzarlos en medio del Océano Pacífico. Eso les haría mucho más bien que darles un doctorado en filosofía.

Cuando se fueron los mensajeros de Juan, comenzó a decir de Juan a la gente: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? Mas ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? He aquí, los que tienen vestidura preciosa y viven en deleites, en los palacios de los reyes están. [Lc. 7:24-25]

¿Era Juan el Bautista una caña sacudida por el viento? De ninguna manera. Juan era fuerte y robusto. No se dobló con el viento como se doblan las cañas en la ciénaga. Juan era un hombre de convicciones firmes, convicciones fuertes, y sabemos que no cambiaba con cada nueva novedad que se presentaba.

Mas ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. Éste es de quien está escrito: He aquí, envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti. Os digo que entre los nacidos de mujeres, no hay mayor profeta que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él. Y todo el pueblo y los publicanos, cuando lo oyeron, justificaron a Dios, bautizándose con el bautismo de Juan. [Lc. 7:26-29]

Lo que ocurre es que este pasaje es el cumplimiento de las profecías de Malaquías 3:1, que dice: He aquí, Yo envío Mi mensajero, el cual preparará el camino delante de Mí; y vendrá súbitamente a Su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos. Lucas 7:27, es tomado de Malaquías 3:1, y establece a Juan el Bautista como el precursor del Mesías. Esto coloca a Juan por encima de todos los otros profetas, pues él era precursor de una nueva dispensación. Pero, al mismo tiempo, establece que el que es menor en el reino de Dios, es mayor que Juan, porque los que pertenecen al reino, tienen aún mayores privilegios y poderes que Juan el Bautista.

Mas los fariseos y los intérpretes de la ley desecharon los designios de Dios respecto de sí mismos, no siendo bautizados por Juan. Y dijo el Señor: ¿A qué, pues, compararé los hombres de esta generación, y a qué son semejantes? Semejantes son a los muchachos sentados en la plaza, que dan voces unos a otros y dicen: Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no llorasteis. [Lc. 7:30-32]

Estas personas eran como una manada de chiquillos mimados. Desafortunadamente, hay muchas personas que son como ellos. Parece que estos líderes religiosos eran así también en los tiempos de Cristo. El Señor dijo que eran como niños que juegan en el mercado. Uno de los niños dice: “Vamos a jugar a las bodas”. Pero algunos no quieren jugar a las bodas porque es demasiado alegre. Entonces, otro sugiere que jueguen al funeral. Pero, otros no quieren jugar al funeral porque es demasiado triste. En otras palabras, eran consentidos. Nuestro Señor dijo que la generación religiosa de aquellos días era consentida y ésta parece ser también una descripción exacta de la iglesia ordinaria de hoy en día. Hay muchos que quieren que el Pastor predique así, mientras que otros se van de la iglesia porque dicen que no predicó así. En fin, nunca están conformes.

Porque vino Juan el Bautista, que ni comía pan ni bebía vino, y decís: Demonio tiene. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y decís: Éste es un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Mas la sabiduría es justificada por todos sus hijos. [Lc. 7:33-35]

Algunos dicen: “No me gusta ese predicador porque es demasiado intelectual y su tono de hablar es muy monótono”. Otros en cambio, dicen: “No me gusta ese predicador porque golpea el púlpito y grita a todo volumen”. El problema, no reside en estos dos tipos de predicadores. El problema radica en el bebé consentido que se queja de todo. Eso es lo que dijo el Señor en cuanto a aquellos días y que creo todavía es aplicable para el día de hoy.

Jesús cena en la casa de un fariseo

Llegamos ahora, a otro aspecto importante. Al entrar ahora en esta sección de este Evangelio, note que es una sección con material nuevo. Y al decir que contiene material nuevo, me estoy refiriendo a incidentes que no aparecen en los otros evangelios sinópticos, y al proseguir estos estudios, usted notará que en realidad son muchos los eventos en la vida de Jesucristo que sólo son mencionados por el Dr. Lucas.

Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. [Lc. 7:36]

Ésta es una de las pocas ocasiones en que el Señor Jesucristo asistió a una cena. Cuando el Señor Jesús asistía a una cena, nunca resultaba ser un evento seco o tedioso. Recuerde usted que había estado denunciando a estos mismos fariseos. Los había llamado lo equivalente a “chiquillos mimados”. Y, por tanto, es difícil creer que la invitación de este fariseo para cenar en su casa fuese una invitación amistosa. Dudo que este fariseo se considerara amigo de Jesús. Le convidó a la cena para poder observarle y hallar algo malo en cuanto a Él.

Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; Y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungió con el perfume. Cuando vio esto el fariseo que le había convidado, dijo para sí: Éste, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora. [Lc. 7:37-39]

Mientras Cristo estuvo en la casa del fariseo, una mujer entró. Era muy claro que ella era una mujer que vivía en el pecado. Sin embargo, había sido transformada. En aquellos días, las personas se recostaban cuando comían, y ella sabía que Jesús estaba recostándose mientras cenaba en la casa del fariseo. Así, pues, trajo un frasco de alabastro con perfume, y entró en la casa del fariseo. Creo que, según las costumbres de aquel entonces, si usted tenía convidados, sus vecinos tenían pleno derecho para entrar y pararse junto a la pared, o sentarse para observar a la persona o las personas que habían sido convidadas a la cena. Los vecinos no venían para comentar, sino sólo para mirar. Así ocurrió con esta mujer que entró y tomó su lugar detrás del Señor Jesucristo, quien estaba recostado en una especie de sofá, quizá apoyándose sobre un brazo para poder hablar con su anfitrión al otro lado de la mesa.

Esta mujer, pues, tenía un frasco de alabastro con perfume y quería usarlo. Se paró junto a los pies del Señor Jesús, llorando, porque sus pecados le habían sido perdonados. Empezó a mojar los pies de Jesús con sus lágrimas, y a enjugarlos con sus cabellos. Luego, besó los pies de Jesús y por fin los ungió con el perfume costoso. Ahora, este viejo fariseo nunca habría hablado abiertamente con este tipo de mujer en la calle. Quizá puede haber negociado con ella a obscuras cuando nadie

podía verle. Pero, el hecho es que ese fariseo no tendría nada que ver con esta mujer en pleno día, y cuando la vio enjugando y besando los pies del Señor, pensó para sí: Éste, si fuera profeta, conocería quién, y qué clase de mujer es la que lo toca, que es pecadora. Pero el Señor Jesucristo conoció sus pensamientos.

Jesús da la parábola de los dos deudores

Entonces respondiendo Jesús, le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él le dijo: Di, Maestro. Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; Y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos le amaré más? Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquél a quien perdonó más. Y él le dijo: Rectamente has juzgado. [Lc. 7:40-43]

Jesús contestó el comentario del fariseo con una parábola. Ésta es una de las parábolas deleitables que comparte el Dr. Lucas, y siendo que era una historia tan simple, aun este viejo fariseo pudo contestar correctamente. Se puede ver del contenido de esta historia la dirección que está tomando el Señor Jesús.

Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. [Lc. 7:44]

Por primera vez el Señor reconoce a esta mujer. Hasta el momento parece que no le ha hecho caso alguno, pero ahora se vuelve hacia ella y la mira. Mientras la mira, dice a Simón, quien está al otro lado de la mesa: ¿Ves esta mujer? Simón ya había dicho que no creía que el Señor sabía qué clase de mujer era ella, o nunca le habría permitido ungirle los pies con el perfume tan caro. Ahora nuestro Señor dice: “Simón, ¿realmente ves a esta mujer? Mírala. Tú crees que la ves, pero no la ves de ninguna manera”. El Señor realmente irrita a este fariseo. Por eso mismo creo que el Señor no había sido convidado a la cena por un gesto amistoso, sino para que el fariseo pudiera observarle.

No me diste beso; mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungió mi cabeza con aceite; mas ésta ha ungido con perfume mis pies. Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquél a

quien se le perdona poco, poco ama. Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados. [Lc. 7:45-48]

El Señor le dijo a Simón el fariseo que él no había observado ni aun las cortesías comunes del día. El Señor declara, sin decirlo en tantas palabras, que Simón no tenía la buena educación. Si Simón hubiera sido el anfitrión que debía ser, le habría lavado los pies al Señor. Habría ungido la cabeza del Señor y le habría besado. Pues, ésta era la costumbre de aquel día, pero Simón no hizo ninguna de estas cosas. Y, eso es lo trágico en cuanto a muchos cristianos; leen todo lo que dice algún autor en cuanto a la buena etiqueta, pero en verdad no la ponen en práctica ni la demuestran en su diario vivir. Me gustaría haber estado presente en esa cena. Nuestro Señor era excelente como orador de sobremesa. Creo que lo que Él dijo hizo palidecer el alma de Simón. Esta pobre mujer de las calles vino a la casa del fariseo. Vino sin esperanza. Pero quería recibir el perdón, y, por tanto, acudió al Dios del cielo. El Señor le perdonó sus pecados y le dice a Simón que ella le ama mucho porque mucho le ha sido perdonado. Y sigue diciéndole al fariseo: “Ella es mayor pecadora que tú, pero tú no crees que eres pecador ni has pedido el perdón”.

El fariseo no recibió perdón simplemente porque no lo pidió. El Señor le dijo a este viejo fariseo tan hipócrita, a este príncipe religioso, que, a la luz del cielo, y según la norma de Dios, y sobre la base de los pecados perdonados, esta mujer era diez mil veces mejor que él. Esta mujer de las calles, esta prostituta le pidió el perdón y fue salva.

Y los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es éste, que también perdona pecados? Pero él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, ve en paz. [Lc. 7:49-50]

Si usted, es miembro de la iglesia, pero nunca le ha pedido el perdón de sus pecados al Señor Jesucristo, entonces, usted todavía está perdido. Esta mujer no tenía ninguna buena obra a su favor. Simplemente creyó en el Señor. Confió en Cristo, le pidió perdón y el Señor la salvó. Él hará lo mismo con usted, si usted está dispuesto en esta misma hora a confesar sus pecados y a pedirle perdón.

CAPÍTULO 8

Este capítulo registra eventos que se encuentran ya en los otros evangelios sinópticos (Mateo y Marcos). El Señor Jesucristo continúa Su ministerio en la tierra de Galilea. Este capítulo revela que había mucha gente que estaba aceptando a Jesucristo, y que entre ellos había personas prominentes en las esferas gubernamentales. También notare que Lucas menciona en los primeros tres versículos de este capítulo 8, el caso de varias mujeres que acompañan y sirven a Jesús.

Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él, Y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de sus bienes. [Lc. 8:1-3]

Note, que mientras Jesús pasaba por todas estas ciudades y aldeas, continuaba predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios. Note también, que algunas de las mujeres que le seguían, habían sido sanadas de enfermedades y liberadas de espíritus malignos. Más adelante, en este capítulo, hablaremos con más amplitud sobre los espíritus malos. Pero note que el Dr. Lucas menciona a una de las mujeres que había sido liberada de los demonios, María Magdalena, y nos dice que de ella habían salido siete demonios. Esto nos revela en primer lugar, la atención que Jesús dio a las personas que eran atormentadas por los demonios; y, en segundo lugar, el poder de Jesús para expulsar los demonios.

Finalmente, note que el Dr. Lucas nombra a uno de los oficiales gubernamentales. Nos dice que Chuza era intendente de Herodes y que su esposa Juana, seguía al Señor Jesucristo y junto con otras muchas mujeres le servían de sus bienes.

Parábola del sembrador

Juntándose una gran multitud, y los que de cada ciudad venían a él, les dijo por parábola: El sembrador salió a sembrar su semilla; y mientras sembrara, una parte cayó junto al camino, y fue hollada, y las aves del cielo la comieron. Otra parta cayó en buena tierra, y nació y llevó fruto a ciento por uno. Hablando estas cosas, decía a gran voz: El que tiene oídos para oír, oiga. Y sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Qué significa esta parábola? Y él dijo: A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los otros por parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan. Ésta es, pues, la parábola: La semilla es la palabra de Dios. Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven. Los de sobre la piedra son los que habiendo oído, reciben la palabra con gozo; pero éstos no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan. La que cayó entre espinos, éstos son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto. Mas la que cayó en buena tierra, éstos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia. [Lc. 8:4-15]

El Sembrador es Jesús. La semilla es Su Palabra. Los pájaros son símbolo del diablo. La piedra son aquéllos que reciben la Palabra de Dios en el entusiasmo de la carne. Los afanes y la persecución ahogan el interés. Por un tiempo los oidores carnales de la Palabra manifiestan gran interés y celo, pero un poco de apuros revela su falta de fe verdadera. Sólo alguna semilla cae en buen terreno y lleva mucho fruto. Éstos son los oidores que de verdad son convertidos por la Palabra de Dios.

Amigo, es mi ferviente oración que usted se encuentre entre aquéllos de corazón bueno y recto que retienen la palabra oída y que esté decidido a obedecer el mensaje de la Palabra de Dios y luego esté dispuesto a permanecer fiel y a dar una buena cosecha.

Parábola de la lámpara encendida

Nadie que enciende una luz la cubre con una vasija, ni la pone debajo de la cama, sino que la pone en un candelero para que los

que entran vean la luz. Porque nada hay oculto, que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de ser conocido, y de salir a luz. Mirad, pues, cómo oís; porque a todo el que tiene, se le dará; y a todo el que no tiene, aun lo que piensa tener se le quitará. [Lc. 8:16-18]

Ésta es una parábola que demanda acción. La luz crea responsabilidad y una persona que recibe la verdad tiene que actuar según esta verdad. Somos responsables, según el grado de luz que nos ha sido dada. El punto es que usted y yo estábamos en tinieblas hasta que la luz del Evangelio se nos reveló. A veces se nos da la impresión de que el hombre es un pecador por su debilidad o por su ignorancia. Pero Pablo dice claramente (véase Ro. 1) que los hombres, cuando conocían a Dios, no le glorificaron como Dios. El hombre es un pecador voluntarioso. Ése es el tipo de pecador que somos todos nosotros, y la luz que entra creará una responsabilidad. Venimos a este mundo perdidos, y si no aceptamos a la Luz, que es Cristo, permanecemos perdidos. Somos responsables de la luz que hayamos recibido.

Relaciones personales

Entonces su madre y sus hermanos vinieron a él; pero no podían llegar hasta él por causa de la multitud. Y se le avisó, diciendo: Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte. Él entonces respondiendo, les dijo: Mi madre y mis hermanos son los que oyen la Palabra de Dios, y la hacen. [Lc. 8:19-21]

En estos versículos, Jesucristo nos deja ver una nueva dimensión en cuanto a nuestra relación con Él. No es que Jesucristo esté negando las relaciones filiales. Lo que Él está diciendo es que el ser salvo, el llegar a ser un hijo de Dios, es en realidad tener con Él una relación más estrecha de la que tuvo Su propia madre humana. Es decir, que nuestra relación con Cristo debe ser una relación mucho más profunda, mucho más elevada y duradera, una relación que supere cualquier relación que esté basada en la mera consanguinidad.

Jesús calma la tempestad

Aconteció un día, que entró en una barca con sus discípulos, y les dijo: Pasemos al otro lado del lago. Y partieron. Pero mientras

navegaban, él se durmió. Y se desencadenó una tempestad de viento en el lago; y se anegaban y peligraban. Y vinieron a él y le despertaron, diciendo: ¡Maestro, Maestro, que perecemos! Despertando él, reprendió al viento y a las olas; y cesaron, y se hizo bonanza. Y les dijo: ¿Dónde está vuestra fe? Y atemorizados, se maravillaban, y se decían unos a otros: ¿Quién es éste, que aun a los vientos y a las aguas manda, y le obedecen? [Lc. 8:22-25]

Éste es un pasaje muy conocido, que usted ya ha escuchado muchas veces. Si usted ha hecho el estudio del Evangelio según San Mateo, recordará que este incidente se trató en forma bastante detallada. Ahora, a manera de repaso, note algunos de los puntos sobresalientes de este relato. En primer lugar, note que la travesía del lago se hace a base del pedido o mandato del Señor Jesucristo. Luego, la tempestad que surgió era algo fuera de lo ordinario. Se podría decir que hasta se aproximaba en su intensidad a la ferocidad de Satanás. Note también que Jesús estaba durmiendo, seguramente porque estaba bastante cansado, y la tempestad en todo su furor no perturbó Su sueño. Sus discípulos, en cambio, se asustaron muchísimo, creyendo que todos iban a morir. Creo que no sabían que era imposible que naufragara barca alguna en la cual Jesucristo se embarcara. Además, es interesante notar que la tempestad misma no perturbó en lo más mínimo al Señor, sino que lo que le sorprendió fue la actitud de Sus discípulos.

Entonces dice la Escritura que reprendió al viento y a las olas. No creo que Jesús se hubiera enojado con el viento y el mar si no fuese porque Satanás mismo estuviese tras aquella tempestad. El milagro aquí consiste en que en un instante el viento cesó, y aquella mar brava, que habría estado así por hora, se transformó en una superficie lisa como un cristal. Por último, después de calmar esta tempestad, el Señor se volvió a Sus discípulos y les reprendió por su falta de fe. Creo que algo muy similar ocurre con muchos de nosotros. Estamos muy dispuestos a confiar en Jesucristo como nuestro Salvador cuando todo está en calma, pero no confiamos en Él durante nuestra travesía por el mar tempestuoso de la vida diaria. Sus discípulos querían conocer mejor a su Señor, pero para lograrlo, para saber algo sobre Su gran poder tuvieron que pasar por aquella tempestad. Así mismo ocurre con nosotros hoy en día. Estoy seguro de que Dios nos coloca en medio de las tentaciones y las pruebas de la vida para que podamos acercarnos y conocer mejor a

nuestro amantísimo y todo poderoso Salvador.

Jesús echa fuera los demonios en Gadara

Según los otros relatos, hemos visto que Jesús se encontró con dos personas aquí que eran poseídas por demonios, pero el Dr. Lucas, siendo médico, aísla el caso de sólo uno de ellos y lo presenta con ciertos detalles que comentaré, pues creo que serán de mucho interés en este estudio.

Y arribaron a la tierra de los gadarenos, que está en la ribera opuesta a Galilea. Al llegar él a tierra, vino a su encuentro un hombre de la ciudad, endemoniado desde hacía mucho tiempo; y no vestía ropa, ni moraba en casa, sino en los sepulcros. [Lc. 8:26-27]

Lucas menciona sólo a una persona en este relato, aunque la evidencia presentada por los otros escritores indica que, en realidad, eran dos. Creo que, siendo que Lucas era médico, usa este caso simplemente como una ilustración para enseñarnos algo de mucho valor.

En cuanto a este asunto de demonios, es verdad que hay muchos que afirman que todo lo referente a demonios pertenece a la misma categoría que los fantasmas, o los duendes, gnomos, espantos, y cuantas otras cosas que son supersticiones, mitos y simples cuentos de hadas. También hay muchos, aún entre los creyentes que piensan que, si bien existieron los demonios en algún lejano pasado, ya no existen en el día de hoy. Sin embargo, estamos viendo, especialmente en días recientes, como si el péndulo ha tomado el rumbo opuesto, ya que es mucho lo que se escucha, se comenta y se lee ahora en cuanto al resurgimiento del ocultismo, de la adoración a Satanás y de la posesión demoníaca. Realmente ya es muy difícil poder explicar mucho de lo que está ocurriendo en nuestra sociedad contemporánea sin llegar a admitir la existencia real de los demonios.

El Dr. Lucas trata este caso de posesión demoníaca con extraordinaria percepción, tanto desde el punto de vista médico como científico. El relato de Mateo de este mismo evento se limita a mencionar los eventos ocurridos; mientras que Marcos enfoca este caso como algo bastante emotivo y espectacular.

Antes de leer los versículos siguientes, quisiera dirigir su atención al capítulo 4:33-36, que contiene el primer milagro de Jesús que Lucas menciona, y que también tenía que ver con la posesión por demonios. Allí se encuentra el caso de un endemoniado, un hombre endemoniado que, dentro de la sinagoga, identifica a gritos a Jesucristo como el Santo de Dios; este hombre es librado del demonio por medio del poder de Jesucristo. En versículos 40-41, se notó que el Dr. Lucas hace una clara distinción entre la posesión demoníaca y las enfermedades físicas. Pero no deja de aseverar en una forma inconfundible que la posesión de una persona por demonios es algo real y comprobable, tanto como el cáncer o la lepra; y que es también algo que puede perturbar al hombre en las tres esferas de su vida, ya sea física, mental o espiritual. Establece también el Dr. Lucas que la posesión es extremadamente peligrosa, ya que la persona que se ofrezca o que permita que los demonios la posean se expone a la destrucción de su propia alma y a la condenación eterna.

Además, en el capítulo 9, veremos que el Dr. Lucas considera sinónimos la palabra “demonio” con la palabra “espíritu inmundo”.

Volviendo al relato por delante, creo que hay aquí uno de los peores casos posibles de posesión demoníaca. Note primeramente algunos hechos que se deben constatar. Esto ocurrió en la tierra de Gadara, donde habitaban los descendientes de la tribu de Gad, una de las tribus que decidió no cruzar el río Jordán con Josué, sino que pidió permiso para permanecer en la ribera oriental del río.

Se revela el propósito de este milagro en la primera mitad del versículo 39: Vuélvete a tu casa, y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo. Sí, éste es el propósito de esto, y éste es el valor, o la “razón” de todo este incidente. Este hombre, uno de los peores casos de posesión por demonios jamás registrados, estaba desnudo, y según el versículo 27, había estado así por mucho tiempo. Creo que existe una relación directa entre el nudismo y la posesión demoníaca.

También, indica el versículo 27 que no vivía en una casa como las personas normales, sino que vivía entre las tumbas y las cuevas. La personalidad de este hombre había sido degradada, envilecida y destruida. Él no tenía ninguna voluntad propia; estaba poseído por los demonios.

Éste, al ver a Jesús, lanzó un gran grito, y postrándose a Sus pies exclamó a gran voz: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego que no me atormentes. (Porque mandaba al espíritu inmundo que saliese del hombre, pues hacía mucho tiempo que se había apoderado de él; y le ataban con cadenas y grillos, pero rompiendo las cadenas, era impelido por el demonio a los desiertos.) [Lc. 8:28-29]

El demonio reconoció a Jesús. Santiago, dice: Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. (Stg. 2:19) Los demonios son los enemigos de Dios y serán juzgados.

Quizá alguien se esté preguntando, “¿Cuál es el origen de los demonios?” No deseo ser dogmático. El mundo físico tiene algo que no se puede ver. Esto es el átomo. ¿Ha visto usted alguna vez a un átomo? Sin embargo, los átomos existen y han hecho un gran impacto en nuestros tiempos y durante nuestra generación. Igualmente, en el mundo espiritual, hay ciertas cosas que no podemos ver. Los ángeles, por ejemplo, tienen existencia real, pero no los podemos ver. La Biblia enseña que hay dos clases de ángeles: los que están con Dios, y los que cayeron con Satanás en el principio. Se nos dice que aún hay muchos que ofrecen sacrificios a los demonios. Hay, y ha habido, mucha adoración a los ángeles. Homero habla en cuanto a los demonios y los dioses como sinónimos. Otro filósofo griego, Hesíodo, dice que todos los demonios son buenos; mientras que otro declara que entre los demonios hay malos y buenos. Detrás de toda la idolatría y las religiones antiguas había siempre la adoración o el temor de los demonios. Los demonios son capaces de controlar al hombre a fin de que no pueda hacer lo que quiere hacer. Los demonios pueden obligar a los hombres poseídos a hacer cosas espantosas y terribles. Impulsan a las madres a matar a sus hijos; a los esposos a matar a sus esposas, y a los hijos a matar a sus padres. Los demonios obligan a los hombres a cometer hechos insensatos sin saber por qué hacen cosas tan terribles. Estas cosas están sucediendo precisamente en nuestros tiempos, pero la humanidad culpa a todo menos a los demonios por lo que ocurre.

Y le preguntó Jesús, diciendo: ¿Cómo te llamas? Y él dijo: Legión. Porque muchos demonios habían entrado en él. Y le rogaban que no los mandase ir al abismo. Había allí un hato de muchos

cerdos que pacían en el monte; y le rogaron que los dejase entrar en ellos; y les dio permiso. Y los demonios, salidos del hombre, entraron en los cerdos; y el hato se precipitó por un despeñadero al lago, y se ahogó. [Lc. 8:30-33]

Este hombre no era poseído por un solo demonio, sino por una legión de demonios. Debe notarse que había entre tres y seis mil hombres en una legión romana de soldados. La palabra “legión” era usada con el sentido de muchedumbre, es que había una muchedumbre de demonios en este hombre, y no querían ir al abismo. Ese abismo es el lugar donde están encarcelados los otros ángeles caídos y que Judas menciona: Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día. (Jud. 6) Los demonios siempre quieren entrar en el cuerpo de alguna persona. Cuando un demonio es expulsado de una persona, viaja y vuelve para tratar de entrar de nuevo en esa persona. Si no puede obtener la entrada, procura entonces ir a otra persona que esté dispuesta a ser poseída. Un demonio no quiere quedarse sin cuerpo. Por eso, cuando el Señor echó fuera los demonios de este hombre, ellos estaban dispuestos a ir a los cuerpos de los cerdos que comían en la ladera, antes que tener que ir al abismo. Pero, lo que ocurrió fue que los cerdos prefirieron la muerte, antes que permitir que los demonios vivieran en ellos.

Y los que apacentaban los cerdos, cuando vieron lo que había acontecido, huyeron, y yendo dieron aviso en la ciudad y por los campos. Y salieron a ver lo que había sucedido; y vinieron a Jesús, y hallaron al hombre de quien habían salido los demonios, sentado a los pies de Jesús, vestido, y en su cabal juicio; y tuvieron miedo. Y los que lo habían visto, les contaron cómo había sido salvado el endemoniado. [Lc. 8:34-36]

Yo quisiera que usted note la transformación maravillosa que experimentó este hombre. Esto nos dice que sólo el poder de Cristo es el único que puede librarnos del poder de Satanás. Estamos viendo un resurgimiento de la adoración y el temor de los demonios en nuestros tiempos, y es algo espantoso y asqueroso. Lo que necesitamos, es invocar el nombre de Dios para que nos ayude, e invocar Su preciosa sangre que fue vertida una vez por todas, en la cruz del Calvario para

pagar el precio total de nuestra liberación.

Entonces toda la multitud de la región alrededor de los gadareños le rogó que se marchase de ellos, pues tenían gran temor. Y Jesús, entrando en la barca, se volvió. Y el hombre de quien habían salido los demonios le rogaba que le dejase estar con él; pero Jesús le despidió, diciendo: Vuélvete a tu casa, y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo. Y él se fue, publicando por toda la ciudad cuán grandes cosas había hecho Jesús con él. [Lc. 8:37-39]

Como se mencionó al principio de este estudio sobre este hombre endemoniado, Cristo cumplió un propósito específico al liberarlo del yugo de los demonios que lo poseían. El versículo 39 declara que Jesús le dice que vuelva a su hogar y que cuente lo que Cristo había hecho por él. Note entonces que este hombre se fue y publicó a través de toda la ciudad, las grandes cosas que le habían acontecido. No creo que hubo alguna persona que fuera capaz de silenciar su testimonio. Así sucede también hoy en día. Cuando una persona encuentra la libertad por medio de Jesucristo, cuando es liberada del poder de Satanás y sus demonios, no puede menos de proclamar su testimonio a todo aquél que esté y también a los que no estén dispuestos a escucharlo. Es verdad que, en nuestro derredor, vemos tinieblas que son cada vez más negras y amenazantes, pero es igualmente cierto que Jesucristo es Todopoderoso, y que puede y quiere librarnos de todo pecado.

Cuando volvió Jesús, le recibió la multitud con gozo; porque todos le esperaban. [Lc. 8:40]

Se encuentra aquí un gran contraste. El versículo 37 dice que los gadareños le rogaron que se fuese de entre ellos, porque tuvieron gran temor; y añade que Jesús accedió inmediatamente a su solicitud subiendo a Su barco y volviendo a la ribera opuesta. Es aquí donde se observa el contraste, pues, según el versículo 40, cuando Jesús llegó de nuevo al punto de partida en Su viaje a través del lago, había allí una multitud que lo recibió y le dio la bienvenida. Mientras en una ribera, le piden a Jesús que se vaya, que se aparte de ellos, en la ribera opuesta había una multitud que esperaba Su venida.

Así ocurre en nuestros días. Mientras unos están empeñados en combatir a Dios, en rechazar a Su Hijo, en volverle la espalda y

apartarse de Él, hay otros que le buscan con corazón contrito, que están dispuestos a buscarle, que están dispuestos a abrirle las puertas de su corazón y a recibirle. Es mi esperanza y es mi oración, que usted se encuentre entre aquéllos que están dispuestos a recibir a Jesucristo en su corazón como su único y personal Salvador, y que esperan con gozo Su venida.

Jesús sana a la mujer con flujo de sangre y resucita a la hija de Jairo

Entonces vino un varón llamado Jairo, que era principal de la sinagoga, y postrándose a los pies de Jesús, le rogaba que entrase en su casa; Porque tenía una hija única, como de doce años, que se estaba muriendo. Y mientras iba, la multitud le oprimía. Pero una mujer que padecía de flujo de sangre desde hacía doce años, y que había gastado en médicos todo cuanto tenía, y por ninguno había podido ser curada, Se le acercó por detrás y tocó el borde de su manto; y al instante se detuvo el flujo de su sangre. [Lc. 8:41-44]

Según este pasaje, entre toda esa multitud que se había juntado para recibir a Jesús, había dos personas desesperadas. Primero, Jairo, quien vino a buscar a Jesús para que sanara a su hijita, no para levantarla de los muertos porque no había muerto aun cuando Jairo salió para buscar a Jesús. Su fe quizá era poca, pero su situación era desesperante. Jairo creía que Jesús tendría que tocarla. Jesús comenzó a atender a Jairo, pero le interrumpió la mujer con el flujo de sangre.

Esta mujer había estado sufriendo esta aflicción por doce años; y la hija de Jairo tenía doce años también, o sea, que doce años de tinieblas se acababan mientras que doce años de luz desaparecían. Cuando Jairo vino a Jesús, era para pedirle que sanara a su hija. Su fe, quizá no era tan fuerte, pero en cambio la fe de esta mujer sí lo era. Note que Jesús no fue quien tocó a la mujer, sino que ella le tocó a Él y fue sanada al instante. Recuerde que una multitud le apretaba en todo Su derredor. Los discípulos sabían que la multitud le había tocado, y, sin embargo, sólo la mujer fue sanada. Jairo se sintió tan desesperado porque su hijita estaba tan enferma. Él estaba allí presente cuando Jesús sanó a la mujer dándole Su paz. Este incidente iba a preparar a Jairo y a fortalecer su fe

cuando llegaran las noticias horribles de que su hijita ya había muerto. Eso nos puede parecer chocante y quizá hasta brutal, pero el hecho es que Jesús esperó hasta que la niña muriera antes de ir con Jairo.

Cuando llegaron a la casa de Jairo, ya había allí muchas lamentaciones y llanto. Pero, dejaron de llorar lo suficiente como para reírse de Jesús en su incredulidad.

Y lloraban todos y hacían lamentación por ella. Pero él dijo: No lloréis; no está muerta, sino que duerme. Y se burlaban de él, sabiendo que estaba muerta. [Lc. 8:52-53]

El Señor tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, al padre y a la madre de la niñita adentro con Él al lugar donde estaba acostada la hijita. El Dr. Lucas es el único evangelista que menciona dos casos de resurrección.

Mas él, tomándola de la mano, clamó diciendo: Muchacha, levántate. Entonces su espíritu volvió, e inmediatamente se levantó; y él mandó que se le diese de comer. Y sus padres estaban atónitos; pero Jesús les mandó que a nadie dijese lo que había sucedido. [Lc. 8:54-56]

El Señor Jesús habló a esta niña en una manera muy amable, diciéndole: Muchacha, levántate. Estas palabras también pueden traducirse así: “Ovejita, despiértate”. Y la niña se levantó. La devolvió a un mundo de sufrimiento por consideración a sus padres, y no necesariamente para su propio bien.

Amigo, ¿se ha fijado usted en que el método que Jesús usa para levantar a los muertos siempre es el mismo? ¡Les llama y ellos oyen Su voz! Nuestro Señor ha demostrado una vez más que Él es Dios de veras.

CAPÍTULO 9

Jesús comisiona y envía a los doce

Lo primero que se nota en este capítulo es que los 12 Apóstoles son enviados por el Señor Jesús a predicar. Quizá usted recordará que, en el estudio de Mateo, el Señor enunció Sus principios éticos y entonces demostró Su dinamismo al realizar milagros en cada una de las esferas de la vida: en la esfera física, y en la esfera espiritual, en la esfera natural, y en la esfera sobrenatural. Bueno, esto mismo lo hemos visto hasta ahora en el evangelio según San Lucas; y aquí tenemos, entonces, ante nosotros el incidente en que Jesús envía a Sus Apóstoles a predicar.

Habiendo reunido a sus doce discípulos, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y para sanar enfermedades. [Lc. 9:1]

Cuando el Señor estuvo en la tierra, le dio el don de sanidad a Sus Apóstoles. Había dones que servían como señales. Eran para demostrar que Cristo era quien reclamaba ser. Cuando la iglesia principió, no había Escrituras y la señal de que uno era un Apóstol era el hecho de que tenía estos dones para realizar portentos y milagros. Pedro podía sanar a los enfermos y levantar a los muertos. A Pablo también le fue posible sanar a los enfermos y levantar a los muertos. ¿Se ha encontrado usted alguna vez con alguno de los llamados sanadores de fe que haya levantado algún muerto? Si es que usted oye hablar de alguno, por favor, infórmemelo. He oído de algunos que alegan hacerlo, pero nunca he visto una demostración.

Jesús, pues, envió a Sus discípulos a predicar el reino de Dios y a sanar a los enfermos. Note que esto ocurrió antes de que Jesucristo muriera en la cruz. Hoy en día lo más importante no es la sanidad. Aunque Pablo tenía el don de sanidad, hacia el fin de su ministerio, al parecer, no ejerció ese don de ninguna manera. Hasta le mandó a Timoteo beber un poco de vino por causa de su estómago (1 Ti. 5:23). Pablo mismo tenía un agujón en la carne y le pidió a Dios que se lo quitara, pero Dios no se lo quitó. (2 Co. 12:7) También le escribió a Timoteo, ...a Trófimo dejé en Mileto enfermo. (2 Ti. 4:20) ¿Por qué no sanó Pablo a su amigo Trófimo? Al parecer, ése era un don que aun antes de que los

apóstoles salieran de la escena, cuando el canon de las Escrituras quedó completo, el don de la sanidad quedó a un lado. La autoridad pasó de una persona a las páginas de las Escrituras, a la Palabra de Dios.

Hacia el fin de su vida, Juan escribió: Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! (2 Jn. 10) Y esto aun si tal persona pudiese bajar fuego del cielo. También Pablo, dijo en Gálatas 1:8: Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. La palabra anatema, significa “condenado”, “maldito”. Éste es un lenguaje acérrimo, porque hay una sola doctrina, y es la revelada en las páginas de la Escritura.

***Y los envió a predicar el reino de Dios, y a sanar a los enfermos.
Y les dijo: No toméis nada para el camino, ni bordón, ni alforja,
ni pan, ni dinero; ni llevéis dos túnicas. [Lc. 9:2-3]***

Hay algunas personas que pretenden usar este pasaje como base para predicar el reino de Dios y para sanar a los enfermos hoy en día. Pero, observe bien al ministro que pretende usar estos versículos como una base para sus campañas de sanidad. Vea usted si toma una ofrenda. Vea si lleva algo como un bolso cuando viaja. Fíjese si su mensaje se adhiere a las Escrituras. Es interesante notar que este versículo no se usa con mucha frecuencia hoy en día, porque ahora no es aplicable. Pero, en aquellos días, lo fue.

***Y en cualquier casa donde entréis, quedad allí, y de allí salid.
[Lc. 9:4]***

Hoy en día el obrero es digno de su salario. Creo que cualquier hombre que proclame la Palabra de Dios debe ser apoyado. En los tiempos de Cristo, la situación era algo diferente. Los discípulos tenían que quedarse en las casas privadas porque no abundaban los lugares de hospedaje como los hay hoy en día, y por eso siempre se hospedaban en hogares privados.

Y dondequiera que no os recibieren, salid de aquella ciudad, y sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos. [Lc. 9:5]

Cumplieron este mandato del Señor y el impacto de su ministerio afectó hasta a Herodes.

Y saliendo, pasaban por todas las aldeas, anunciando el Evangelio y sanando por todas partes. Herodes el tetrarca oyó de todas las cosas que hacía Jesús; y estaba perplejo, porque decían algunos: Juan ha resucitado de los muertos; Otros: Elías ha aparecido; y otros: Algún profeta de los antiguos ha resucitado. Y dijo Herodes: A Juan yo le hice decapitar; ¿quién, pues, es éste, de quien oigo tales cosas? Y procuraba verle. Vueltos los apóstoles, le contaron todo lo que habían hecho. Y tomándolos, se retiró aparte, a un lugar desierto de la ciudad llamada Betsaida. Y cuando la gente lo supo, le siguió; y él les recibió, y les hablaba del reino de Dios, y sanaba a los que necesitaban ser curados. [Lc. 9:6-11]

Herodes era el gobernante responsable de la encarcelación y la ejecución de Juan el Bautista. Marcos nos dice que Herodes tenía miedo de que Jesús fuera el sucesor de Juan el Bautista. La curiosidad de Herodes le dio el deseo de ver a Jesús, y creo que sus intenciones sin duda eran malas. Entonces, dice este pasaje que Jesús llevó a Sus discípulos a un lugar deshabitado y las multitudes le siguieron. Nuestro bondadoso Señor recibió entonces a todas estas personas y les habló en cuanto al reino de Dios, y también sanó a aquéllos que tenían necesidad de ser sanados. Usted recordará, que ya en estudios anteriores se había hecho la distinción entre el reino de los cielos y el reino de Dios. El reino de los cielos es parte del reino de Dios, pero no es sinónimo. El reino de los cielos se refiere al reinado o autoridad de los cielos sobre la tierra. El reino de Dios lo incluye todo, no sólo esta tierra, sino también toda la creación de Dios.

Jesús alimenta a cinco mil

Pero el día comenzaba a declinar; y acercándose los doce, le dijeron: Despide a la gente, para que vayan a las aldeas y campos de alrededor, y se alojen y encuentren alimentos; porque aquí estamos en lugar desierto. Él les dijo: Dadles vosotros de comer. Y dijeron ellos: No tenemos más que cinco panes y dos pescados, a no ser que vayamos nosotros a comprar alimentos para toda esta multitud. Y eran como cinco mil hombres. Entonces dijo a sus discípulos: Hacedlos sentar en grupos, de cincuenta en cincuenta. Así lo hicieron, haciéndoles sentar a todos. Y tomando los cinco panes y los dos pescados, levantando los ojos al cielo, los bendijo,

y los partió, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante de la gente. Y comieron todos, y se saciaron; y recogieron lo que les sobró, doce cestas de pedazos. [Lc. 9:12-17]

Los versículos 12-17, presentan otro aspecto importante: Jesús alimenta a cinco mil. Una gran multitud había seguido a Jesús y a Sus discípulos. Jesús tuvo compasión de la multitud. Eran como ovejas, y Él era el Pastor. Suplió sus necesidades espirituales por medio de Sus enseñanzas, y luego suplió sus necesidades físicas al darles de comer. Los discípulos estaban turbados a causa de la situación crítica que los confrontaba. Se requería un milagro para poder alimentar a una multitud tan grande y tan hambrienta, pues estaban muy lejos de la fuente de cualquier abastecimiento. Los discípulos se atrevieron a aconsejar a Jesús en medio de la presión de esta crisis. Pero Jesús no siguió su consejo, un consejo que por cierto no estaba buscando. Recuerde que ¡es Él quien manda!

El Señor mandó entonces a los discípulos a hacer lo imposible. Tuvieron que aprender, como nosotros también debemos aprender, que Él siempre manda a hacer lo imposible. La razón es obvia. Es Él quien hará el trabajo. Él tomó lo que tenían. Había solamente cinco panes y dos pescados para cinco mil hombres, además de las mujeres y los niños. Creo que estos panecillos eran sólo bocadillos, mientras que los pescados quizá no eran más grandes que las sardinas.

Debe haber sido una vista hermosa. Los habitantes de cada pueblo llevaban ropaje de cierto color. Los de cada grupo se sentaron juntos. Estos diferentes vestidos de diversos colores debieron haber dado una impresión de una gran colcha abierta sobre la hierba. El Señor hizo un milagro allí. El Creador, el que hizo los peces en el principio y causó que el grano se multiplicara en el campo, ahora por la Palabra de Dios crea alimento para toda la multitud. Quizá ésta era la primera vez que muchos de ellos quedaban satisfechos plenamente. Todos tuvieron suficiente para comer. Es que Dios siempre provee de sobra.

Jesús anuncia Su muerte y resurrección

Llegamos ahora al pasaje en el cual Pedro confiesa que Jesús es el Mesías, y en el cual Jesús anuncia Su muerte y resurrección.

Aconteció que mientras Jesús oraba aparte, estaban con él los discípulos; y les preguntó, diciendo: ¿Quién dice la gente que soy yo? Ellos respondieron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, que algún profeta de los antiguos ha resucitado. Él les dijo: ¿Y vosotros, quién decís que soy? Entonces respondiendo Pedro, dijo: El Cristo de Dios. Pero él les mandó que a nadie dijiesen esto, encargándoselo rigurosamente, Y diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día. [Lc. 9:18-22]

Note que la frase el Cristo de Dios significa “el Mesías prometido por Dios”. Luego, en el versículo 22, el Señor Jesús informa sobre Su muerte y resurrección. Note que Él nunca menciona Su muerte sin mencionar también Su resurrección. Ésta no es la única ocasión en que lo hace, pues son repetidas las ocasiones en que habla en cuanto a esto. Jesús no reveló Su Persona aparte de Su obra de redención. Nuestra salvación depende de quién es Jesús, y qué fue lo que hizo. Negar el valor de la muerte de Cristo es algo de origen satánico.

Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará. Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles. [Lc. 9:23-26]

Aquí él no está poniendo una condición de salvación, sino que está declarando la posición de aquéllos que son salvos. Esto es lo que él está diciendo. ...el que se avergonzare de Mí y de Mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre... ¿Qué tipo de cristiano es usted hoy? Amigo, esto es de toda importancia en estos en que vivimos.

La transfiguración

Pero os digo en verdad, que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios. [Lc. 9:27]

Es interesante notar que Simón Pedro nos interpreta este versículo. Él dijo en sus escritos que vio el reino. ¿Dónde lo vio? Pedro dice que estuvo con el Señor en el monte santo y que fue testigo presencial. Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos Su majestad. Pues cuando Él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Éste es Mi Hijo Amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con Él en el monte santo. (2 P. 1:16-18) Ésta es la explicación que nos da Simón Pedro y es suficientemente buena para mí, porque creo que un hombre que estuvo allí debe saber más en cuanto al reino que algunos de los que pretenden ser eruditos en esta época, que nunca estuvieron allí.

Aconteció como ocho días después de estas palabras, que tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar. Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente. [Lc. 9:28-29]

Lo que ocurrió allí es algo como la experiencia del gusano. Primero tiene usted el gusano, luego el capullo, y, por fin, sale la hermosa mariposa. La transfiguración no manifiesta la Deidad de Cristo, sino Su humanidad perfecta. La transfiguración es la meta que Dios tiene para toda la humanidad. Cuando usted ve al Señor Jesucristo transfigurado allí en el monte, está observando exactamente lo que ocurrirá en aquel día cuando seamos transformados. Los muertos serán levantados y aquéllos que vivimos seremos cambiados, y todos seremos transformados y llevados a la presencia de Dios.

En el versículo 29, donde dice que Su ropaje resplandeció, no significa que una luz externa resplandeció sobre Él, sino que una luz resplandeció desde adentro. Creo que Adán y Eva estaban vestidos con este tipo de luz gloriosa, pero que cuando pecaron, esta luz se apartó, y por tanto descubrieron que estaban desnudos. La pregunta que muchos formulan es si vamos a vestirnos en el cielo. Creo que sí, pero no creo que lo necesitemos pues tendremos esa luz gloriosa que servirá de ropaje. Esto es exactamente lo que pasó con Jesucristo en aquel Monte de la Transfiguración.

Y he aquí dos varones que hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías. [Lc. 9:30]

Tenemos a dos hombres que aparecen sobre este monte: Moisés el representante de la ley, y Elías, el representante de los profetas; y los dos aparecen para testificar en cuanto a Cristo. ¿Qué es lo que dicen en cuanto a Él?

Quienes aparecieron rodeados de gloria, y hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén. [Lc. 9:31]

Al tratar de la transfiguración el Dr. Lucas añade algo que los otros escritores de los evangelios omiten: Moisés y Elías hablaron sobre la muerte de Jesús. Pablo, dice que el Evangelio que él predicó era un Evangelio respaldado por el testimonio de la ley y los profetas. Dijo que su Evangelio no era en manera alguna contrario al Antiguo Testamento. En Romanos 3:20-22, Pablo dice: Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de Él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado. Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en Él. Porque no hay diferencia.

La ley y los profetas revelan que la única manera posible de acudir a Dios y la única manera en que Dios nos puede salvar, es por medio de la justicia que recibimos mediante la fe. En el Antiguo Testamento esto se hacía mediante la ofrenda de un sacrificio. El sistema de sacrificios era lo más importante en todo el sistema mosaico. Aquel cordero que se ofrecía sobre el altar era un símbolo de Cristo, quien murió por nuestros pecados. Juan el Bautista, por eso identificó a Jesucristo como el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

Y Pedro y los que estaban con él estaban rendidos de sueño; mas permaneciendo despiertos, vieron la gloria de Jesús, y a los dos varones que estaban con él. Y sucedió que apartándose ellos de él, Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, una para Moisés, y una para Elías; no sabiendo lo que decía. [Lc. 9:32-33]

Parece que Simón Pedro es una persona que siempre tiene que decir algo. En esta ocasión habría sido mucho mejor si se hubiera quedado

callado, pero aparentemente no pudo hacerlo; y según este versículo, no sabía lo que decía. Muchos son como Pedro y hablan palabras que creen ser piadosas sin darse cuenta de lo que dicen. Pedro sugiere que se edifiquen tres tabernáculos, y así coloca a Moisés y a Elías a la par con Jesucristo, aunque por lo menos, pone al Señor primero. Muchas antologías de la religión mencionan a Buda, a Mahoma, a Moisés y a Cristo como fundadores de religiones. Aunque esto puede parecerle extraño, Jesucristo no es fundador de ninguna religión. Él no fundó una religión; Él murió en la cruz por los pecados del mundo. Él es el Salvador, y es por eso que usted no es salvado por medio de una religión. Usted puede ser salvado únicamente por medio de Jesucristo. El Dr. Carrol, un eminente predicador acostumbraba a decir: “Cuando yo vine a Cristo, perdí mi religión”. Lo que muchas personas necesitan, es perder su religión y encontrar a Cristo Jesús.

Mientras él decía esto, vino una nube que los cubrió; y tuvieron temor al entrar en la nube. Y vino una voz desde la nube, que decía: Éste es mi Hijo amado; a él oíd. Y cuando cesó la voz, Jesús fue hallado solo; y ellos callaron, y por aquellos días no dijeron nada a nadie de lo que habían visto. [Lc. 9:34-36]

Jesús echa fuera los demonios de un hijo único

Al día siguiente, cuando descendieron del monte, una gran multitud les salió al encuentro. Y he aquí, un hombre de la multitud clamó diciendo: Maestro, te ruego que veas a mi hijo, pues es el único que tengo; Y sucede que un espíritu le toma, y de repente da voces, y le sacude con violencia, y le hace echar espuma, y estropeándole, a duras penas se aparta de él. Y rogué a tus discípulos que le echasen fuera, y no pudieron. Respondiendo Jesús, dijo: ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros, y os he de soportar? Trae acá a tu hijo. Y mientras se acercaba el muchacho, el demonio le derribó y le sacudió con violencia; pero Jesús reprendió al espíritu inmundo, y sanó al muchacho, y se lo devolvió a su padre. Y todos se admiraban de la grandeza de Dios. [Lc. 9:37-43]

Toda esta escena es un cuadro del día de hoy. Jesús ya se ha ido a la gloria. Sus discípulos también están con Él. Pero nosotros, en cambio, estamos aquí en este mundo al pie del monte. Aquí reina la confusión, la avenencia y la impotencia. El mundo de hoy en día se porta como un hombre endemoniado y la iglesia es impotente ante la necesidad del mundo. Cuando Jesús habló a la multitud, la reprendió por su falta de fe en cuanto a la condición del muchacho. Al parecer, los discípulos y los escépticos estaban incluidos entre los reprendidos.

La condición de este muchacho daba lástima. Jesús se volvió al padre del muchacho y le pidió que creyera, y entonces, según lo que dicen los otros evangelios, el padre hizo una súplica desesperada pidiendo más fe. Los discípulos por su parte estaban perplejos porque habían echado fuera los demonios antes, pero ahora no podían echar fuera a este demonio. Nuestro Señor confirma que este caso era diferente, debido a su seriedad. (Véase Mr. 9:29) La palabra del Señor reprendió al demonio, sanó al muchacho y lo entregó a su padre. El proceso que fue necesario para poder echar fuera los demonios reveló una vez más la seriedad del caso.

Jesús se encamina hacia Jerusalén

Después de sanar al muchacho endemoniado, el Señor y Sus discípulos se encaminaron hacia Jerusalén. Una vez más, el Señor les habló en cuanto a Su muerte inminente.

Haced que os penetren bien en los oídos estas palabras; porque acontecerá que el Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres. Mas ellos no entendían estas palabras, pues les estaban veladas para que no las entendiesen; y temían preguntarle sobre esas palabras. [Lc. 9:44-45]

El Señor Jesucristo hizo un gran esfuerzo por familiarizar a Sus discípulos con el hecho inminente de que Él sería entregado en manos de hombres. Él está hablando en cuanto a Su propia muerte, pero estos hombres no le preguntan nada respecto a eso.

Entonces entraron en discusión sobre quién de ellos sería el mayor. [Lc. 9:46]

Después de la Transfiguración uno pensaría que los discípulos serían humildes y obedientes a Su voluntad. Pero, al contrario, se ponen ambiciosos. Pensaron en la corona e ignoraron la cruz. Estaban deseosos de vanagloria. Ésta ha sido la maldición de Sus discípulos desde aquel día hasta hoy. Es una de las maldiciones de la iglesia. En la carta de Pablo a los cristianos gálatas, él escribió, No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros. (Gá. 5:26)

Y Jesús, percibiendo los pensamientos de sus corazones, tomó a un niño y lo puso junto a sí, Y les dijo: Cualquiera que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y cualquiera que me recibe a mí, recibe al que me envió; porque el que es más pequeño entre todos vosotros, ése es el más grande. [Lc. 9: 47-48]

Éste es un gran principio. Es mi convicción que los santos más grandes son las personas desconocidas en nuestras iglesias quienes le sirven quieta y fielmente.

Entonces respondiendo Juan, dijo: Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre; y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros. Jesús le dijo: No se lo prohibáis; porque el que no es contra nosotros, por nosotros es. Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén. Y envió mensajeros delante de él, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos. Mas no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalén. [Lc. 9:49-53]

Empezando en Cesarea de Filipos, el Señor comenzó a caminar hacia Jerusalén. Consciente de que allí le esperaba la muerte, Jesús se dirigió con resolución hacia Jerusalén. En lugar de subir a Su Padre en el cielo, en el apogeo de Su ministerio, deliberadamente escogió el camino de la humillación que conducía a la vil cruz romana. Es decir que, el Señor sabía lo que estaba haciendo. Deliberadamente escogió este camino.

Note el rechazamiento por parte de los samaritanos. Pensamos en “el buen samaritano” por la parábola, pero ellos no eran más amables que los judíos—los dos le rechazaron.

Viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma? [Lc. 9:54]

Siempre se piensa de Juan que es el Apóstol manso, pero note su disposición ardiente aquí.

Entonces volviéndose él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; Porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea. [Lc. 9: 55-56]

Jesús reprende cualquier tipo de espíritu divisorio. ¡Qué reprensión! ...el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. En otra ocasión Él dijo, Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. (Lc. 19:10) Juan entendió mal por completo el propósito de la primera venida de Cristo.

Jesús da el patrón para el discipulado

En los versículos finales, se encuentran tres que deseaban seguirle, pero bajo condiciones. Note que aquí no se habla de la salvación. No se hace aquí la pregunta, ¿qué debo hacer para ser salvo? como en Hch. 16:30. Más bien, eso es lo que se requiere para llegar a ser un seguidor, o un discípulo de Cristo.

El primero es un joven impetuoso e impulsivo. Yendo ellos, uno le dijo en el camino: Señor, te seguiré adondequiera que vayas. Y le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza. [Lc. 9:57-58]

La respuesta de nuestro Señor revela Su propia pobreza cuando Él estaba sobre la tierra. Cuando ellos viajaban, no había reservaciones para un hotel. La pobreza era parte de la maldición que Él llevó. ¿Le siguió el joven? No se nos dice. Yo quisiera pensar que lo hizo.

Y dijo a otro: Sígueme. Él le dijo: Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre. Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve y anuncia el reino de Dios. [Lc. 9:59-60]

El segundo había tomado la decisión de seguir a Jesús, pero primero quería enterrar a su padre. Este versículo se ha entendido muy mal. Jesús no estaba prohibiendo que este joven asistiera al funeral de su padre. Más bien, el joven está diciendo que él quería cuidar de su padre para que éste muriera. Después de la muerte de su padre, entonces él estaría libre para seguir a Jesús.

En cuanto al discipulado, el afecto humano toma el segundo lugar a Su voluntad. Cuando surge un conflicto entre los afectos humanos y Cristo, Él toma el primer lugar. Sin embargo, Su voluntad y los afectos humanos no siempre están en conflicto.

Entonces también dijo otro: Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa. Y Jesús le dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios. [Lc. 9:60-61]

El tercero quería tiempo para despedirse a los seres queridos. Él era un seguidor de Jesús tibio. Él quería ser discípulo, pero no quería tener que hacer un sacrificio. Él no era impelido por la urgencia, la importancia de la misión. Recuerde que el Señor Jesucristo estaba ya en camino a la cruz. Él había determinado ir a Jerusalén.

Amigo, el costo del discipulado es alto. Demanda todos lo que podemos dar. El Apóstol Pablo escribió, Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. (Fil. 3:13-14)

CAPÍTULO 10

Jesús envía a los setenta

Después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir. Y les decía: La mies a la verdad es mucha, mas los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. [Lc. 10:1-2]

El Señor no sólo envió a los doce Apóstoles, sino también a otros. El Dr. Lucas es el único que nos cuenta acerca de esta misión de los setenta. Esta obra por un tiempo limitado, porque Jesús iba hacia Jerusalén.

Se oye hablar mucho hoy en día en cuanto a la oración: Rogad al Señor de la mies que envíe obreros a Su mies. El Señor miró los campos, que estaban blancos para la siega y se dice que nuestro trabajo, nuestra responsabilidad hoy en día es el de recoger la siega. Preste mucha atención a lo que le voy a decir, porque puede ser que le parezca un poco extraño, pero no considero mi responsabilidad el segar. Nuestro trabajo, nuestra responsabilidad es sembrar. Si usted ha sido agricultor, entonces, se dará cuenta que hay una gran diferencia entre el sembrar la semilla y el segar después que la semilla haya madurado.

Alguien dirá: “El Señor dijo que la mies... es mucha, mas los obreros pocos”. Pero, recuerde dónde estaba Jesús cuando hizo aquella declaración. Jesús estaba al otro lado de la cruz en aquel momento y una edad estaba llegando a su término, a su fin. Al fin de cada edad, hay un juicio. La edad que termina en un juicio es una siega, y la edad misma es el tiempo designado para sembrar la semilla. Creo que nosotros estamos sembrando la semilla hoy en día, y la Biblia dice que al fin de esta edad habrá una siega. En la parábola de la cizaña y el trigo, el Señor dijo en Mateo 13:30: Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero.

Nuestro trabajo, nuestra responsabilidad, es la de sembrar la semilla que es la Palabra de Dios. Éste es el trabajo de todo cristiano. Nuestro trabajo no es de segar, porque ésa es la obra del juicio, y nosotros no

vamos a juzgar a nadie. Yo no sé cuál es la condición o la relación suya con Dios, porque no puedo ver su corazón. Dios, en cambio, puede ver el corazón suyo, y Él es quien será su Juez. En los versículos 3-12, Jesús da a estos setenta las mismas instrucciones que dio a Sus doce Apóstoles cuando los envió. Sólo que las amplía un poco más para una mejor comprensión. En los versículos 13-15, hemos llegado al fin de una edad, y Jesús pronuncia Su juicio sobre Corazín, Betsaida y Capernaum.

Id; he aquí yo os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado; y a nadie saludéis por el camino. En cualquier casa donde entréis, primeramente decid: Paz sea a esta casa. Y si hubiere allí algún hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; y si no, se volverá a vosotros. Y posad en aquella misma casa, comiendo y bebiendo lo que os den; porque el obrero es digno de su salario. No os paséis de casa en casa. En cualquier ciudad donde entréis, y os reciban, comed lo que os pongan delante; Y sanad a los enfermos que en ella haya, y decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios. [Lc. 10:3-9]

Jesús les amonesta que deben esperar durezas y peligro—serán corderos entre lobos. Deben viajar con lo menos posible y no gastar tiempo en conversaciones vagas. Han de ser hombres impelidos por un motivo supremo—el de preparar corazones para la venida de Cristo.

Jesús pronuncia juicio sobre Corazón, Betsaida, y Capernaum

Mas en cualquier ciudad donde entréis, y no os reciban, saliendo por sus calles, decid: Aun el polvo de vuestra ciudad, que se ha pegado a nuestros pies, lo sacudimos contra vosotros, Pero esto sabed, que el reino de Dios se ha acercado a vosotros. Y os digo que en aquel día será más tolerable el castigo para Sodoma, que para aquella ciudad. ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! que si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que sentadas en cilicio y ceniza, se habrían arrepentido. Por tanto, en el juicio será más tolerable el castigo para Tiro y Sidón, que para vosotras. Y tú, Capernaum, que hasta los cielos eres levantada, hasta el Hades serás abatida. El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha,

a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió. [Lc. 10:10-16]

El Señor habla solemnemente de lo serio que es rechazar a Sus mensajeros—rechazarlos era rechazarle a Él.

Volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre. Y les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará. Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos. [Lc. 10:17-20]

Para completar la historia de los setenta, Lucas describe su retorno. Volvieron entusiasmados y emocionados. Ésta es la misma experiencia que tenemos cuando compartimos la Palabra de Dios, y alguien viene a Cristo. ¡Cuán gloriosos nos sentimos! Es una buena lección para nosotros recordar las palabras de Jesús... no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos. Cuando hay éxito en nuestro ministerio, es Su obra, no la nuestra.

En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu y dijo: Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó. Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo lo quiera revelar. Y volviéndose a los discípulos, les dijo aparte: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis; Porque os dijo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oí lo que oís, y no lo oyeron. [Lc. 10:21-24]

Estos versículos indican que el fin de la edad se acerca. Éste es el juicio del que el Señor ha hablado. El sembrar la semilla, es proclamar la Palabra de Dios, predicar el Evangelio y tratar de lograr que los hombres confíen en Jesucristo como su Salvador personal. El segar, entonces, es el juicio. Espero que usted haya comprendido bien lo que he tratado de establecer.

Parábola del Buen Samaritano

Dirija ahora su atención a la parábola del Buen Samaritano. Hemos llegado a una de las cosas que caracterizan el Evangelio de San Lucas: las parábolas. Considero que la especialidad del Dr. Lucas era las parábolas tal como Marcos se especializó en el relato de los milagros de Jesucristo. El Dr. Lucas incluye en su Evangelio algunas parábolas que figuran entre los pasajes más conocidos de toda la Biblia. Por ejemplo, considero que esta parábola del Buen Samaritano debe figurar junto con pasajes tan conocidos como el Salmo del Pastor, o sea el Salmo 23 del Antiguo Testamento, y las palabras consoladoras de Jesucristo en Juan 14. La parábola del Buen Samaritano es por lo menos la historia bíblica más conocida, y creo que será difícil encontrar a una persona que no haya escuchado por lo menos una vez esta historia. Por otra parte, hay muchos críticos literarios que la consideran la más grandiosa historia jamás contada. Por cierto, hay que admitir que, entre todas las parábolas, ésta es la más conocida y la más popular. Se trata de la historia de un hombre que cayó entre ladrones y de lo que ocurrió después.

Este pasaje, sirve como una introducción, ya que nos da el trasfondo de lo que surgió antes, y la razón que tuvo el Señor Jesucristo para contar esta historia.

***Y he aquí un intérprete de la ley se levantó y dijo, para probarle:
Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna? [Lc. 10:25]***

El Señor Jesús contó esta parábola en respuesta a una pregunta, una pregunta que, no era realmente honesta. Sin embargo, es una buena pregunta; es una pregunta muy común. Este “intérprete de la ley” ejercía un oficio muy similar al que ejerce un abogado en nuestros días, pero lo hacía en un sentido muy especializado. No ejercía la profesión de leyes en el sentido secular de la palabra. En otras palabras, no trabajaba con las leyes del Imperio Romano, sino que se dedicaba únicamente a la interpretación de la ley mosaica.

Él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? [Lc. 10:26]

El Señor tenía una manera realmente maravillosa de enfrentar las preguntas. Su costumbre era de contestar este tipo de preguntas formulando otra. En otras palabras, lo que le dijo fue: “Bueno, siendo

que tú eres un abogado y conoces tanto la ley, ¿por qué no Me dices lo que está escrito en la ley en cuanto a este asunto?”

Aquel, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. [Lc. 10:27]

La respuesta de este abogado era sincera y precisa. Demostró ampliamente que este abogado tenía un conocimiento muy profundo del sistema Mosaico.

Y le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás. [Lc. 10:28]

No sé si notó usted el anzuelo que Jesús incluyó en esta respuesta; dice: “haz esto y vivirás”. El hecho es que, fuera del Señor Jesucristo Mismo, no ha existido el primer ser humano que haya podido cumplir con este resumen de la ley conocido como “el gran mandamiento”. El joven no quiso admitir sus propias faltas, y en cambio, trata de hacerle un rodeo al tema y de auto-justificarse.

Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? [Lc. 10:29]

Hasta aquí el Señor Jesucristo ha empleado lo que se conoce como el “método socrático”, es decir, el método que usó Sócrates, el filósofo mártir de la antigua Grecia. El método consiste en responder a una pregunta con otra; permitir que el interrogador conteste sus propias preguntas. Aquí, pues, el abogado había tratado de interrogar al Señor Jesucristo como lo haría a un testigo en una sesión en el tribunal; pero note usted lo que sucedió: Fue el Señor Jesucristo quien interrogó al abogado. No se olvide que todo esto ocurrió “al otro lado de la cruz”, cuando la humanidad todavía estaba bajo la ley, cuando la humanidad estaba en lo que se llama “la dispensación de la ley”. Jesucristo, pues, le hizo esta referencia a la ley mosaica. Aparentemente el abogado estaba procurando que Jesús le diese una respuesta contraria a la ley, y Jesucristo le hizo ver que esta ley que él había mencionado era precisamente la más importante. Esta ley que citó el joven abogado era una cita directa de Deuteronomio 6:5: Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. También en Levítico 19:18: No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Jehová.

Note que el Señor le dijo a este joven: Bien has respondido—en el versículo 28. Aquí quisiera decir que, aunque esto ocurrió antes de la cruz, ciertamente ocurrió bajo su sombra. Me atrevo a decir aquí, que si usted, cumple este mandamiento, tendrá vida eterna. Claro que ya me imagino que alguien esté diciendo: “Pero si usted ha estado diciendo que uno tiene que confiar en Jesucristo como Salvador para poder recibir la vida eterna”. En verdad, esto es lo que predico. Bueno, considere esto con mayor amplitud. ¿Recuerda usted lo que dijo el Señor? Él no dijo que se salvarían los que escuchan o los que conocen la ley, sino sólo sus hacedores, es decir, los que cumplen con la ley. Pablo lo dice en Romanos 2:13: ...porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados. ¿Puede usted decir, “honradamente yo cumplo todo esto?” Pero antes que usted procure responder esta pregunta, permítame decirle algo para que no se encuentre en un dilema sin salida, o como lo dice el dicho: “entre el sartén y la olla”. Tengo que recordarle que Dios contradice a toda persona que se crea capaz de cumplir la ley. ¿Sabe lo que Dios dice en cuanto a esto? Son muchos los pasajes de la Biblia que yo podría mencionar, pero vea lo que dice Pablo en Gálatas 2:16: Sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado.

¿Se da cuenta? Usted, simplemente no es capaz, no puede vivir al nivel que demanda la ley. ¡Es imposible que usted pueda cumplir la ley! Permítame ahora leer lo que dice en cuanto a esto Pablo en Romanos 8:3. Para mayor claridad voy a usar la paráfrasis del Nuevo Testamento que ha aparecido en el idioma castellano bajo el título “Lo más importante es el amor”. Romanos 8:3, dice: “El conocer los mandamientos de Dios no nos arranca de las garras del pecado, porque”—fíjese bien—“no podemos guardar la ley ni la guardamos. Pero Dios, para salvarnos, puso en vigor un plan diferente. Envío a su propio Hijo con un cuerpo humano igual en todo al nuestro, salvo que no era pecador, y al entregarlo en sacrificio por nuestros pecados, destruyó el dominio del pecado sobre nosotros”.

En otras palabras, lo que era imposible para la ley, Dios lo ha cumplido, enviando a Su Hijo para salvarnos del pecado; pero no

sólo eso, sino que también nos ha enviado Su Santo Espíritu para posibilitarnos, para capacitarnos, de manera que podamos vivir la vida cristiana. Es imposible que un ser humano, en sus propias fuerzas, pueda cumplir con todo lo que requiere la ley. Si este abogado que vino a Jesús hubiera sido honesto, sin duda habría admitido su imposibilidad de cumplir la ley. Le hubiera dicho a Jesús: “Maestro, mira, me pasa lo siguiente: he tratado sinceramente de guardar la ley, me he esforzado por amar a Dios con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas. He tratado sinceramente de amar a mi prójimo como a mí mismo, pero a pesar de todo eso, encuentro que no puedo hacerlo. He fallado miserablemente. Por eso es que todavía no he recibido la vida eterna. Hasta ahora, no he podido encontrar un *modus operandi*, por decirlo así, una manera cómo poner en práctica estos principios en mi diario vivir. Todo lo que la ley ha hecho por mí, ha sido revelar mis propias debilidades y faltas. Hasta ahora, la ley ha sido todo, menos un instrumento de salvación”.

Pero en lugar de ser honesto, este joven abogado que vino a Jesús trató de evadir su propia responsabilidad en el asunto, y trató de pasar por alto su incapacidad para cumplir la ley. Trató, pues, de argumentar con el Señor, diciéndole: “Bueno, y ¿quién es mi prójimo?”—una frase muy parecida a la usada en el caso de Caín y Abel. Pues, como usted recordará, Caín después de asesinar a su hermano, trató de evadir su responsabilidad, su culpabilidad, diciendo: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” (Gn. 4:9b) Este abogado empleó las mismas tácticas que usa el calamar en el mar cuando es atacado o molestado. Emite una sustancia parecida a la tinta que distrae a su atacante y oscurece el ambiente.

En cierta ocasión un hombre que se había casado dos veces y se había divorciado otras tantas, vino a consultar a un predicador. Bueno, en realidad se había casado ya tres veces, pues, estaba viviendo con su tercera esposa. ¿Sabe usted qué fue lo primero que este hombre preguntó al predicador? “¿Dónde encontró su esposa Caín?” Ahora, el predicador nos dice que tuvo muchos deseos de responderle: “Y usted, ¿dónde encontró la suya?” Porque esto era de mucha más importancia que cualquier conjetura sobre cómo Caín había encontrado su esposa. Jesucristo respondió la pregunta de este joven y Su respuesta es lo que ahora se conoce como la parábola del Buen Samaritano. Es una historia simple, una historia tan conocida que casi considero redundante contarla

otra vez. Pero, como estamos estudiando la Biblia, vamos a considerarla una vez más y quizá encontremos algo nuevo al considerarla otra vez.

Respondiendo Jesús, dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto. Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo. Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo. [Lc. 10:30-32]

Este abogado era probablemente un levita, especialmente siendo que era alguien que conocía tan a fondo la ley mosaica. Puedo confiar que el Señor, en Su cortesía no habría señalado públicamente a este joven aquí, pero creo que esta referencia indirecta le afectó profundamente y de una manera muy personal.

Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; Y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él. Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese. ¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Él dijo: El que usó de misericordia con él. Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo. [Lc. 10:33-37]

El Edecán Brown, de la Universidad de Yale, ha dicho que en esta historia se nos presenta tres clases de hombres, quienes representan tres filosofías de la vida:

1. El ladrón. Su filosofía de la vida dice: “Lo que usted tiene, me pertenece”. Ésta es la misma filosofía de muchos partidos políticos que aprueban la violencia como método para conseguir lo que ellos quieren, incluyendo el comunismo y el socialismo.

2. El sacerdote y el levita. Su filosofía de la vida afirma: “Lo que tengo, es mío”. Éste es el punto de vista del individualismo, el individualismo extremo. Su clamor es: “Que se queme el mundo qué me importa, con tal que yo pueda conseguir lo que quiero”. Éste es el punto de vista del capitalismo craso e impío.

3. El buen samaritano. Su filosofía afirma: “Lo que yo tengo, es suyo”.

Ésta es la filosofía cristiana de la vida. Es una filosofía que da en lugar de tomar. La gente de habla del “socialismo cristiano”, no reconocen que éstas son dos filosofías distintas.

Pero no olvide que esta historia dice que cierto hombre viajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones. Este hombre representa a la humanidad, a la raza que ha descendido de Adán. La raza humana caminaba desde Jerusalén a Jericó. Jerusalén es el lugar donde estaba el templo, donde el pueblo se acercaba a Dios. Jericó, por su parte, era una ciudad maldita. Lo que representa todo esto es que la humanidad cayó. La humanidad se hallaba desvalida, desesperada sin poder salvarse. La raza humana estaba muerta en delitos y pecados. Este hombre que había caído en las manos de los ladrones estaba medio muerto. Los ladrones son un cuadro del diablo, quien según Juan 8:44, ha sido homicida desde el principio. En cuanto a este tema, nuestro Señor Jesucristo dijo en Juan 10:8: Todos los que antes de Mí vinieron, ladrones son y salteadores. Cuando la multitud vino para arrestar a Cristo, Él les dijo: ¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? Cada día Me sentaba con vosotros enseñando en el templo, y no Me prendisteis. (Mt. 26:55) El diablo, es ladrón y nuestro Señor Jesucristo fue crucificado entre dos ladrones. Esto es muy interesante, ¿no le parece?

Luego, se nos dice que cierto sacerdote pasó de largo ante este hombre que había caído en manos de los ladrones. Éste representa el ritualismo y el formalismo que no pueden salvar al hombre. (Alguien ha dicho que la razón por la cual el sacerdote pasó de largo era porque vio que ya le habían robado al hombre todo lo que tenía.) Luego, vino un levita y él también pasó de largo. Éste representa al legalismo. Ni el ritualismo, ni el formalismo, ni el legalismo, pueden salvar al hombre. Luego, pasó este samaritano. Este samaritano representa a Cristo Mismo, quien contó la parábola. Cuando, ni el ritualismo, ni el formalismo, ni el legalismo, o la religión pudieron hacer nada para ayudar al hombre, vino el Señor. Él es poderoso para salvar a los quebrantados de corazón. Él es poderoso para salvar al pecador que se halla medio muerto y perdido en delitos y pecados. Esta parábola tiene una aplicación muy práctica y directa en la vida de cada uno de nosotros.

Cualquier persona a quien usted pueda ayudar, aquél es su prójimo. Esto no significa que sólo el amigo que vive en la casa de al lado sea su prójimo. Todo hombre que necesite a Cristo es nuestro prójimo. Se habla mucho hoy en día en cuanto a proclamar el Evangelio en todo el mundo, pero en realidad no veo que se esté haciendo un gran esfuerzo para lograr que todos los hombres conozcan a Cristo. Es como el jovencuelo que galanteaba a cierta señorita. Ella vivía en el campo y él le escribió una carta diciéndole: “Subiré al monte más alto por ti; nadaré por el río más profundo; cruzaré el mar más ancho por ti, y aún cruzaré el desierto ardiente por ti. Y, si no llueve el próximo miércoles, pienso venir a tu casa para verte”. Permítame decir que hay muchos que “se entregan totalmente a Jesucristo y a Su labor”, pero de esta manera.

El mundo hoy en día es como el pobre hombre que cayó en manos de los ladrones y que necesita nuestra ayuda desesperadamente. El mundo necesita así a Cristo. Cristo no sólo puede salvarnos de morir ahogados, sino que también puede enseñarnos a nadar. El ritualismo y el formalismo ven a la humanidad que se está ahogando hoy en día y le dicen: “¡Nade, mi hermano, nade!” Pero el hombre no sabe, ni puede nadar. Entonces vienen el legalismo y el liberalismo, y se entrometen y le gritan: “No se desespere, mi hermano, manténgase a flote”. Pero el hombre, no puede ni aun mantenerse a flote. Hay un himno que dice: “Mi Salvador, en Su bondad, al mundo malo descendió, y de hondo abismo de maldad, Él mi alma levantó. Seguridad me dio Jesús, cuando Su mano me tendió. Estando en sombra, a plena luz; en Su bondad, me levantó”. Fue Su amor por mí lo que le impulsó a tenderme Su mano, y es por amor hacia usted que Cristo quiere hoy tenderle la mano a usted también. Ése es el mensaje del Buen Samaritano.

Jesús entra en el hogar de María y Marta

Aconteció que yendo de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Ésta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude. Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas.

Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada. [Lc. 10:38-42]

Sin entrar en mucho detalle, basta decir que María creía que había hecho lo que le correspondía, y por eso fue a sentarse a los pies de Jesús. Marta, su hermana, era buenísima y si no hubiera sido por ella, quizá no habrían cenado. Sin embargo, se preocupaba demasiado y se puso muy nerviosa. Posiblemente extendió su mano para agarrar una olla que creyó sería lo suficientemente grande, pero entonces, buscó otra, y la primera se le cayó con gran estrépito, y esto fue más de lo que ella podía soportar, y salió entonces de la cocina y dijo algo que no habría dicho bajo condiciones normales. Nuestro Señor, por Su parte, se portó de una manera muy benigna con ella, y le dijo suavemente: María ha escogido la buena parte.

Amigo, quizá usted está turbado y perplejo. ¿Se encuentra usted en una situación de la vida en que no sabe qué hacer ni a dónde ir? Entonces, siéntese. Siéntese a los pies de Jesús. Lea Su Palabra y escuche lo que Él tiene que decirle. Jesucristo le ayudará en las tareas domésticas. Le ayudará a fregar mejor los platos. Le ayudará a barrer más limpio el piso. Cavará usted una mejor zanja; cortará mejor el césped; y estudiará mejor su lección. Su trabajo en la oficina le será más fácil, y hasta le será posible manejar mejor su automóvil. Simplemente tome un poco de tiempo; siéntese a los pies de Jesús y converse con Él; haga como lo hizo María y escoja así, la buena parte.

CAPÍTULO 11

Jesús enseña a los discípulos a orar usando las parábolas del amigo persistente y un buen padre

Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos. Y les dijo: Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal. [Lc. 11:1-4]

Esta sección importante trata la oración como no es tratada en ninguna otra parte de los Evangelios. Puede que parezca semejante a otras porciones de los Evangelios, pero realmente es diferente. Es tan diferente que hay quienes creen que este pasaje es una inserción, una intrusión que se ha añadido al relato cronológico del ministerio de Cristo. Bueno, es verdad que no corresponde al relato cronológico, pero esto no es lo esencial.

Este pasaje sugiere algunas inferencias muy interesantes. Su discípulo quería saber cómo orar porque había oído orar a Cristo. El hecho es que el Señor acostumbraba a apartarse para orar. Evidentemente uno de los discípulos oyó por casualidad la oración, y de allí le nació el deseo de orar como Cristo. Precisamente en este momento, el Señor Jesucristo está a la diestra de Dios intercediendo por nosotros. Así que, todavía es una buena idea pedirle que nos enseñe a orar. Una petición muy apropiada sería: “Señor, enséñanos a orar”. Muchas veces en las experiencias de mi vida no he sabido cómo orar, y solamente he podido decir: “Nuestro Padre Celestial...” Y, esto es suficiente; Dios nos conoce y nos comprende.

Note bien que este discípulo no pidió simplemente cómo orar. El Señor había predicado todo un sermón sobre este tema en Su Sermón

del Monte. Este discípulo no estaba pidiendo una técnica, ni un sistema, o una forma de arte, ni un rito que seguir para poder orar debidamente. No se trataba de cómo orar, sino de “Enséñame a orar”. Es decir, que él quería orar como Cristo oraba.

Muchas personas recitan sus oraciones. Es como decir un “Amén” al final del día cuando uno se prepara para dormir. Pero lo que necesitamos, es que alguien nos enseñe a orar. No simplemente a “recitar oraciones”, sino acercarnos realmente a Dios y a conversar con Él.

Tome nota que ese discípulo le pidió al Señor: enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos. Éste es un vistazo a vuelo de pájaro de Juan el Bautista. Es un vistazo a su vida que no esperábamos tener; es como una mirada de despedida porque esto es lo último que se dice en la Biblia en cuanto a Juan. Es como si ésta fuese la última foto que se haya tomado de él. Ahora, ¿qué es lo que se ve? Se ve a Juan como hombre de oración. Enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos. ¿Dirá alguien lo mismo en cuanto a usted, amigo; o en cuanto a mí? Todos los grandes siervos de Dios han sido hombres de oración. Las vidas infructuosas de los cristianos y la inactividad de la iglesia hoy en día, se debe precisamente a nuestra falta de oración. Ése es nuestro problema hoy en día. Como respuesta a su petición, el Señor les da una oración modelo. Pero no creo que la intención de Cristo haya sido que ésta llegara a ser la oración que se oye decir tantas veces en los cultos. No es algo escrito en un estilo pomposo ni es apropiada para recitar en público. Debe ser una oración espontánea, íntima y personal como si fuese una conversación. Creo que debemos acercarnos solos y hablar con Dios como un hijo habla con su padre. Dios el Padre me conoce y no creo que quiera que cuando me acerque para hablarle, adopte una actitud pretenciosa o que hable en un tono fingido. Creo que Dios quiere que yo hable con Él como siempre hablo, como de costumbre. Dios no quiere que seamos verbosos, es decir, que seamos profusos en palabras. En realidad, confieso que hasta me cansan las oraciones verbosas. A veces nos parece que Dios puede decir: “Apaguémosle, sintonicemos a otro, ya he escuchado decir esto a esta persona. El hecho es que es una persona que repite lo mismo muchas veces”. Las más grandes oraciones en las Escrituras son breves. La oración más corta: ¡Señor, sálvame!, fue voceada por Simón Pedro (Mt. 14:30).

Considere ahora algunos de los elementos de esta oración modelo que el Señor dio a Sus discípulos. La oración es adoración. Es un honor a Dios. El reino es la voluntad de Dios en la tierra. La oración es el privilegio de los redimidos. No se puede orar por el reino de Dios, sin saber de qué se trata. Significa la represión de lo malo y el aliento de lo bueno. Significa que usted, tiene un deseo de hacer la voluntad de Dios. Usted puede pronunciar las palabras de esta oración, pero tiene que haber un significado detrás de las palabras. Usted necesita ser ya redimido para poder orar esta oración, porque no creo que haya sido dada para el incrédulo.

Hay otra oración que ha sido dada para los incrédulos y es ésta que dice: Dios, sé propicio a mí, pecador (Lc. 18:13b). Dios es misericordioso y poderoso para salvarle. No tiene que rogarle que le salve. Él le salvará a usted si sólo acude a Él.

Una parte de esta oración trata de las provisiones físicas. Dice: El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

Luego nos dice que oremos: Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Ahora, es posible que no tengamos razón, pero sí creo que ninguno de nosotros podamos cumplir con esta norma en nuestra conducta. ¿Perdona usted a todos? ¿Genuinamente perdona usted a todos? Bueno, si Dios nos perdonara en la misma base que nosotros perdonamos a los demás, le aseguro que nunca seríamos salvos. Nuestra norma la encontramos establecida en las palabras de Pablo en Efesios 4:32: Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.

Note usted que Dios nos perdonó, antes que nosotros fuéramos perdonadores. La Escritura confirma esto. El mismo Pablo dice en Romanos 5:6: Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Luego en Romanos 5:8, agrega: Mas Dios muestra Su amor para con nosotros, en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Luego en Romanos 5:10, dice: Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por Su vida. No es, pues, necesario rogarle a Dios que le salve. Él quiere salvarle, Él está interesado en darle la salvación. Usted no tiene que bregar, que

luchar por ella. Simplemente, acepte la salvación que le ofrece Cristo.

Si usted es hijo de Dios, puede que le sea necesario elevar una oración como esta oración modelo. Le hará que sea un hombre o una mujer de oración, y esto es lo que quiere Dios. No nos hacen tanta falta más predicadores, ni más iglesias, ni más misioneros. Lo que nos falta, es más personas que sepan orar que las que tenemos en nuestras iglesias. Si tenemos más personas que sepan orar, habrá más predicadores, más iglesias y más misioneros.

Dios no ha terminado con el tema de la oración en este capítulo. Las dos parábolas acerca de la oración que aparecen en este capítulo son mencionadas sólo por el Dr. Lucas. La mayoría de las parábolas ilustran una verdad por medio de la comparación. Pero éstas ilustran ofreciendo contraste. El amigo persistente y el vecino soñoliento que no estaba dispuesto a abrir la puerta a la media noche, ciertamente no ilustran la renuencia de Dios en contestar la oración. Dios siempre está dispuesto a contestarnos y Él nunca duerme. Por otra parte, es un hecho que generalmente nosotros no somos lo suficientemente persistentes en la oración. En la segunda parábola, es un hecho que un padre humano nunca le daría a su hijo una piedra en lugar de pan. Dios no sólo es tan bueno como un padre humano, sino que ¡es mucho mejor! Se trata de una parábola de contraste.

La parábola siguiente, enfoca en una forma un poco diferente el tema de la oración, y al hacerlo vierte mucha luz adicional sobre este tema.

Les dijo también: ¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: Amigo, préstame tres panes, Porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante; Y aquél, respondiendo desde adentro, le dice: No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis niños están conmigo en cama; no puedo levantarme, y dártelos? [Lc. 11:5-7]

Permítame actualizar esta parábola. Supóngase usted que un hombre, su señora y sus niños viven ahí en su ciudad y que reciben una carta de la madre de la señora informándoles que ella viene para hacerles una visita. Ella dice que llegará en cierto día por la tarde. La familia decide que la llevará a cenar a un restaurante cuando llegue. Por fin, el gran día llega, pero la suegra no aparece. La tarde pasa y se hace de noche, y por

fin, reciben una llamada telefónica y la suegra les explica que su carro le ha dado dificultades. Por fin llega a altas horas de la noche, y el yerno le pregunta así casualmente: “¿Ha cenado?” Ella responde que no ha cenado, y que tiene mucha hambre. Puesto que no hay nada en la casa para comer, el yerno decide ir a la casa del vecino para pedirle prestado alguna comida. Su vecino dice: “Espera hasta mañana, hombre. No estás hambriento. Me he acostado y también los niños. Vete a tu casa”.

Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite. [Lc. 11:8]

El hombre de nuestra historia dice: “Pero vecino, tú no conoces a mi suegra. Por favor, ¡levántate!” Así continúa golpeando la puerta, y por fin, el vecino se levanta y le da lo que pide.

Ahora, ésta es una parábola de contraste.

Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquél que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. [Lc. 11:9-10]

Amigo, ¿cree usted que Dios está dormido? ¿Cree usted que ya se ha acostado cuando usted ora y que no le puede despertar? ¿Cree que a Él no le agrada contestar sus oraciones? Dios quiere contestar todas nuestras oraciones y las contestará. Eso es lo que nos enseña esta parábola. Es una parábola de contraste, y no de comparación. No tenemos que asaltar las puertas del cielo ni derribarlas para llamarle la atención a Dios. Dios no está maldispuesto a escucharnos ni mal dispuesto a contestarnos. Dios nos dice en Isaías 65:24: Y antes que clamen, responderé Yo; mientras aún hablan, Yo habré oído.

Dios quiere oír y contestar. Algunos creen que Dios no contesta la oración, pero quizá sea que ellos no están dispuestos a aceptar la respuesta de Dios. A veces Dios dice que “no”. Nuestro problema es que no nos gusta aceptar un “no” como respuesta. Pero Dios siempre oye las oraciones de los Suyos y las contesta, pero la mayoría de las veces tiene que contestar que “no”. Él dice: “No estás orando por lo que es lo mejor para ti”. He aprendido, amigo, durante los años pasados que la mejor respuesta que Dios ha dado a muchas de mis peticiones ha sido precisamente que “no”.

Cuando yo era un joven predicador, oré que Dios me abriera la puerta de cierta iglesia donde quería servir de Pastor. El comité de esa iglesia me pidió que fuera a predicar allí como candidato al pastorado, y lo hice. El comité luego se reunió en una reunión secreta para decidir si iban a llamarme para ser el Pastor de esa iglesia. Decidieron no llamarme porque no era político eclesiástico, y esa iglesia era estratégica en aquel día. Fui al Señor y lloré y le dije que Él me había abandonado. Hoy me avergüenzo de mí mismo al pensar en esto, y le he perdido perdón al Señor por mi actitud. Él sabía lo que era mejor para mí. Muchas veces desde entonces, le he dado gracias por Su contestación. No es pues, necesario que asaltemos las puertas del cielo para lograr que Dios conteste nuestras oraciones. Dios no se ha acostado. La puerta está bien abierta, y Él dice: Llamad, buscad y pedid. Llévele, pues, todo a Dios en oración, y Él le dará lo mejor.

***¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra?
¿o si pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente? [Lc.
11:11]***

Antes de que procure acercarse a Dios en oración, cerciórese de que Él realmente es su Padre. Juan 1:12 dice: Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios. Creyendo que el Señor Jesucristo murió por usted y que resucitó para su justificación, esto le hace un hijo de Dios. Cuando usted confía en Cristo como su Salvador, entonces es bautizado con el Espíritu de Dios en el cuerpo de Cristo; y entonces, usted es un hijo que puede acudir a Dios y llamarle "Padre". Si pide pues, a su Padre pan, no le dará una piedra; y si le pide un pescado, no le dará una serpiente.

***¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Pues si vosotros,
siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto
más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo
pidan? [Lc. 11:12-13]***

En esa ocasión Jesús les dijo a Sus discípulos que pidieran el Espíritu Santo. Que sepa, ellos nunca pidieron el Espíritu. Más tarde, Cristo dijo en Juan 20:22: Recibid el Espíritu Santo. Es que necesitaban el Espíritu de Dios aun en estos días de transición, ante de Pentecostés, cuando los acompañaba el Hijo de Dios. Luego, en el gran día de Pentecostés, vino el Espíritu Santo, y les bautizó en el cuerpo de creyentes, o sea, en el

cuerpo de Cristo. En aquel día, fueron llenados con el Espíritu Santo. Y es esa plenitud la que todos nosotros necesitamos. Todos los creyentes hemos sido bautizados en el cuerpo de Cristo. Pablo lo confirma, cuando dice: Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu. (1 Co. 12:13)

A Jesús le acusan de echar fuera demonios por medio del poder de Beelzebú

Este incidente también es contado en Mateo 12:24-30; y también en Marcos 3:22-30. De este relato ha surgido la noción del llamado pecado imperdonable. Pero deseo aclarar que no hay ningún pecado imperdonable hoy en día.

Estaba Jesús echando fuera un demonio, que era mudo; y aconteció que salido el demonio, el mudo habló; y la gente se maravilló. Pero algunos de ellos decían: Por Beelzebú, príncipe de los demonios, echa fuera los demonios. Otros, para tentarle, le pedían señal del cielo. [Lc. 11:14-16]

El carácter convincente de los milagros de Jesús obligó a los fariseos a ofrecer alguna explicación. No podían negar la existencia de los milagros cuando ocurrían delante de sus propios ojos. Pero lo que hicieron fue usar las explicaciones más viles y blasfemas para tratar de explicar estos milagros de Jesús. No negaron que habían ocurrido estos milagros, sino que alegaron que se habían hecho por medio del poder del diablo. Ésta es la blasfemia contra el Espíritu Santo, y es lo que se conoce como el pecado imperdonable.

La lógica misma nos conduce a ver que, si en los días de la presencia de Cristo aquí en la tierra, el atribuir Sus milagros al poder de Satanás en lugar del poder del Espíritu Santo, era el cometer el pecado imperdonable; luego recíprocamente Su ausencia, es decir, la ausencia corporal de Jesucristo hoy en día hace imposible que nosotros cometamos el pecado imperdonable. Mi posición es completamente compatible con un Evangelio que proclama que: “Todo aquél que cree será salvo”.

Mas él, conociendo los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado; y una casa dividida contra sí misma, cae. Y si también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo permanecerá su reino? ya que decís que por Beelzebú echo yo fuera los demonios. Pues si yo echo fuera los demonios por Beelzebú, ¿vuestros hijos por quién los echan? Por tanto, ellos serán vuestros jueces. Mas si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros. [Lc. 11:17-20]

La respuesta de Jesús es terminante y no permite ningún lugar a la duda de que Él no hacía milagros por el poder de Satanás.

... el reino de Dios ha llegado a vosotros. Esto quiere decir que ya estaba entre ellos en la Persona de Jesús, quien tenía las credenciales del Rey. Esta denuncia severísima por Jesús de los príncipes religiosos revela que los ha rechazado.

Cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio, en paz está lo que posee. Pero cuando viene otro más fuerte que él y le vence, le quita todas sus armas en que confiaba, y reparte el botín. [Lc. 11:21-22]

Éstos son versículos importantes para nuestras naciones. Hay quienes quieren desarmarnos y tornarnos indefensos. Dicen que quieren acabar con los armamentos de guerra. Estas cosas son terribles, es verdad, pero la Biblia dice: Un hombre fuerte armado guarda su palacio. Hay hombres malos y Satanás es nuestro enemigo “armado”. Mientras nuestras naciones tengan enemigos, hacemos bien en tener armas. Mientras Satanás está activo, el cristiano hace bien en tener sus armas que son la oración y la Palabra de Dios. Claro que a mí me gustaría que los países no tuvieran que tener armas. Nunca me ha llamado la atención el llevar un uniforme, pero llega el tiempo en la vida cuando hay que llevar un uniforme por amor de su propio país. Un hombre fuerte armado guarda su palacio y en paz está lo que posee. Ha habido mucha discusión en cuanto a si un hombre debe guardar armas de fuego en su hogar. Bueno, creo que sí, que un hombre debe guardarlas. Un hombre fuerte armado guarda su casa, recuerde eso. Si el enemigo sabe que no puede entrar en mi hogar para hacerles daño a mis seres queridos sin pagar un precio terrible, pues no pasará a mi casa, y yo quiero que lo sepa.

Ahora tenemos una parábola que proclama lo inútil que es la reforma moral que se lleva a cabo por medios humanos.

La parábola del espíritu inmundo que vuelve

Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo; y no hallándolo, dice: Volveré a mi casa de donde salí. Y cuando llega, la halla barrida y adornada. Entonces va, y toma otros siete espíritus peores que él; y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero. [Lc. 11:24-26]

Esta parábola muestra la posición precaria de Israel y de los fariseos. Ésta es una de las parábolas más profundas de Jesús y hasta causa susto. Enseña que la auto-reforma significa sólo la muerte y la destrucción, mientras que la regeneración significa la vida y la libertad. Israel había barrido y limpiado su casa por el ministerio de Juan el Bautista y Jesús, pero no quiso invitar a Cristo a ocuparla. Por lo tanto, los judíos estarían en un estado aun peor, como el que se describe en la parábola.

La religión y la filosofía son malas debido a que dan al hombre una falsa esperanza y una falsa seguridad. Se necesita una poderosa transformación. Este pasaje enseña lo inútil que es la llamada auto-reforma, es decir, la reforma que una persona se propone llevar a cabo de sí misma. El espíritu inmundo salió de un hombre y el hombre se quedó vacío. Quedó como una de esas casas donde se dice que aparecen los fantasmas, y ésa es la condición de muchas personas hoy en día que creen que viven una vida buena. El vacío tiene que llenarse con algo, y si no se llena con el Espíritu Santo y el poder de Jesucristo, la condición postrera llega a ser peor que la primera.

La señal de Jonás

Y apiñándose las multitudes, comenzó a decir: Esta generación es mala; demanda señal, pero señal no le será dada, sino la señal de Jonás. Porque así como Jonás fue señal a los ninivitas, también lo será el Hijo del Hombre a esta generación. La reina del Sur se levantará en el juicio con los hombres de esta generación, y los condenará; porque ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí más que Salomón en este lugar.

Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque a la predicación de Jonás se arrepintieron, y he aquí más que Jonás en este lugar. [Lc. 11:29-32]

Los hombres aquí usan otra estratagema sutil para acercarse a Jesús. Aparentan seguir Su programa al pedirle señal. Pero en realidad no tienen ninguna intención de creer, aunque les dé una señal. Fue por eso que Jesús rehusó categóricamente concederles una señal, pero trajo a la memoria de ellos dos incidentes del Antiguo Testamento. Primero, la restauración milagrosa del profeta Jonás, de la amenaza de muerte para cumplir su deber con el pueblo de Nínive, era un cuadro de la resurrección de Cristo. La resurrección de Cristo de entre los muertos fue una prueba tan grande de la validez de Su ministerio, como la liberación de Jonás fue una prueba de su ministerio. Jesús alegó ser mayor que Jonás. En segundo lugar, alegó ser mayor que Salomón. El mensaje de Jesús fue rechazado como lo fue el hecho de que Él era el Mesías. Jesús alegó que era mayor Predicador que Jonás, y un mayor Sabio que Salomón, pero el mundo no quiso reconocer Su grandeza. Los actos de Israel, como nación, la colocan en una posición peor que la de Nínive porque no recibió a su Mesías y no se arrepintió.

La parábola de la luz

Nadie pone en oculto la luz encendida, ni debajo del almud, sino en el candelero, para que los que entran vean la luz. La lámpara del cuerpo es el ojo; cuando tu ojo es bueno, también todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando tu ojo es maligno, también tu cuerpo está en tinieblas. Mira pues, no suceda que la luz que en ti hay, sea tinieblas. Así que, si todo tu cuerpo está lleno de luz, no teniendo parte alguna de tinieblas, será todo luminoso, como cuando una lámpara te alumbró con su resplandor. [Lc. 12:33-36]

Nuestro Señor da una explicación sencilla en cuanto al propósito de una luz. Una luz alumbró. Ése es su propósito. La resurrección de Cristo es la luz. La resurrección de Cristo es el único rayo de luz en este mundo. Usted y yo estamos en un mundo limitado por nacimiento y muerte—existimos entre estos dos eventos. La resurrección de Cristo es aquello que trae esperanza desde afuera. ¿Qué harán los hombres con

esa luz?

Para ver un objeto, se necesitan dos cosas: luz para hacer visible el objeto, y ojos para verlo. Una luz no le sirve a un ciego. Un hombre que puede ver, pero que no tiene luz, está en la misma situación. Se necesitan una luz y ojos para poder ver.

Hasta en la presencia de Cristo, los hombres obviamente no le estaban viendo a Él. Estaban tropezando sobre Él. Eso no quería decir que Él no era la Luz del mundo; quería decir que los hombres eran ciegos.

Jesús denuncia a los fariseos

Luego que hubo hablado, le rogó un fariseo que comiese con él; y entrando Jesús en la casa, se sentó a la mesa. El fariseo, cuando lo vio, se extrañó de que no se hubiese lavado antes de comer. [Lc. 11:37-38]

Él omitió la limpieza ritual, que era un rito religioso.

Pero el Señor le dijo: Ahora bien, vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y de maldad. Necios, ¿el que hizo lo de fuera, no hizo también lo de adentro? [Lc. 11:39-40]

La religión no es un asunto de exterioridades. Es un asunto del corazón. Éste es un gran principio. Estos fariseos tenían valores falsos.

Él pronuncia tres ayes que ilustran este principio.

Pero dad limosna de lo que tenéis, y entonces todo os será limpio. [Lc. 11:41]

Él no está diciendo que es incorrecto diezmar, sino que su error estaba en lo que no habían hecho. Amigo, el dar de sus posesiones no le hará a usted cristiano. Pero, si usted ama a Cristo, dará de su sustancia.

Estos príncipes religiosos no vivían según las enseñanzas de las Escrituras. Por eso el Señor lanza contra ellos estos ayes:

Mas ¡ay de vosotros, fariseos! que diezmáis la menta, y la ruda, y toda hortaliza, y pasáis por alto la justicia y el amor de Dios. Esto os era necesario hacer, sin dejar aquello. [Lc. 11:39-42]

¡Ay de vosotros, fariseos! que amáis las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en las plazas. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! que sois como sepulcros que no se ven, y los hombres que andan encima no lo saben. [Lc. 11:42-44]

El Señor fue severo con estos abogados, ¿no le parece? Eran una mala influencia.

Respondiendo uno de los intérpretes de la ley, le dijo: Maestro, cuando dices esto, también nos afrentas a nosotros. [Lc. 11:45]

Está empezando a entender lo que Él decía. Los fariseos estaban ocupados con las exterioridades. El pecado de los escribas era la insinceridad. Estaban añadiendo a la ley, haciéndola aún más difícil, y sin embargo ellos mismos no estaban tratando de seguirla.

Y él dijo: ¡Ay de vosotros también, intérpretes de la ley! porque cargáis a los hombres con cargas que no pueden llevar, pero vosotros ni aun con un dedo las tocáis. ¡Ay de vosotros, que edificáis los sepulcros de los profetas a quienes mataron vuestros padres! De modo que sois testigo y consentidores de los hechos de vuestros padres; porque a la verdad ellos los mataron, y vosotros edificáis sus sepulcros. Por eso la sabiduría de Dios también dijo: Les enviaré profetas y apóstoles; y de ellos, a unos matarán y a otros perseguirán, Para que se demande de esta generación la sangre de todos los profetas que se ha derramado desde la fundación del mundo, Desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que murió entre el altar y el templo; sí, os digo que será demandada de esta generación. ¡Ay de vosotros, intérpretes de la ley! Porque habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis. [Lc. 11:46-52]

Estos príncipes religiosos, ocupaban la misma posición que los líderes en las iglesias hoy. La gente los busca para que interpretaran la verdad. Ellos ponían el énfasis en lo material en vez de ponerlo en el propósito espiritual por el cual esas cosas debían ser usadas. Y ellos mismos no estaban viviendo según las Escrituras.

Desgraciadamente, el mayor estorbo a la causa de Cristo hoy es el creyente profesante.

¡Necesitamos examinar nuestras propias vidas a la luz de esta Escritura!

Diciéndoles él estas cosas, los escribas y los fariseos comenzaron a estrecharle en gran manera, y provocarle a que hablase de muchas cosas; Acechándole, y procurando cazar alguna palabra de su boca para acusarle. [Lc. 11: 53-54]

CAPÍTULO 12

En el capítulo 12 Cristo enseña a Sus discípulos a evitar la hipocresía y que se guarden de la codicia y de los afanes mundanales. También se trata el tema de la división que causa el Evangelio. Sólo Lucas incluye en su Evangelio la parábola del rico insensato quien edificó graneros grandes para esta vida, pero no proveyó lo necesario para su alma en la vida venidera. Este capítulo sigue presentando sus relatos en cuanto al maravilloso ministerio de nuestro Señor.

En esta sección hay algunas cosas nuevas y será precisamente sobre estas cosas nuevas que deseo hacer mayor énfasis.

Jesús amonesta en cuanto a la levadura de los fariseos

En esto, juntándose por millares la multitud, tanto que unos a otros se atropellaban, comenzó a decir a sus discípulos, primeramente: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. [Lc. 12:1]

Éste es el período culminante en el ministerio de Cristo, un período en el cual grandes multitudes le seguían. Fue en este tiempo cuando Él hizo tantos milagros. Había literalmente miles de ciegos que recibieron su vista; miles de cojos que caminaban; y miles de mudos que hablaban. Cristo sanó a mucha, pero mucha gente. El hecho es que la multitud era tan grande que fue imposible contar las personas. Se estaban atropellando unas a otras, y creo que realmente era hasta peligroso estar allí.

Cristo comienza a amonestar a esta multitud en cuanto a la levadura de los fariseos. Si la levadura fuera el Evangelio, como muchos creen que lo es, ¿por qué, entonces, el Señor amonestó a los discípulos en cuanto a la levadura de los fariseos? La levadura es un principio de maldad, y la levadura de los fariseos era la hipocresía. Y, hay mucha levadura esparcida en el mundo hoy en día.

Porque nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse. Por tanto, todo lo que habéis dicho

en tinieblas, a la luz se oirá; y lo que habéis hablado al oído en los aposentos, se proclamará en las azoteas. Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquél que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed. [Lc. 12:2-5]

Fue sobre este principio que tanto Cromwell y, creo, Martín Lutero basaron la declaración: “Temed a Dios y no habrá otro a quién temer”. A Cromwell, una vez le preguntaron la base de su valor e intrepidez, y él contestó: “He aprendido que si uno teme a Dios no habrá otro a quién temer”. Eso es exactamente lo que nuestro Señor está diciendo en este pasaje.

¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos? Con todo, ni uno de ellos está olvidado delante de Dios. Pues aun los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temáis, pues; más valéis vosotros que muchos pajarillos. Os digo que todo aquél que me confesare delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios; Mas el que me negare delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios. [Lc. 12:6-9]

La reprensión pública de los fariseos por parte de nuestro Señor traería, por supuesto, su ira sobre Él. Y Sus discípulos podrían esperar el mismo tratamiento de ellos. El Señor Jesús le da estas palabras de consuelo y seguridad en cuanto al cuidado de Dios por ellos. Ya que Él ve cuando cae un pajarillo, Él está consciente de las necesidades de aquéllos que están enseñando y predicando Su Palabra.

A todo aquél que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado. [Lc. 12:10]

Cuando un hombre blasfema con su boca, eso no es lo que le condena; es la actitud de su corazón. La blasfemia contra el Espíritu Santo es resistir Su obra convincente en el corazón y en la vida. Ésta es una condición permanente—a menos que la persona deje de resistir.

Cuando os trajeren a las sinagogas, y ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis por cómo o qué habréis de

responder, o qué habréis de decir; Porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que debáis decir. [Lc. 12:11-12]

Ésta no es una excusa para un ministro perezoso o un maestro de Escuela Dominical para que no tengan que preparar sus sermones o lecciones. Más bien, esto aseguraba a Sus propios hombres que el Espíritu Santo, a Quien Él enviaría, les daría valor y sabiduría mientras testificaban fielmente para Él. Tenemos muchos ejemplos de esto en el Libro de los Hechos.

Lo que el versículo 13 dice, vino como resultado de este incidente en el cual dos hombres vinieron a Jesús.

Le dijo uno de la multitud: Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia. Mas él le dijo: Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor? [Lc. 12:13-14]

Nuestro Señor rehusó categóricamente juzgar un caso como éste. Ojalá hoy en día nosotros que siempre estamos tan dispuestos a dar consejos, pudiéramos portarnos así. Los consejeros siempre están listos a juzgar la conducta de uno y decir que debe hacer esto o aquello. Pero el Señor Jesús rehusó juzgar. Claro es que cuando el Señor vino a la tierra por primera vez, no vino como Juez, sino como Salvador. Pero, la próxima vez que venga, vendrá como Juez. El Padre ha dado todo juicio al Hijo, según Juan 5:22. De este incidente, el Señor hizo esta declaración y entonces dio una parábola:

Y les dijo: Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee. [Lc. 12:15]

Éste, de veras, es un buen versículo para muchos cristianos en esta edad de materialismo craso, cuando parece que las cosas son lo más importante, y ocupan tanto de nuestro tiempo. La codicia es uno de los pecados sobresalientes que cometen los cristianos hoy. No es un pecado que otros puedan ver cometer a uno, y a veces ni aún usted mismo se da cuenta que lo está cometiendo. San Francisco de Asís dijo una vez: "Los hombres me han confesado todos los pecados que son conocidos menos el pecado de la codicia". Creo que el Señor contó la parábola siguiente precisamente para atacar el pecado de la codicia:

Parábola del rico necio

También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? [Lc. 12:16-17]

Ahora, fijese usted en el énfasis que se pone aquí en el “Yo”. Es una persona muy egoísta.

Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; Y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios. [Lc. 12:18-21]

Este hombre había acumulado todo su tesoro en esta tierra, pero no había atesorado nada en el cielo. Nuestro Señor llamó a este hombre necio en esta parábola, pero fijese usted en el tipo de hombre que parecía ser. Todas sus apariencias exteriores indicaban que era un buen hombre. Observaba la ley. Era buen vecino. Era buen padre de familia. Vivía una buena vida en la parte de la ciudad donde estaban las mejores viviendas. No era malo ni miembro de la Mafia. No se metía en la política deshonesta. No se comprometía en cuestiones de moralidad dudosa. No era alcohólico. En fin, este hombre parecía ser del todo bueno; y, sin embargo, nuestro Señor le llamó necio. ¿Por qué? Este hombre dedicó toda su preocupación a su propio bienestar. Sólo trató de satisfacer su codicia que surgía de su necio egoísmo.

La parábola del rico insensato es uno de los párrafos más punzantes en la Palabra de Dios. La filosofía del mundo hoy en día es “comamos, bebamos, y alegrémonos porque mañana moriremos”. Esta filosofía es lo que hace insensato al hombre. Si usted, vive como si esta vida lo fuera todo, viviendo simplemente para usted mismo y como si no hubiera nada más allá de la muerte, pues, entonces, usted también es insensato.

Dijo luego a sus discípulos: Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué comeréis; ni por el cuerpo, qué vestiréis. La

vida es más que la comida, y el cuerpo que el vestido. Considerad los cuervos, que ni siembran, ni siegan; que ni tienen despensa, ni granero, y Dios los alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que las aves? [Lc. 12:22-24]

Ahora, claro que uno bien puede acumular las cosas. No hay nada malo en ello. El problema con el rico insensato era la codicia. Trataba de conseguir más, y más, y más. La codicia es la maldición del sistema capitalista desenfrenado. ¿Se ha fijado usted en el juicio fuerte que se pronuncia sobre los ricos en los últimos días? Santiago 5:1, lo describe así: ¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Las riquezas han llegado a ser una maldición.

Cada individuo debe examinar su corazón y preguntarse: “¿Vivo tan sólo para esta vida?” Nuestro Señor dijo: “Considerad las aves. Aprended de ellas”. Dios cuida de ellas.

Pues si no podéis ni aun lo que es menos, ¿por qué os afanáis por lo demás? Considerad los lirios, cómo crecen; no trabajan, ni hilan; mas os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos. [Lc. 12:26-27]

El hibisco es una de las flores malváceas de gran belleza. Es más bien una flor descuidada. La rosa, por su parte es una flor cuidadosa que abre gradualmente sus apretados pétalos. El hibisco en cambio los abre de repente y es como si sus grandes pétalos le hicieran señas a la persona que los mira. Siempre nos invita a contemplarla, porque es una bella flor llena de colorido. Dios escogió otra flor como ejemplo, cuando dijo: Considerad los lirios, cómo crecen. Las flores nos hablan mucho hoy en día. “Usted, ser humano, ciertamente se preocupa mucho en cuanto al cuidado de su cuerpo. Usa lociones, rociadores, ungüentos en el cuerpo y luego lo viste. Sin embargo, después que ya está perfumado y bien vestido, no se puede comparar con la belleza de una flor”. ¡Qué mensaje, amigo! Debemos depender más de Dios.

Y si así viste Dios la hierba que hoy está en el campo, y mañana es echada al horno, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? [Lc. 12:28]

El propósito de esto no es el de fomentar indolencia. Los pájaros no pueden construir establos; las flores no pueden tejer. Pero, el hombre,

sí puede. Dios quiere que él utilice la habilidad que Él le dio. Pero no debe vivir como si el ejercicio de estas habilidades fuera todo lo que hay en la vida.

Vosotros, pues, no os preocupéis por lo que habéis de comer, ni por lo que habéis de beber, ni estéis en ansiosa inquietud. Porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo; pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de estas cosas. Mas buscad el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas. [Lc. 12:29-31]

Nuestro mundo está involucrado en el comercio. La mitad del mundo hará un gran esfuerzo para producir un producto superior, mientras que la otra mitad irá por todo el mundo para comprar ese producto. Ambos grupos están olvidando que hay un Dios en el cielo y que todos los hombres tienen un alma eterna.

No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino. Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. [Lc. 12:32-34]

Un día todos los hombres se pararán ante Dios, despojados de todo lo que ocupaba su vida en la tierra. Muchos no tendrán ningún tesoro allá. Vivieron sin Dios; y, morirán sin Dios.

Parábola del regreso de la boda

Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; Y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida. Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles. Y aunque venga a la segunda vigilia, y aunque venga a la tercera vigilia, si los hallare así, bienaventurados son aquellos siervos. Pero sabed esto, que si supiese el padre de familia a qué hora el ladrón había de venir, velaría ciertamente, y no dejaría minar su casa. Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá. [Lc. 12:35-40]

Aunque esta parábola se aplica primariamente a Israel y a la segunda venida de Cristo a establecer Su reino sobre la tierra, el principio se le aplica a la iglesia mientras anticipamos Su venida en el rapto.

En el Oriente, un novio asistía a una cena de bodas con sus amigos, y luego salía para buscar a la novia en su hogar. Se esperaba que los siervos del novio fueran vestidos para su trabajo y que tuvieran encendidas sus lámparas para la procesión de regreso. Toda la preparación para las bodas era un símbolo de la preparación para el regreso del novio. El novio en esta parábola es Cristo y la novia es la iglesia.

Cuando la figura cambia del novio al ladrón, es para dar más énfasis sobre el elemento de una aparición inesperada. Pablo usó la misma figura para la segunda venida de Cristo en 1 Tesalonicenses 5:2, que dice: Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche. Sin embargo, el Señor no viene como ladrón a arrebatarse a la iglesia, sino que nosotros iremos a encontrarle en el aire.

La comprobación de los siervos a la luz de la venida de Cristo

Y dijo el Señor: ¿Quién es el mayordomo fiel y prudente al cual su señor pondrá sobre su casa, para que a tiempo les dé su ración?

Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. [Lc. 12:42-43]

Ésta es una de las parábolas sobresalientes que nos enseña que debemos estar trabajando cuando venga el Señor. Muchos creen que el Señor viene pronto, y por tanto están esperando tranquilamente en lugar de estar trabajando. Debemos vivir como si el Señor no viniera por mil años. Vamos a dejar de tratar de fijar una fecha para Su venida, y cerciorémonos de estar siempre preparados para Su venida. La esperanza bienaventurada es la venida de Cristo. Como la joven que hace su colección de cosas en la esperanza de usarlas cuando se case, pues, debemos llenar nuestra colección de buenas obras que algún día podamos poner a Sus pies. Ahora mismo es cuando debemos estar ocupados por Él.

En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes. Mas si

aquel siervo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a los criados y a las criadas, y a comer y beber y embriagarse, Vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y le castigará duramente, y le pondrá con los infieles. [Lc. 12:44-46]

Esta parábola nos enseña dos lecciones importantes. El escepticismo en cuanto a la venida del Señor causa: (1) un abuso de la autoridad; y (2) una pereza en la conducta de uno. No se debe, pues, fijar fechas en cuanto a cuándo vendrá el Señor, sino que debemos vivir en la expectativa de aquel regreso. Debemos vivir como si el Señor fuera a aparecer en el próximo momento y tuviéramos que rendir cuentas delante de Él.

Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquél a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá. [Lc. 12:47-48]

Quizá Él no venga ni hoy ni mañana, pero Él va a venir. Nuestra tendencia es dejar pasar las cosas porque Él todavía no se ha aparecido. Creemos que podemos salirnos con las nuestras, pero en realidad, no salimos con nada. En aquel día cuando Él venga, seremos juzgados. Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo. (2 Co. 5:10) ¿A quién se refiere el pronombre, “nosotros”? Nosotros los cristianos vamos a aparecer ante el tribunal de Cristo. Nuestro juicio no determinará si somos o no salvos. Ésta no es una corte para criminales, sino que será una corte en que nuestra propiedad corre riesgo. Él juzgará para ver si somos dignos de recibir alguna recompensa. Habrá grados de recompensas para el creyente, tal como habrá grados de castigo para el incrédulo.

Jesús declara que Él es causa de división

Fuego vine a echar en la tierra; ¿y qué quiero, si ya se ha encendido? [Lc. 12:49]

El Señor Jesucristo sabía que Su misión dividiría a los hombres y sería un elemento perturbador. Sabía que la cruz causaría debate y controversia entre los hombres. Aún en esta hora, hay muchos que blasfeman al Señor.

De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¿cómo me angustio hasta que se cumpla! [Lc. 12:50]

Este versículo habla de la muerte de Cristo en la cruz.

¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión. [Lc. 12:51]

Ya han pasado dos guerras mundiales y aún no tenemos paz. ¿Ha notado usted cómo siguen estallando guerras en varias partes del mundo? Cuando una termina en una parte, otra estalla en alguna otra parte. Es que mientras haya pecado en el mundo, habrá división y guerras. Isaías 57:21, nos dice: No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos. No habrá paz en la tierra, hasta cuando el Señor venga otra vez.

Porque de aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres. Estará dividido el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra. [Lc. 12:52-53]

Cuando una persona recibe a Jesucristo como su Salvador personal, es separado inmediatamente de los incrédulos que quedan a su alrededor. Eso siempre ocurrirá, no importa si son parientes o amigos. Ésa es la separación de la cual Jesús está hablando aquí.

Decía también a la multitud: Cuando veis la nube que sale del poniente, luego decís: Agua viene; y así sucede. Y cuando sopla el viento del sur, decís: Hará calor; y lo hace. ¿Hipócritas! Sabéis distinguir el aspecto del cielo y de la tierra; ¿y cómo no distinguís este tiempo? [Lc. 12:54-56]

Nosotros, a la luz de este pasaje bíblico, necesitamos reconocer, la clase de tiempo en el cual estamos viviendo. El hombre se cree lo suficientemente grande y bueno como para lograr la paz en la tierra. Ésta no es más que una falacia. El hombre, es atizador de las guerras. Las Naciones Unidas fue formada para lograr la paz y mantener la paz en la tierra. Pero, hoy en día las Naciones Unidas es uno de los mayores

campos de batalla en todo el mundo. Necesitamos, pues, darnos cuenta que no habrá verdadera paz en el mundo, sino hasta cuando Cristo vuelva. Pero entre tanto, aquéllos que creemos en Cristo Jesús, aquéllos que le hemos aceptado como nuestro Salvador personal, podemos disfrutar de una verdadera paz interior como Él lo prometió en Juan 14:27: La paz os dejo, Mi paz os doy; Yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.

CAPÍTULO 13

En este capítulo, el Dr. Lucas relata algunas cosas en cuanto al ministerio de nuestro Señor que no se mencionan en ninguna otra parte.

Jesús enseña a los hombres a no juzgar, sino a arrepentirse

En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. [Lc. 13:1-5]

Las víctimas de Pilato y los hombres que murieron cuando la torre cayó, no fueron juzgados por Dios. Dios no actúa por rencor. Este pasaje tiene varias lecciones buenas para nosotros. La primera nos enseña que cuando algún cristiano tenga cuitas o problemas más allá de lo común y corriente (y realmente son muchos los que se encuentran en esta situación), no debemos interpretarlo como si esta persona fuese mayor pecador que los demás; porque las dificultades que vienen no siempre son como resultado de sus pecados. El otro lado de la moneda es que el simple hecho de llegar a ser cristiano no le inculca automáticamente a uno contra las dificultades. Usted no pasará por la Gran Tribulación de siete años mencionada en Apocalipsis; pero si usted es cristiano, sí le vendrán las pequeñas tribulaciones de esta vida.

Ahora, otra cosa que debemos ver es que, cuando las dificultades vienen a otros y no le vienen a uno, eso no significa que uno sea superior a los demás. Quizá Dios esté permitiendo que uno vea la dificultad de otro para estimularlo a uno a acercarse a Dios. Es que Dios a veces nos permite ver ciertas tragedias y problemas en las vidas de otros, ciertamente no para que nos jactemos o nos vanagloriemos de nuestra

buena fortuna, sino con el propósito de enseñarnos algo. No pretendo decir específicamente cual sea la lección que Dios tiene para usted. Sólo quiero señalar el hecho de que Dios tiene una lección para cada uno de nosotros.

La parábola de la higuera

Dijo también esta parábola: Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra? Él entonces, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después. [Lc. 13:6-9]

Ha habido mucha discusión en cuanto al significado de esta higuera, pero creo que la higuera estéril es simbólica de la nación de Israel. El dueño de la higuera esperaba que produjera fruto, pero grande fue su decepción cuando la encontró estéril. Siendo que no era productiva, el dueño quiso actuar en juicio y cortarla. El viñador intercedió a favor de la higuera, y rogó pidiendo otra oportunidad para ver si producía. El dueño concordó en darle otra oportunidad al árbol. Esto, por supuesto, es un cuadro de Israel. Dios le dio a la nación otra oportunidad para apartarse de su rebelión y esterilidad, antes de caer bajo el juicio de Dios. La nación había recibido atención especial—había sido cultivada y fertilizada. Debió producir fruto, pero no lo hizo. Israel rechazó a Cristo, aun diciendo ...Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos. (Mt. 27:25) Israel experimentó el juicio de Dios y fue esparcida entre las naciones del mundo.

Es interesante notar que Israel no puede vivir en su propia tierra hoy en día en paz con sus vecinos mientras continúa rechazando a Dios. No fue Alemania en el pasado, ni son sus vecinos presentes los que le causan tantos problemas a Israel; es Dios. Israel es el pueblo escogido de Dios. Él los traerá de vuelta a la tierra algún día en fe y en credulidad. Ellos están en la tierra hoy en día en incredulidad, y no tienen paz. Ésta es la evidencia de la mano de Dios obrando en los asuntos del mundo.

Jesús sana a la mujer encorvada

Enseñaba Jesús en una sinagoga en el día de reposo; Y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar. Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer, eres libre de tu enfermedad. Y puso las manos sobre ella; y ella se enderezó luego, y glorificaba a Dios. Pero el principal de la sinagoga, enojado de que Jesús hubiese sanado en el día de reposo, dijo a la gente: Seis días hay en que se debe trabajar; en éstos, pues, venid y sed sanados, y no en día de reposo. [Lc. 13:10-14]

Esta mujer sufría uno de los casos peores de enfermedad que se relata en la Biblia. Tenía una enfermedad seria. El problema no surgió porque el Señor la sanó, sino porque la sanó en el día de reposo, y esto fue lo que causó tantas contiendas entre el Señor y los príncipes religiosos. Éste es uno de los casos de enfermedad anotados por el Dr. Lucas, pero es difícil traducir a nuestra terminología los síntomas que él describe. Dice que esta mujer sufría un espíritu de enfermedad que la había importunado por 18 largos años. Su enfermedad era crónica, y debido a esto, había quedado encorvada. Esta pobre mujer no podía levantarse. Tenemos, pues, aquí a una mujer en una condición desesperada. Era una mujer miserable y desafortunada, ciertamente merecedora de nuestra compasión. Probablemente éste era uno de los casos de enfermedad física más terribles que el Señor haya tratado aquí en la tierra.

Entonces el Señor le respondió y dijo: Hipócrita, cada uno de vosotros ¿no desata en el día de reposo su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber? Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo? [Lc. 13:15-16]

Tengo que confesar que no comprendo por qué esta mujer había sido atada por Satanás. Al parecer, no era una persona inmoral, y asistía con regularidad a la sinagoga aun estando en esa condición. Pues fue precisamente dentro de la sinagoga donde el Gran Médico le dijo: Eres libre de tu enfermedad. El Señor puso Sus manos sobre ella e inmediatamente se enderezó y glorificaba a Dios. El toque de Jesús en ella fue una ayuda a su fe.

Ella hizo contacto con Cristo, y, el contacto personal con Cristo Jesús es lo importante.

Esta mujer no había venido a la sinagoga con ninguna intención de ser sanada. Cuando fue sanada, la reacción del principal religioso fue algo realmente extraordinaria. Este hombre tenía más interés en la regla, que en el hecho de que había sido liberada una pobre mujer que había sido encadenada por 18 años con esta terrible enfermedad. La cuestión del día de reposo era el punto más importante para estos príncipes religiosos. Había llegado a ser una carga demasiado grande para llevar. La cuestión del día de reposo todavía hoy es una cuestión de debates acalorados. Pero, lo importante, no es argüir en cuanto a la religión, sino aprender a vivirla.

Al decir él estas cosas, se avergonzaban todos sus adversarios; pero todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas hechas por él. [Lc. 13:17]

Parece que el pueblo, aunque le oyó con gozo, no parecía interesado en seguir a Jesús. También le es posible a usted, llegar a ser tan religioso y endurecido a la vez en su voluntad que excluye a Jesús de su vida. Puede que sepa usted todas las respuestas sobre la religión y que sea un perito en argumentos, como lo eran estos príncipes religiosos, pero la pregunta verdadera es: “¿Ha dejado usted alguna vez, que Cristo Jesús entre su corazón?” No hay ningún sustituto para este paso. ¿Está usted acaso, lleno de dudas? ¿O quizá perplejo o afligido? ¿Está tal vez encorvado como esta mujer con las cargas de la vida? Pues, entonces, éste es precisamente el momento de acudir al Señor Jesucristo tal cual está, con todas sus cargas y pecados, y Él le sanará y le recibirá. Él quiere ser su Salvador. ¡Acuda, pues, a Cristo Jesús en este momento y ábrale las puertas de su corazón recibéndole como su único y todo suficiente Salvador!

La parábola de la semilla de mostaza y la de la levadura

Y dijo: ¿A qué es semejante el reino de Dios, y con qué lo compararé? Es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su huerto; y creció, y se hizo árbol grande, y las aves del cielo anidaron en sus ramas. [Lc. 13:18-19]

La semilla de mostaza simboliza lo que algunos llaman la iglesia visible, con sus organizaciones y sus denominaciones multiplicadas. La semilla de mostaza normalmente es una hierba, y cuando más un arbusto, pero no un árbol. Esto es lo que pasa en la iglesia. En lugar de darle un segundo plano a sus organizaciones, hay realmente un crecimiento anormal que ha sido demasiado grande y rápido. Han perdido su verdadero carácter y razón de ser, y han llegado a ser demasiado grandes. Las aves son la clave de esta parábola. Representan al diablo quien está activo en medio de la cristiandad, e inclusive en muchas de las llamadas iglesias.

Y volvió a decir: ¿A qué compararé el reino de Dios? Es semejante a la levadura, que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo hubo fermentado. [Lc. 13:20-21]

La levadura no representa al Evangelio, sino un principio de maldad. La levadura nunca significa algo bueno en la Biblia. La palabra “levadura” ocurre unas 98 veces en la Biblia—unas 75 veces en el Antiguo Testamento y unas 23 veces en el Nuevo Testamento. Siempre se usa en un sentido malo. Hay muchas personas sinceras que piensan que la levadura representa el Evangelio, el cual será esparcido por todo el mundo y convertirá al mundo, pero se van a desilusionar. No habrá reino ni paz, hasta que Cristo vuelva a establecer Su reino sobre esta tierra. La iglesia organizada no puede traer Su reino. En Su propio tiempo, Cristo Mismo vendrá y establecerá Su reino.

Jesús continúa enseñando mientras va hacia Jerusalén

Pasaba Jesús por ciudades y aldeas, enseñando, y encaminándose a Jerusalén. [Lc. 13:22]

Jesús se encamina a Jerusalén. Lucas ya nos ha dicho, Cuando se cumplió el tiempo en que Él había de ser recibido arriba, afirmó Su rostro para ir a Jerusalén. (Lc. 9:51) Avanza prontamente hacia la cruz a morir. Éste iba a ser el último viaje del Salvador.

Luego, tenemos la parábola de la puerta estrecha y el lamento de Jesús sobre Jerusalén, que ya se trataron en los pasajes paralelos en el Evangelio según San Mateo.

Y alguien le dijo: Señor, ¿son pocos los que se salvan? Y él les dijo: Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán. Después que el padre de familia se haya levantado y cerrado la puerta, y estando fuera empecéis a llamar a la puerta, diciendo: Señor, Señor, ábrenos, él respondiendo os dirá: No sé de dónde sois. Entonces comenzareis a decir: Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste. Pero os dirá: Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad.

Allí será el llanto y el crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros estéis excluidos. Porque vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. Y he aquí, hay postreros que serán primeros, y primeros que serán postreros. [Lc. 13:23-30]

La razón por esta pregunta es difícil de discernir. Quizá era sincera. El carisma de Cristo atraía a las multitudes, pero pronto descubrieron que seguirle les costaba. Había algunos que iban y venían todo el tiempo. Mientras Él se acercaba a Jerusalén, esta última vez, esto se notaba. Vino un día cuando fue escrito, Entonces todos Sus discípulos, dejándole, huyeron. (Mr. 14:50) Él declaró claramente que seguirle costaría. ¡Qué nosotros, en nuestra sociedad sofisticada, de afluencia blanda pensemos de otra manera, es herejía!

Ya que ésta era una pregunta especulativa, Jesús no la contestó directamente. Él le está diciendo a este hombre, “Está seguro de que tú eres salvo”. En el resto de este breve discurso, el Señor dijo claramente que muchos que no son hijos de Abraham, Isaac y Jacob, serán salvos.

Aquel mismo día llegaron unos fariseos, diciéndole: Sal, y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar. Y les dijo: Id, y decid a aquella zorra: He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra. Sin embargo, es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén. [Lc. 13:31-33]

En esta amonestación de los fariseos, el Señor Jesús llamó a Herodes una zorra. El hombre no ha ascendido de los animales; pero a veces él

desciende al nivel del animal en su modo de vivir. Nuestro Señor da aquí el programa oculto de Su redención y resurrección.

El lamento de Jesús sobre Jerusalén

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste! He aquí, vuestra casa os es dejada desierta; y os digo que no me veréis, hasta que llegue el tiempo en que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor. [Lc. 13:34-35]

Otra vez Él expresa Su amor e inquietud por Jerusalén, la ciudad donde Él iba a morir. Él también pronuncia juicio sobre la ciudad del gran Rey (Mt. 5:35) Y anuncia que Él va a venir otra vez. La próxima vez será la verdadera Entrada Triunfal.

CAPÍTULO 14

Sólo el Dr. Lucas relata la ocasión cuando Jesús comió en casa de uno de los fariseos principales, donde les da al anfitrión y a los convidados una lección sobre la etiqueta en la parábola devastadora del convidado ambicioso. También hay dos parábolas más en este capítulo que no aparecen en ninguno de los otros Evangelios: la edificación de una torre y la de un Rey preparándose para hacer guerra.

Jesús va a casa de un fariseo para cenar

En este capítulo, Jesús cena de nuevo. Ya hemos visto un caso cuando Jesús cenó en casa de un fariseo. Allí una prostituta le ungió los pies. Había allí dos ejemplos extremos de la raza humana. El uno era fariseo, y ella era prostituta. Él se consideraba de lo más elevado en su moralidad mientras que ella había estado en las profundidades de la inmoralidad. Él era producto de la religión, mientras ella era producto de la vida del vicio. El fariseo se sentó mientras que ella permaneció en pie.

Sobre el nivel moral, él es mejor que esta mujer, y ninguno que lee esta historia dudará eso. El Señor, sin embargo, le perdonó mucho a ella. A quien le perdona mucho, ése amará mucho al Señor. La medida de su salvación es la medida de su pecado. Lo que usted piensa en cuanto a Cristo es lo que piensa de sí mismo como pecador. Si usted es un pecador pequeño, entonces necesita de un Salvador pequeño. Pero si usted se reconoce como un pecador destinado al infierno, entonces necesitará un Salvador con destino al cielo. Bueno, Jesús cena de nuevo y esta vez nos vamos a gozar.

Aconteció un día de reposo, que habiendo entrado para comer en casa de un gobernante, que era fariseo, éstos le acechaban.

[Lc. 14:1]

Tengo que confesar que, si un fariseo me hubiera convidado a cenar en el día de reposo, hubiera rehusado ir. Este fariseo sólo quería espionar al Señor. Este primer versículo provee el medio ambiente, el tono, y el color de la situación. Fue el prelude antes de la cena lo que causó la tensión.

Y he aquí estaba delante de él un hombre hidrópico. [Lc. 14:2]

Una trampa había sido puesta para atrapar al Señor. Creo que este hombre había sido colocado allí premeditadamente para atrapar al Señor. Pero, fíjese usted lo que el Señor hace.

Entonces Jesús habló a los intérpretes de la ley y a los fariseos, diciendo: ¿Es lícito sanar en el día de reposo? Mas ellos callaron. Y él, tomándole, le sanó, y le despidió. [Lc. 14:3-4]

El Señor hizo una pregunta primero, pero ellos tuvieron miedo de responderle.

Y dirigiéndose a ellos, dijo: ¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en algún pozo, no lo sacará inmediatamente, aunque sea en día de reposo? [Lc. 14:5]

Si alguno de esos pícaros en la presencia del Señor tuviera el neumático desinflado en el día de reposo, de seguro que lo habría compuesto y el Señor lo sabía. “Es por eso que estoy arreglando a este hombre—él tiene un problema”.

Y no le podían replicar a estas cosas. [Lc. 14:6]

Este problema pues, ha causado ya una situación algo tensa para la cena.

Parábola de los invitados mal educados

Observando cómo escogían los primeros asientos a la mesa, refirió a los convidados una parábola, diciéndoles: Cuando fueres convidado por alguno a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté convidado por él. [Lc. 14:7-8]

Esta escena es muy rica. En aquel entonces, no ponían tarjetas con los nombres de los invitados en la mesa. Las tarjetas deben haberse originado por alguna dama anfitriona que quiso proteger sus muebles, porque si usted no pone tarjetas en la mesa, pues, habrá un tropel grande para tratar de obtener los mejores asientos. En esta ocasión, pues, cuando nuestro Señor cenó en la casa del fariseo, no había tarjetas. Cada uno de estos pícaros presentes habían criticado al Señor Jesucristo, y cuando llegó la hora de la cena, cada uno corrió hacia el

primer asiento. En aquellos días, había cuatro asientos principales en la mesa. El primer asiento era de rango superior al cuarto asiento principal. Todos querían sentarse en el primer asiento, pero es obvio que todos no podían sentarse allí. Esta parábola revela pues, dos cosas: (1) a los ricos les faltó la urbanidad; y (2) Cristo reprendió sus malos modales en la mesa.

Cuando la cocinera anunció: “A la mesa”, todos corrieron en seguida a la mesa. La mesa en aquel entonces era un mueble muy bajo, y todos se recostaban a su alrededor. En cada lado había tres lugares donde se podía recostar. En una situación así era el segundo asiento, o sea el que ocupaba el lugar central, el que constituía el lugar de honor. En otras palabras, habría los asientos número 1, número 2, y número 3 en un lado; en el lado que consideraríamos como la cabeza de la mesa. El asiento número 2 sería pues, el lugar de mayor honor. Al otro lado de la mesa habría los asientos número 4, número 5 y número 6, y entre éstos, el número 5 sería el lugar de honor. Siguiendo la mesa al otro lado, hay los asientos número 7, número 8 y número 9, y allí el puesto número 8 sería el lugar de honor. Por fin, al cuarto lado de la mesa el número 11 sería el lugar de honor.

Es comprensible que algunos de estos viejos fariseos no pudieran moverse tan rápidamente como lo hacían algunos de los fariseos más jóvenes. Así, pues, cuando la cocinera anunció: “A la mesa”, el viejo, el que se había acercado lo más cerca posible a la parte donde comían, corrió para recostarse en el asiento número 2. Pero, uno de los fariseos más jóvenes llegó antes que él, y, por tanto, se volvió rápidamente para tratar de alcanzar el asiento número 5. De nuevo llegó demasiado tarde, porque alguien ya estaba allí. Así que con prisa trató de llegar al número 8, pero tampoco llegó a tiempo. Casi sin aliento volvió para correr al asiento número 11, y llegó a tiempo. Éste era un lugar bajo, pero todavía tenía un lugar de honor. Así se recostó allí casi sin aliento. ¿Puede usted imaginarse, lo cómico que debe haber sido observar a estos hombres corriendo lo más rápidamente posible para tratar de llegar a los lugares de honor?

Y viniendo el que te convidó a ti y a él, te diga: Da lugar a éste; y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar. Mas cuando fueres convidado, ve y siéntate en el último lugar,

para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba; entonces tendrás gloria delante de los que se sientan contigo a la mesa. [Lc. 14:9-10]

El Señor Jesús le dijo a este grupo que cuando uno es convidado a una cena, no se debe lanzar hacia el lugar de honor. El anfitrión puede estar pensando en otra persona para sentarse en el lugar en que uno se ha sentado; y entonces tendrá que venir y decirle: “Tenga la bondad de pararse e ir a otro puesto más bajo. Aquí se va a sentar otro”. Para llegar al lugar más bajo, todo lo que necesita hacer es mudarse un sólo puesto, pero es una acción humillante que da pena.

Si es que le convidan, pues, a una cena, siempre vaya al lugar más bajo. No tendrá ninguna dificultad en alcanzarlo porque ningún otro tratará de llegar allí. Luego, cuando llegue el anfitrión y vea donde se sienta usted, dirá: “Usted es el convidado de honor. Tenga la amabilidad de sentarse en este lugar de honor”. Entonces, otro tendrá que cambiar su puesto. Ésta es la buena etiqueta y es exactamente lo opuesto a la conducta que acaba de demostrar este grupo. Nuestro Señor saca en claro un gran principio de este incidente.

Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido. [Lc. 14:11]

Ahora, el Señor corrige al anfitrión.

Dijo también al que le había convidado: Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar, y seas recompensado. Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; Y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos. [Lc. 14:12-14]

Nuestro Señor está manifestando ahora otro gran principio. La mayoría de nosotros convidamos al mismo grupo a comer en nuestra casa una semana, y la semana siguiente, vamos a la casa de uno del mismo grupo, y así pasa semana tras semana. Pero el Señor aquí está condenando esta práctica. No hay nada malo en convidar a su grupito de vez en cuando, pero ¿ha pensado usted alguna vez en hacer algo para aquéllos que no tienen nada? Ellos no le pueden corresponder el mismo

favor. No podrán convidarle a usted a cenar la próxima semana. Haga, pues, algunas pocas cosas en las cuales usted sea el dador sin detenerse a pensar si va a ser recompensado.

Parábola de la gran cena

¿Puede usted imaginarse la tensión que había ya en esta cena? El Señor principió las cosas sanando al hidrópico. Miró cara a cara a los convidados y les corrigió su falta de urbanidad. Luego, hasta corrigió al anfitrión mismo. El ambiente, pues, era tenso. Nadie decía ni una palabra.

Oyendo esto uno de los que estaban sentados con él a la mesa, le dijo: Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios. [Lc. 14:15]

Sin duda, este hombre tenía la costumbre de expresarse con palabras altisonantes y piadosas. En aquel momento delicado de silencio cuando todo estaba tan tirante, un viejo pícaro habló diciendo: Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios. Ojalá pudiera yo haber estado allí y le habría preguntado: “¿Qué quiere decir usted con eso?” Dudo que pudiera haberme dicho lo que realmente quería decir. Su declaración no fue nada más que una piadosa frase ya gastada. Se oye decir muchas perogrulladas piadosas en nuestros círculos conservadores de hoy en día. Hasta me cansa oírlas. Es cosa maravillosa alabar al Señor, pero a veces llega a ser algo fastidioso cuando una persona constantemente repite la misma frase: “Gloria a Dios” o “Aleluya”, pero realmente no alaba al Señor. Cuidémonos pues, de usar las frases piadosas ya gastadas.

El Señor se volvió pues, hacía este pícaro, y creo que Sus ojos se encendieron con ira al hablarle.

Entonces Jesús le dijo: Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos. Y a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: Venid, que ya todo está preparado. [Lc. 14:16-17]

La parábola de la gran cena tendría interés especial para todos los convidados a esta cena porque se relacionaba con una ocasión similar a ésta. Era costumbre de enviar invitaciones a tales cenas con mucha anticipación, pero al llegar el día de la cena, la costumbre era enviar otra invitación personal. Dios, ya ha puesto en circulación una invitación a

toda la humanidad. ¿Qué hará el hombre con ella? La invitación de Dios es para recibir la salvación. Este banquete de Dios es sólo por invitación; por tanto, usted no puede comprar una invitación a la fiesta. Usted sólo puede venir a esta cena por medio de la gracia de Dios. Pablo, dice: Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. (Ef. 2:8-9) La condición para poder asistir al banquete es aceptar el don de Dios. Lo único que excluirá del cielo a cualquier ser humano es su negativa a aceptar la invitación. Esta invitación dice: Venid, que ya todo está preparado. Con esta parábola, el Señor Jesús le dice al fariseo: “Tú dices, ‘Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios’, pero lo que dices no son más que tonterías habladas en lenguaje que suena piadoso. Ve a usted lo que hacen los hombres con la invitación de Dios:”

Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero dijo: He comprado una hacienda, y necesito ir a verla; te ruego que me excuses. [Lc. 14:18]

Ésta no era en realidad una razón válida para no asistir, sino más bien un pretexto de una persona que no quería asistir. Ninguno de los convidados se atrevió a decir la verdad, que no quería ir ni iría a la cena. En esta parábola los hombres que fueron convidados a esta cena dieron excusas para encubrir el hecho de que realmente no querían aceptar la invitación que habían recibido. El primer hombre dijo como excusa: He comprado una hacienda y necesito ir a verla. Creo que este hombre era, o bien un mentiroso, o un tonto. ¿Puede usted imaginarse, a alguien que compra una propiedad sin verla primero? Por mi parte, nunca he conocido a un hombre que se enriquezca y que al mismo tiempo se acerque a Dios.

Otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos; te ruego que me excuses. [Lc. 14:19]

El primer hombre dejó que sus propiedades interfirieran con su venida a la cena. Este segundo hombre, dejó que el negocio y el comercio le impidiesen venir al banquete. Aquí tengo que decir una vez más, que este hombre era mentiroso o tonto. ¿Cómo iba a arar este hombre de noche? En aquellos días no tenían linternas ni tractores con lámparas eléctricas. Este hombre estaba dando excusas, simplemente excusas. “Tengo que atender el negocio”, es una frase que oímos con mucha frecuencia. Los hombres están demasiado ocupados en ganarse

la vida. Un día, usted tendrá que morir y va a descubrir que el negocio seguirá como de costumbre sin su presencia.

Y otro dijo: Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir. [Lc. 14:20]

Había una ley en Israel que excusaba a un hombre de ir a la guerra si había tomado una nueva esposa. Creo que este hombre tenía la excusa más débil de todas. ¿Por qué no traía a su nueva esposa a la cena? Su afecto natural, pues, le impidió venir a la cena. Muchas veces he oído decir a un hombre, “No voy a la iglesia porque el domingo es el único día que puedo pasar con mi familia”.

Hay muchas cosas que interfieren para que los hombres no se alleguen a Dios. Tres de estas cosas son: los bienes, el negocio, y el afecto natural. ¿Cuántas personas hoy en día no vienen a Dios usando una de estas cosas como pretexto? Bueno, Dios tiene una invitación grabada para usted. Está escrita con la sangre de Jesucristo, y es una invitación para asistir a la gran mesa de la salvación. Pero, si usted rechaza la invitación de Dios, Él entonces, tendrá que rechazarle a usted también.

Vuelto el siervo, hizo saber estas cosas a su señor. Entonces enojado el padre de familia, dijo a su siervo: Vé pronto por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos. Y dijo el siervo: Señor, se ha hecho como mandaste, y aún hay lugar. Dijo el señor al siervo: Vé por los caminos y por los vallados, y fuérganos a entrar, para que se llene mi casa. Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, gustará mi cena. [Lc. 14:21-24]

Ésta es una declaración seria y debe recibir toda nuestra consideración. Si usted rechaza la invitación de Dios, Él tiene que rechazarle a usted. Usted es excluido porque rehusó aceptar Su invitación.

Grandes multitudes iban con él; y volviéndose, les dijo: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. [Lc. 14:25-27]

Estos versículos simplemente dicen que debemos poner a Dios primero que todo. La devoción que un creyente tiene para Jesucristo debe ser tal que parezca que odia todo lo demás, es decir, en comparación a su devoción para con Jesucristo. Todos los términos que definen los afectos son comparativos.

La parábola en cuanto a la edificación de una torre

Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, Diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar. [Lc. 14:28-30]

Hay que pagar cierto precio por tomar una decisión para Cristo. Hay que estar dispuesto a pagar el precio, antes de poder ser discípulo de Jesucristo.

Piénselo bien, amigo, porque es alto el precio que usted tendrá que pagar. Pero no olvide que Pablo dice: las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. (Ro. 8:18)

La parábola de un Rey yendo a la guerra

¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. [Lc. 14:31-33]

Una persona puede ser salvada aceptando a Jesucristo como su Salvador personal, pero una persona nunca seguirá, ni servirá a Jesucristo, sino hasta cuando esté dispuesta a hacer un verdadero sacrificio. Eso es lo que enseña este pasaje. Hay una gran diferencia entre el ser discípulo y el ser creyente. Desafortunadamente, no todos los creyentes son discípulos.

Buena es la sal; mas si la sal se hiciere insípida, ¿con qué se sazonará?

Ni para la tierra ni para el muladar es útil; la arrojan fuera.

El que tiene oídos para oír, oiga. [Lc. 14:34-35]

No hay nada que sea más inútil que la sal que ha perdido su sabor.
¡Qué el Señor nos libre a nosotros de ser cristianos inútiles!

CAPÍTULO 15

Sólo el Dr. Lucas, registra la parábola más famosa de todas, la que tiene como título “el hijo pródigo”. En realidad, son tres parábolas en una. La parábola de la oveja perdida es la obra de Dios el Hijo en restaurar a un hijo que peca. La parábola de la moneda perdida es la obra de Dios el Espíritu Santo, en restaurar a un hijo que peca. Y la parábola del hijo pródigo, es la obra del Padre en restaurar a un hijo que peca.

Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle, Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Éste a los pecadores recibe, y con ellos come. [Lc. 15:1-2]

Los publicanos y pecadores vinieron para escuchar lo que el Señor Jesús tenía que decir. Aun hoy en día, quieren escuchar a Jesús. Pero a veces los miembros de las iglesias les impiden o les estorban. Muchos miembros de las iglesias no traen a sus amigos incrédulos a la iglesia y por eso los perdidos no están oyendo el Evangelio como debieran oírlo, y como ellos desean escucharlo.

Los fariseos, pues, estaban molestos porque el Señor recibía a los publicanos y a los pecadores. Los escribas también murmuraban debido a esto. Pero el Señor tenía algo que decirles a todos, y por esto, contó estas tres parábolas en una.

Así, pues, vamos a considerar este tríptico. Un tríptico, entre otras cosas, es un marco que contiene tres cuadros que se relacionan entre sí. Así, pues, estas tres parábolas forman un tríptico que ilustra una sola verdad espiritual.

Parábola de la oveja perdida

Entonces él les refirió esta parábola, diciendo: ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; Y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido.

Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento. [Lc. 15:3-7]

El pastor en esta parábola es el Gran Pastor, el Señor Jesucristo. Nosotros somos las ovejas. Este pastor tenía cien ovejas, pero una se perdió. Francamente, éste sería un porcentaje bastante bueno de comenzar con cien y terminar con noventa y nueve. Pero este pastor no se conformó con tener solamente noventa y nueve. Así que cuando una oveja se perdió, él salió a buscarla. Por fin la encontró, la puso sobre sus hombros y la llevó de nuevo al redil. Nuestro Pastor, el Señor Jesucristo, es tierno y compasivo y poderoso para salvar perpetuamente. En cuanto a esta parábola, el sumo sacerdote de los hijos de Israel llevaba vestimentas que eran abrochadas con una piedra en cada hombro; y en cada una de estas piedras estaban escritos los nombres de las doce tribus de Israel, seis tribus en una piedra y seis en la otra. Así podríamos decir casi literalmente que el sumo sacerdote llevaba a los hijos de Israel en sus hombros. De igual manera, nuestro Gran Sumo Sacerdote nos lleva a nosotros sobre Sus hombros y por eso nunca nos perderemos. Cuando el Buen Pastor empieza con cien ovejas, siempre tendrá cien ovejas. Vemos, entonces, que esta parábola es un cuadro del Señor Jesucristo buscando y socorriendo a los que son de Él.

Parábola de la moneda perdida

¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, diciendo: Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido. Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente. [Lc. 15:8-10]

El perder una moneda era algo así como perder un diamante del anillo de matrimonio. Esta parábola es un cuadro del Espíritu Santo cuyo ministerio es el de guardar a cada uno de los que pertenecen al Novio. Cada uno de nosotros es precioso ante Él, y así como un buen administrador rinde una buena cuenta de cada moneda, así también el Espíritu Santo velará por la seguridad de cada uno de los que Él ha

sellado. En cuanto a esto, nos dice Pablo: ...con el cual—es decir, con el Espíritu Santo—fuisteis sellados para el día de la redención. (Ef. 4:30)

Parábola del hijo pródigo

Esta parábola aparece sólo aquí en el evangelio según San Lucas, y se extiende entre los versículos 11-32.

También dijo: Un hombre tenía dos hijos. [Lc. 15:11]

Note que este hombre mencionado en este versículo representa a Dios el Padre. En realidad, ésta no es una parábola de un solo hijo pródigo, sino que se trata más bien de una parábola acerca de un padre muy bueno con dos hijos pródigos. Este padre no obligó a sus muchachos a hacer nada contra la voluntad de ellos. Era especialmente indulgente con uno de estos hijos.

Y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde; y les repartió los bienes. No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. [Lc. 15:12-13]

El padre hizo tal como lo pidió el hijo y le dio su parte de los bienes. Poco tiempo después, el hijo decidió tomar su dinero y marcharse de la casa. El padre, por su parte, no obligó al muchacho a quedarse en casa contra su voluntad. Amigo, a usted le es posible alejarse de Dios, si esto es lo que usted quiere. Eso es cosa suya. Dios le ha dado libre albedrío al joven rico. Él vino al Señor Jesucristo, habló con Él, pero se fue. Las Escrituras nos dicen que el Señor le amó, aunque aquel joven rico no le siguió.

De seguro que hay muchísimos hoy en día que dirían: “Vamos a cantar quince estrofas más de este himno para ver a este muchacho pasar adelante”. Pero, no creo que el Señor obre de esta manera. Si es su deseo, usted bien puede alejarse de Dios. El padre no obligó a este hijo a que se quedara en casa. Este muchacho quería salir de la casa. Era culpable de lo que el Dr. Streeter llama el “pecado de propinquidad”. Esto simplemente significa que el muchacho pensaba que las cosas a mano no eran tan buenas como las cosas distantes. Es decir, su pueblo natal no le parecía tan bueno, en cambio creía que los lugares lejanos

podrían ser maravillosos. La tentación principal de todo pecado es su misterio.

Muchos se han mudado a las grandes ciudades porque han creído que las cosas serían mejores allí. Pero, además de las buenas cosas, han encontrado también aire irritante, mucho tráfico, mucho bullicio, y en muchos casos hasta soledad en medio del anonimato. Bueno, el hijo pródigo sacó sus mapas y folletos de turismo y visitó las agencias de viajes. Hizo su selección y salió hacia un país lejano. Por lo menos, esto es lo que podemos imaginarnos ya que todo lo que se nos dice en cuanto a este pobre es que salió de su casa.

Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle. [Lc. 15:14]

Este muchacho pasó mucho tiempo en aquel país lejano. Pasó su tiempo desperdiciando sus bienes viviendo perdidamente. Ahora el lugar lejano, no es tan maravilloso. Ahora hay hambre en esa tierra, y el hijo no sabe qué hacer. A decir la verdad, él tiene miedo de volver a su hogar. No debió tener miedo, pero así era. Ahora él está desesperado. De hecho, está tan desesperado, que va a hacer algo que ningún judío hace, a menos que no le quede ningún otro remedio. No puede conseguir trabajo. Va adonde sus amigos, y dice, “Amigo, ¿recuerdas cuando asistías a las fiestas que yo daba? Ahora, estoy mal, y quisiera saber si me puedes prestar algún dinero hasta que consiga trabajo, o tal vez tú me puedes dar algún trabajo”. Y ese “amigo” le dice, “Lo siento. ¿Dices que perdiste todo el dinero? Bueno, es que no puedo seguir siendo tu amigo. Ya no me interesas. ¡Sal de aquí!” El muchacho encontró, después de ir de amigo en amigo, que realmente él no tenía amigos en ese lugar. Finalmente, salió a un lugar donde se criaban cerdos. Le preguntó al dueño de esa finca si le podía dar trabajo. El hombre dice, “Bueno, no te puedo pagar. Las cosas están mal aquí. Pero, por lo menos, puedes comer del alimento para los cerdos”. Él se había hundido al lugar más bajo que hay para un judío. Cuando el Señor dice que este hombre...deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos... todo israelita, fariseo y publicano, que le estaba escuchando aquel día, se estremeció, porque un hebreo no podía bajar a un nivel más bajo que ése. El hebreo no debía tener nada que ver con los cerdos (la ley mosaica se lo prohibía). ¡Vivir entre cerdos eran algo horroroso para ellos!

Alguien va a decir inmediatamente, “Bueno, éste es un muchacho que es un pecador, y él va a ser salvo”. No, siento decirle que ése no es el cuadro que se nos da aquí. Éste no es el cuadro de un pecador que se salva. Permítame decirle, y decírselo con cuidado, que cuando este muchacho estaba viviendo con el padre, él era un hijo, y nunca hubo duda en cuanto a eso. Cuando este joven llegó al lugar lejano y estaba malgastando allí su dinero, él todavía era un hijo. Quizá al final usted no podría distinguir entre él y los cerdos, pero él no era un cerdo. En esta historia que nuestro Señor contó, nunca hubo duda de si el joven era hijo o no lo era.

Alguien dice, “Entonces esto no es el Evangelio”. Sí, es el Evangelio también. Y mantengo este punto de vista por la sencilla razón que un evangelista, hace muchos años, utilizó esta parábola para presentar el Evangelio. La gente dijo que él estaba imitando a Billy Sunday, pero yo nunca había oído nada en cuanto a Billy Sunday; por lo tanto, no me importaba a mí a quien él imitara. Él era un hombre bajo de estatura, y tenía servicios al aire libre. Lo que nos interesaba a los muchachos era, el hecho de que él podía brincar tan alto como el púlpito. Nosotros nos sentábamos allí mirándole. Se paraba allí, y entonces brincaba en el aire. Permítame decirle, una noche predicó sobre el Hijo Pródigo, y fue entonces que yo fui al frente. No me diga a mí que el Evangelio no está en esta parábola.

Sin embargo, entendamos de qué se trata la parábola primariamente. La parábola no habla de cómo un pecador se salva; revela el corazón de un Padre quien no sólo salvará a un pecador, sino que aceptará de nuevo a un hijo pródigo que ha pecado.

Y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos. Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. [Lc. 15:15-16]

Cuando el Señor Jesús llegó a esta parte de la historia, de seguro que los publicanos y los fariseos retrocedieron, puesto que el muchacho judío no podría hundirse tan bajo hasta tener que darle de comer a los cerdos, animal que era considerado inmundo por el pueblo israelita. Pues, bien, este muchacho había descendido hasta lo más bajo.

Este muchacho había llegado al estado más bajo posible, pero, aunque se encontraba en el chiquero, todavía era hijo. Hay muchas personas hoy en día que toman su decisión por Cristo y pasan adelante cuando algún evangelista predica un sermón, un sermón evangélico en cuanto al hijo pródigo. Pero, francamente, ésta no es la historia de un pecador que viene a Cristo para recibir la salvación. No hay nada en esta historia en cuanto al arrepentimiento ni el confiar en Cristo para la salvación. En esta parábola el muchacho siempre ha sido y es hijo. No hay duda de eso. Era hijo cuando estaba en casa; era hijo cuando salió del hogar; era hijo cuando malgastaba el dinero de su padre; era hijo cuando acudió al hombre que tenía los cerdos en aquel país lejano, y aún continuaba siendo hijo cuando trabajaba en el chiquero. Alguien le preguntó al difunto Dr. Harry Rimmer: “Supóngase que el muchacho hubiera muerto en el chiquero. ¿Qué le habría pasado?” El Dr. Rimmer le respondió que el muchacho no habría sido cerdo, sino que siempre sería hijo.

Hemos visto la parte negra de este cuadro, y creo que es hora de ver algunos de los colores brillantes Señor pintó aquí, porque nuestro Señor siempre pinta el trasfondo de negro para luego poner colores brillantes sobre ese color. ¿Ha notado usted alguna vez que es así que el Señor pinta? Así es que, sobre el transfondo del pecado de este joven— allí en el chiquero, sin tener compañerismo con su padre, habiendo dejado su hogar enojado—nuestro Señor empieza a poner el color brillante.

Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! [Lc. 15:17]

Él se volvió en sí. El pecado tiene un efecto pernicioso sobre nosotros. Nos hace ver el mundo incorrectamente. Nos hace ver a nosotros mismo incorrectamente. Nos hace ver los placeres de este mundo con una perspectiva incorrecta, y simplemente que no vemos claramente cuando estamos viviendo en pecado. Este joven miró a esa provincia apartada y vio que todo era verde y hermoso; todos disfrutaban allí; pero entonces se volvió en sí. Entonces comenzó a razonar. Este joven sabía que los siervos de su padre tenían lo suficiente para comer y de sobra. Sabía que él se estaba muriendo de hambre. Pero no nos

olvidemos que aún en el chiquero pudo decir: “Mi padre”. De modo que se decidió y dijo: Me levantaré e iré a mi padre. ¡Ningún cerdo nunca jamás ha dicho o dirá eso!

Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros. [Lc. 15:18-19]

Ahora, llegamos a la parte conmovedora de la historia. Ésta es la mejor parte de todo, y es el cuadro de ese hermoso hogar del cual yo le hablaba. Es la casa del padre. El Señor Jesús dijo, En la casa de Mi Padre muchas moradas hay... (Jn. 14:2) Ésta es la casa. La casa está allá en el trasfondo, y veo un padre que está mirando por la ventana. Él ha estado mirando por esa ventana todos los días desde que se fue su hijo. Y, ¿sabe usted por qué él ha estado mirando por esa ventana? Él sabía que un día ese muchacho vendría caminando hacia la casa.

Alguien pregunta, “¿Cree usted que cuando uno es salvo, que es salvo para siempre”? Sí. Alguien pregunta, “¿Cree usted que un cristiano puede meterse en pecado”? Sí. “¿Puede un cristiano permanecer en el pecado”? No. Porque en la casa del Padre, el Padre está vigilando, y Él dice, “Todos los hijos van a volver al hogar. A Mis hijos no les gustan los chiqueros porque ellos no tienen la naturaleza de un cerdo. Tiene la naturaleza de un hijo. Tiene Mi naturaleza, y no van a ser felices excepto en la casa del Padre. El único lugar en el mundo donde podrán ser felices es la casa del Padre. Y cada uno de Mis hijos que sale a esa provincia apartada y entra en un chiquero—no importa cuánta se ensucie, ni hasta qué punto se hunda, si es Mi hijo, un día dirá, Me levantaré e iré a mi Padre”. Y la razón por la cual dirá, iré a mi Padre, es porque el Hombre que vive en la casa grande es su Padre. Hasta ahora, después de unos 6.000 años de historia humana, nunca ha habido un cerdo que haya dicho, “Me levantaré e iré a la casa de mi padre”. A los cerdos les gusta mucho el chiquero. No quieren ir a la casa del Padre. El único que quiere ir a la casa del Padre, es un hijo; y un día el hijo dirá, “Me levantaré e iré a la casa de mi Padre”.

Ahora el hijo empieza a volver al hogar. Quizá usted pensaba hace un momento que yo estaba exagerando cuando dije que este padre había estado mirando por la ventana todos los días. Pero lo había hecho; ahora lo ve acercándose. Tiene compasión y corre, y dice a su siervo,

“Ve a ese árbol, y córtame unas ramitas. Le voy a dar una paliza a ese muchacho”. ¿Es eso lo que dice su Biblia? Bueno, la mía no dice eso. Pero debe decir eso. Bajo la ley mosaica un padre tenía el derecho de traer a un hijo desobediente ante los ancianos y dejar que lo lapidaran. El padre tenía el derecho de decir, “Este muchacho tomó mi dinero, y lo malgastó. Trajo vergüenza sobre mi nombre. Le voy a dar una paliza”. Él tenía ese derecho. Pero este padre, hizo algo asombroso. Y cuando nuestro Señor llega a esta parte de la parábola, Él puso el color brillante que mencioné antes. Todos prestaron atención. Dijeron, “No podemos creer eso. Es bastante malo verle apartarse vivir en el chiquero, pero es aún peor que el padre le vuelva a recibir en su casa sin hacer algo. Debe castigarle. Eso es algo que no nos gusta. Él debe ser castigado”. Note usted lo que el padre hizo. Vamos a leerlo cuidadosamente ahora:

Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. [Lc. 15:20]

¿Cuál fue la reacción del padre cuando vio a su hijo? ¿Corrió acaso para buscar un latiguillo para darle duro? ¿Cogió acaso, algunas piedras para matarlo a pedradas? ¿Estaba enojado porque el muchacho había deshonrado su nombre y malgastado sus bienes viviendo perdidamente? ¡No, amigo! Ninguna de estas cosas. El Señor continúa diciendo que fue movido a misericordia.

Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; Porque éste mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse. [Lc. 15:21-24]

El padre le dio la bienvenida con los brazos abiertos. Este muchacho había estado en un país lejano y había conocido la verdadera miseria. Ahora que está de vuelta, comenzaron a regocijarse. El difunto Dr. George Gill expresó que: “Comenzaron a regocijarse y la Biblia no dice que jamás hayan dejado de regocijarse”. Claro, la situación del hogar simplemente se mejoró más y más.

Cuando usted se halla en el centro de la voluntad de Dios y marchando bien con Él, entonces, disfrutará del mejor tiempo de su vida. Amigo cristiano, usted nunca se divertirá en un país lejano. En aquel país lejano, este muchacho derramó muchas lágrimas debido a sus dificultades; pero ahora en casa, derramaba lágrimas de alegría. En la tierra lejana, recibió bofetadas y golpes y sufrimiento. Pero en casa recibió besos. Se tuvo que vestir con trapos en el país lejano, pero en casa le pusieron el mejor vestido y un anillo en su mano. Tuvo que acostumbrarse a comer las algarrobas que comían los cerdos, pero ahora su porción es el becerro gordo. Su ayuno se cambió en banquete. Lejos de la casa era mendigo, pero ahora disfruta de un buen banquete. No había nada sino un tragamonedas en aquel país lejano. Pero ahora en casa hay sólo gozo. Santiago 4:8, dice: Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros... Ésta es la historia de un joven que se fugó de Dios, pero quien más tarde regresó. Volvió por la senda de la confesión. El padre ni aun dejó que terminara de decir su confesión. Lo recibió con los brazos abiertos. Ésta es la manera en que un hijo de Dios vuelve a su Padre.

¿Ha notado usted lo que el padre dice que va a hacer para el hijo? Dice, Sacad el mejor vestido. Este vestido es lo que uno se ponía después de lavarse. Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. (1 Jn. 1:9) Nuestro Señor nos lava. El que se ciñó con una toalla es el que lavará a uno de Sus hijos que vuelve a Él; cuando uno ha ido al país lejano, tiene que ser lavado. Y ese vestido es el vestido de la justicia de Cristo que cobre al creyente después que ha sido limpiado. El anillo es la insignia del hijo maduro, y significa que tiene todos los derechos que le corresponden. Él es devuelto a su posición original. No se le quita nada. Él es devuelto a su lugar en la casa del Padre.

Ahora mismo, Cristo está a la derecha de Dios, ceñido todavía con la toalla de servicio por uno de los Suyos que se contamina o se ensucia las manos estando en el país lejano. Cuando le confesamos a Él, Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda injusticia. Tenemos que venir como vino el hijo pródigo. “Padre, he pecado, y ya no soy digno de ser llamado Tu hijo. Hazme un siervo”. Y el Padre dice: “¿Hacerte un siervo? ¡Jamás te haré un siervo! Tú eres mi hijo. Te limpiaré, te perdonaré, te devolveré a tu lugar de compañerismo y utilidad”.

Un hijo es un hijo para siempre.

Pero, hay otro hijo pródigo en esta parábola en los versículos 25-32:

Y su hijo mayor estaba en el campo; y cuando vino, y llegó cerca de la casa, oyó la música y las danzas; Y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: Tu hermano ha venido; y tu padre ha hecho matar el becerro gordo, por haberle recibido bueno y sano. Entonces se enojó, y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrase. Mas él, respondiendo, dijo al padre: He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. Pero cuando vino éste tu hijo, que ha consumido tus bienes con ramerías, has hecho matar para él el becerro gordo. Él entonces le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque éste tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. [Lc. 15:25-32]

Escuche al muchacho. ¡Qué lamentador y quejoso que es! Creo que éste es el verdadero hijo pródigo. Se enojó cuando oyó que su hermano había regresado y que se había preparado una fiesta en su honor. No quería ni siquiera entrar ni juntarse con los demás en el banquete. Su padre salió, entonces, y le suplicó al hijo que entrara al banquete, que viniera. Hay muchos cristianos hoy en día que no viven en un país lejano. Tratan de vivir para Dios, pero hablando espiritualmente son tan pobres.

¿Por qué? Han sido bendecidos con toda bendición espiritual, pero no se agarran de ella, y no la hacen suya. Dios dice: “Todas Mis cosas son tuyas”. Nuestro Padre Celestial es rico en bendiciones espirituales y son nuestras, pero Él no nos obligará a recibirlas. Es necesario extender nuestra mano para poder obtenerlas. La historia termina con el hijo mayor quedándose fuera de la comunión con su padre. El padre, sin embargo, mantuvo siempre muy abierta la puerta de la comunión.

Hace años, el Dr. Chadwick hizo la declaración de que había un tercer hijo en la parábola del hijo pródigo. El hijo menor angustió al padre, el hijo mayor se quedó fuera de la comunión, y el tercer hijo es Quien contó la parábola. Él era Jesucristo, el Hijo de Dios. Él es

el Hijo ideal, sin pecado. Vino a un país lejano, no para fugarse, sino para hacer la bendita voluntad de Su Padre. Él no pasó Su vida viviendo perdidamente, sino que vino para morir como un sacrificio. No fue un hijo pródigo, sino un Príncipe de Paz que derramó Su sangre por los pecados del mundo. No era un hijo descarriado, sino un sacrificio voluntario. Él dice, en Juan 1:12: Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios. La salvación viene a aquéllos que simplemente creen en Su nombre.

Si usted, es el hijo que salió a un país lejano, puede regresar al Padre. 1 Juan 1:9, dice: Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Quizá usted sea como el hijo mayor que se quedó fuera de la comunión. Él se enojó, porque creía que estaba sirviendo a Dios. Él dijo que nunca había violado los mandamientos de su padre, pero tampoco había gozado de una fiesta con sus amigos. Pero el padre le dijo: “Todas mis cosas son tuyas”. ¡Cuán maravilloso es tener un Padre como éste!

Amigo pecador, si usted nunca ha confiado en Jesucristo como su Salvador, usted no es hijo de este Padre. Sólo puede llegar a ser hijo mediante la confianza y la fe depositada en Cristo Jesús, quien murió por usted en la cruz del Calvario. Si usted acepta a Cristo Jesús ahora mismo y viene a Él, Él será su Padre y nunca le abandonará. Si se aleja de Él y vuelve otro día, Él estará esperándole para darle la bienvenida. ¡Él es un Salvador y un Dios maravilloso!

CAPÍTULO 16

Parábola del mayordomo infiel

El capítulo 16 de San Lucas, comienza con la parábola del mayordomo infiel. Una parábola que ha sido muy mal entendida y quizá sea debido a que a primera vista parece que nuestro Señor está alabando a un ladrón. Por eso deseo dejar establecido aquí de una vez por todas, que sin lugar a dudas este mayordomo era un ladrón cabal. Se da por descontado muchas veces que cualquiera que el Señor Jesús mencione en una de Sus parábolas, tiene que ser un héroe y un ejemplo de carácter más noble. Bueno, si eso es lo que usted supone, pues prepárese para cambiar de idea porque si no lo hace, tendrá dificultades con esta parábola.

Ya he destacado el hecho de que el Dr. Lucas da parábolas de contraste. Él es el único escritor de los Evangelios que hace esto. Muchas parábolas son parábolas de comparación. En realidad, la palabra “parábola” significa “poner algo al lado de otra cosa para medirla”. A veces esto se hace mediante el contraste, y esto es lo que sucede en esta parábola del mayordomo infiel.

En esta parábola, el Señor usa como ejemplo un hombre que siguió los principios del mundo. Se nos dice en la Palabra de Dios que el mundo ama lo suyo, pero odia a los que pertenecen a Dios. El Señor Jesucristo dijo en Juan 15:18-19: Si el mundo os aborrece, sabed que a Mí Me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes Yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Un hijo de Dios no pertenece al mundo ni vive según los principios de este mundo. Pablo dice: ...nuestro Señor Jesucristo, el cual se dio a Sí Mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre. (Gá. 1:3b-4) Una vez más, en Romanos 12:2, Pablo dice: No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta. Y luego, en 1 Juan 2:15, dice: No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo... Pero hay ahora en el mundo lo que llamamos la “ley de la vida”, y este mayordomo era un hombre que operaba según esa ley.

El primer mandamiento del mundo es “consérvate a ti mismo”. Si una transacción de negocio es de dudosa moralidad, por lo general es tolerada. Las prácticas sospechosas son bastante aprobadas por el mundo hoy en día. Un ladrón que es listo es alabado por el mundo. Muchas veces la ley es interpretada a favor del ladrón y del criminal. Según las leyes del mundo todo hombre es considerado inocente hasta cuando sea hallado culpable. Sin embargo, la Palabra de Dios sostiene lo opuesto. Dios dice que un hombre es culpable hasta cuando sea hallado inocente. Dios dice: Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios. (Ro. 3:23) Un hombre nunca puede ser inocente ante Dios, pero es cierto, por otra parte, que le es posible llegar a ser justificado ante Él. Pablo dice: Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. (Ro. 8:1) Cuando un hombre confía de veras en Jesucristo como su Salvador personal, entonces, es justificado por la fe. Ésa es la única manera en que un hombre puede ser justificado.

Dijo también a sus discípulos: Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y éste fue acusado ante él como disipador de sus bienes. [Lc. 16:1]

Ésta es una historia de un rico y su mayordomo infiel. Un mayordomo es un hombre que está encargado de los bienes de otro, es decir, lo que conocemos como un administrador. Abraham, por ejemplo, tenía un mayordomo, como usted recordará, que estaba encargado de todos sus bienes. Era mayordomo de Abraham, y salió para buscar una novia para Isaac, hijo de Abraham.

También David tenía mayordomo. Se le menciona en 1 Crónicas 28:1: Reunió David en Jerusalén a todos los principales de Israel, los jefes de las tribus, los jefes de las divisiones que servían al rey, los jefes de millares y de centenas, los administradores de toda la hacienda y posesión del Rey y de sus hijos, y los oficiales y los más poderosos y valientes de sus hombres. El mayordomo de David y sus ayudantes se hacían cargo de todos los bienes del Rey, incluyendo a sus hijos. Pablo nos dice: Ahora bien, se requiere de los administradores—o sea, los mayordomos—que cada uno sea hallado fiel. (1 Co. 4:2)

El mayordomo en esta parábola correspondería al que usted llamaría presidente o gerente de una empresa. Estaba encargado de los bienes

del hombre rico. Fue encontrado culpable de fechoría en su oficio y de malversación. Era como un caso en el cual el presidente de un banco se fuga con los fondos del banco. El mayordomo infiel, pues, botó los bienes de su amo.

Entonces le llamó, y le dijo: ¿Qué es esto que oigo acerca de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás más ser mayordomo. [Lc. 16:2]

El mayordomo tenía que dar un informe anual y mantener las cuentas al día. El día de juicio había llegado para este hombre. Tenía que rendir cuentas. Este mayordomo tenía puesto el anillo con el sello de su amo. Una de sus responsabilidades en su oficio, era la de pagador. Así, pues, en lugar de hacer una declaración financiera decidió hacer uso de la ley del mundo, “consérvate a ti mismo”.

Entonces el mayordomo dijo para sí: ¿Qué haré? Porque mi amo me quita la mayordomía. Cavar, no puedo; mendigar, me da vergüenza. [Lc. 16:3]

Este hombre tenía las manos suaves y no estaba acostumbrado a trabajar afuera. Pensaba que no podía servir como obrero común, y tenía demasiada vergüenza como para mendigar. Le hace sonreír a uno leer este versículo porque puede que el hombre tuviera demasiada vergüenza como para mendigar, pero note usted que no tenía vergüenza para robar. Hay muchos hombres, así como éste hoy en día.

Ya sé lo que haré para que cuando se me quite de la mayordomía, me reciban en sus casas. [Lc. 16:4]

Este hombre no se arrepintió de su pecado. No sintió pena ni compunción alguna por sus acciones. Este hombre era deshonesto consumado. El mundo lo consideraba como muy listo, pero no le era posible trabajar honestamente porque no tenía ninguna preparación para hacerlo. Su edad le afectaría en forma contraria si trataba de buscar trabajo, y era demasiado orgulloso como para mendigar. Tenía una chispa de orgullo, pero no tenía ni un poquito de vergüenza para robar. No le daba vergüenza ser deshonesto.

Y llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? Él dijo: Cien barriles de aceite. Y le dijo: Toma tu cuenta, siéntate pronto, y escribe cincuenta. [Lc. 16:5-6]

El mayordomo preguntó: ¿Cuánto debes a mi amo? Este hombre deudor dijo que debía cien barriles de aceite a su amo. “Bueno”, dijo el mayordomo, “el aceite ahora tiene el valor de un dólar el barril. Te diré lo que haré. Vamos a dejar que lo tengas en cincuenta centavos el barril”. Así, el hombre tuvo que pagar solamente la mitad de lo que debía.

Después dijo a otro: Y tú, ¿cuánto debes? Y él dijo: Cien medidas de trigo. Él le dijo: Toma tu cuenta, y escribe ochenta. [Lc. 16:7]

No sé por qué no le dio a esta persona el mismo descuento que le dio al otro, pero este hombre tuvo que pagar ochenta centavos de dólar. El mayordomo infiel principió como ladrón, y terminó como ladrón. Es tan grande ladrón al final como lo fue al principio de su carrera, y nadie le acusa de nada.

Y alabó el amo al mayordomo malo por haber hecho sagazmente; porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz. [Lc. 16:8]

Ésta es una declaración chocante, pero muchas veces es mal entendida. Al parecer, este rico se había enriquecido porque él mismo había puesto en práctica este principio que su mayordomo infiel utilizó. El mayordomo infiel era sabio según los principios de este mundo. Éste es el mundo que odia a Cristo porque vive según sus propias reglas y no está interesado en seguir las reglas de Cristo. El amo mundano alabó al mayordomo mundano por su sabiduría mundanal usada en sus negociaciones mundanales.

Dios, no mide a los hombres por su capacidad de adquirir dinero ni cuánto han acaparado. A Dios no le causa ninguna impresión que alguien diga: “Mire, allí va un millonario”. Dios aprecia al hombre según su fe y su confianza en Jesucristo. El amo alabó al mayordomo infiel porque empleó un método sagaz según las normas del mundo. Ahora, El Señor Jesús dijo: Porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz. El Señor Jesús sólo quiso decir que según los principios del mundo eran más sagaces en su generación que los hijos de luz.

Y yo os digo: Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas. [Lc. 16:9]

Ésta es la declaración más chocante y alarmante de todas. Ésta tiene que ver con la relación del creyente con el dinero. El dinero no es malo en sí mismo. Es el amor al dinero la raíz de todos los males. Nosotros como creyentes, debemos, según este versículo, hacernos amigos por medio de las riquezas, para que podamos ayudar a otros. Luego, cuando lleguemos al fin de la vida, seremos bienvenidos en el cielo, porque hemos empleado nuestros bienes terrenales para ayudar a otros. Somos responsables, de lo que hacemos con nuestro dinero para el Señor.

El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto. Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro? [Lc. 16:10-12]

Nosotros somos sólo mayordomos de lo que es material, pues todo pertenece a Dios. De modo que, en realidad no poseemos nada como creyentes, y somos responsables de la manera en que usamos los bienes de Dios. Él dice que los hombres de este mundo son más sagaces que los hijos de luz en cuanto a la mayordomía.

Si usted va a las puertas de la bolsa de valores, la bolsa de cambio, puede observar que hay muchos inversionistas que llegan por la mañana, se sientan, reflexionan sobre todos los factores de sus posibles inversiones y su principio es no invertir en ninguna acción, a menos que según ellos, suba de valor. Un hombre cristiano dijo una vez que había ganado todo su dinero en la bolsa de valores. Por eso dijo que no aceptaría ningún oficio en la iglesia. Ahora, no sé cómo es que reconciliaba el hecho de que era miembro de una iglesia, pero el hecho es que era listo en ganar dinero. ¿Cuántos cristianos hoy en día, son sagaces en el uso de las riquezas? Cuando el dinero es usado sabia y correctamente es un instrumento que sirve para acumular muchas riquezas espirituales. Somos responsables ante Dios por la manera en que invertimos la riqueza material que Él nos da. Si usted ayuda a sostener una obra que honra y glorifica a Dios, usted tendrá su recompensa. ¿Cuán sabio es usted, amigo cristiano, en cuanto al uso del dinero? En la parábola del mayordomo infiel, el Señor Jesús está diciendo: “¿Crees que Dios te encargará de riquezas celestiales si no vas a usar correctamente lo que Él te ha dado acá en la tierra?” El

dinero es un asunto espiritual. Usted es responsable, no sólo de darlo, sino también de invertirlo donde produzca los mayores resultados en alcanzar a almas para Cristo.

Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. [Lc. 16:13]

¿Qué hace usted, con su dinero? ¿Está ganando dinero? Si está ganando dinero, ¿qué está haciendo usted con él? Ésta es una pregunta pertinente. ¿Lo está usted usando para las cosas del mundo? Si es que lo está usando así, entonces, está usted sirviendo al dios de las riquezas, y él es su amo. ¿A quién sirve usted? ¿Sirve a Dios, o al dios de las riquezas? Recuerde que no puede servir a los dos a la vez. O aborrecerá al uno, y amará al otro; o estimará al uno y menospreciará al otro.

La respuesta de Jesús a los fariseos codiciosos

Esta respuesta en realidad constituye una severa reprensión. Los fariseos empiezan a sentir contrición.

Y oían también todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él. Entonces les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación. La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él. Pero más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que se frustré una tilde de la ley. [Lc. 16:14-17]

Dios conocía los corazones de los fariseos. Dios conoce el corazón suyo y el corazón mío. Podemos engañarnos los unos a los otros, pero no podemos engañar a Dios. No podemos por nuestro propio esfuerzo vivir según las normas de Dios. Porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación. Necesitamos entonces entrar en una relación más estrecha con Él, unirnos a Él; tener un encuentro personal con Él para que Él Mismo nos capacite de manera que podamos vivir entonces, ya por Su poder, de acuerdo a las normas que Él ha establecido.

Jesús habla sobre el divorcio

Todo el que repudia a su mujer, y se casa con otra, adúltera; y el que se casa con la repudiada del marido, adúltera. [Lc. 16:18]

Si éste fuera el único versículo de la Escritura sobre el divorcio, no existiría divorcio para un cristiano. Este versículo debe ser comparado con Mateo 19, y con 1 Corintios 7. Toda la Escritura que aborda cierto tema específico debe ser considerada para averiguar cuál es la verdad. Nuestro Señor habló a estos fariseos sobre este tema, porque estos hombres estaban bajo la ley y le hacían muy poco caso a la ley.

Jesús hace un relato en cuanto al rico y Lázaro (hombre pobre)

Jesús hace en cuanto al rico y Lázaro, un relato que aparece exclusivamente en el Evangelio según San Lucas. Creo que Jesús sacó esta historia de la vida real, como también lo hizo con todas Sus parábolas. Jesús usaba ilustraciones que eran conocidas a Sus oyentes. Ellos conocían muy bien de lo que Él estaba hablando. Para estar seguro de que todos supieran que ésta era una historia real, incluyó los nombres de los individuos que se involucran en el drama. El nombre del mendigo, por ejemplo, era Lázaro. El Señor no daría el nombre de alguien que no existía.

Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendor. [Lc. 16:19]

Ésta es la historia de un rico que vivió y murió sin Dios. La historia pasa a una esfera de la que nada sabemos. El Señor pasa de este mundo al próximo sin interrupción alguna. Aunque sabemos muy poco en cuanto a la cortina que hay entre esta vida y la próxima, en esta historia nuestro Señor atraviesa esta cortina sin ningún esfuerzo.

Cuando el hombre está a merced de su propia imaginación, trata de crear muchos inventos, y desde sus sueños más alocados hace especulaciones ilimitadas. El hombre trata de hacer que se realicen sus planes más fantásticos. Cuando el hombre usa su imaginación pronto se encuentra en apuros. En esta historia, pues, nos paramos ante la cortina de hierro de la muerte sin poder penetrarla. Lo importante es lo que dice la Palabra de Dios. Han existido solamente cuatro hombres

que han hablado con autoridad en cuanto al otro lado de la muerte. Ellos son: el Señor Jesús, Lázaro, Juan y Pablo, quien ...fue arrebatado hasta el tercer cielo. (2 Co. 12:2)

Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas, Y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas. [Lc. 16:20-21]

Aunque algunos llaman a esta historia una parábola, no perdamos de vista que es un suceso real. Aquí hay dos hombres a los lados opuestos de la escalera social y financiera. Uno de ellos representa la parte más alta con sus riquezas; y el otro, representa la parte más baja con su pobreza. En realidad, no había dos hombres que pudieran estar más distanciados entre sí, en cuanto a su rango social, que estos dos. Este pobre, para poder sobrevivir, tenía que depender de las migajas que caían de la mesa del rico. Nunca le convidaron a sentarse en la mesa del rico; tuvo que mantener una posición servil. Allí donde estaba botado, los perros venían y le lamían las llagas. Esto de veras es lo más profundo de la degradación, y la desesperación más terrible, y allí, había caído este hombre, Lázaro.

De seguro que, si usted hubiera vivido en aquel pueblo, habría recibido la impresión de que el pobre Lázaro, vestido de trapos, no tenía mucho discernimiento espiritual ni riquezas. Estoy seguro de que muchos le habrían considerado un caso desesperado. En cambio, estoy seguro de que nombraron a muchos edificios en memoria del hombre rico, y más que seguro que tenía una reputación y un nombre maravilloso en su pueblo natal. Los ciudadanos del pueblo veían a un rico vestido de púrpura, quién vivía suntuosamente, y a un mendigo cuyas llagas eran lamidas por los perros. Ésta es una descripción que establece un marcado contraste entre la pobreza más abyecta y las riquezas extremas.

Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. [Lc. 16:22]

Nuestro Señor llega ahora a las mismas puertas de la muerte y las atraviesa como si nada de extraño hubiera acontecido. Cuando murió el mendigo, estoy seguro de que no hubo ningún funeral. Simplemente llevaron su cuerpo afuera, y lo echaron en el Gehenna, es decir, el

lugar donde se echaban los cuerpos de los pobres en aquel entonces. El momento en que el mendigo pasó por la entrada de la muerte, los ángeles le tomaron y lo llevaron al seno de Abraham.

Ahora, el rico también murió y fue sepultado. Le dieron un gran funeral y el predicador pretendió colocarlo en la parte más alta del cielo. La única dificultad es que el predicador se equivocó en su dirección, y así el rico fue en la otra dirección.

Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. [Lc. 16:23]

Note dos cosas aquí: Los perdidos van a un lugar de tormento consciente. También, las personas se conocen uno a otro después de la muerte. No perdemos nuestra identidad.

La palabra Hades debe ser traducida como: “el mundo no visible”. En realidad, el infierno, o lago de fuego, es un lugar cuyo negocio todavía no está en operación. Apocalipsis 20:10 nos dice que los primeros ocupantes del lago de fuego serán el anticristo y el falso profeta. Cuando murieron Lázaro y el rico, fueron al mundo no visible, al lugar de los muertos.

Note que la muerte significa separación. Nunca significa aniquilación o cese total de la existencia, como pretenden enseñar algunos. Adán murió en el día que comió del fruto que le fue prohibido comer. Pero no murió físicamente sino hasta después de unos 900 años. Pero, el día en que comió del fruto quedó separado de Dios; es decir, que su relación con Dios quedó cortada. Jesús habló de esto: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquél que vive y cree en Mí, no morirá eternamente. (Jn. 11:25-26) El hombre está separado de Dios por el pecado. Los hombres están muertos mientras viven. Pablo les dijo a los Efesios: Y Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados. (Ef. 2:1)

Si usted desea ver una buena cantidad de zombis y muertos, pase la vista en unos de estos centros nocturnos. Allí es donde los encontrará. Tratan de tocar los tambores, de beber todo lo que puedan y tomar drogas, porque están muertos y quieren vivir.

Hay entonces, la segunda muerte que es la muerte espiritual, y significa la separación eterna de Dios. Al morir físicamente, el cuerpo queda inerte y sin vida, debido a que el espíritu de la persona ha salido. El cuerpo es puesto en la sepultura y los elementos vuelven al polvo, como dice Génesis 3:19: Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás. Nadie puede evitar la muerte. Y la muerte es separación.

Aquí en este relato que el Señor Jesucristo está haciendo, cuando el rico murió, su espíritu fue al lugar de tormento. El lugar de los muertos en aquel entonces tenía dos compartimientos. El rico fue a aquel lado del Hades a dónde van los perdidos. Seol y Hades son los nombres del Antiguo y del Nuevo Testamento que se dan para el mismo lugar. El paraíso, fue vaciado cuando llevó consigo en Su ascensión a todos los creyentes del período del Antiguo Testamento (véase Ef. 4:8-10). El lugar de tormento entregará a los perdidos para ser juzgados en el Gran Trono Blanco (véase Ap. 20:11-15). Todos lo que aparecen en este juicio, son perdidos, y serán echados al lago de fuego, que es la segunda muerte.

Ahora cuando el rico murió, su espíritu fue al lugar de tormento, el compartimiento a dónde van los perdidos. El mendigo fue al compartimiento llamado el paraíso o el Seno de Abraham.

Note que nuestro Señor no está diciendo que el rico fue al lugar de tormento por ser rico y que el pobre fue al Seno de Abraham por ser pobre. El pasar por la puerta de la muerte ciertamente cambió sus posiciones, pero fue por la condición de los corazones de ellos. Esto es lo que el Señor ha estado diciendo a través de toda esta sección—el hombre no puede juzgar por la apariencia externa.

Hay otras cosas que son reveladas en esta historia, las cuales no conoceríamos si no fuera porque nuestro Señor las reveló.

Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama. [Lc. 16:24]

El rico se convierte en el mendigo, mientras que el mendigo es ahora el rico.

Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado. Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá. [Lc. 16:25-26]

Los cuerpos de los creyentes hoy en día, desde la resurrección de Jesucristo, van al sepulcro y vuelven al polvo, pero sus espíritus ya no tienen que ir al Hades, sino que van directamente a la presencia de Jesucristo. Pablo dice: Pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor. (2 Co. 5:8) En cambio, los que mueren sin Cristo, los perdidos, hoy en día todavía van al lugar de los tormentos, en este lugar Seol o Hades. Pablo, una vez más, en Efesios 4:8-10, nos da la descripción siguiente: Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió, es el Mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. Cuando nuestro Señor descendió al Hades, después de Su crucifixión en la cruz, entró en el compartimiento del paraíso, lo desocupó y llevó a todos los que había allí hasta la presencia de Dios. No hay nadie que ocupe el compartimiento del paraíso hoy en día en el Hades. La única parte del Hades que todavía está ocupada es el lugar de tormento, donde van los incrédulos cuando mueren. El día viene cuando el Hades y todos sus ocupantes serán echados al lago de fuego, y los hombres ya no saldrán de allí por toda la eternidad. (Véase Ap. 20:14)

El cuerpo es meramente la casa física en que vivimos. En la muerte, salimos de nuestros viejos hogares. Se puede hacer lo que se quiera con la vieja casa después que es abandonada, pero lo importante es lo que le pasa al espíritu después que haya dejado el cuerpo. ¿A dónde irá?

Aun la palabra “cementerio” aquí es interesante. Es el lugar donde usted pone el cuerpo de sus seres queridos. Es una habitación como una posada, o un motel. Allí el cuerpo volverá al polvo de donde fue hecho, pero ¿qué pasa con el espíritu que vivió en ese cuerpo? El cielo no es solamente un estado, sino que también es un lugar; en el momento en que uno muere, o va para estar con Dios, o va al lugar de

tormento, donde por fin será juzgado y luego echado al lago de fuego. Lo más importante aquí es que Dios no creó el infierno o el lago de fuego para ningún hombre. La Biblia dice claramente en Mateo 25:41 que el fuego eterno fue preparado para el diablo y sus ángeles. Usted, usted mismo elige su destino final. Hay una gran sima que separa ambos destinos, pues la última parte de este versículo aclara sin lugar a dudas: ...de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá.

Usted, amigo, tiene que tomar su decisión en esta vida en cuanto a dónde va a ir después de la muerte. No habrá ninguna otra oportunidad después de la muerte. Todo lo que encontrará allá es una gran sima que es insalvable.

Entonces le dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, Porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos. Él entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos. [Lc. 16:27-31]

Note la preocupación del rico por sus hermanos vivos. Él quería que se arrepintieran, que se cambiaran de mente antes de que fuera demasiado tarde. Amigo, si los perdidos pudieran volver, nos predicarían el Evangelio a nosotros.

Hay muchos hombres que creen que muchos se arrepentirían si alguien volviera de entre los muertos para decirles cómo son las cosas al otro lado de la tumba. Bueno, es un hecho que Alguien ha venido de entre los muertos. Su nombre es Jesucristo. Sin embargo, no le creyeron a Él, así como tampoco le creyeron a Moisés y a los profetas.

Amigo, le exhorto a que no demore en tomar su decisión. Recuerde que después de la muerte no tendrá otra oportunidad de hacerla. Por eso le exhorto a que confíe en Cristo Jesús en esta misma hora.

CAPÍTULO 17

Sólo el Dr. Lucas anota la breve parábola en cuanto al servicio consagrado que pertenece al Maestro, y también es el único que anota el incidente en el cual son sanados los diez leprosos con la ingratitud concurrente de los nueve.

Jesús instruye a Sus discípulos en cuanto al perdón

Dijo Jesús a Sus discípulos: Imposible es que no vengan tropezos; mas ¡ay de aquél por quien vienen! Mejor le fuera que se le atase al cuello una piedra de molino y se le arrojase al mar, que hacer tropezar a uno de estos pequeñitos. [Lc. 17:1-2]

Lo que el Señor dice aquí es muy severo. Permítame ser franco y sincero con usted. Creo que hoy en día yo preferiría ser cualquier otra persona que aquélla que vende las drogas a nuestros jóvenes. Creo que el castigo para alguien que vende esas drogas será más grande que para cualquier otro. Es serio que alguien haga tropezar a otro, especialmente a un pequeño. Hay una cosa que estimo peor que tener que ir al infierno, y es ir al infierno y oír decir allí al hijo o a la hija: “Papá, estoy aquí porque te seguí a ti”. Eso es lo peor que le pueda acontecer a una persona.

Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndela; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale. Dijeron los apóstoles del Señor: Aumentanos la fe. Entonces el Señor dijo: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, podríais decir a este sicómoro: Desarráigate, y plántate en el mar; y os obedecería. [Lc. 17:3-6]

En otras palabras, Sus discípulos debían estar listos siempre para perdonar. Él no dice que el que ofende, no debe ser reprendido. Se le debe hacer ver su falta, pero cuando se arrepiente sinceramente, él debe ser perdonado—aun si se arrepiente de su pecado una y otra vez.

Jesús instruye a Sus discípulos en cuanto al servicio fiel

Una vez más, Jesús es severo. Hay quienes hablan mucho en cuanto al benigno y bondadoso Jesús. Si usted lee algunos de estos pasajes, se dará cuenta que Jesús no siempre era bondadoso y benigno. Era benigno con los niños, es verdad; pero no con los que les hacen tropezar.

¿Quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o apacienta ganado, al volver él del campo, luego le dice: Pasa, siéntate a la mesa? ¿No le dice más bien: Prepárame la cena, cíñete, y sírve me hasta que haya comido y bebido; y después de esto, come y bebe tú? ¿Acaso da gracias al siervo porque hizo lo que se le había mandado? Pienso que no. Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos. [Lc. 17:7-10]

Permítame hacer la siguiente aplicación de este pasaje. Hay quienes creen que debido a que tratan de seguir el Sermón del Monte, de ser buenos vecinos, y porque tratan de amar a los hombres, que algún día, piensan ellos, Dios pasará la mano sobre ellos y palmoteándoles les dirá: “¡Qué persona más amable! Ha ganado su entrada al cielo”. Si usted, guardara los Diez Mandamientos y el Sermón del Monte, lo cual en realidad no puede hacer, simplemente haría lo que debe hacer. ¿Cree usted que recibirá salvación por eso? Debe guardar la ley de Dios porque usted es una de Sus criaturas. Tenemos que reconocer que la salvación es un don, es un regalo. Guardar la ley de Dios es un deber. La salvación, es un regalo que recibimos por la fe en Jesucristo. Si es un regalo, entonces, ya no podemos merecerlo. Por eso, aunque guardemos los Diez Mandamientos y sigamos el Sermón del Monte, lo cual repito, no podemos hacer, esto no nos traerá la salvación. Por eso, le exhorto, a acudir en esta hora a la persona del Señor Jesucristo y aceptarle como su Salvador personal. ¡Que el mismo Dios le ayude a dar este paso trascendental que sellará su destino eterno!

Jesús sana a diez leprosos (un samaritano vuelve para darle las gracias)

Yendo Jesús a Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Y al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos Y alzaron la voz, diciendo: ¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros! Cuando él los vio, les dijo: Id, mostraos a los sacerdotes. Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados. Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió, glorificando a Dios a gran voz, Y se postró rostro en tierra a sus pies, dándole gracias; y éste era samaritano. Respondiendo Jesús, dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero? Y le dijo: Levántate, vete; tu fe te ha salvado. [Lc. 17:11-19]

Jesús sanó a diez leprosos. Pero sólo uno de los diez, que era samaritano, regresó para darle las gracias a Jesús por lo que había hecho. Entonces, Jesús hizo una segunda cosa por él: perdonó sus pecados. Note usted que los otros nueve leprosos fueron sanados también pero no fueron salvados. Es interesante que sólo este samaritano regresara. La gratitud, debe ser una parte íntegra del corazón del cristiano. ¿Por qué asiste usted a la iglesia los domingos? ¿Va allí para adorar a Dios y darle las gracias por todo lo que ha hecho por usted? Parte de su adoración es el darle gracias. La gratitud es realmente la única cosa que nosotros podemos ofrecerle a Dios. ¡Cuán maravilloso es, simplemente darle gracias! También debemos presentar nuestras peticiones con gratitud. Debemos tener un corazón agradecido hacia Él.

Jesús habla en cuanto a la naturaleza espiritual del reino de Dios

Preguntado por los fariseos, cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia, Ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros. [Lc. 17:20-21]

Jesús habla del hecho de que el reino de Dios no vendrá con advertencia. Estaba hablando a los fariseos y haciéndoles entender que,

cuando viniera el reino, no sería un golpe de estado religioso ni político que aconteciese como resultado visible de algún movimiento. Tampoco les está diciendo a los fariseos que el reino de Dios estaba dentro de ellos. El reino de Dios estaba en medio de ellos en la Persona misma del Señor Jesucristo. Estaba allí mismo delante de ellos y no conocían quién era, ni cuáles eran Sus propósitos, ni Su meta.

El Señor habla en cuanto a Su segunda venida

Una de las delusiones de nuestro tiempo es que el hombre se va a mejorar a sí mismo y a su mundo; que va a construir el reino de Dios sin Dios. Él espera traer el milenio sin Cristo.

Ahora el día glorioso del reino, era el tema de mucho de lo que Cristo dijo. De hecho, Él enfatizó el futuro—el cambio venidero y Su regreso. Un teólogo liberal del pasado, que había estado enseñando que Jesús era un maestro ético, se cansó de repetir como una cotorra, y empezó a estudiar las palabras del Señor Jesucristo. Él hizo el descubrimiento (y escribió un libro sobre él) que Cristo era un maestro escatológico, y que Su tema principal era el futuro, Su venida otra vez a la tierra.

En esta sección importante ante nosotros, nuestro Señor amonesta a Sus discípulos a no ser engañados en cuanto a Su regreso.

Ahora el regreso de Cristo tiene dos fases. La primera fase es lo que llamamos el “Rapto de la iglesia” que es el sacar a los verdaderos creyentes (detallado en 1 Ts. 4:13-18). Pero en este pasaje Él está hablando de la segunda fase de Su regreso, que es regresar a la tierra para establecer Su reino. Esto tendrá lugar después del rapto y después de la Gran Tribulación.

Y dijo a sus discípulos: Tiempo vendrá cuando desearéis ver uno de los días del Hijo del Hombre, y no lo veréis. Y os dirán: He lo aquí, o he lo allí. No vayáis, ni los sigáis. [Lc. 17:22-23]

La primera vez que Él vino, ellos no le reconocieron porque estaban buscando a un Mesías conquistador que vendría y los libertaría de Roma. Pero Él vino como un bebé y vivió como un pobre. La próxima vez que Él venga, no será a un lugar apartado como Belén, sino que vendrá en Su gloria. Por lo tanto, Él les amonesta que no presten atención a aquéllos que dicen que Él está aquí o allí—o a aquéllos que dicen que

Él viene a cierto tiempo. Ésta es una de las razones por la cual, no se puede fijar una fecha para la venida de Cristo.

Porque como el relámpago que al fulgurar resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro, así también será el Hijo del Hombre en su día. [Lc. 17:24]

Cuando Él venga a esta tierra a establecer Su reino, será algo tan público como el relámpago. Compare esto con Su discurso extensivo en Mateo 24.

Pero primero es necesario que padezca mucho, y sea desechado por esta generación. [Lc. 17:25]

La cruz estaba en el programa de Dios. Él fue por medio de la cruz para salvarnos a usted y a mí. Él explicó Su programa muy claramente: Él subiría y sería rechazado por Su pueblo.

Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre. [Lc. 17:26]

¿Cómo era en los días de Noé? ¿A qué tiene referencia esto?

Comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos. [Lc. 17:27]

¿Qué hay de malo en estas cosas? El matrimonio no es incorrecto—es correcto. ¿Qué hay de malo en comer y beber? Tenemos que hacer esto para vivir. ¿Por qué menciona Jesús estas cosas? Bueno, la generación de Noé estaba viviendo como si Dios no existiera cuando el juicio era inminente. Hoy los hombres y las mujeres están comiendo y bebiendo (no se casan, sino que viven juntos sin estar casados), y no reconocen que el juicio de Dios les espera en el futuro—cuando, no lo sabemos.

Asimismo como sucedió en los días de Lot; comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; Mas el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. [Lc. 17:28-29]

Esto que dice el Señor aquí es algo tremendo. Lot es completamente diferente de Noé; sin embargo, hay semejanzas. Nadie en Sodoma estaba preocupado; nadie estaba vendiendo su propiedad y saliendo del pueblo. La bolsa de valores no se cayó porque Lot dijo el juicio venía.

Ellos sencillamente no lo creyeron.

Dios no destruiría la ciudad hasta que Lot hubiera sido sacado. Tampoco traerá Él la Gran Tribulación sobre esta tierra (la cual precede la venida de Cristo a la tierra) hasta que Él haya sacado a los Suyos del mundo. Es interesante que Él use a Lot como ejemplo aquí, lo cual no hace en el Discurso de los Olivos en Mateo 24. La razón es que, en Mateo, Él está contestando una pregunta de Su venida a la tierra para establecer Su reino. Aquí en Lucas es un tema más amplio. Sodoma, por su pecado, estaba al punto de ser destruida, y el momento que Lot saliera, entonces el juicio caería. Creo que el momento que los creyentes salgan de esta tierra en el rapto, la Gran Tribulación empezará.

Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste. [Lc. 17:30]

Dios tiene un pueblo en el mundo hoy que es justo como Lot en muchos aspectos. Aunque han confiado en Cristo como su Salvador, hacen avenencia con el mundo. Sin embargo, por ser creyentes, serán sacados del mundo antes de que llegue el día del juicio. Hoy el mundo no escucha a la iglesia. Como en el día de Lot, creen que nos estamos mofando.

En aquel día, el que esté en la azotea, y sus bienes en casa, no descienda a tomarlos; y el que, en el campo, asimismo no vuelva atrás. [Lc. 17:31]

En Su Discurso de los Olivos, el Señor Jesús llama a este período la Gran Tribulación.

Acordaos de la mujer de Lot. [Lc. 17:32]

Ella es un ejemplo de una persona que no creyó a Dios. Ella tenía hijas y amigas en Sodoma. Probablemente estaban teniendo una reunión del club esa tarde. Ella siguió diciendo, "Vamos a volver". ¿Por qué miró ella para atrás? Porque no creía que Dios iba a destruir esa ciudad. Por esa razón, debemos recordar a la mujer de Lot. El creer a Dios es lo importante para nosotros.

Todo el que procure salvar su vida, la perderá; y todo el que la pierda, la salvará. [Lc. 17:33]

Ésta en una de las grandes paradojas de la Escritura. En ese día, la

gente correrá para salvarse la vida, pero será demasiado tarde. Deben estar dispuestos a perder sus vidas, y simplemente entregárselas a Jesucristo. Cualquier tentativa para salvarse la vida en ese día, será en vano.

Os digo que en aquella noche estarán dos en una cama; el uno será tomado, y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo juntas; la una será tomada, y la otra dejada. Dos estarán en el campo; el uno será tomado, y el otro dejado. [Lc. 17:34-36]

En los días de Noé, ¿quién fue sacado del mundo? ¿Quién fue dejado en el mundo? Éste no es el rapto que Él está discutiendo aquí. Ésta es, como en el Discurso de los Olivos en Mateo 24:37-41, una referencia directa a sacar a los impíos en juicio y dejar sobre la tierra aquéllos que entrará al reino milenial.

Note que Cristo intimó que la tierra era redonda—uno estaría en cama y otro, trabando en el campo. Habrá noche en un lado de la tierra y día al otro lado.

Y respondiendo, le dijeron: ¿Dónde, Señor? Él les dijo: Donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán las águilas. [Lc. 17:37]

Compare este versículo con Apocalipsis 19:17. Esto es lo que llamamos la Batalla de Armagedón, que de hecho es la guerra de Armagedón, la cual será terminada cuando Cristo venga a establecer Su reino sobre la tierra.

Amigo, si el Señor regresara en este día, ¿estaría usted listo, o le cogería desprevenido? Sólo usted, amigo, conoce la respuesta.

CAPÍTULO 18

En la parábola del Juez injusto, una vez más el Señor Jesucristo usa el contraste, esta vez para enseñar ciertos aspectos de la oración. No es que Dios sea un Juez injusto a quien hay que pedirle con vehemencia para que actúe. También encontramos aquí la parábola del fariseo y el publicano, quienes subieron al templo para orar, y demuestra la actitud típica de muchas personas cuando oran.

Este capítulo es una de las porciones más maravillosas en la Palabra de Dios, y quisiera aquí decir una palabra personal en cuanto al Señor. Creo que Jesucristo, sin duda alguna, era Dios manifestado en carne. Creo también que no era menos Dios debido a que era hombre. Pero, por otra parte, no creo que era menos hombre porque era Dios. Era un verdadero hombre, y un perfecto hombre. Si usted hubiera vivido durante aquel entonces, se habría gozado de Su compañía. Creo que debe haber sido un gran privilegio estar en Su compañía y escuchar Su risa. No me gustan en realidad los cuadros que pintan de Él. Nunca le muestran sonriéndose, y creo que Jesús se sonrió muchas veces.

Estamos llegando ahora a un incidente que provocará que muchos se sonrían, tal como creo que muchos se sonrieron cuando Jesús Mismo les habló en esta ocasión sobre la oración.

También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar. [Lc. 18:1]

Él concluyó el capítulo 17 con un discurso sobre los postreros días y el hecho de que Él vendría otra vez. Y Él comparó los postreros días a los días de Noé, diciendo que serían días difíciles—días que no serían propicios como para tener fe. Ahora Él habla de una vida de fe en los días que son vacíos de fe. Ésta es la razón por la cual esto es tan importante para este tiempo. Estamos viviendo en días, como Él indicó, cuando los corazones de los hombres fallan por miedo. Lo que tenemos en esta primera parábola es un párrafo pertinente sobre oración para este tiempo presente. Note que Él dice que se refirió una parábola a ellos con este propósito, que los hombres deben orar siempre, y no desmayar.

Él ofrece dos alternativas a cualquier hombre que esté viviendo en días difíciles. Usted y yo tenemos que hacer una de las dos. Usted tiene que decidir cuál va a hacer. Hombres en días difíciles, o desmayarán u orarán. O habrá días de miedo o días de fe.

Pablo lo expresó de manera un poco diferente: Orad sin cesar. (1 Ts. 5:17) Esto no quiere decir que usted tiene que asistir a una reunión de oración que dura toda la noche. La oración es una actitud de vida. Es más, una actitud de vida que de acción de los labios. Recuerde lo que Pablo dijo a los romanos ...el Espíritu Mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. (Ro. 8:26) Eso es, no puede ser expresado con palabras. Y muchas veces no tenemos palabras con que orar, pero, sin embargo, estamos orando. Es la vida entera que está detrás de las palabras que son habladas que hace eficaz a la oración.

Había un famoso predicador, hace años en el estado de Georgia, que usaba muchas expresiones fuera de lo común. Una de ellas era: "Cuando un hombre ora para que tenga una buena cosecha de maíz, Dios espera que él diga 'Amén' con una azada". Uno no puede mantenerse de rodillas pidiendo una buena cosecha. Eso es una perogrullada. Pero orar por una buena cosecha y entonces empezar a trabajar es lo que el Señor está diciendo en los días cuando los hombres están desfalleciendo. Los hombres deben orar siempre y no desmayar.

Parábola del Juez injusto

Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. [Lc. 18:2]

Ésta es la descripción de un político típico. Hoy en día tenemos muchos Jueces como éste, quienes ni temen a Dios ni respetan al hombre. Cuando el Señor dijo esto, creo que todo el mundo se sonrió. Todos conocían al Juez en cuestión.

Diciendo: Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. [Lc. 18:3]

Esta pobre viuda tenía un caso que había presentado ante este Juez. Note la reacción del Juez ante la insistencia de la viuda:

Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre,

Sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que, viniendo de continuo, me agote la paciencia. [Lc. 18:4-5]

El Juez, por fin, después de la perseverancia de esta viuda, decide asegurarse que se le haga justicia en los tribunales.

Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra? [Lc. 18:6-8]

El Señor saca entonces una lección de este relato sobre la viuda y el Juez injusto. En el capítulo 17 de Lucas, el Señor había estado hablando en cuanto a los días de Noé y de los días de Lot en Sodoma y Gomorra. Nuevamente, hoy en día, estamos viviendo en un tiempo muy similar a esos días. Hay tumultos, dificultades, mucha crisis, crítica, dudas y desastre por todas partes. Ha habido guerras. Ha habido marchas y protestas, y toda suerte de dificultades y crisis. Hay sólo dos alternativas para usted hoy en día: o bien, usted desmaya; o bien, usted ora.

La oración es una actitud de la vida. Es la esencia misma de la vida. Es mucho más que la simple articulación de palabras. La oración es el anhelar lo mejor; el esforzarse por conseguir el encumbrado ideal; el anhelar la voluntad de Dios. La oración no es algo que se dice a la carrera, ligeramente los domingos. Es el expresar seriamente: “Sea hecha Tu voluntad”. ¿En realidad usted quiere que se haga la voluntad de Dios?

Esta parábola que enseña por medio de un contraste revela que la importunidad es recompensada. Dios no es un Juez injusto, pero esta parábola trata el caso de un Juez injusto. Es un político típico y esta pobre viuda llegó donde él porque se encontraba en apuros. “No puedo obtener justicia en los tribunales”, le dijo, “le suplico, pues, que me ayude”. El Juez buscó en su registro y notó que ella no tenía ninguna influencia en la comunidad. Se dio cuenta que, si la ayudaba, pues, no conseguiría ni un solo voto en el tiempo de las elecciones. Por eso, creo que por mucho tiempo decidió ignorarla y creo que hay muchos políticos que son así como éste, hoy en día.

En realidad, cansan estos hombres que se presentan como candidatos para los cargos públicos. Siempre hablan del pueblo y del hombre ordinario y cómo anhelan ayudarlo. Bueno, yo soy uno de aquellos hombres ordinarios, y todo lo que logran hacer cuando son elegidos a sus cargos es subirme los impuestos. Siempre hablan de mis intereses como hombre del pueblo, pero después que reciben mi voto se olvidan de mí. Precisamente ésta era la situación en que se encontraba esta pobre viuda. No era miembro muy importante de la comunidad, y no le quisieron dar entrada para que hablara con el Juez. Sin embargo, ella decidió que cueste lo que cueste, ella vería a este Juez.

Así, la pobre viuda fue a la oficina del Juez. Le preguntó a su secretaria si podía hablar con el Juez. “No puede verlo”, fue la respuesta fría. “El Juez todavía no ha venido”. La viuda, entonces, se sentó allí en la salita de espera. “Puede que no venga el Juez por mucho tiempo”, anunció la secretaria. “Ah, no importa”, contesta la viuda. “Voy a esperarlo, de todas maneras”. Pasaron dos horas, y por fin, la puerta se abre y entra el Juez. La viuda corre directamente a él y empieza a contarle su situación; pero él simplemente continúa caminando, y le dice: “Hable con la secretaria, que ella le va a ayudar”. Y abriendo la puerta de su oficina interior, desapareció. La secretaria dice entonces a la viuda: “Es mejor que se vaya. El Juez está sumamente ocupado y no puede verla hoy”. La viuda con paciencia contesta: “Voy a esperarlo”. Y así esperó todo el día. La secretaria creía que esta mujer tendría hambre y que saldría para comer, pero la viuda se quedó. Por fin, el Juez llamó a la secretaria y le preguntó: “¿Todavía está allí esa viuda?” Él también había decidido que probablemente saldría cuando tuviera hambre. Al llegar la hora del almuerzo, sin embargo, la viuda sacó su almuerzo y allí mismo comenzó a comer. Ahora, el Juez tenía una cita a la hora del almuerzo, y por tanto para evitar a la viuda y para poder llegar a tiempo a su cita, pues, tuvo que salir por la puerta de atrás al callejón. Cada día la viuda regresaba y se sentaba allí en la sala de espera. Todas las tardes el Juez tenía que salir por la puerta de atrás al callejón para poder almorzar. Por fin, todo el pueblo sabía que el Juez estaba saliendo por la puerta de atrás y viéndolo salir por el callejón al mediodía, y eso no se veía muy bien. El pueblo empezó a creer que quizá este Juez estaba tramando alguna travesura, y, por tanto, el Juez por fin entonces decidió que tenía que ver a esa viuda. No tenía interés en ella realmente

ni en su caso, pero debido a su importunidad decide entonces librarse de ella.

Dios no es un Juez injusto. No es necesario derribar la puerta del cielo para llamarle la atención a Dios. Sin embargo, no desmaye. Sea importuno en la oración. Dios está diciendo que lo que vale no es la longitud, ni las muchas palabras en las oraciones, sino la importunidad en la oración. O, dicho de otra manera, la perseverancia en la oración.

Pablo usa una expresión maravillosa, cuando dice: Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, para que sea librado de los rebeldes que están en Judea, y que la ofrenda de mi servicio a los santos en Jerusalén sea acepta. (Ro. 15:30-31) Éste es el tipo de ayuda en la oración que todos necesitamos. Las palabras Que me ayudéis orando por mí en este pasaje también se puede traducir como: “que luchéis juntamente conmigo”. Significa el agonizar en la oración. Esto está hablando de la profundidad y no de la longitud de la oración. No son las palabras, sino el sentir de la oración que es importante. Ésta es la manera en que Moisés oró, y la manera en que Pablo oró, y debe ser también la manera en que nosotros oremos.

La viuda, pues, era importuna. Repito: Dios no es un Juez injusto. Le conviene a usted seguir llegando a Dios, acercándose a Dios en la oración porque si realmente está resuelto, de un modo u otro va a mover la mano de Dios. Puede que Dios no haga exactamente como usted le pide, ni precisamente la manera en que usted quiere que Él conteste, pero Dios siempre escucha y contesta las oraciones. Por eso, creo que debemos hablar con Dios de una manera definida en cuanto a los asuntos que en realidad nos importan. Al mirar a nuestro alrededor, no desmayemos. ¡Por favor no desmayemos; más bien oremos! ¿Ha orado usted, por ejemplo, por el presidente de su país en este día? No importa quien sea, ore por él, porque él está tomando decisiones que afectan el bienestar de todos los habitantes de su país, y también influyen en el extranjero.

La parábola en cuanto a un fariseo y un publicano

A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola. Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. [Lc. 18:9-10]

Esta parábola nos es conocida. El Señor la dio con sátira mordaz. Pero, no lo hizo para lastimarles; lo hizo para ayudarles. Dos subieron al templo a orar—un fariseo y un publicano. Estos dos hombres representan los dos polos opuestos de la sociedad. El fariseo está en el renglón de arriba. El publicano está en el más bajo. Su parábola no era de publicanos y pecadores—los publicanos y los pecadores estaban en el mismo renglón. El fariseo estaba en el renglón de arriba, y supuestamente el más aceptable a Dios de los dos. Él entró en el templo a orar; él tenía acceso al templo, y trajo el sacrificio apropiado. Mientras estaba parado, orando, su sacerdote estaba en el Lugar Santísimo poniendo incienso sobre al altar. Este viejo fariseo estaba en muy buenas condiciones.

El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano. [Lc. 18:11]

¿No es ésta una manera terrible de empezar una oración? Y así es como muchos oramos. Usted dice, “¡Yo no hago eso!” Sí, usted lo hace. Oigo oraciones como ésa. No lo decimos exactamente como él lo dijo. Somos fundamentalistas—hemos aprendido a decirlo de mejor manera. Tenemos nuestra propia manera de expresarlo: “Señor, gracias que Te puedo dedicar mi tiempo y mi servicio”. ¡Oigo cosas así a menudo! ¡Qué cumplido es ése para el Señor! Amigo, no conseguimos nada cuando oramos así. Dios no necesita nuestro servicio.

El fariseo dijo, “Te doy gracias porque no soy como los otros hombres;” entonces empezó a enumerar lo que no era. “No soy ladrón”. “No soy injusto”. No soy adúltero”. Entonces vio a ese publicano afuera, y dijo, “y créeme, Señor, que no soy como aquel publicano. No soy como aquel pecador”.

***Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano.
[Lc. 18:12]***

Me gusta la manera en que el Señor Jesús expresó esto, y creo que todo el mundo se sonrió de lo que Él dijo. Note usted que dice que el fariseo oraba consigo mismo. No entró en el templo para orar a Dios por nadie. Entró en el templo sólo para hincharse y alabarse, diciendo en alta voz cuán buen tipo era. A nuestro parecer, él era más grande pecador que cualquier otro de la lista. De veras, era un falso religioso que cumplía sólo con los ejercicios religiosos externos. Dios no oyó su oración.

Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. [Lc. 18:13]

El pobre publicano se mantenía a la distancia. Como publicano, no podía entrar en el propiciatorio del templo. Eso le era negado. No tenía parte allí. Era excluido de todo eso. Él decía: Dios, sé propicio a mí, pecador. Como ya lo he dicho, creo que este publicano era Zaqueo, y el Señor le hizo un propiciatorio al cual él pudo ir. Juan dice: Y Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. (1 Jn. 2:2)

La oración del publicano ha sido contestada. De hecho, hoy usted no tiene que pedirle a Dios que sea misericordioso. Él es misericordioso. Muchas personas dicen, “Tenemos que rogarle que sea misericordioso”. Amigo, ¿qué quiere usted que Él haga? Él dio a Su Hijo para morir por usted. Él dice al peor pecador que usted conoce, “Tú puedes venir. Hay una propiciación para ti”. Tengo que admitirle a usted que yo tuve que acudir a esa propiciación. Y si usted es hijo de Dios, usted ha ido a esa propiciación donde Él murió allá en la cruz por sus pecados y por los míos. La penalidad ha sido pagada. El santo Dios puede mantener Sus brazos extendidos. Usted no tiene que rogarle; no tiene que prometerle nada porque Él conoce su debilidad; usted no tiene que hacerse miembro de algo; ni siquiera tiene que ser alguien especial. Usted puede ser un pobre publicano. Usted puede venir y confiar en Él, y Él le salvará. Jesucristo señala que hay una gran diferencia entre el fariseo y el publicano.

Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido. [Lc. 18:14]

Suponemos que el tropiezo más grande que uno tiene es uno mismo. El yo es el obstáculo más grande para obtener la salvación. El hombre se cree lo suficientemente bueno como para ir al cielo y que no necesita ser salvo. Un obstáculo en los servicios cristianos es también el esfuerzo que hacen muchas personas por usar dones que realmente no tienen. El yo, estorba y entonces la obra de Dios se obstruye. Pablo pudo decir: Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. (Ro. 7:18) ¿Estorbó el diablo? No; fue Pablo mismo quien se constituyó en un estorbo.

Jesús bendice a los niños

A los niños les encantaba estar con el Señor Jesús.

Traían a él los niños para que los tocara; lo cual viendo los discípulos, les reprendieron. Mas Jesús, llamándolos, dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios. [Lc. 18:15-16]

Hasta los discípulos dijeron, “No traigáis a los niños a Él. No le molestéis”.

Al parecer, en aquellos tiempos los mayores pensaban que los pequeñuelos no tenían mucha importancia. Pero el Señor Jesús creía algo diferente en cuanto a los niños. Él no los consideraba molestia alguna, pues, note usted qué dijo:

De cierto os digo, que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él. [Lc. 18:17]

Los niños vinieron al Señor de una manera muy normal y natural. Él no quería que los adultos les impidieran en su deseo de venir. ¡Que Dios tenga misericordia de cualquier adulto que impide que los niños se acerquen a Dios! En cuanto a este tema, encontramos en el capítulo 17:2: Mejor le fuera que se le atase al cuello una piedra de molino y se le arrojase al mar, que hacer tropezar a uno de estos pequeñitos. Un adulto, mediante su ejemplo, puede, o bien, conducir a un niño hacia Dios; o bien, estorbar su venida a Dios.

¿Qué es lo que ven, los niños cuando le observan a usted? ¿Qué clase de ejemplo les da?

Alguien quizá objete, “Pero los niños tienen una naturaleza caída”. Sí, es cierto. Pero ese pequeño no ha alcanzado la edad de contabilidad; la única decisión que puede tomar es la decisión que alguien le sugiere. Así es la naturaleza del niño. Por supuesto, ese pequeño crecerá y tendrá su propia voluntad. ¡Es entonces que los problemas empiezan! Pero mientras es tierno, esté seguro de que el niño venga a Cristo.

Jesús confronta al joven rico con cinco de los diez mandamientos

Un hombre principal le preguntó, diciendo: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo Dios. Los mandamientos sabes: No adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre. Él dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. Jesús, oyendo esto, le dijo: Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme. Entonces él, oyendo esto, se puso muy triste, porque era muy rico. Al ver Jesús que se había entristecido mucho, dijo: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. Y los que oyeron esto dijeron: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Él les dijo: Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios. Entonces Pedro dijo: He aquí, nosotros hemos dejado nuestras posesiones y te hemos seguido. Y él les dijo: De cierto os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna. [Lc. 18:18-30]

El relato del joven rico también aparece en Mateo 19:16-30, y en Marcos 10:17-31. Es una historia maravillosa. En este relato, nuestro Señor inquirió en cuanto a la conducta del joven rico. El Señor Jesucristo estaba guiando a este joven a que viera que, si reconocía lo bueno que había en Jesús, era porque Jesús es Dios. Por eso mismo,

Jesús le exhortó a que le siguiera. Esto le habría guiado a aceptar a Jesús como los discípulos le habían aceptado, como el Cristo, el Hijo del Dios viviente. (Mt. 16:16).

Como quizá usted ya lo sabe, los Diez Mandamientos están divididos en dos secciones. La primera concierne a las relaciones que el hombre debe tener con Dios. Luego, la segunda parte de los Diez Mandamientos, la segunda sección, tiene que ver con las relaciones que el hombre debe tener con sus semejantes.

Pues bien, en este caso, el Señor Jesús confrontó a este joven rico con la segunda sección de los Diez Mandamientos, o sea los que gobiernan las relaciones entre los hombres. Lo sorprendente es que este joven aparentemente estaba cumpliendo con estos mandamientos. Pero entonces, Jesús le preguntó en cuanto a sus relaciones con Dios. Ahí estaba su problema. Jesucristo le insta, pues, a poner a Dios en primer lugar, a vender todas sus posesiones y entonces seguirle como discípulo. Pero este joven rico había puesto sus propias riquezas en el primer lugar, en el lugar que le corresponde a Dios. Con esto, el Señor Jesucristo demostró la imposibilidad del hombre de salvarse a sí mismo. Es necesario abandonarlo todo para entonces seguir a Jesucristo. Ahora, esto de “abandonarlo todo” por supuesto es lo contrario a lo que el hombre carnal desea. Sólo Dios puede cambiar y transformar al corazón humano, y así podemos decir que sólo Dios puede entonces, hacer pasar a un camello por el ojo de una aguja. Dios es el Único que puede regenerarnos, darnos una vida nueva con nuevos deseos y nuevos apetitos, un deseo sincero de servir a Dios y a nuestros semejantes.

Note que a pesar de sus faltas y su negativa de aceptar lo que Jesús le dijo, el relato dice que Jesús le amaba. Las riquezas habían separado a este joven de Jesús. Si hubiera seguido a Jesús, este joven habría venido hasta la cruz para su redención, porque Jesús estaba entonces muy cerca a la cruz. ¿Quién era este joven? No lo sé. Puede que sea usted mismo, amigo, y esto tampoco lo sé. Pero lo que sí sé es que Él le ama a usted y desea su salvación.

En los versículos 31-34, Jesús predice otra vez Su muerte y resurrección.

No voy a entrar en explicaciones detalladas en cuanto a este pasaje porque ya lo consideramos ampliamente en el estudio de Mateo y Marcos.

Tomando Jesús a los doce, les dijo: He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre. Pues será entregado a los gentiles, y será escarnecido, y afrentado, y escupido. Y después que le hayan azotado, le matarán; mas al tercer día resucitará. Pero ellos nada comprendieron de estas cosas, y esta palabra les era encubierta, y no entendían lo que se les decía. [Lc. 18:31-34]

Jesús sana a un ciego al entrar en Jericó

Aconteció que acercándose Jesús a Jericó, un ciego estaba sentado junto al camino mendigando; Y al oír a la multitud que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le dijeron que pasaba Jesús nazareno. Entonces dio voces, diciendo: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí! Y los que iban delante le reprendían para que callase; pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí! Jesús entonces, deteniéndose, mandó traerle a su presencia; y cuando llegó, le preguntó, Diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que reciba la vista. Jesús le dijo: Recíbela, tu fe te ha salvado. Y luego vio, y le seguía, glorificando a Dios; y todo el pueblo, cuando vio aquello, dio alabanza a Dios. [Lc. 18:35-43]

Los críticos de la Biblia encuentran una contracción aquí, porque Mateo habla de dos ciegos, mientras que Marcos y Lucas mencionan sólo uno. Sin embargo, si usted lee este pasaje con cuidado, verá que Mateo y Marcos obviamente se refieren a una obra de sanidad mientras Jesús se iba de Jericó. Bartimeo, el activo de los dos, el que gritaba ... Jesús, Hijo de David... es mencionado específicamente en Marcos 10:46. La sanidad descrita por Lucas, en los versículos 40-43, ocurrió antes de que Jesús entrara en Jericó. Este hombre también usó la forma íntima de hablarle, Hijo de David.

El relato del ciego Bartimeo también se encuentra en Marcos 10:46-52, y en Mateo 20:20-34. Note usted que el ciego Bartimeo se dirigió a Jesús llamándole Hijo de David. Es decir, que reconoció Su majestad.

El ciego sabía que a Jesús le era posible sanarle, y por eso no pudo quedarse callado. Sabía lo que quería obtener, y tenía gran fe en Jesús. El trato de Jesús con este ciego es tierno y conmovedor.

Después que recibió su vista, Bartimeo siguió a Jesús con los ojos bien abiertos. Y, ¿qué vería dentro de pocos días? Vería a Jesús muriendo en la cruz. Hay multitud de personas hoy en día que, aunque disfrutan de la vista perfecta, todavía no ven que la muerte de Cristo en la cruz tiene relación directa con sus vidas y con el perdón de sus pecados. Si usted, amigo, todavía no ha visto esta relación, mírela y viva ahora mismo.

CAPÍTULO 19

Jesús entra en Jericó y en la casa de Zaqueo

Recuerde que cuando este incidente tiene lugar, el Señor Jesucristo está en camino a Jerusalén a morir en la cruz. En el camino, Él pasa por Jericó. Sólo Lucas presenta este relato sobre Zaqueo, el publicano de Jericó.

Habiendo entrado Jesús en Jericó, iba pasando por la ciudad.
[Lc. 19:1]

El Dr. Lucas nos dice que Jesús había estado antes en el país de los samaritanos. Cuando salió de Samaria, se encaminó hacia Jerusalén. Al parecer, se ha desviado de Su camino, pero ¿se ha desviado en verdad? Va a Jericó porque allí hay un pecador. Bueno, el hecho es que había más de un pecador en Jericó y el Señor los iba a buscar. Ponga mucha atención al movimiento que hay aquí porque si usted pierde este movimiento, pues, entonces, perderá todo el mensaje de este pasaje.

Jericó era una ciudad que había sido maldecida. Josué había pronunciado una maldición, no sólo sobre la ciudad misma de Jericó, sino también contra el que la reconstruyera. Se encuentra esta maldición en Josué 6:26, y su cumplimiento en 1 Reyes 16:34. En los tiempos de Jesús, esta ciudad era un lugar de veraneo. Muchas personas pasaban allí sus vacaciones. Me imagino que abundaban allí los juegos y el vicio. Era allí donde vivían los publicanos. Los publicanos eran como la Mafia moderna. Eran los recaudadores de impuestos y eran en realidad, muy despreciados por el pueblo. Dice este versículo que: *Habiendo entrado Jesús en Jericó, iba pasando por la ciudad.* También entró y pasó por este mundo. Él no vino a la tierra para quedarse aquí, sino para morir por su rescate. Yo entré en este mundo para vivir, y me gustaría seguir viviendo por muchos años más. Pero el único fin que tuvo Jesús en venir a esta tierra fue para morir por los pecados del mundo. Este gran movimiento hacia la cruz lo vemos en el hecho de que Él entró y siguió pasando por Jericó. No pierda esto de vista.

La conversión de Zaqueo

Y sucedió que un varón llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y rico. [Lc. 19:2]

Tres cosas se dicen en cuanto a este hombre en el versículo 2, y nos dice todo lo que necesitamos saber. El Espíritu de Dios tiene Su manera de tomar un sólo rasgo de la pluma y contarnos todo lo que necesitamos saber en cuanto a una persona. La primera cosa que aprendemos en cuanto a este hombre es que su nombre es Zaqueo. Cuando le diga el significado de su nombre quizá usted se ría. Pues, bien, el significado del nombre Zaqueo, es “puro”. Imagínese usted, un publicano que pudiese ser puro. Claro que le pusieron ese nombre cuando era bebé. Su padre y su madre le miraron y creyeron que era el bebé más precioso en todo el mundo. Al crecer Zaqueo, debe haber habido mucha diversión en Jericó cuando le llamaban por su nombre. Dirían: “¡Hola, puro!” ¡Qué nombre para un recaudador de impuestos!

Zaqueo era jefe de los publicanos. Sus padres nunca soñaron que resultaría de esa manera, pero una noche oscura tuvo que decidir si haría traición a Roma o no. Como publicano, tendría que pagarle cierta suma a Roma por determinado territorio en el cual recaudaría los impuestos. Luego, claro que cobraría más impuestos de los que le pagaba a Roma y así se enriqueció mucho. Zaqueo era jefe de los publicanos. Había abandonado su religión. Ya no tenía acceso al templo. Era, probablemente, el publicano del capítulo anterior, que se mantenía lejos golpeándose el pecho mientras decía: Dios, sé propicio a mí, pecador. (Lc. 18:13). Zaqueo quería tener un propiciatorio a dónde llegar como pecador. Quería volverse a Dios.

No hay duda de que Zaqueo era muy rico. Se aseguró que su profesión fuera bien lucrativa. No manejaba su negocio sin entusiasmo. Si iba a cobrar impuestos de una viuda que no podía pagar, pues, la echaba fuera de la casa. Era un hombre que había robado a muchos. Había tomado su decisión de ser publicano, pero descubrió que todo el dinero del mundo no podría satisfacer el corazón. Deseaba volver para comenzar de nuevo. Había caminado por una de esas calles de una sola vía y no encontraba manera alguna de volver al propiciatorio. Quería obtener la misericordia, y nuestro Señor lo sabía. Así, pues, nuestro Señor fue a Jericó con el propósito específico de ayudar a este hombre.

Quería llevar a Zaqueo con Él, no a Jerusalén, sino hasta la cruz para su salvación.

Procuraba ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, pues era pequeño de estatura. [Lc. 19:3]

En cierta ocasión, dos profesores de un seminario se encontraban conversando. El primero de ellos que casi había perdido su fe, le dijo al segundo que estaba confundido en cuanto a si Jesús había sanado a un ciego o a dos en Jericó. El segundo le respondió en broma, que había dos ciegos y le aseguró que lo podía verificar por la Biblia. El primero dijo: “¿Cómo puede ser?” El segundo le dijo, que el otro ciego era Zaqueo. “¿Cómo puede aseverar que Zaqueo era ciego?”, le dijo el primero. El segundo profesor respondió que el otro ciego era Zaqueo porque la Biblia dice que no podía ver a causa de la multitud. En otras palabras, era un hombre pequeño, o como dice aquí el versículo 3, pequeño de estatura. Tenía ojos, claro está, pero no era lo suficientemente alto como para poder ver a causa de la multitud. Él hizo lo que por lo general hago yo cada vez que hay un desfile o alguna parada. Debido al gentío que se reúne para mirar, me subo a una escalera o a un balcón para poder ver bien.

Y corriendo delante, subió a un árbol sicómoro para verle; porque había de pasar por allí. [Lc. 19:4]

El árbol sicómoro tiene una corteza resbalosa, y la primera rama siempre queda a gran distancia de la tierra. Es difícil en realidad subirse a este árbol, y creo que le fue difícil, muy difícil a Zaqueo subirse a ese árbol. Como la primera rama estaba fuera de su alcance, creo que Zaqueo hizo todo lo que pudo, y después de un gran esfuerzo, al fin, logró subirse al árbol, y entonces se sentó en una rama entre las hojas. Creyó que nadie le vería allí, pero que él podría ver todo lo que pasaba. Esperaba y, en realidad de verdad, Jesús pasó por allí. Ahora, nuestro Señor sabía que Zaqueo estaba allí, porque pasó por Jericó precisamente para alcanzar a este hombre.

Cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba, le vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa. [Lc. 19:5]

Cuando nuestro Señor miró al árbol sicómoro y vio allá a Zaqueo, creo que se rio. Es verdad que el texto no dice que se ríó, pero es difícil leer este relato sin encontrar algo de humor aquí. El Señor, pues, miró hacia el árbol como diciendo: “Bueno, Zaqueo, querías verme. En realidad, te costó mucho trabajo subir a ese árbol. Ahora, apúrate y bájate de allí”. ¿Apúrate? Este pobre hombre había pasado casi la mitad de un día subiéndose a ese árbol. Pero, no le costó tanto trabajo bajarse. Es que siempre es más fácil bajarse que subirse a un árbol. Pues, bien, nuestro Señor le dijo: Es necesario que pose Yo en tu casa. Note usted que Jesús no se detuvo en la casa del alcalde, ni en la casa de un fariseo, ni tampoco en la casa de ninguna persona prominente. Se fue a la casa de un publicano. Ahora, lo que sigue en esta historia es sumamente interesante.

Entonces él descendió aprisa, y le recibió gozoso. Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador. [Lc. 19:6-7]

Ahora, Zaqueo se divierte. Para él, ésta era una ocasión gozosa, pero todos murmuraban. ¿Quiénes eran esos “todos”? Era el grupo cuchicheante que decía cosas como: “Oye, fíjate que ese Jesús es Amigo de borrachos y pecadores. Yo lo vi entrar en la casa de un publicano. Imagínate que se vaya a cenar en la casa de un hombre pecador”.

Hubo un lapso de tiempo, aunque no se nos dice cuánto. Jesús cenó con Zaqueo, pero aparentemente no se quedó toda la noche. Cerraron la puerta y la multitud se quedó afuera chismeando, pero nadie sabía en realidad lo que pasaba adentro. Al fin, la puerta se abrió, y allí se paró Zaqueo.

Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado. [Lc. 19:8]

Algo había sucedido en la vida de este hombre. Confesó que había robado a los pobres, y prometió restaurar la mitad de sus bienes a los pobres y devolver cuadruplicado a aquéllos a quienes había defraudado. Se estaba comportando según la ley mosaica. ¿Recuerda usted que estudiamos esto en Éxodo 22? Cuando alguno hurtare buey u oveja, y lo degollare o vendiere, por aquel buey pagará cinco bueyes, y por aquella oveja cuatro ovejas. (Ex. 22:1)

Algo, pues, había pasado en el corazón de Zaqueo, y ahora era un hombre nuevo.

No se nos da ningún relato en cuanto a la conversación que hubo entre Zaqueo y nuestro Señor Jesucristo. Por alguna razón, el Espíritu Santo no nos dio el relato de lo que tuvo lugar entre estos dos hombres. Sin embargo, debemos tener en cuenta que cuando nuestro Señor hablaba con los hombres, Su costumbre era hablar en cuanto a dos cosas. Primero, las necesidades del hombre; y, en segundo lugar, el poder de Dios para suplir esas necesidades. No le era necesario a Jesús decirle a Zaqueo que él era un pecador. Zaqueo sabía que era pecador, y todo el mundo también lo sabía. El Señor le dijo que había un remedio para el pecado. Creo que Jesucristo le dijo a Zaqueo: “Voy a Jerusalén para morir en la cruz para que haya un propiciatorio para ti, Zaqueo”.

Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham. [Lc. 19:9]

Como hijo de Abraham, Zaqueo había sido excluido del propiciatorio en el templo cuando se hizo publicano. Pero ese propiciatorio señalaba al Señor Jesucristo y a Su sangre que sería derramada por todos nosotros en la cruz. El Señor quería que este hombre tan odiado, supiera que Él—Jesús—iba a morir, y que Su muerte proveería un propiciatorio para él. Este publicano tomó una decisión de aceptar a Cristo y llegó entonces a ser un hombre nuevo.

Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. [Lc. 19:10]

Este hombre Zaqueo, salió a la puerta de su casa, pero no le dijo a la multitud que estaba afuera, que “Jesús salva, guarda y satisface”. Ése es un buen testimonio si es que ha sido ésta la experiencia de la persona. Zaqueo no dijo que se iba a portar mejor. Tampoco dijo que iba a ser miembro de alguna iglesia ni que cumpliría con alguna ceremonia. Salió a la puerta, y dijo: “Soy un hombre cambiado. Soy un hombre nuevo. Me voy a portar de una manera muy diferente a la que me he portado hasta ahora. La mitad de mis bienes doy a los pobres. He acudido al Señor Jesucristo y Él es mi Salvador”.

Jesús aún ahora está entrando y pasando por el pueblo suyo dondequiera que usted esté, y Él quiere cenar con quienes todavía no

le conocen. Quiere hablarles en cuanto a su alma y su salvación. ¿Qué le parece? ¿Ha pasado Jesús por su casa? ¿Ha llamado a la puerta de su corazón? ¿Y qué de usted? ¿Le ha dejado entrar? Si usted le permite entrar, le aseguro que Él entrará como Salvador para salvarle de sus pecados, así como lo hizo cuando entró en la casa de Zaqueo.

La historia de Zaqueo es una buena ilustración de lo que dice Santiago 2:18: Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. Zaqueo mostró su fe por sus obras. Él no habló de su fe; la demostró. El mundo no está escuchando sermones hoy en día; está buscando algo real y tangible. Zaqueo encontró eso que el mundo busca. Jesús cenó con él, y su vida fue totalmente transformada. Acepte usted a Jesucristo, como su Salvador personal y le aseguramos que su vida también será totalmente transformada.

La parábola de las diez minas

Oyendo ellos estas cosas, prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente. [Lc. 19:11]

No olvide que Jesús iba a Jerusalén para morir. Muchos de Sus seguidores, y aun Sus apóstoles, pensaban que el reino estaba ya por establecerse en la tierra. Pero no era así. Cristo iba a Su muerte y la venida del reino iba a ser pospuesta hasta que viniera por segunda vez.

Dijo, pues: Un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver. [Lc. 19:12]

El noble representa al Señor Jesucristo. En nuestro tiempo Jesús ha vuelto al cielo. Él recibirá el reino de Su Padre y no de nosotros. Nosotros no hemos votado para elegirlo como Rey. Cuando venga la próxima vez, Él quebrantará a Sus enemigos con vara de hierro. Él no está pidiendo que votemos por Él la próxima vez que venga. Los hombres, o bien le recibirán, o serán destruidos. Él vino la primera vez como Salvador. Pero la próxima vez, vendrá como Juez. Él no está físicamente en la tierra hoy. Ha ido para recibir un reino. Y algún día no muy lejano, vendrá otra vez.

Y llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas, y les dijo: Negociad entre tanto que vengo. Pero sus conciudadanos le aborrecían, y enviaron tras él una embajada, diciendo: No queremos que éste reine sobre nosotros. [Lc. 19:13-14]

Éste es precisamente el mensaje que el mundo tiene hoy en día para el Señor Jesucristo. Sin embargo, esto no impedirá que Dios envíe a Su Hijo de nuevo a la tierra. El mundo ya se rebeló una vez en contra de Dios y de Su Mesías. No quisieron que Él reinara sobre ellos, y por eso le clavaron en la cruz. Todavía hoy en día no quieren que Él reine; pero Jesucristo, sin duda alguna, reinará de todos modos.

Aconteció que vuelto él, después de recibir el reino, mandó llamar ante él a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno. Vino el primero, diciendo: Señor, tu mina ha ganado diez minas. Él le dijo: Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades. [Lc. 19:15-17]

Mientras Él está ausente, le ha dado a usted una mina. Él ha dado a cada uno de Sus siervos una oportunidad, y es esa oportunidad lo que representa esta mina. A usted le corresponde ser fiel en lo que Él ha puesto bajo su cuidado como mayordomo. Su mina puede ser una ciudad entera, un grupito de personas, o un hogar. Sea lo que sea, usted tiene que ser fiel. Algunos pueden ganar cinco minas y otros, diez minas mientras el Señor esté ausente, pero cuando Él venga de nuevo, le recompensará en base a su fidelidad.

Vino otro, diciendo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y también a éste dijo: Tú también sé sobre cinco ciudades. Vino otro, diciendo: Señor, aquí está tu mina, la cual he tenido guardada en un pañuelo; Porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre severo, que tomas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste. Entonces él le dijo: Mal siervo, por tu propia boca te juzgo. Sabías que yo era hombre severo, que tomo lo que no puse, y que siego lo que no sembré; ¿Por qué, pues, no pusiste mi dinero en el banco, para que al volver yo, lo hubiera recibido con los intereses? Y dijo a los que estaban presentes: Quitadle la mina, y dadla al que tiene las diez minas. Ellos le dijeron: Señor, tiene diez minas. Pues yo os digo que a todo el que tiene, se le dará;

mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Y también a aquéllos mis enemigos que no querían que yo reinase sobre ellos, traedlos acá, y decapitadlos delante de mí. [Lc. 19:18-27]

¡Qué tremendo es el énfasis que hace esta parábola sobre el hecho de que tenemos que ser fieles! Tenemos que hacer buen uso de nuestras oportunidades y privilegios y dones. La verdad es que lo que no usamos, lo perdemos. La parábola ha mostrado cuán trágico es ser infiel en nuestro servicio. Luego, sigue el Señor hablando en cuanto a aquéllos que realmente le rechazan. Y es que, esto es lo que hacía Jerusalén. No querían que Jesucristo reinara sobre ellos. La nación ya le había rechazado, y así Él va a morir.

Él continúa hacia Jerusalén a entregarse en las manos de Sus enemigos.

Dicho esto, iba delante subiendo a Jerusalén. [Lc. 19:28]

Él continúa caminado hacia Jerusalén a entregarse en las manos de Sus enemigos.

Jesús entra en Jerusalén

Los cuatro Evangelios nos dan una descripción completa de la llamada entrada triunfante. Estudiándolos todos, es obvio que Él entró tres veces en Jerusalén, una vez al día, en tres días diferentes:

1. sábado (el día de reposo). No había cambistas de dinero ese día, y Él miró alrededor y salió: Y entró Jesús en Jerusalén, y en el templo; y habiendo mirado alrededor todas las cosas, como ya anoecía, se fue a Betania con los doce. (Mr. 11:11) Él entró como sacerdote.

2. domingo (primer día de la semana). Los cambistas de dinero estaban allí y Él purificó el templo (véase Mt. 21:12-13). Él entró como Rey.

3. lunes (segundo día de la semana). Él lloró sobre Jerusalén y entró en el templo y sanó (véase Vs. 41-44, 47-48). Él entro como profeta.

Y aconteció que llegando cerca de Betfagé y de Betania, al monte que se llama de los Olivos, envió dos de sus discípulos, Diciendo: Id a la aldea de enfrente, y al entrar en ella hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado jamás;

desatadlo, y traedlo. Y si alguien os preguntare: ¿Por qué lo desatáis? le responderéis así: Porque el Señor lo necesita. Fueron los que habían sido enviados, y hallaron como les dijo. Y cuando desataban el pollino, sus dueños les dijeron: ¿Por qué desatáis el pollino? Ellos dijeron: Porque el Señor lo necesita. [Lc. 19:29-34]

No veo por qué decir que hubo un milagro en este incidente, aunque muchas personas creen que lo hubo. Creo que esto es una situación normal y natural. Probablemente cuando nuestro Señor estaba en Jerusalén en una visita previa, Él habló con unos amigos e hizo arreglo para usar estos animales la próxima vez que Él estuviera allí. Sus amigos concordaron dejarle usar los animales durante el tiempo de la Pascua. Así es que los dueños estaban esperando al Señor y habían atado a los animales afuera. Él les dijo a los discípulos lo que debían decir en caso de que alguien les preguntara para que supieran que el Señor les había mandado a buscar a los animales. Lo importante en este pasaje es que Jesús afirma Su autoridad: Porque el Señor lo necesita.

Y lo trajeron a Jesús; y habiendo echado sus mantos sobre el pollino, subieron a Jesús encima. Y a su paso tendían sus mantos por el camino. Cuando llegaban ya cerca de la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos, gozándose, comenzó a alabar a Dios a grandes voces por todas las maravillas que habían visto, Diciendo: ¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor; paz en el cielo, y gloria en las alturas! [Lc. 19:35-38]

La muchedumbre no entendía el significado completo de esta acción. Pocos días después, decían, “¡Crucifícale!”

Hasta los discípulos no supieron el significado hasta más tarde. Estas cosas no las entendieron Sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de Él, y de que se las habían hecho. (Jn. 12:16)

Entonces algunos de los fariseos de entre la multitud le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. Él, respondiendo, les dijo: Os digo que si éstos callaran, las piedras clamarían. [Lc. 19:39-40]

Esta entrada en Jerusalén como lo hizo el Señor Jesucristo incitó a los gobernadores romanos por dos cosas que Él hizo. Primero, Él aceptó la reverencia y la lealtad de estos seguidores. En segundo lugar, Él no los hizo callar.

El Señor Jesucristo reconocía que había asuntos eternos y significantes en cuestión y que reprender a Sus seguidores haría que las piedras clamaran. De hecho, estaban clamando, porque cuando Nehemías reconstruyó los muros y las puertas de la ciudad, había un mensaje en las piedras. Esas mismas piedras y muros estaban proclamando el mensaje del Evangelio, y las puertas casi estaban gritando: Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. (Sal. 24:7)

Debe recordarse que la llamada “Entrada Triunfal” terminó en la cruz. Cristo vendrá la segunda vez en triunfo. Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan. (He. 9:28) Cuando el Señor venga a la tierra la segunda vez, Sus pies se pararán sobre el Monte de los Olivos (véase Zac. 14:4). Entonces el Señor entrará en Jerusalén. Su verdadera Entrada Triunfal será en Su segunda venida. Su primera entrada en Jerusalén le llevó a la cruz para morir por nuestros pecados. Por Su muerte y resurrección la salvación nos es ofrecida.

Jesús llora sobre Jerusalén

Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, Diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en éste tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitián, y por todas partes te estrecharán, Y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación. [Lc. 19:41-44]

Las cosas que son necesarias para su paz todavía están ocultas de los ojos de ellos. En el salón de una convención en Jerusalén, hace algún tiempo, había un letrero prominente escrito sobre una cortina. El letrero decía: “La ciencia nos dará la paz en nuestros tiempos”. ¡Mire, usted, eso! La ciencia nos ha dado la bomba atómica y algunas armas devastadoras, pero no nos ha traído la paz. Jesús pudo mirar por los corredores del tiempo, y pudo ver todas las cosas en las cuales ellos confiarían para tratar de lograr la paz. Acudirían a todo menos a Él, y fue por eso que Él lloró.

El cumplimiento de esta profecía está escrito en la historia. En el año 70, Tito el romano destruyó a Jerusalén y asesinó a los habitantes sin misericordia.

La purificación que Jesús hace del templo

Y entrando en el templo, comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él, Diciéndoles: Escrito está: Mi casa es casa de oración; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Y enseñaba cada día en el templo; pero los principales sacerdotes, los escribas y los principales del pueblo procuraban matarle. Y no hallaban nada que pudieran hacerle, porque todo el pueblo estaba suspenso oyéndole. [Lc. 19:45-48]

Esta purificación del templo tuvo lugar en el segundo día de Su entrada en Jerusalén, y fue en un día domingo. Los cambistas estaban allí con los demás que vendían tórtolas. No era malo tener un lugar de cambio para los extranjeros de otros países para que pudieran adquirir la moneda de curso legal. Tampoco era malo que los viajeros de lejos compraran un animal para el sacrificio. Pero los sacerdotes hacían esto por lucro. El templo había llegado a ser un centro comercial, y la religión había llegado a ser un fraude sistemático. Habían cambiado la casa de Dios, de un lugar de oración, a un lugar de lucro.

Nuestro Señor usa lenguaje muy fuerte cuando purifica el templo por la segunda vez. Esta acción de Jesús cierra oficialmente Su ministerio a la nación.

Ahora, ya los príncipes religiosos habían determinado la muerte de Jesús, pero cuando Él se metió en sus negocios, renovaron sus esfuerzos para matarle. Lo habrían matado enseguida, pero no lo hicieron entonces porque se dieron cuenta que—como dice aquí el versículo 48—todo el pueblo estaba suspenso, oyéndole.

Y, amigo, permítame esta pregunta: ¿Está usted escuchando a Jesús en este día? Él tiene mucho que decirle por medio de Su preciosa Palabra, la santa Biblia.

CAPÍTULO 20

El Dr. Lucas cuenta, así como Mateo y Marcos, el incidente del encuentro de Jesús con estos dirigentes religiosos en el templo en Jerusalén. Mateo tiene mucho cuidado en presentarlos en este orden particular, pero note que, en este capítulo, el Dr. Lucas tiene un propósito diferente en mente. Creo que veremos este propósito cuando entremos en el estudio detallado de este capítulo 20.

La autoridad de Jesús es retada

Después que Jesús salió de Jericó, se fue directo a Jerusalén. Entró en la ciudad montado sobre un pollino y el pueblo quedó conmovido, pero no le aceptó. Al contrario, esa misma multitud que cantaba “¡Hosanna!”, más adelante en esa misma semana gritaba: “¡Crucifícale!”. Luego, limpió el templo y lloró en cuanto al futuro de Jerusalén. Ahora lo vemos en esta ciudad donde tiene Su encuentro final con los príncipes religiosos. Este grupo incluía a los herodianos, a los fariseos y a los saduceos.

Sucedió un día, que enseñando Jesús al pueblo en el templo, y anunciando el evangelio, llegaron los principales sacerdotes y los escribas, con los ancianos, Y le hablaron diciendo: Dinos: ¿con qué autoridad haces estas cosas? ¿o quién es el que te ha dado esta autoridad? Respondiendo Jesús, les dijo: Os haré yo también una pregunta; respondedme. [Lc. 20:1-3]

El Señor Jesús entró en el templo todos los días y enseñó hasta cuando fue arrestado en el tiempo de la Pascua. Como ya lo hemos visto en otras ocasiones, Jesucristo acostumbraba a emplear el método socrático de contestar una pregunta. Es decir, haciendo otra pregunta. Ésta era Su pregunta:

El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres? [Lc. 20:4]

Ésta era una pregunta que los príncipes religiosos no pudieron contestar. Tenían que juntarse secretamente para decidir una respuesta.

Entonces ellos discutían entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis?

Y si decimos, de los hombres, todo el pueblo nos apedreará; porque están persuadidos de que Juan era profeta. Y respondieron que no sabían de dónde fuese. Entonces Jesús les dijo: Yo tampoco os diré con qué autoridad hago estas cosas. [Lc. 20:5-8]

La pregunta de estos líderes religiosos no era honesta ni sincera. Si hubieran estado dispuestos a aceptar a Juan el Bautista, habrían estado dispuestos a aceptar también al Señor Jesucristo. Si hubieran creído a Juan, nunca habrían dudado de la autoridad del Señor Jesús. El Señor, pues, respondió a esta pregunta y diré que la respondió no respondiéndola. Si estos príncipes religiosos hubieran sido sinceros, habrían recibido una respuesta. Pero, ellos simplemente, no querían creer la verdad. Ése era el problema con ellos.

La parábola de la viña, una parábola

La parábola de la viña también aparece en Mateo y en Marcos.

Comenzó luego a decir al pueblo esta parábola: Un hombre plantó una viña, la arrendó a labradores, y se ausentó por mucho tiempo. Y a su tiempo envió un siervo a los labradores, para que le diesen del fruto de la viña; pero los labradores le golpearon, y le enviaron con las manos vacías. Volvió a enviar otro siervo; mas ellos a éste también, golpeado y afrentado, le enviaron con las manos vacías. Volvió a enviar un tercer siervo; mas ellos también a éste echaron fuera, herido. Entonces el señor de la viña dijo: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; quizá cuando le vean a él, le tendrán respeto. Mas los labradores, al verle, discutían entre sí, diciendo: Éste es el heredero; venid, matémosle, para que la heredad sea nuestra. Y le echaron fuera de la viña, y le mataron. ¿Qué, pues, les hará el señor de la viña? Vendrá y destruirá a estos labradores, y dará su viña a otros. Cuando ellos oyeron esto, dijeron: ¡Dios nos libre! [Lc. 20:9-16]

El dueño de la viña envió a Sus siervos uno tras otro donde estos labradores para ver cómo andaban las cosas. ¿Notó usted lo que dijo el Señor: uno por uno Sus siervos fueron golpeados? De la misma manera, Dios envió profeta tras profeta a Israel, pero todos fueron rechazados. Muchos de ellos fueron muertos a pedradas. Así fue como nuestro Padre Celestial decidió entonces enviar a Su Hijo Jesucristo. Aquí, Jesucristo

declara a estos príncipes religiosos que Él Mismo era el hijo en esta parábola, y les dice exactamente lo que ellos sienten hacia Él en sus corazones, y cuáles eran sus intenciones. Les da a conocer que ellos mismos le crucificarían, y que Dios les iba a permitir hacer tal cosa sin impedirselo.

Pero él, mirándolos, dijo: ¿Qué, pues, es lo que está escrito: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo? [Lc. 20:17]

El Señor les dijo que podrían matarle, pero que no podrían destruir el plan de Dios. Estas palabras: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo, son una predicción clara del rechazo y triunfo subsiguiente del Señor, y son una cita directa de la profecía Mesíasica que se encuentra en el Salmo 118:22.

Todo el que cayere sobre aquella piedra, será quebrantado; mas sobre quien ella cayere, le desmenuzará. [Lc. 20:18]

Éste es un hecho, que los que caigan sobre esta piedra serán quebrantados. Pero, por otra parte, es un hecho que ésta es la única manera de acudir a Cristo. Tenemos que venir a Él como pecadores, angustiados de corazón y de espíritu, y sólo así seremos salvos. Como dice Pablo: Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. (1 Co. 3:10-11) Pero, si usted, no está dispuesto a venir como pecador quebrantado y arrepentido, algún día, Jesucristo, aquella misma piedra, vendrá en juicio y entonces, le desmenuzará. Daniel habla de esa Piedra que caerá en juicio algún día y hará polvo a las naciones que le rechazan (véase Dn. 2). Lo que el Señor está diciendo en esta parábola es tan claro como el sol de mediodía. No era posible que le entendieran mal.

Jesús es cuestionado en cuanto a dar tributo a César

Procuraban los principales sacerdotes y los escribas echarle mano en aquella hora, porque comprendieron que contra ellos había dicho esta parábola; pero temieron al pueblo. [Lc. 20:19]

No hay duda alguna, que los príncipes religiosos ciertamente comprendieron muy bien Su parábola. El verdadero problema es que son demasiadas las personas en nuestras iglesias hoy en día que no reconocen el significado de estas enseñanzas.

Y acechándole enviaron espías que se simulasen justos, a fin de sorprenderle en alguna palabra, para entregarle al poder y autoridad del gobernador. Y le preguntaron, diciendo: Maestro, sabemos que dices y enseñas rectamente, y que no haces acepción de persona, sino que enseñas el camino de Dios con verdad. [Lc. 20:20-21]

Estos hombres sí que eran hipócritas entre los hipócritas.

¿Nos es lícito dar tributo a César, o no? [Lc. 20:22]

Sin duda, eran los herodianos quienes propusieron esta pregunta porque querían librarse del César y poner a la casa de Herodes sobre Israel.

Mas él, comprendiendo la astucia de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis? Mostradme la moneda. ¿De quién tiene la imagen y la inscripción? Y respondiendo dijeron: De César. [Lc. 20:23-24]

La pregunta de los herodianos era una pregunta mal intencionada cuyo único propósito era atrapar a Jesús. Si Jesús hubiera contestado que sí, que era lícito pagarle tributo a César, entonces habría tenido que abandonar Sus pretensiones o reclamaciones de ser el Mesías. Por otra parte, si hubiera dicho que no, que no era lícito pagar tributo a César, entonces estaría expuesto al peligro de ser arrestado por sedicioso.

El método que Jesús adoptó para tratar esta pregunta es sumamente interesante. En primer lugar, puso en tela de juicio el derecho de estos dirigentes religiosos de tentarle, les dijo: “¿Por qué me tentáis?” Luego, pidió un denario romano. ¿Por qué pidió uno? Así, Él usó el dinero de ellos; y más que eso, creo que así les demostró con una lección objetiva que ellos mismos estaban usando el dinero del César.

Entonces les dijo: Pues dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. [Lc. 20:25]

Estaban usando el dinero de curso legal en el Imperio Romano. El Imperio Romano les daba ciertas ventajas y privilegios. Mediante su

sistema legal, Roma mantenía la ley y el orden, y brindaba su protección a sus súbditos. Roma construyó y mantuvo extensos sistemas de carreteras y mantuvo también abiertas las vías navales. El imperio tenía un sistema universal de moneda corriente lo que, por supuesto, era de mucha ayuda en los negocios. Es natural, entonces, que los súbditos debieran a Roma algo por el uso de la moneda, las carreteras, y por la ley y el orden que imponía. No había argumento alguno, entonces, de que al César le debían algo.

Pero, Cristo les recordó que a Dios también le debían algo; porque Él proveía para todas las necesidades básicas: la luz, el aire, el agua, y los elementos necesarios para hacer las carreteras y las monedas. Hay dos áreas de nuestra vida de las cuales somos responsables: El hombre tiene tanto una obligación terrenal como una obligación celestial. Tiene responsabilidad física y responsabilidad espiritual. Los ciudadanos del cielo deben pagar sus impuestos acá en la tierra. Pero los peregrinos aquí deben depositar riquezas eternas en el cielo. No existe el buen ciudadano del cielo, que no sea también un buen ciudadano aquí en la tierra.

Jesús hace callar a los saduceos en cuanto a la resurrección

Llegando entonces algunos de los saduceos, los cuales niegan haber resurrección, le preguntaron, Diciendo: Maestro, Moisés nos escribió: Si el hermano de alguno muriere teniendo mujer, y no dejare hijos, que su hermano se case con ella, y levante descendencia a su hermano. Hubo, pues, siete hermanos; y el primero tomó esposa, y murió sin hijos. Y la tomó el segundo, el cual también murió sin hijos. La tomó el tercero, y así todos los siete, y murieron sin dejar descendencia. Finalmente murió también la mujer. En la resurrección, pues, ¿de cuál de ellos será mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer? Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Los hijos de este siglo se casan, y se dan en casamiento; Mas los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento.

Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección. Pero en cuanto a que los muertos han de resucitar, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven. [Lc. 20:27-38]

Los saduceos eran los de mayor prominencia y los que tenían mayores riquezas. Tenían la mayor influencia política. Los saduceos corresponderían a la sección liberal de la iglesia contemporánea, mientras que los fariseos serían como los de la teología más conservadora y ortodoxa. Los saduceos rechazaban todo lo que fuese sobrenatural. Por eso, no creían en la resurrección.

Pero, créanlo o no, su pregunta surge de una situación creada por el sistema mosaico. Ésta es una referencia a la ley que aparece en Deuteronomio 25:5-6. Ésta era una ley algo rara, pero la vemos en acción en el libro de Rut.

Pero estos saduceos trataron de crear una situación absurda a base de esta ley, presentando este caso en que una mujer se casa siete veces. Es verdad que tal cosa es muy poco probable; no obstante, fue algo que queda entre lo posible. En nuestro tiempo, hay ejemplos de quienes se han casado tantas veces, pero los que hacen tales cosas tienen más interés en la vida presente que en la del más allá. El dilema creado por esta pregunta tan absurda se debió a dos errores básicos de los saduceos. En primer lugar, no conocían las Escrituras; y, en segundo lugar, no conocían el poder de Dios. El problema se disipa con el reconocimiento del hecho de que, en el cielo, no prevalecen las mismas relaciones que prevalecen aquí en la tierra.

La secta de los saduceos apareció más o menos en el año 300 a.C. Eran liberales. La mayoría de los sumos sacerdotes y de los que ocupaban altos cargos en el templo eran saduceos. Eran prominentes y ricos. ¿No le parece a usted interesante, amigo, que hoy en día la mayoría de los que buscan prominencia en las iglesias y la mayoría de los miembros de las iglesias ricas, son liberales? Eso nos habla de que la naturaleza humana no ha cambiado a través de los siglos.

Los saduceos negaban todo lo milagroso. Trataban de quitarles a las Escrituras todo lo que fuese sobrenatural. Estaban en conflicto directo con los fariseos quienes sí creían en lo sobrenatural. Los Saduceos nunca aceptaron la infalibilidad de las Escrituras. Hay una analogía muy notable entre las creencias de los saduceos y el liberalismo teológico de hoy en día. Los hombres más intolerantes que se haya conocido son liberales en su teología. El liberalismo es una divergencia del cristianismo histórico. En cuanto al conservatismo y el liberalismo teológico, el Dr. Louis Berkhof ha dicho: “La diferencia es tan grande entre estos dos puntos de vista que uno de los dos tendrá que abandonar el término ‘cristiano’”. Creo que el liberal no es cristiano de ninguna manera, pues no está realmente interesado en seguir a Cristo ni en ser Su discípulo. Muchas iglesias ya no deben ni siquiera llamarse cristianas. Deben llamarse “clubes religiosos” o algo por el estilo, porque en realidad no son cristianas.

Hubo un tiempo en que los que no habían nacido de nuevo, los no creyentes, permanecían fuera de la iglesia. Siendo que negaban la autoridad de la Escritura, la Deidad de Cristo, y lo sobrenatural, eran considerados como infieles y escépticos. Pero, ahora muchos de ellos se encuentran detrás de los mismos púlpitos de las iglesias. Todavía son infieles y escépticos, y siguen negando la Deidad de Cristo y lo sobrenatural. Pero hoy en día han entrado en la iglesia sin que los cristianos se dieran cuenta. Tal como lo hicieron los saduceos, los liberales de hoy en día han sido muy hábiles políticos, y han conquistado mucho también.

Los saduceos, pues, eran los enemigos más enconados que tenía Cristo. Fueron también los principales instigadores de la primera y cruel persecución que sufrió la iglesia. Todos los enemigos de Cristo perseguían un mismo propósito: la crucifixión de Jesús. Fue así como los fariseos se unieron a sus adversarios tradicionales, los saduceos, para conseguirlo. El hecho es que los fariseos fueron los líderes en la persecución del Señor Jesucristo. Pero después de la muerte del Señor, los fariseos desistieron de su afán de perseguir. Ya no tenían interés en perseguir a Cristo ni a Sus seguidores. Los saduceos, en cambio, continuaron con la persecución de la iglesia. Se puede leer en cuanto a esta persecución en Hechos 3 y 4.

Los liberales del día presente hablan muchísimo en cuanto a la unidad de las iglesias, pero a la vez han causado la división más grande que la iglesia jamás haya conocido. La resurrección fue la prueba decisiva que confrontó a los saduceos, y es también la prueba decisiva que confronta al liberal de hoy. Sin embargo, ambos insisten en que no creen en una resurrección literal. Es interesante notar que no hay ningún relato en las Escrituras en cuanto a algún saduceo que hubiera llegado a Cristo para recibir la salvación. Se nos dice que un fariseo llamado Nicodemo fue convertido. También un rico llamado José de Arimatea aceptó a Cristo como su Salvador. Hechos 6:7, dice: Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe. ¿Se fijó usted? Muchos de los sacerdotes llegaron a ser creyentes, pero no hay ninguna constancia de que algún saduceo hubiera llegado a ser cristiano.

Hay personas hoy en día que creen que los predicadores liberales se volverán a Dios, que serán salvos. Bueno, no creo que esto sea verdad; no es que sea pesimista, sino que lo que ocurre es que se apartan más y más de la verdad y ellos son los que instigaron esa frase popular: “Dios está muerto”. Dios no está muerto, está muy vivo. Cada ministro joven pronto descubre que la predicación de la cruz es ofensiva y que nunca será un tema muy popular. Nunca van a elegirlo como el ciudadano más sobresaliente del pueblo. Nunca se encontrará en una gran posición política ni saldrá con frecuencia en la pantalla de la televisión. La tentación sutil es abandonar el Evangelio del Señor Jesucristo para tratar de llegar a ser un predicador popular. Judas traicionó al Señor. Pedro, por su parte, le negó, pero le amó y volvió a Él. Ahora, cuando un hombre traiciona a Cristo para ganar popularidad, rara vez, amigo, rara vez vuelve al Señor. El profeta Jeremías 13:23, dice: ¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas?

La próxima vez que un optimista le diga que los liberales se están volviendo a Cristo, olvídense de eso. Los saduceos son los enemigos peores que el Evangelio de Cristo jamás haya tenido, sean del primer siglo o del siglo veintiuno.

Jesús les hace una pregunta a los escribas

Respondiéndole algunos de los escribas, dijeron: Maestro, bien has dicho. Y no osaron preguntarle nada más. Entonces él les dijo: ¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David? Pues el mismo David dice en el libro de los Salmos: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. David, pues, le llama Señor; ¿cómo entonces es su hijo? Y oyéndole todo el pueblo, dijo a sus discípulos: Guardaos de los escribas, que gustan de andar con ropas largas, y aman las salutations en las plazas, y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas; Que devoran las casas de las viudas, y por pretexto hacen largas oraciones; éstos recibirán mayor condenación. [Lc. 20:39-47]

Jesús le da vuelta a la tortilla ahora y examina Él a los príncipes religiosos. El Mesías tenía que ser hijo de David según la profecía del Antiguo Testamento. Mateo 1:1, dice que Jesús era hijo de David. David llamó a su propio hijo su Señor. ¿Cómo podía una persona ser al mismo tiempo su hijo y su Señor? El nacimiento virginal es la única explicación. Jesús cita el Salmo 110. Dijo que David escribió este Salmo por inspiración del Espíritu Santo como una profecía en cuanto al Mesías.

Pues, bien, Jesús amonesta al pueblo en cuanto a los príncipes religiosos: los escribas. Los escribas eran los maestros e intérpretes de las Escrituras. Pero sus propias vidas contradecían las mismas Escrituras que enseñaban. Jesús indica que el juicio contra ellos será más severo, que el juicio contra aquéllos que no han escuchado nunca las Sagradas Escrituras. Por eso le exhorto a usted que ha escuchado la Palabra de Dios a que acuda al Hijo de Dios, a Cristo Jesús y le reciba como su Salvador personal.

CAPÍTULO 21

Llegamos ahora a la sección profética del evangelio según San Lucas la cual corresponde al discurso del Monte de los Olivos, que también se encuentra en Mateo y en Marcos. En nuestro estudio de Mateo y Marcos, vimos que los discípulos le hicieron varias preguntas al Señor en cuanto a la destrucción del templo; las señales de Su segunda venida, y el fin del mundo. El Dr. Lucas contesta solamente la primera pregunta que le hicieron—la pregunta sobre la destrucción del templo.

La clave de Su respuesta la encontramos en Lucas 21:20, que dice: Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado. Esto muestra que Lucas trata uno de los aspectos más prácticos en su versión de este discurso, y no hay misterio ni especulación en cuanto a su significado porque la mayor parte del relato de Lucas ya no es profecía, sino historia. Esta profecía fue cumplida aproximadamente 40 años más tarde, cuando Tito, el romano, sitió y destruyó a Jerusalén, en el año 70 d.C.

Jesús observa como ofrendan las gentes y alaba a la pequeña ofrenda que da la viuda

Levantando los ojos, vio a los ricos que echaban sus ofrendas en el arca de las ofrendas. Vio también a una viuda muy pobre, que echaba allí dos blancas. Y dijo: En verdad os digo, que esta viuda pobre echó más que todos. Porque todos aquéllos echaron para las ofrendas de Dios de lo que les sobra; mas ésta, de su pobreza echó todo el sustento que tenía. [Lc. 21:1-4]

Comparada con la riqueza de aquel templo (y por cierto que era un templo muy rico), la ofrenda de aquella viuda no valía mucho. Sus dos moneditas de cobre no podrían ayudar mucho en el mantenimiento del templo. Sin embargo, nuestro Señor expresa un punto de vista muy diferente en cuanto al valor de las ofrendas. No las aprecia según lo que se da sino según lo que el dador guarda para sí mismo. No estamos viviendo bajo el sistema de los diezmos, porque este sistema indicaba sólo lo mínimo que se debía dar. El dar el diezmo, o la décima parte, es sólo devolverle a Dios lo que ya es de Él. Son muchos, pues, los que

deben estar dando al Señor mucho más que el diezmo, debido a la manera en que Dios les ha bendecido, de acuerdo a la manera en que Él les ha prosperado.

Un hombre me dijo una vez: “Si yo diera solamente un diezmo de mis bienes al Señor, me sentiría como si yo le estuviera robando”. Dios, mira el sacrificio del donador. Por lo general, es el que no puede dar mucho el que hace un sacrificio genuino. Al valorizar su ofrenda, lo que Dios toma en cuenta es lo que usted guarda para sí mismo.

Las dos blancas que la viuda dio no valían nada comparadas con la riqueza del templo y con las ofrendas de los ricos. Según las normas terrenales, el valor de su ofrenda fue de muy poca importancia. La pobre viuda dio una contribución sacrificante a una religión corrupta. Pero ella no sabía nada de eso. Ella estaba dando al Señor, y su corazón acompañó su ofrenda. Nuestro Señor dijo que esta viuda había dado más que todos los demás, más que los que habían dado ofrendas bastante grandes. Como ya dije, Dios aprecia una ofrenda según lo que un hombre guarda para sí mismo, y no según la cantidad que da. Esta viuda lo había dado todo: su amor y devoción estaban incluidos en su ofrenda.

¡Qué contraste entre esta pobre viuda y los escribas que hacían largas oraciones y devoraban las casas de las viudas! Su religión era una mera apariencia, mientras que la religión de esta viuda era su misma alma. Debíamos preguntarnos si es que todavía se para Jesús para observar lo que dan las personas. Si es que todavía se para allí, Sus ojos son como llamas de fuego que escudriñan los motivos del corazón. Todavía toma las dos humildes moneditas de cobre de la viuda y las transforma en el oro del cielo.

Jesucristo contesta la pregunta: “¿Cuándo será esto?”

Y a unos que hablaban de que el templo estaba adornado de hermosas piedras y ofrendas votivas, dijo: En cuanto a estas cosas que veis, días vendrán en que no quedará piedra sobre piedra, que no sea destruida. [Lc. 21:5-6]

Cuando el Señor mencionó que la viuda había dado más que todos los ricos, el pueblo señaló al templo e hizo mención especial de las riquezas

que contenía. No entendían que el Señor no apreciaba la ofrenda según la cantidad dada, sino según el sacrificio que hacía la persona cuando daba. Entonces, nuestro Señor va del tema del valor de las ofrendas, al tema de la destrucción del templo y de toda Jerusalén. Pronto el templo estaría en ruinas, sino una piedra sobre otra. Y, amigo, así es como usted y yo deberíamos ver la riqueza de este mundo. No permanecerá aquí por mucho tiempo; pronto se desvanecerá.

Y le preguntaron, diciendo: Maestro, ¿cuándo será esto? ¿y qué señal habrá cuando estas cosas estén para suceder? Él entonces dijo: Mirad que no seáis engañados; porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, y: El tiempo está cerca. Mas no vayáis en pos de ellos. [Lc. 21:7-8]

Mientras que, en los Evangelios de Mateo y Marcos, el mayor énfasis es sobre el fin del mundo y la segunda venida de Cristo, Lucas hace mayor énfasis sobre los eventos inmediatos—la destrucción del templo y de Jerusalén. El retorno de Cristo es lo más importante en Mateo, y Él contesta preguntas relacionadas a eso. Ahora, aquí en Lucas, el énfasis es sobre ...no quedará aquí piedra sobre piedra... Esto se refiere a la destrucción de Jerusalén. Aunque esto es parte del Discurso de los Olivos, nuestro Señor probablemente contestó la primera pregunta de los discípulos; entonces más tarde, cuando llegó al Monte de los Olivos y le pidieron detalles, Él dio la declaración más formal y completa que se encuentre en el Evangelio según San Mateo. Sin duda, nuestro Señor dio Sus enseñanzas una y otra vez. Después de todo, ¡la práctica hace al maestro!

Pero aquí tenemos también algunas referencias al fin del mundo. Una de las características de aquel tiempo sería la aparición de los que alegarán ser el Cristo. Los falsos Cristos son un carácter distintivo de la edad en que vivimos hoy en día. Claro es que esto ha sido verdad desde que Cristo estuvo aquí en la tierra. Hay muchos hoy en día que alegan tener un poder sobrenatural. En realidad, se están poniendo en el lugar de Cristo. Pues, llaman la atención a sí mismos, más que al Señor. Hablan en cuanto al Señor, pero en realidad lo que hacen es quitarle la gloria. Esto se está aumentando más y más al acercarnos al fin de esta edad.

Y cuando oigáis de guerras y de sediciones, no os alarméis; porque es necesario que estas cosas acontezcan primero; pero el fin no será inmediatamente. Entonces les dijo: Se levantará nación contra nación, y reino contra reino. [Lc. 21:9-10]

Las guerras son otra característica de nuestra edad. Las guerras serán intensificadas al llegar el fin de la edad presente. El pacifismo está creciendo, y ahora mismo los pacifistas están más ocupados que nunca antes. Sin embargo, la Palabra de Dios nos dice ...que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. (1 Ts. 5:3) Parece que ahora ya nos encontramos en esa situación. Las guerras identifican el período entero hasta cuando el Señor vuelva.

Y habrá grandes terremotos, y en diferentes lugares hambres y pestilencias; y habrá terror y grandes señales del cielo. [Lc. 21:11]

Este versículo nos presenta la primera porción de la septuagésima semana de Daniel 9. Guerras, terremotos, hambres, y otras dificultades serán intensificadas, pero principios de dolores son éstos, como dice Marcos 13:8.

Pero antes de todas estas cosas os echarán mano, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y a las cárceles, y seréis llevados ante reyes y ante gobernadores por causa de mi nombre. Y esto os será ocasión para dar testimonio. Proponed en vuestros corazones no pensar antes cómo habéis de responder en vuestra defensa; Porque yo os daré palabra y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se opongan. [Lc. 21:12-15]

En estos versículos, el Señor está hablándole a la nación de Israel. Todas estas cosas se aplican específicamente a los judíos. Pero los cristianos también serán perseguidos. El Señor Jesucristo dijo: Si el mundo os aborrece, sabed que a Mí Me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes Yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. (Jn. 15:18-19) Si usted, es un verdadero seguidor del Señor Jesucristo, no hay oportunidad de que usted salga primero en ninguna competencia de popularidad.

Mas seréis entregados aun por vuestros padres, y hermanos, y parientes, y amigos; y matarán a algunos de vosotros; Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas. [Lc. 21:16-19]

Este tipo de persecución contra los judíos fue lo que ocurrió en Alemania antes de la segunda guerra mundial. Pero creo que estos versículos se aplican directamente a los 144.000 judíos mencionados en Apocalipsis 7, los cuales serán indestructibles durante el tiempo del período de la Gran Tribulación. El sufrimiento de estos judíos será mucho más grande durante la tribulación de lo que fue bajo la persecución alemana con sus campos de concentración y sus hornos de exterminio y todo eso.

Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado. [Lc. 21:20]

El cumplimiento de esta profecía aconteció cuando Tito el romano sitió a Jerusalén en el año 70 d.C. En realidad, lo que allí ocurrió fue un cuadro en miniatura de lo que tendría lugar en los postreros días. Opino que muchos de estos hombres, por ejemplo, unos 40 años más tarde, recordaron las palabras de Cristo, cuando vieron las murallas almenadas de Jerusalén y cuando vieron desplegadas las banderas del ejército de Tito, y dijeron: “Éste es el tiempo del cual el Señor nos habló”. Esto mismo es lo que sucederá una vez más, pero en un grado universal durante los postreros días.

Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; y los que en medio de ella, váyanse; y los que estén en los campos, no entren en ella. [Lc. 21:21]

Lo que pasó en Jerusalén en esos días fue algo horrendo. Josefo el gran historiador judío nos cuenta los detalles. Escribió que las madres, por ejemplo, se comían a sus propios hijos. Tenían que echar los muertos al otro lado de las murallas de Jerusalén. Fueron muchísimos los hombres que murieron en las batallas y el sitio de Jerusalén. Aquéllos que no perecieron de esa manera, o bien, murieron de hambre, o bien, fueron vendidos como esclavos. El Señor estaba pintando un cuadro de lo que tendrá lugar en los postreros días. Hay quienes alegan que tal cosa nunca ocurrirá la segunda vez. Pero, sabemos bien que una vez sucedió, y eso

es cosa de la historia. El Señor dijo que sucedería y sucedió. Pero dijo que sucedería de nuevo, y con toda certeza sucederá.

Porque éstos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas. Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que crien en aquellos días! porque habrá gran calamidad en la tierra, e ira sobre este pueblo. Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan. [Lc. 21:22-24]

Los judíos estaban dispersos y Tito los esclavizó. Ellos fueron los que construyeron el gran coliseo de Roma. La nación de Israel sufrió grandemente bajo ese castigo; y desde aquel día en que Tito entró en aquella ciudad, hace 2.000 años, los judíos nunca han podido sacar a los gentiles de Jerusalén. Los gentiles han controlado a Jerusalén desde el día que Tito la conquistó hasta el día de hoy. Los lugares más santos en Jerusalén todavía están guardados por y bajo el cuidado de los gentiles. Un ejemplo es la mezquita de Omar, construida sobre las ruinas del templo judío. Nuestro Señor Jesucristo dijo que Jerusalén sería hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplieran. Los judíos gobiernan la ciudad hoy en día, pero los gentiles todavía están allí. ¿No es asombroso lo exacta que es la palabra de Dios?

Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas. [Lc. 21:25]

Puesto que los versículos anteriores predicen la caída de Jerusalén y la destrucción final de la nación judía, quiere decir entonces, que el versículo 25 debe tratar del tiempo del fin y de las señales de la aparición de Cristo cuando vuelva a la tierra.

Desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas. [Lc. 21:26]

Hay quienes citan este versículo y dicen que es una descripción del día de hoy. Amigo, todavía no hemos visto nada. Si usted cree que estamos viendo ahora un cumplimiento de este versículo, pues, está usted equivocado. Es verdad que las cosas son malas hoy en día. La

crisis política y los apuros sociales, por ejemplo, son causa de gran ansiedad en casi todo el mundo. Los disturbios físicos son opresivos y a veces más de lo que podemos soportar, pero la situación, empeorará en los postreros días.

Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria. [Lc. 21:27]

Cristo puede regresar en cualquier momento. Las cosas están sucediendo tan rápidamente hoy en día que la iglesia, el cuerpo de Cristo, podría ser llevada de esta tierra antes de que usted haya terminado de leer este capítulo. Y cuando Jesús venga, espero que usted esté listo para ir con Él.

Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca. [Lc. 21:28]

¿Están empezando a suceder estas cosas? Pues, no tengo ventaja de información y en realidad no sé. Todo lo que sé es que está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. Yo sí sé que Él regresará, y eso es lo más importante para mí.

También les dijo una parábola: Mirad la higuera y todos los árboles. Cuando ya brotan, viéndolo, sabéis por vosotros mismos que el verano está ya cerca. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios. [Lc. 21:29-31]

La parábola de la higuera manifiesta a la nación de Israel como el reloj de Dios al fin de la edad. El reloj de Dios no es Marca Omega, o Mulco o Nivada, sino Israel. La higuera representa a Israel, según Jeremías 24:1-5: Después de haber transportado Nabucodonosor Rey de Babilonia a Jeconías hijo de Joacim, Rey de Judá, a los príncipes de Judá y los artesanos y herreros de Jerusalén, y haberlos llevado a Babilonia, me mostró Jehová dos cestas de higos puestas delante del templo de Jehová. Una cesta tenía higos muy buenos, como brevas; y la otra cesta tenía higos muy malos, que de malos no se podían comer. Y me dijo Jehová: ¿Qué ves tú, Jeremías? Y dije: Higos; higos buenos, muy buenos; y malos, muy malos, que de malos no se pueden comer. Y vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Así ha dicho Jehová Dios de Israel: Como a estos higos buenos, así miraré a los transportados de

Judá, a los cuales eché de este lugar a la tierra de los caldeos, para bien.

También Oseas 9:10, dice algo: Como uvas en el desierto hallé a Israel; como la fruta temprana de la higuera en su principio vi a vuestros padres. Ellos acudieron a Baal-peor, se apartaron para vergüenza, y se hicieron abominables como aquello que amaron. La higuera, pues, representa a Israel. Fue una acción simbólica cuando Cristo maldijo la higuera, en Marcos 11:12-14. El brotar hojas es evidencia de vida—vida espiritual. Ezequiel, por ejemplo, en su visión que se describe en el capítulo 37 de su profecía, vio los huesos secos en tres períodos: primero, muy secos y esparcidos según este versículo: Me dijo luego: Hijo de hombre, todos estos huesos son la casa de Israel. He aquí, ellos dicen: Nuestros huesos se secaron, y pereció nuestra esperanza, y somos del todo destruidos. (Ez. 37:11) En segundo lugar, Ezequiel vio que los huesos se juntaron con la carne, pero todavía seguían muy secos: Por tanto, profetiza, y diles: Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí Yo abro vuestros sepulcros, pueblo Mío, y os haré subir de vuestras sepulturas, y os traeré a la tierra de Israel. Y sabréis que Yo soy Jehová, cuando abra vuestros sepulcros, y os saque de vuestras sepulturas, pueblo Mío. (Ez. 37:12-13) En tercer lugar, Ezequiel en su visión vio que la vida era soplada al cuerpo: Y pondré Mi Espíritu en vosotros, y viviréis, y os haré reposar sobre vuestra tierra; y sabréis que Yo Jehová hablé, y lo hice, dice Jehová. (Ez. 37:14)

De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. [Lc. 21:32-33]

“Esta generación” podría referirse a Israel. Enseñaría entonces la indestructibilidad de esta gente. O, podría referirse al pueblo y la totalidad de su vida. En ese caso significaría que aquéllos que vieron el principio de estos eventos verían también la conclusión de ellos. Ya que el énfasis parece estar sobre la rapidez en que estos eventos transpiran, en vez de estar sobre la permanencia de la nación de Israel, estoy a favor de la segunda explicación.

El regreso de Israel a la tierra en el día de hoy sólo puede ser interpretado por todo esfuerzo de la imaginación como un cumplimiento del segundo período. Los huesos se juntan con la carne, o sea, que el pueblo de Israel se junta con su tierra.

Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. [Lc. 21:34-35]

Se nos da aquí algunas amonestaciones oportunas con miras a Su segunda venida. No estén desprevenidos ni por un momento; no pierdan la esperanza. Éstos son grandes días para vivir por Dios y para eso, hemos sido llamados. Dios no me ha llamado para reformar al mundo ni para cambiar al mundo. Esto es trabajo de Dios y no mío. Cristo me ha pedido vivir por Él; me ha mandado a predicar Su palabra a los corazones necesitados. Es muy consolador saber que uno se encuentra haciendo la voluntad de Dios. ¿Está usted haciendo el trabajo que Dios le ha dado que haga?

Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre. [Lc. 21:36]

¿Cómo llega a ser digna una persona? Por mis propios esfuerzos, yo, por ejemplo, no puedo ser digno. El Único que puede hacerme digno es el Señor Jesucristo, si confío en Él y si le encomiendo mi camino. Las pruebas y las tentaciones de los postreros días requerirán una fuerza excepcional y sólo la gracia del Señor nos puede ayudar. Si estoy vivo cuando suceda el rapto, voy a encontrarme con Él en el aire por la gracia de Dios.

Y enseñaba de día en el templo; y de noche, saliendo, se estaba en el monte que se llama de los Olivos. Y todo el pueblo venía a él por la mañana, para oírle en el templo. [Lc. 21:37-38]

Quizá usted piense lo mismo que pienso yo, que hubiera sido maravilloso haber estado allí cada mañana junto con todo el pueblo para escucharle personalmente.

CAPÍTULO 22

Es en el evangelio según San Lucas, donde encontramos los detalles de la celebración de la Pascua; de la agonía de Cristo en el huerto de Getsemaní; la traición, arresto y el juicio de Jesús ante el Sanedrín y la negación de Simón Pedro.

En este capítulo nos acercamos a la sombra de la cruz. En nuestro estudio entramos ahora en la sección que trata los últimos días de la vida terrenal de nuestro Señor Jesucristo. Todos los incidentes que se mencionan en este capítulo ocurrieron precisamente en el día antes de la crucifixión. Fue un día lleno de actividad, y aquí Lucas solamente cuenta un segmento de lo que ocurrió en aquel día. Omite, por ejemplo, el incidente en el cual Jesús lavó los pies de Sus discípulos. Aquel día anterior a Su asesinato fue un día de crisis, en el cual todo lo que ocurrió señalaba hacia la cruz. Todas las transacciones de aquel día nos obligan a mirar hacia el Gólgota.

Todo estaba ya preparado para el evento de la crucifixión. El Dr. Forsythe lo expresa de la siguiente manera: “La cruz es el centro de gravedad del mundo moral”. Encontramos aquí al cielo, al infierno y la tierra alistándose para la cruz; y la manera en que lo hacían, lo encontramos en los primeros versículos de este capítulo. Los príncipes religiosos estaban maquinando contra Él—y éstos representan la tierra conspirando contra Él. Judas conspiró diabólicamente para traicionarle, y él representa al infierno que conspiraba contra Él. Luego, en los versículos 7-13, Jesús y Sus discípulos planean la última Pascua juntos. Ésta es la preparación celestial para la cruz.

Judas conspira con los principales sacerdotes para traicionar a Jesús

Estaba cerca la fiesta de los panes sin levadura, que se llama la Pascua. [Lc. 22:1]

Note que Jesús había venido a Jerusalén. Seis meses antes, en Cesarea de Filipo, resueltamente se había encaminado hacia Jerusalén para morir. Todo lo que había hecho desde aquel momento en adelante era dar un paso tras otro hacia Jerusalén. El monte de la transfiguración

y la llamada “Entrada Triunfal”, están ahora detrás. Es el tiempo de la Pascua y Él, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, morirá.

Y los principales sacerdotes y los escribas buscaban cómo matarle; porque temían al pueblo. [Lc. 22:2]

Los príncipes religiosos le habrían prendido enseguida para matarle, pero le tenían miedo al pueblo. Era tiempo de la Pascua, y había gente de todas partes en la ciudad; y ellos estaban a favor de Él. Ellos constituían la gran mayoría silenciosa.

Y entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, el cual era uno del número de los doce. [Lc. 22:3]

Al leer ese versículo, surge esta pregunta: ¿Es posible que un cristiano, un verdadero creyente, sea poseído por los demonios? ¿Es posible que Satanás o un demonio entre en un cristiano? La respuesta, por supuesto, es que no. Sin embargo, es posible que sea poseído un miembro de alguna iglesia que no haya sido salvado. Hay ciertos miembros de iglesias de los cuales se puede decir con certeza que están poseídos de los demonios. Sería difícil explicar su conducta en cualquier otra forma. Si usted simplemente se mete en las actividades incidentales de una iglesia cristiana escuchando la prédica del Evangelio sin hacer nada más que reunirse periódicamente con el pueblo de Dios, si sólo va a la iglesia para “calentar el asiento”, le advierto que el día llegará cuando Satanás entrará en la casa desocupada, como vimos en Lucas 11:24-26. Uno de los demonios, o Satanás mismo, tomará posesión de su vida. Eso es lo que le sucedió a Judas, quien había estado junto con los discípulos, pero quien al fin había rechazado a Jesús.

Y éste fue y habló con los principales sacerdotes, y con los jefes de la guardia, de cómo se lo entregaría. Ellos se alegraron, y convinieron en darle dinero. [Lc. 22:4-5]

Los príncipes religiosos habían estado preguntándose en cuanto a la manera en que podrían prender al Señor Jesucristo, cuando Judas vino y ofreció traicionarle.

Y él se comprometió, y buscaba una oportunidad para entregárselo a espaldas del pueblo. [Lc. 22:6]

Este complot se desarrolló más o menos así: “Esperemos”, dijeron, “hasta que la multitud salga de Jerusalén. Esperemos hasta que esté solo

para que podamos prenderle, hasta cuando el pueblo no sepa qué es lo que estamos haciendo”. Planeaban prenderle secretamente. Judas tendría que esperar y dejar que los príncipes religiosos decidieran cuándo sería la hora propicia. En realidad, esa hora nunca llegó. Por eso, Jesús dio el pan a Judas en el aposento alto durante la Pascua, y le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo más pronto. “La hora ha llegado, apúrate”. Judas hizo exactamente eso. (Juan 13)

Los planes que hace Jesús para la última Pascua y la institución de la Cena del Señor

Jesús y Sus discípulos ahora planean la última Pascua.

Llegó el día de los panes sin levadura, en el cual era necesario sacrificar el cordero de la Pascua. Y Jesús envió a Pedro y a Juan, diciendo: Id, preparadnos la Pascua para que la comamos. Ellos le dijeron: ¿Dónde quieres que la preparemos? Él les dijo: He aquí, al entrar en la ciudad os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa donde entrare, Y decid al padre de familia de esa casa: El Maestro te dice: ¿Dónde está el aposento donde he de comer la Pascua con mis discípulos? Entonces él os mostrará un gran aposento alto ya dispuesto; preparad allí. Fueron, pues, y hallaron como les había dicho; y prepararon la Pascua. [Lc. 22:7-13]

No veo ningún motivo de atribuirle algún carácter milagroso a este pasaje. Nuestro Señor Jesucristo había ido a Jerusalén muchas veces. Seguramente ya conocía al hombre que tenía este aposento alto. De seguro que él le había dicho a nuestro Señor: “Cuando estés en Jerusalén, trae acá a Tus discípulos”. Probablemente el Señor ya había hecho los preparativos con este hombre para el uso del cuarto, y ahora le estaba dando a saber que lo necesitaba en esta ocasión, para poder celebrar allí la Pascua con Sus discípulos.

Quando era la hora, se sentó a la mesa, y con Él los apóstoles. [Lc. 22:14]

Ésta es la ocasión de la última Pascua, y Judas, a pesar de ya haberse decidido a traicionar al Señor Jesucristo, estuvo presente.

Y les dijo: ¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta Pascua

antes que padezca! Porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios. Y habiendo tomado la copa, dio gracias, y dijo: Tomad esto, y repartiadlo entre vosotros; Porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga. [Lc. 22:15-18]

En la celebración de la Pascua, la copa circulaba varias veces, y creo que el Señor participó cada vez hasta la última vez en que la copa pasó ante Él. Esa última era designada la copa de gozo, pero Jesús no la tomó. Surge entonces, la pregunta: “¿Entonces, no participó Jesús de esa copa?” Creo que sí, que la bebió, pues en la cruz le dieron vinagre para tomar, y ¿recuerda usted lo que se dijo de Él? Hebreos 12:2, dice ...por el gozo puesto delante de Él, sufrió la cruz. Es decir que, bebió la copa de gozo en la cruz. Ésa fue la última copa. Anteriormente, Jesús había preguntado a Sus discípulos, Santiago y Juan: ¿Podéis beber del vaso que Yo he de beber? (Mt. 20:22) Ellos dijeron que creían que podían, pero no les fue posible. Note ahora lo que hace Jesús. De las brasas agonizantes de una ceremonia del Antiguo Pacto, Jesucristo con Su sople de la nueva vida, hace surgir las llamas del nuevo y glorioso pacto que produce vida eterna.

Y tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de Mí. De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama. [Lc. 22:19-20]

El Señor tomó dos de los elementos más frágiles y percederos en el mundo como símbolos de Su cuerpo y Su sangre. Si usted deja el pan y el vino de unos días, los dos se echan a perder. Cuando Él erigió un monumento, no lo hizo de bronce ni de mármol, sino de dos elementos frágiles que perecen. Declaró que el pan hablaba de Su cuerpo y que el vino hablaba de Su sangre. El pan representa Su cuerpo partido—no el hueso quebrado, sino el cuerpo quebrantado porque Jesucristo en Su carne fue hecho pecado por nosotros. (Véase 2 Co. 5:21) No creo que ni aun se veía como ser humano cuando le bajaron de aquella cruz. Debido a los azotes y todo el maltrato que recibió se cumplió lo que dijo el profeta Isaías ...de tal manera fue desfigurado de los hombres Su parecer, y Su hermosura más que la de los hijos de los hombres...

(Is. 52:14) y ...no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. (Is. 53:2)

La fiesta de la Pascua, que por centenares de años había observado el pueblo de Israel, anticipaba la venida del Señor y Su muerte. Ahora, Él se para a la sombra de la cruz y ésta sería la última Pascua. La fiesta de la Pascua ha llegado y ha sido cumplida. Hoy en día nosotros nos reunimos en la mesa del Señor y examinamos nuestros corazones. Lo que hacemos en esta mesa es en memoria de Él. Miramos atrás, es decir, echamos una mirada retrospectiva a lo que Él hizo por nosotros en la cruz, y anticipamos Su segunda venida, como lo dice Pablo: Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que Él venga. (1 Co. 11:26)

Jesús anuncia Su traición

Mas he aquí, la mano del que me entrega está conmigo en la mesa. [Lc. 22:21]

El que iba a traicionarle estaba entre ellos. Hay quienes creen que Judas en realidad, salió antes de la institución de la Cena del Señor. Creo que eso fue lo que ocurrió. Tengamos en cuenta que, en su relato, Lucas sólo nos da aquellos hechos necesarios para el propósito de su comentario. Por su parte, Juan 13:26-30, establece claramente que, durante la Pascua, nuestro Señor mojando el pan, lo dio a Judas y le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo más pronto. E inmediatamente, Judas salió.

Ala verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado! Entonces ellos comenzaron a discutir entre sí, quién de ellos sería el que había de hacer esto. [Lc. 22:22-23]

Aparentemente, cada uno de los discípulos creía que era capaz de negar y traicionar al Señor. Si usted es honesto, bien sabe que también usted podría traicionarle. Si Cristo no guardara Su mano sobre mí, también a mí me sería posible traicionarle. También yo podría negarle durante los próximos cinco minutos. Sin embargo, doy gracias a Dios, que Él no quitará Su mano de mí, y me regocijo en eso. Esto es lo que Dios ha prometido en Su Palabra, y yo creo en Su Palabra.

Posición de los apóstoles en el futuro reino

Hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor. [Lc. 22:24]

Note usted que estos hombres que recientemente habían reconocido hasta donde podrían bajar, también aspiraban ahora a ser los mayores. ¿Puede usted imaginar tal cosa? Allí mismo a la sombra de la cruz, estos hombres están codiciando el mayor puesto en el reino. Pero esto no debiera realmente sorprendernos tanto, puesto que vemos que ocurre lo mismo en la iglesia hoy en día.

Pero él les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; Mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve. [Lc. 22:25-27]

El Señor les está diciendo que Él había tomado el puesto más bajo. Eso es lo que Él hizo cuando tomó el lugar mío, y el lugar suyo en la cruz. Es como un amo que se levanta de la mesa para decirle a su siervo: “Siéntate a comer y yo te serviré”. Cuando Jesucristo vino a la tierra, todos los hombres debieran haberle servido a Él. Pero, en lugar de eso, fue Él quien sirvió a los hombres. Nos ha puesto una mesa de salvación, y nos ha invitado a esta gran fiesta de la salvación.

Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. [Lc. 22:28]

El Señor es bondadoso en gran manera, y así alaba a los discípulos por haber permanecido con Él en todas Sus pruebas acá en la tierra.

Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel. [Lc. 22:29-30]

Estoy seguro de que los apóstoles tendrán un puesto especial en el reino, pues ellos llenaron la brecha entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Salieron de la economía, es decir, del sistema del Antiguo Testamento y pasaron a la economía del Nuevo Testamento, y ni usted

ni yo nos hallamos en aquella posición hoy en día. Ninguno de nosotros podrá hallarse en aquel puesto en particular porque cronológicamente fueron ellos quienes llenaron la brecha. Les será dado un puesto prominente en el reino, y ellos no sólo comerán y beberán en la mesa del Señor, sino que también se sentarán en tronos y juzgarán a las doce tribus de Israel.

Dios tiene grandes cosas guardadas para Sus hijos que revelará en el futuro. Creo que todos los redimidos podrán ocupar puestos bastante elevados. Usted, amigo, ¿está trabajando para obtener un puesto en el cielo? Compréndame bien, no quiero en manera alguna decir que debe trabajar por su salvación. Usted no trabaja para obtener su salvación, pero sí debe trabajar para obtener un puesto en el cielo. Es decir, que usted va al cielo sólo por la gracia de Dios, pero será juzgado según las obras que haga durante su vida, después que haya sido salvo para ver cuál puesto será el suyo. ¿Tiene usted interés en las buenas obras? ¡Debe tener un interés vital en ellas!

Ahora bien, creo que lo único que Dios juzgará es el ejercicio del don que Él nos haya dado. Nos da un don especial cuando entramos a formar parte del cuerpo de creyentes; en el momento que aceptamos la salvación, y hay literalmente miles de dones. El tema de los dones es un tema que es sumamente interesante. ¿Sabe usted cuál era uno de los dones en la iglesia primitiva? Había una mujer llamada Dorcas, y ella cosía, es decir, ella era costurera. El coser era su don. Ella hacía ropa. Las viudas, que de otra manera no tendrían ropa, se ponían la ropa que Dorcas les había hecho. Usted, recibirá recompensa según el ejercicio del don que Dios le haya dado. Usted tiene la responsabilidad de ser fiel en el ejercicio de su don. La vida cristiana, nuestro diario vivir es cosa muy importante delante de Dios.

La negación de Pedro

Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos. [Lc. 22:31-32]

La frase una vez vuelto se refiere al tiempo cuando Pedro tendría un cambio de corazón y de mente y su fe aumentaría. Entonces, en aquella ocasión, ocurriría un cambio tan grande en Pedro que a él le

sería posible fortalecer a sus hermanos. Ahora, el Señor sabía que Pedro le negaría, pero aún así le dijo: Pero Yo he rogado por ti, que tu fe no falte.

El Señor, es nuestro Intercesor. Él sabe cuándo usted está al borde del fracaso y el tropiezo. Si usted le pertenece, amigo, Jesucristo ya ha orado por usted que su fe no falte. Si le pertenece, su fe no faltará, aunque usted fracase. La razón por la cual su fe no va a faltar es porque Jesús ya ha orado por usted. ¡Qué cuadro de Su amor!

En Juan 17:9, leemos que nuestro Señor oró al Padre diciendo: Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que Me diste; porque Tuyos son. El Señor no ora por el mundo. Él ha mandado que usted y yo hagamos eso. Cristo murió por el mundo y no se le puede pedir que haga más que eso. Murió por el mundo, pero ora por los Suyos para que sean guardados mientras están en el mundo. El Señor Jesucristo oró por usted aun hoy mismo. Puede ser que usted no haya orado por sí mismo hoy, pero Él sí ha orado ya por usted.

Más adelante, a Pedro le sería posible fortalecer a sus hermanos. El hombre que ha sido tentado y probado es el hombre que realmente puede ayudar a otros, aun si él mismo ha fracasado y vuelto luego al Señor. Por eso mismo, creo conveniente enviar siempre a un borracho que desea ayuda espiritual, por ejemplo, a hablar con un ex-borracho, alguien que ha experimentado el poder de Cristo liberándolo de su vicio; porque no a todos nos es posible hacer este trabajo. Un borracho vino a visitarme en cierta ocasión para pedirme ayuda espiritual. Después de haber conversado por un buen rato, el borracho dijo: “Pastor, usted simplemente es una buena persona”. Pero, él no creía que yo podía comprender su caso y tenía razón, porque yo nunca había sido un borracho. Sin embargo, yo conocía al hijo de un presidente de banco que había sido borrachín antes, pero que ahora había encontrado al Señor Jesucristo. Le pedí entonces que fuera a hablar con este borracho. Así, pues, este hombre fue a hablar con el borracho y le dijo: “Guillermo, tú sabes que solíamos beber juntos, pero Jesús me ha salvado y quiere salvarte a ti también”. Así, después de conversar un buen rato y darle su propio testimonio de cómo Dios le había rescatado y librado de su vicio, Guillermo aceptó al Señor Jesucristo como su Salvador personal. Lo hizo porque alguien que una vez había sufrido lo que él estaba

sufriendo, pudo ahora fortalecerle. El hombre que ha pasado por una experiencia, él mismo es quien mejor puede ayudar a otro.

Él le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte. [Lc. 22:33]

Pedro hablaba en serio, pero lamentablemente no se conocía a sí mismo. Muchos de nosotros en realidad no sabemos lo débiles que realmente somos.

Y él le dijo: Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces. [Lc. 22:34]

Pedro simplemente no creía que podría negar al Señor Jesucristo. Pero, como bien lo sabemos, antes de pasar aquella noche, Pedro negó al Señor tres veces.

Jesús amonesta a los discípulos en cuanto al futuro

Y a ellos dijo: Cuando os envié sin bolsa, sin alforja, y sin calzado, ¿os faltó algo? Ellos dijeron: Nada. [Lc. 22:35]

Es maravillosa la manera en que los discípulos tuvieron la provisión necesaria durante aquel período particular en que el Señor les mandó a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Pero ahora, los va a mandar en una nueva misión con un nuevo mensaje. En realidad, tendrán oyentes nuevos porque no será limitada su misión sólo a Israel, sino que les llevará a todo el mundo.

Y les dijo: Pues ahora, el que tiene bolsa, tómela, y también la alforja; y el que no tiene espada, venda su capa y compre una. [Lc. 22:36]

Mejor es que usted prepare su maleta y busque los cheques viajeros si es que va a salir para servir al Señor hoy en día publicando el Evangelio. Es mejor que se prepare. Es bueno también que se proteja. Ese debate en cuanto a si un buen ciudadano que cumple la ley debe poseer un arma de fuego o no, es un debate que ha existido ya por muchos años. Personalmente creo que uno debe tener derecho a tener su arma de fuego en el hogar. Vivimos en días difíciles. La situación es tal que los jueces amedrentados por el hampa han dejado sueltos de

las cárceles a unos perros rabiosos. Ahora, si un perro rabioso entra en casa y ataca a mi hijito que está allá afuera jugando, ¿sabe usted lo que yo haría? Pues, buscaría el arma de fuego y le daría muerte a ese perro; fuese un perro de dos patas o de cuatro. No importa lo que opinen estas personas débiles y de dos caras que se creen tan bondadosas, porque mi intención es proteger a mis seres queridos. El Señor dijo: Y el que no tiene espada, venda su capa y compre una. Vivimos en días que requieren que tengamos espada y tenemos que reconocer esto. Si no resistimos la maldad hoy en día, todo tipo de maldad nos caerá encima. Alguien dirá quizá: “¿Está usted hablando como un predicador cristiano?” Por supuesto que sí. Ojalá que muchos predicadores más hablaran así.

Porque os digo que es necesario que se cumpla todavía en mí aquello que está escrito: Y fue contado con los inicuos; porque lo que está escrito de mí, tiene cumplimiento. [Lc. 22:37]

Cuando los enemigos del Señor Jesucristo le crucificaron, eso terminó Su pago por los pecados del mundo. Después que la lanza penetrara en su costado, sólo le tocaron manos amantes.

Entonces ellos dijeron: Señor, aquí hay dos espadas. Y él les dijo: Basta. [Lc. 22:38]

El mandato extraño en cuanto a la espada ocurre solamente aquí en el Evangelio según San Lucas. La aplicación de esta sección parece decirnos que no debemos hacer nada más que lo que sea necesario en cuanto al protegernos a nosotros mismos. No es necesario hacer de nuestra casa una guarnición armada, pero sí necesitamos protegernos. Creo que es necio quitar las armas de fuego de aquéllos que observan la ley porque los bandidos, aquéllos que viven fuera de la ley, sí tendrán armas de fuego. Pero, por otra parte, armarse más de lo necesario (en este caso, tener más de dos espadas, como dice aquí el versículo 38) le pondría técnicamente a uno entre los transgresores.

Jesús va a Getsemaní

La experiencia de nuestro Señor en el huerto de Getsemaní es una de las porciones que creo que ha sido mal entendida, y más que cualquier otra porción en toda la Palabra de Dios. Debemos tener en cuenta que Getsemaní es tierra santa. En cuanto a mí se refiere, debo

quitarme los zapatos espirituales al pararme en este lugar sagrado, y quitarme también el sombrero espiritual y clavar la mirada en Él. Son muchos los que cantan tan ligeramente: “Yo Te seguiré en el huerto”. Pero la verdad, es que yo no puedo seguirle en el huerto. Lo mejor que me es posible hacer es pararme afuera y escuchar caer aquellas gotas de sangre y escuchar Su llanto. No cantaríamos aquel himno si en realidad supiéramos el significado verdadero del huerto de Getsemaní. Creo que, en cierta manera, es una forma de blasfemia, por decirlo así, que una persona cante aquel himno, y luego dé toda suerte de excusas cuando vienen dificultades. Pero son muchos los que cantan o dicen estas palabras, y son los primeros en ausentarse de la iglesia por que ha caído una gota de lluvia, o cualquier otro problemita.

El Señor Jesús dejó a los discípulos fuera del huerto, y yo, me quedaré con ellos y escucharé desde afuera la agonía de Su alma. Si nuestros corazones son sensibles, daremos gracias a Dios por el que tomó la copa de nuestro dolor y sufrimiento bebiéndola hasta lo último. En el aposento alto tomó la copa y dijo: Tomad esto, y repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga. (Lc. 22:17-18) He descubierto que la copa mía es dulce dondequiera que la haya bebido. Él bebió la copa amarga para que la copa mía fuese dulce. Hay un misterio y una profundidad en cuanto a aquel huerto, pero no hay allí ninguna ambigüedad ni vaguedad. Hacemos bien en adorarle al verle en el huerto y al escuchar las notas de Su voz.

Ahora vemos por espejo, oscuramente. Pero algún día entenderemos más acerca de nuestro Señor. Fue Gregorio de Nazianzen, quien escribió hace ya muchos años: Amo a Dios porque le conozco. Le adoro porque no le puedo comprender. Así, pues, repito que yo le adoro en el huerto de Getsemaní, y no trato de obtener todas las respuestas.

Y saliendo, se fue, como solía, al monte de los Olivos; y sus discípulos también le siguieron. Cuando llegó a aquel lugar, les dijo: Orad que no entréis en tentación. [Lc. 22:39-40]

Hay dos expresiones en este pasaje que son muy interesantes. La primera es como solía, y la segunda es a aquel lugar. Al parecer, el Señor no se quedó en la ciudad de Jerusalén de noche. Hemos visto que esto fue verdad también en la llamada “Entrada Triunfal”. Había sido

rechazado por la ciudad, y, por tanto, Él rechazó también a la ciudad. Pasó cada noche durante la última semana de Su vida o bien, en el huerto de Getsemaní, o bien, en Betania.

Después de la Cena del Señor, salió al huerto. En aquella última noche, se realizó allí una transacción no muy familiar. Jesucristo luchó con un enemigo invisible. Pero venció allí al enemigo, y obtuvo la victoria. La victoria del Calvario fue obtenida, fue ganada en Getsemaní. Porque, como usted recordará, en el principio del ministerio de nuestro Señor, Satanás vino y le tentó. Satanás le ofreció a nuestro Señor los reinos del mundo si tan sólo le adoraba. Claro que tendría que evitar la cruz. Luego, se nos dice que Satanás se apartó de Él por un tiempo. (Lc. 4:13) ¿Cuándo regresó Satanás? Creo que Satanás volvió muchas veces, pero Satanás hizo un esfuerzo especial en el principio del ministerio del Señor para hacerle evitar la cruz; y ahora, al final de Su ministerio, Satanás le ataca una vez más, y le tienta tratando de hacerle desviarse de la cruz, hacerle olvidarse de la cruz.

Usted recordará, que, durante Su ministerio, el Señor les dijo a Sus discípulos que Él sufriría muchas cosas, y que Sus enemigos le matarían, y que Pedro le contestó según Mateo 16:22: Señor, ten compasión de Ti; en ninguna manera esto Te acontezca. ¿Recuerda entonces, la contestación del Señor a Pedro? En Mateo 16:23 el Señor le dijo: ¡Quítate de delante de Mí, Satanás!; Me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres. La cruz de Cristo, no se halla en la teología de Satanás. Fue Satanás, quien vino donde estaba Jesús en el huerto. Fue en este tiempo que el Señor les dijo a Sus discípulos: Orad que no entréis en tentación.

Y él se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra; y puesto de rodillas oró, Diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. [Lc. 22:41-42]

¿Cuál es la distancia que uno puede tirar una piedra? Pues, bien, ésa fue la distancia que el Señor se apartó de Sus discípulos. Se arrodilló para orar. Satanás venía a encontrarlo en el huerto. Cristo oró que la copa fuera quitada. Éste es un tema que ha causado mucha discusión. Hay quienes creen que el Señor tenía miedo de morir antes de llegar a la cruz. No quiero ser dogmático, pero no creo que eso sea verdad. No veo

ningún sentido en ello. No hay ningún mérito en la cruz romana. No hay ningún mérito en la madera. El mérito se encuentra en la Persona que murió. Si Jesús hubiera muerto en la horca o en una silla eléctrica, Su muerte siempre habría tenido el mismo valor. Si Cristo hubiera muerto en el huerto de Getsemaní, todavía habría sido Su muerte la que tendría el mérito.

Creo que la copa era la cruz, y no quiero decir con esto que hablo del sufrimiento mortal. Jesucristo fue hecho pecado por nosotros. Él es el Santo de Dios. Cuando el pecado mío fue puesto sobre Él, le fue repulsivo, repugnante. No sé de donde hemos sacado la idea de que somos tan atractivos para con Dios. Mi pecado que fue puesto sobre Cristo fue repulsivo y terrible. Fue terrible y por un solo momento, Él se rebeló contra eso. Pedro dice: Quien llevó Él Mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados. (2 P. 2:24)

Fue en el huerto de Getsemaní bajo la sombra de la cruz que Satanás, el tentador, vino a ofrecer al Señor una vez más la corona sin tener que llevar la cruz. Sin embargo, el Señor había venido a hacer la voluntad del Padre, y por eso pudo decir: ...pero no se haga Mi voluntad, sino la Tuya. Se entregó a la voluntad de Su Padre, pero el pecado suyo y el mío, le fueron repulsivos.

Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle. [Lc. 22:43]

Como usted recordará, hubo un ministerio angélico en el tiempo de la tentación de nuestro Señor en el desierto. Ahora encontramos otro ministerio angélico en el huerto, cuando Satanás viene de nuevo para tentarle. Sólo Lucas relata este hecho.

Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra. [Lc. 22:44]

Sólo el Dr. Lucas nos dice que el Señor sudó grandes gotas de sangre. El Señor mostró una gran reacción física a la agonía y el conflicto que tuvo que confrontar. No puedo explicar lo que pasó, y no me propongo tratar de explicarlo. Sin embargo, no me impresionan tampoco en nada las explicaciones biológicas que se ofrecen hoy en día. Me doy cuenta de que hay ciertos médicos cristianos que han dado unas explicaciones

muy interesantes, pero aun así no estoy muy impresionado. Lo que yo sé es que Él derramó Su sangre por mí y, por eso, me inclino en reverencia y adoración ante Él.

Una de las cosas trágicas del momento es que hay muchos muchachos que por muchos años han sangrado y han muerto en campos de batalla por todo el mundo. Pero ¿cuántos de nosotros apreciamos de veras lo que ellos han hecho para mantener la libertad para nuestra patria? No me impresionan mucho aquéllos que protestan contra las guerras mientras ellos mismos se divierten tomando drogas. Pero hay una tragedia peor que ésa. Cristo murió transido de dolor debido a nuestra condición perdida. Sangró y murió por nuestra libertad eternal. Jesús dijo en Juan 10:10: Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.

Cristo amó tanto al mundo perdido que bajó hasta las profundidades del mismo infierno por darnos la salvación. Sin embargo, este mundo, que es precisamente el objeto de Su amor, rechaza al Santo de Dios, al Salvador sin mancha que fue hecho pecado por nosotros. Amigo, ¿ha rechazado usted a Cristo? ¿Le ha despreciado? O, ¿está usted agradecido por lo que Él ha hecho por usted?

Párese en el polvo de Getsemaní, y escuche. ¿Oye usted el sollozo de Su alma? ¿Oye caer esas grandes gotas de sangre? Aquellas grandes gotas de sangre son como bombas de demolición, como bombas atómicas, si es que las escucha bien. Mire en el huerto junto a un olivo y vea allí al Salvador inclinándose en oración. Tomó allí la humanidad suya y la mía. Fue a la cruz y llevó en Su cuerpo el pecado suyo y el pecado mío. Murió para que usted y yo pudiésemos tener vida eterna.

La traición de Jesús por Judas

Cuando se levantó de la oración, y vino a sus discípulos, los halló durmiendo a causa de la tristeza; Y les dijo: ¿Por qué dormís? Levantaos, y orad para que no entréis en tentación. Mientras él aún hablaba, se presentó una turba; y el que se llamaba Judas, uno de los doce, iba al frente de ellos; y se acercó hasta Jesús para besarle. Entonces Jesús le dijo: Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre? Viendo los que estaban con él lo que había de acontecer, le dijeron: Señor, ¿heriremos a espada? [Lc. 22:45-49]

Éste es el hecho más vil de traición que jamás se haya contado. Es vil y aborrecible. Judas conocía el lugar acostumbrado donde se retiraba nuestro Señor, y por eso pudo guiar hasta allí al enemigo. Ahora, un beso es un símbolo de amor y cariño, pero Judas lo empleó para traicionar a Cristo. Esto torna aún más cobarde y repulsivo su hecho. Sería bueno observar que nuestro Señor, en Su humanidad, no era tan diferente en sus rasgos físicos a los otros hombres. Según esto, era necesario identificarlo entre la multitud. Este beso, pues, señaló el momento en que Jesús fue entregado en manos de hombres pecaminosos.

Y uno de ellos hirió a un siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Entonces respondiendo Jesús, dijo: Basta ya; dejad. Y tocando su oreja, le sanó. Y Jesús dijo a los principales sacerdotes, a los jefes de la guardia del templo y a los ancianos, que habían venido contra él: ¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos? Habiendo estado con vosotros cada día en el templo, no extendisteis las manos contra mí; mas ésta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas. [Lc. 22:50-53]

Los discípulos creían que ésta era la hora propicia para usar aquellas espadas que se mencionan antes. Pero no era la hora de usar la espada, porque Jesús ahora estaba en camino hacia la cruz. La espada era para su defensa personal después de que Él se fuera. Las tinieblas y la luz se encontraron en la cruz de Cristo.

El arresto de Jesús y Su conducción a la casa del sumo sacerdote

Y prendiéndole, le llevaron, y le condujeron a casa del sumo sacerdote. Y Pedro le seguía de lejos. [Lc. 22:54]

Es cosa peligrosa seguir al Señor de lejos. Esto es lo que hizo Pedro. Jesús había sido arrestado y traído delante de Caifás, el sumo sacerdote que era más aceptable a Roma. Anás, su suegro, realmente era el sumo sacerdote según la ley mosaica. Primero, trajeron a Jesús ante Anás, según cuenta Juan en su Evangelio. Algunos hasta creen que Anás era quien realmente estaba tras el complot de matar a Jesús, y que éste se había tramado en una reunión del sanedrín. Bueno, aquí vemos a Pedro, pues, moviéndose hacia su caída vergonzosa. Seguía a Jesús desde lejos, y luego se sentó entre quienes en realidad no debió haberse sentado.

Jesús es negado por Pedro

Y habiendo ellos encendido fuego en medio del patio, se sentaron alrededor; y Pedro se sentó también entre ellos. Pero una criada, al verle sentado al fuego, se fijó en él, y dijo: También éste estaba con él. Pero él lo negó, diciendo: Mujer, no lo conozco. [Lc. 22:55-57]

Mientras la farsa del juicio de Jesús se llevaba adelante, Simón Pedro se situó en un lugar expuesto a gran tentación. Primero, una criada le hizo negar a su Señor. Pedro se avergonzó de ser conocido como seguidor de Jesús en aquella situación. Amigo, ¿no hemos estado todos nosotros alguna vez en una posición similar? ¡Que Dios perdone nuestra cobardía y debilidad, así como le perdonó a Pedro!

Un poco después, viéndole otro, dijo: Tú también eres de ellos. Y Pedro dijo: Hombre, no lo soy. Como una hora después, otro afirmaba, diciendo: Verdaderamente también éste estaba con Él, porque es galileo. [Lc. 22:58-59]

Otro le señaló como seguidor de Jesús cuando trató de juntarse con otro grupo. Una vez más, Pedro niega a Jesús. Se aparta luego a un tercer lugar y esta vez su debilidad de querer hablar demasiado fue lo que le metió en apuros. Su acento al hablar divulgó que era galileo.

Y Pedro dijo: Hombre, no sé lo que dices. Y en seguida, mientras él todavía hablaba, el gallo cantó. [Lc. 22:60]

Amigo, si Pedro hubiera dejado las cosas como estaban eso habría sido su fin. Habría terminado como terminó Judas Iscariote, pero fíjese lo que sucedió:

Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente. [Lc. 22:61-62]

Simón Pedro amaba a Jesús y era sincero cuando prometió serle fiel. Pero, no conocía su propia debilidad. No se conocía a sí mismo. Todavía no había llegado al punto de reconocer que, en él, en su carne, no moraba el bien. Pedro aprendió más tarde por experiencia propia, esta verdad que escribió ...que sois guardados por el poder de Dios

mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero. (1 P. 1:5) Pedro lloró, amigo. Estoy convencido que éstas fueron lágrimas de un arrepentimiento genuino.

Cualquier hijo de Dios puede volverse a Él. Juan dice: Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. (1 Jn. 1:9) Simón Pedro era tan malo como era Judas. No le vendió, pero le negó. La única diferencia que hay entre Judas y Pedro, es que Pedro se arrepintió. Nuestro Señor oró para que la fe de Pedro no faltara. Luego, el Dr. Lucas nos dice que nuestro Señor apareció personalmente a Pedro. Él es un Salvador maravilloso. Murió por nosotros y vive hoy para guardarnos.

Jesús es escarnecido y azotado

Y los hombres que custodiaban a Jesús se burlaban de él y le golpeaban; Y vendándole los ojos, le golpeaban el rostro, y le preguntaban, diciendo: Profetiza, ¿quién es el que te golpeó? Y decían otras muchas cosas injuriándole. [Lc. 22:63-65]

Los principales sacerdotes y ancianos llevaron a Jesús a la casa de Anás. Era ilegal detener a Cristo sin acusación, pero le detuvieron hasta cuando pudieran formular una acusación en una reunión del Sanedrín. Le arrestaron antes de que tuvieran un plan. Lo interesante es que su intención no había sido prenderle tan pronto como le prendieron. Judas había llegado donde ellos, y les había dicho: “Mejor es que le prendan mientras pueden”. Judas creía que el Señor podría salir de la ciudad. Pero el Señor, por supuesto, no tenía ninguna intención de salir.

¿Se ha fijado usted alguna vez en las muchas cosas ilegales que ocurrieron en el juicio de Jesús? Fíjese usted: le arrestaron, acusándole de violar la ley mosaica cuando en realidad fueron los líderes religiosos quienes violaron la ley. Le juzgaron de noche, y eso era contrario a la ley mosaica. El sumo sacerdote, por su parte, rasgó su vestidura lo cual, según la ley, le era prohibido. Además, llegaron a una decisión el mismo día en que Jesús fue juzgado, lo que también era ilegal.

Los príncipes religiosos entregaron a Jesús en manos de los soldados romanos hasta cuando se hiciera una acusación formal contra Él. Si la sentencia de muerte iba a dictarse, entonces los soldados tenían el

derecho de jugar con el prisionero. El juego que jugaron con el Señor se llamaba “mano caliente”. En este juego cada soldado cerraba su puño en frente del prisionero que estaba con los ojos vendados, y le golpeaban. No era sólo un soldado que le golpeaba. Luego se le quitaba la venda al prisionero y tenía que adivinar cuál era el soldado que no le había golpeado. Lo interesante es que de costumbre el soldado que golpeaba al prisionero se paraba detrás de él, y por eso, pues, no había forma en la cual el prisionero pudiera adivinar correctamente, y así, volvían a jugar este juego varias veces. Bueno, creo que, en este juego, esos soldados golpearon la cara de Cristo hasta cuando se cansaron. Dudo que alguien pudiera haberle reconocido después de semejante maltrato. Isaías 52:14, dice ...de tal manera fue desfigurado de los hombres Su parecer. Le golpearon tanto, amigo, que Él tampoco pudo llevar Su cruz más tarde.

Traen a Jesús ante el Sanedrín

Cuando era de día, se juntaron los ancianos del pueblo, los principales sacerdotes y los escribas, y le trajeron al concilio, diciendo: ¿Eres tú el Cristo? Dínoslo. Y les dijo: Si os lo dijere, no creeréis; Y también si os preguntare, no me responderéis, ni me soltaréis. Pero desde ahora el Hijo del Hombre se sentará a la diestra del poder de Dios. [Lc. 22:66-69]

El Sanedrín le hizo dos preguntas a Jesús. La primera fue: “¿Eres Tú el Cristo?” Si el Señor hubiera contestado que sí, podrían haberle acusado de traición porque a cualquiera que alegara ser el Mesías, Roma le consideraba como peligroso. Jesús, pues, no contestó su pregunta directamente, sino, en cierto sentido, se identificó como el Mesías cuando dijo que un día se sentaría a la diestra de Dios. En el Salmo 110:1 el Padre dice al Hijo ...Siéntate a Mi diestra, hasta que ponga a Tus enemigos por estrado de Tus pies. Él es Rey de Reyes y Señor de señores.

Dijeron todos: ¿Luego eres tú el Hijo de Dios? Y él les dijo: Vosotros decís que lo soy. Entonces ellos dijeron: ¿Qué más testimonio necesitamos? porque nosotros mismos lo hemos oído de su boca. [Lc. 22:70-71]

Ésta es la base sobre la cual los príncipes religiosos se pusieron de acuerdo para crucificarle, pero ésta no fue la base sobre la cual lo llevaron a la corte romana para ser acusado. Cuando fueron de una corte judía a una corte romana, las acusaciones cambiaron.

CAPÍTULO 23

Lucas hace lo mismo que hacen los otros escritores de los Evangelios sinópticos al incluir su relato de Jesús ante Pilato, la crucifixión y el sepelio de Jesús. Pero sólo el Dr. Lucas incluye el relato de lo que ocurrió cuando Pilato envió a Jesús ante Herodes. El silencio de Jesús ante Herodes es sorprendente. Jesús es la culminación de la línea descendiente de Jacob; y Herodes por otra parte es la culminación de la línea descendiente de Esaú. Jesús no tuvo ninguna palabra para Herodes. Antes lo había llamado “aquella zorra”.

Jesús es traído ante Pilato

Levantándose entonces toda la muchedumbre de ellos, llevaron a Jesús a Pilato. Y comenzaron a acusarle, diciendo: A éste hemos hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey. [Lc. 23:1-2]

Pilato era el gobernador romano de Palestina. De costumbre venía a Jerusalén durante el tiempo de la Pascua para ver las multitudes que venían para celebrar la fiesta. Siendo que una violación de la ley mosaica no serviría en manera alguna para influenciar a un romano, decidieron entonces, acusar a Jesús de traición, lo cual era totalmente absurdo.

Entonces Pilato le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Y respondiéndole él, dijo: Tú lo dices. [Lc. 23:3]

Fíjese usted en esta escena. Hay un carpintero vestido de ropa rústica parado ante Pilato. Los príncipes religiosos judíos le han arrestado. Pilato le pregunta: ¿Eres Tú el Rey de los judíos? Jesús le responde: Tú lo dices. Fue una declaración clara de los hechos. Y Pilato quería soltarle.

Y Pilato dijo a los principales sacerdotes, y a la gente: Ningún delito hallo en este hombre. [Lc. 23:4]

Pilato no estaba diciendo que Jesús era sin pecado alguno, sino que no había cometido ningún crimen por el cual pudiera ser acusado.

Pero ellos porfiaban, diciendo: Alborota al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí. [Lc. 23:5]

Ahora, los príncipes religiosos acusaban a Jesús de haber encabezado una revolución. Decían que Él se había rebelado contra la autoridad establecida.

Jesús es traído ante Herodes y Barrabás es soltado

Entonces Pilato, oyendo decir, Galilea, preguntó si el hombre era galileo. Y al saber que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Herodes, que en aquellos días también estaba en Jerusalén. [Lc. 23:6-7]

Pilato quería lavarse las manos de todo este asunto, y siendo que Galilea estaba bajo la jurisdicción de Herodes y Herodes también se encontraba en Jerusalén, Pilato, entonces, decide enviar a Jesús donde Herodes. No creo que fuera por casualidad que Herodes también estuviera en Jerusalén.

Herodes, viendo a Jesús, se alegró mucho, porque hacía tiempo que deseaba verle; porque había oído muchas cosas acerca de él, y esperaba verle hacer alguna señal. [Lc. 23:8]

Antes de este tiempo, Jesús les había mandado a los fariseos que le entregaran un mensaje a Herodes, y el mensaje era éste: Id, y decid a aquella zorra: He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino Mi obra. (Lc. 13:32) Herodes en realidad sentía una viva curiosidad por ver a Jesús

Y le hacía muchas preguntas, pero él nada le respondió. [Lc. 23:9]

Nuestro Señor no tenía ninguna palabra para Herodes. No temía a Herodes y rehusó perder tiempo con este hombre porque conocía lo que había en su corazón. Esta “vieja zorra” como Él lo llamó había ido más allá del punto sin regreso, y estaba ya en camino hacia una eternidad perdida. Herodes era miembro de una familia notoria, y el Señor no hizo ningún esfuerzo para alcanzarlo.

Y estaban los principales sacerdotes y los escribas acusándole con gran vehemencia. Entonces Herodes con sus soldados le menospreció y escarneció, vistiéndole de una ropa espléndida; y volvió a enviarle a Pilato.

Y se hicieron amigos Pilato y Herodes aquel día; porque antes estaban enemistados entre sí. [Lc. 23:10-12]

¿Puede usted ver a los príncipes religiosos haciendo todo lo posible para asegurarse de que Jesús fuera condenado? Herodes podía ver que no iba a lograr que Jesús hablara, y por eso sus hombres de guerra decidieron burlarse de Él. La ropa espléndida que le pusieron fue sin duda uno de los mantos desechados de Herodes y lo usaron para burlarse de los argumentos que Jesús había presentado con respecto a Su Majestad. Ahora, siendo que no había nada más que Herodes pudiera hacer, decidió entonces, enviar a Jesús de nuevo a Pilato. Esta frase: se hicieron amigos aquí en el versículo 12, señala el principio del movimiento ecuménico, ya que antes de que este problema se presentara en cuanto a Jesús, Herodes y Pilato estaban enemistados entre sí. Pero ahora se juntan porque los dos se oponen a Jesús.

Entonces Pilato, convocando a los principales sacerdotes, a los gobernantes, y al pueblo, Les dijo: Me habéis presentado a éste como un hombre que perturba al pueblo; pero habiéndole interrogado yo delante de vosotros, no he hallado en este hombre delito alguno de aquéllos de que le acusáis. Y ni aun Herodes, porque os remití a él; y he aquí, nada digno de muerte ha hecho este hombre. [Lc. 23:13-15]

Parece que Pilato todavía creía que no había ninguna acusación que pudieran lanzar contra Jesús. Herodes no había hecho nada sino burlarse de Él, ponerle una ropa estrafalaria y enviarle de nuevo a Pilato. Estas acusaciones, pues, no merecían consideración alguna.

Le soltaré, pues, después de castigarle. [Lc. 23:16]

Ésa es la decisión de Pilato, pero es una decisión débil y vacilante. En realidad, es Pilato quien estaba siendo juzgado, no Jesús. Pilato es quien trata de zafarse, no Jesús. Jesús no estaba tratando de evadir a Pilato de ninguna manera. Es Pilato quien está tratando de evadir el tomar una decisión en cuanto a Jesús. Cuando una corte romana tomó la decisión de crucificar a Jesús, los días de Roma quedaron contados y Roma prácticamente se encaminó hacia su caída. Pilato trató de evitar tomar una decisión en cuanto a Jesús, pero no pudo. Tuvo que por fin tomar una decisión, así como todos los hombres hoy en día tienen que tomar su decisión en cuanto a Jesucristo. O bien, le rechazan, o bien, le reciben

como su Salvador personal. Amigo, ¿cuál es la decisión suya en cuanto a Jesús? Es mi ferviente oración que usted en este mismo momento, allí donde se encuentra, abra las puertas de su corazón al Hijo de Dios, el Señor Jesucristo y le permita entrar y constituirse en el Dueño y Salvador absoluto de todo su ser, de manera que sea Él quien le controla completamente. Ábrale hoy las puertas de su corazón a Cristo Jesús y reciba así la salvación eterna de su alma. ¡Que el mismo Espíritu Santo de Dios le ayude a dar este paso decisivo que sellará su destino eterno!

Y tenía necesidad de soltarles uno en cada fiesta. Mas toda la multitud dio voces a una, diciendo: ¡Fuera con éste, y suéltanos a Barrabás! Éste había sido echado en la cárcel por sedición en la ciudad, y por un homicidio. [Lc. 23:17-19]

Es evidente que este hombre Pilato no quería de ninguna manera tomar una decisión en cuanto a Jesús. Por eso buscaba una manera fácil de escaparse, de zafarse de estos astutos políticos religiosos. Decidí entonces, dejar que ellos escogieran entre Barrabás y Jesús. Ahora, para él la decisión era obvia. Pero note usted lo que ocurre:

Les habló otra vez Pilato, queriendo soltar a Jesús; Pero ellos volvieron a dar voces, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale! [Lc. 23:20-21]

Pilato continuaba empeñado en escaparse, en zafarse de esa responsabilidad, pero no pudo. Descubrió que preferían matar a Jesús por envidia, y creo que su susto fue aterrador cuando se dio cuenta que la multitud demandaba que Barrabás fuera suelto. Pilato no contaba con la vileza de la religión cuando se desvía del camino verdadero. (Mateo es el evangelista que nos cuenta esto.) ¡Imagínese usted a un Juez pidiéndole a la multitud su decisión en cuanto a lo que debe hacer con Jesús!

Él les dijo por tercera vez: ¿Pues qué mal ha hecho éste? Ningún delito digno de muerte he hallado en él; le castigaré, pues, y le soltaré. [Lc. 23:22]

Ya vimos que él estaba equivocado pensando hacer esto. Como se puede ver, lo que Pilato estaba procurando hacer era zafarse de esta decisión. Pero él tenía que tomar una decisión.

Mas ellos instaban a grandes voces, pidiendo que fuese crucificado. Y las voces de ellos y de los principales sacerdotes prevalecieron. Entonces Pilato sentenció que se hiciese lo que ellos pedían. [Lc. 23:23-24]

Ahora, ¿por qué este hombre no simplemente tomaba una decisión que estuviera de acuerdo con la justicia romana?

Y les soltó a aquél que había sido echado en la cárcel por sedición y homicidio, a quien habían pedido; y entregó a Jesús a la voluntad de ellos. Y llevándole, tomaron a cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le pusieron encima la cruz para que la llevase tras Jesús. [Lc. 23:25-26]

Finalmente, este hombre Poncio Pilato, se vio abocado a una decisión; se vio confrontado con la realidad y tuvo que tomar una decisión, y la hizo. No fue la más apropiada porque a pesar de darse cuenta de que Jesús era inocente, decidió entregarle para ser crucificado. De igual manera, todos los hombres hoy en día tienen que tomar una decisión en cuanto a Cristo Jesús. Lo importante en esta hora, es ¿cuál es su decisión en cuanto a Cristo Jesús?

Jesús predice la destrucción de Jerusalén y ora por Sus enemigos

Y le seguía gran multitud del pueblo, y de mujeres que lloraban y hacían lamentación por él. Pero Jesús, vuelto hacia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos. [Lc. 23:27-30]

En el camino hacia la cruz, Jesús les habló a unas mujeres que estaban llorando. Les dijo que habría un día venidero cuando sería mejor no traer hijos al mundo. Estaba hablando de un tiempo de gran tribulación. Jesús dice a las mujeres que no lloren por Él. Él no quiere su compasión, lo que quiere Jesús es su fe y su confianza. Jesús no murió para ganar la compasión de nadie. Murió para tener nuestra salvación. Guárdese, las

lágrimas para usted mismo, porque el pecado de veras le causará llanto.

Luego tenemos el relato de los dos malhechores que eran llevados para ser crucificados juntamente con Jesús.

Jesús es crucificado

Y cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes. [Lc. 23:33-34]

Los dos malhechores fueron crucificados junto con el Señor sobre el lugar de la Calavera, que representa la sabiduría del hombre, como dice Pablo: Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios. Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desearé el entendimiento de los entendidos. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que, en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios. Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. (1 Co. 1:18-25) El Señor Jesús pidió que Su Padre perdonara a esta multitud que le crucificaba. Si Él no hubiera pedido esto, la multitud habría sido culpable de cometer el pecado imperdonable de matar al Hijo de Dios. Pero Él pidió a Su Padre que les perdonara.

Jesús es mofado por los gobernantes y soldados

Y el pueblo estaba mirando; y aun los gobernantes se burlaban de él, diciendo: A otros salvó; sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo, el escogido de Dios. [Lc. 23:35]

Si Jesús se hubiera bajado de la cruz, no habría sido el Cristo. No habría cumplido toda la profecía de Isaías 53, que habla de Su muerte. Mas Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por Su llaga fuimos nosotros curados. (Is. 53:5) Precisamente porque Jesús se quedó en la cruz es por eso que hoy podemos ser salvos del pecado, la plaga terrible que afecta a toda la humanidad.

Los soldados también le escarnecían, acercándose y presentándole vinagre, Y diciendo: Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo. Había también sobre él un título escrito con letras griegas, latinas y hebreas: ÉSTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS. [Lc. 23:36-38]

Cuando Jesús fue crucificado le pusieron un sobrescrito o letrero en idiomas griego, latín y hebreo. El idioma griego era el idioma de la inteligencia, de la educación, de la literatura y de la ciencia. El latín, el idioma oficial del imperio, era el idioma de la ley y el orden; del poderío militar y del gobierno. El hebreo, era el idioma de la religión. En estos tres idiomas, pues, se proclamaba: “ÉSTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS”. Y algún día, Cristo Jesús será el Soberano político, el Soberano cultural y el Soberano espiritual de todo el universo. ¡Cuán exacto era lo que decía este letrero o sobrescrito allí sobre Su cruz!

Jesús es mofado por un ladrón—el otro ladrón se vuelve a Jesús y es aceptado por Él

Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo. [Lc. 23:39-41]

Tanto Mateo como Marcos nos dicen que en el principio ambos ladrones se burlaban del Señor Jesús. Pero durante las seis horas que colgaban de la cruz, especialmente las últimas tres horas, uno de los ladrones vio que algo extraño ocurría. Pareció reconocer que Éste que moría en la cruz no estaba muriendo por Sí Mismo, sino por otros. Sabía que Barrabás debía haber estado en esa cruz, pero que Jesús, un

hombre inocente, estaba muriendo en su lugar. Pareció reconocer que ésta había sido una transacción entre Dios y el hombre en la cruz, y que el hombre en la cruz era Dios Mismo. Así, pues, acudió a Él en fe.

Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso. [Lc. 23:42-43]

Aquel mismo día, este ladrón que no era digno de vivir en la tierra, según el gobierno romano, partió para estar con el Señor. Este hombre no era un hombre bueno, era un ladrón malo, pero por su fe en el Hijo de Dios, llegó a ser un ladrón salvado. Este hombre tuvo la fe para creer que el Señor Jesús se iba para entrar en un reino y que iría allí después de Su muerte. Esto significa que el ladrón había avanzado mucho en sus conocimientos teológicos mientras colgaba de la cruz.

Nuestro Señor hizo la declaración extraordinaria de que este ladrón estaría con Él en el paraíso ese mismo día. Fueron dos los ladrones que fueron crucificados. Habían sido arrestados por el mismo crimen, juzgados por el mismo crimen, condenados por el mismo crimen, y castigados de la misma manera en la cruz. ¿Cuál, entonces, era la diferencia entre ellos? No había ninguna diferencia. Ambos eran ladrones. La diferencia surgió del hecho de que uno de los ladrones creyó en Jesucristo, pero el otro, no creyó. Todo lo que tuvo que hacer el uno, fue confiar en Cristo, y Cristo le dijo: Hoy estarás conmigo en el paraíso.

Hace muchos años, yo estaba jugando a tenis con un amigo mío quien era liberal en su teología. Le pregunté, “¿Qué le diría usted al ladrón en la cruz? ¿Le diría que tratara de hacer misericordia? ¿Le diría que usara sus manos para hacer actos de bondad?” Me miró sobresaltado. Le dije, “Bueno, eso es lo que usted le dice a la gente que haga.” “Sí,” me dijo, “pero ellos pueden hacer esas cosas.” “Pero ¿qué le va a decir al pobre ladrón? ¿Qué podría hacer él? Sus manos y sus pies no van a bajar de la cruz hasta que sean bajados después de su muerte. Y, a propósito, ¿a qué iglesia le diría que se haga miembro? ¿Qué ceremonia le diría que tiene que observar?”

Amigo, nuestro Señor le dijo a ese ladrón, “Hoy estarás conmigo en el paraíso.” Él entró en la presencia de Dios por su fe en Cristo.

Jesús despide Su espíritu

Cuando era como la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Y el sol se oscureció, y el velo del templo se rasgó por la mitad. [Lc. 23:44-45]

Fue en este tiempo cuando las tinieblas descendieron sobre esta escena en el Calvario, que el ladrón llegó a conocer, llegó a darse cuenta de que la cruz de Cristo era ahora un altar sobre el cual fue ofrecido el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Isaías 53:10 y también el Salmo 22:1, se refieren a este evento: Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto Su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en Su mano prosperada. (Is. 53:10) Y: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor? (Sal. 22:1) La vida de Cristo fue simbolizada por el velo que en realidad excluía al hombre de todo contacto con Dios según el sistema del Antiguo Testamento. Cuando Cristo murió en la cruz, el velo se rasgó, y entonces, el camino al Padre quedó abierto.

Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró. [Lc. 23:46]

Recuerde una vez más que el autor de este relato es el Dr. Lucas, quien escribe desde el punto de vista médico. Estoy seguro de que él había estado en la presencia de muchas personas que habían muerto antes. Sabía, pues, cómo morían y sabía también cómo murió nuestro Señor. Reconoció que la muerte de Cristo era diferente. La muerte siempre va acompañada por lo que se conoce comúnmente como el estertor. El estertor es cuando se da el último suspiro que siempre se da con un gran esfuerzo. Los dos ladrones en la cruz sin duda murieron así, pero el Señor Jesús no murió de esa manera. Murió voluntariamente. Entregó Su espíritu. ¿Se fija usted lo que dijo Jesús?: Padre, en Tus manos encomiendo Mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró.

Cuando el centurión vio lo que había acontecido, dio gloria a Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo. [Lc. 23:47]

Creo que el centurión fue un hombre que depositó su fe en Cristo para recibir su propia salvación. Siendo que él estaba encargado de la crucifixión de Cristo, probablemente llegó a conocerle y a aceptarle como su Salvador durante ese tiempo. Mientras estaba allí al pie de la cruz miró y vio que algo extraño ocurría, y su reacción fue glorificar a Dios. Vio que Cristo era un hombre justo. Los otros escritores de los Evangelios fueron aun más específicos en este relato, y dicen que el centurión declaró que Jesús era verdaderamente el Hijo de Dios.

Me doy cuenta de que esa confesión de fe del centurión no era suficiente como para hacerle miembro de una iglesia ordinaria. Pero volvamos al tiempo de la crucifixión. En ese entonces, el centurión no sabía nada en cuanto a la muerte y la resurrección de Jesucristo. No había leído ningún libro de teología. Tampoco había hojeado comentario bíblico alguno. Este pobre hombre no sabía mucho, pero sabía lo suficiente como para tomar su lugar al pie de la cruz de Cristo. En realidad, eso es todo lo que Dios jamás haya pedido que haga cualquier pecador.

Y toda la multitud de los que estaban presentes en este espectáculo, viendo lo que había acontecido, se volvían golpeándose el pecho. [Lc. 23:48]

Parece que hubo un ambiente ominoso y siniestro en torno a la muerte de Cristo. Ninguno de los escritores de los Evangelios describe en detalle la muerte de Cristo. Es como si el Espíritu de Dios bajara el velo y dijera que la crucifixión es algo demasiado horrible para poder contemplarla de cerca, minuciosamente. No hay nada aquí que satisfaga nuestra curiosidad. La humanidad fue excluida de lo que pasó en la cruz. Así como tuvimos que pararnos al margen del huerto de Getsemaní, ciertamente tenemos que pararnos al margen de lo que pasó en la cruz. Sólo podemos entrar en esta experiencia mediante la fe. Sólo podemos mirar hacia arriba y confiar en Él quien murió por nosotros. La muerte del Señor tuvo un gran efecto sobre quienes se juntaron ante la cruz:

Pero todos sus conocidos, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, estaban lejos mirando estas cosas. [Lc. 23:49]

Jesús es sepultado en el nuevo sepulcro de José de Arimatea

La última sección de este capítulo trata del sepelio y la resurrección de Jesucristo que están íntimamente ligados. Pablo declara que el sepelio y la resurrección de Cristo están inseparablemente unidos: Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras. (1 Co. 15:3-4) Éstos son los hechos del Evangelio, y tienen un significado especial para usted y para mí. ¿Cuál es su relación con estos hechos? Jesús murió y fue sepultado. Pero resucitó de los muertos. ¿Qué significa eso para usted? ¿Le ha aceptado usted personalmente como su propio Salvador? ¿Cree usted que Él murió en su lugar? ¿Qué Él murió por usted? ¿Cree que cuando Jesús fue sepultado, los pecados suyos fueron totalmente sepultados también? ¿Cree que sus pecados fueron echados a la profundidad del mar y que se arregló a cabalidad la cuestión del pecado? ¿Cree usted que ha resucitado con Cristo, y que ahora está en Cristo? Si es así, entonces Dios le ve a usted en Cristo y en Su justicia. La justicia de Dios ha llegado a ser nuestra justicia, y eso es todo de lo cual podemos gloriarnos hoy en día.

Había un varón llamado José, de Arimatea, ciudad de Judea, el cual era miembro del concilio, varón bueno y justo. [Lc. 23:50]

Este hombre José, evidentemente era un hombre muy importante, un hombre del Sanedrín. Al parecer ejercía mucha influencia. Sin embargo, era un hombre que se paró solo cuando se declaró a favor de Cristo.

Éste, que también esperaba el reino de Dios, y no había consentido en el acuerdo ni en los hechos de ellos. [Lc. 23:51]

Aunque José era miembro del Sanedrín, no estuvo de acuerdo con ellos. El Sanedrín no recibió una mayoría absoluta cuando propusieron el edicto de crucificar al Señor Jesucristo. José no estuvo de acuerdo con ellos en su decisión. Él era lo que llamaríamos un hombre religioso y piadoso. Habiendo llegado a conocer a Cristo, se había declarado a favor de Él.

Al parecer, había muchos creyentes en el Señor que no habían

declarado públicamente su fe en Él. No estaban al descubierto en cuanto a su fe como lo estaban los discípulos. A la hora de la crucifixión, inclusive los discípulos se ocultaron, y los que habían estado ocultos, salieron al descubierto. José y Nicodemo eran dos hombres prominentes que por fin declararon públicamente su confianza en el Señor. Nicodemo se juntó con José para darle sepultura al Señor Jesús. Ellos fueron los que se encargaron del sepelio, según Juan 19:38-42.

Fue a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús. [Lc. 23:52]

La fe de José queda así al descubierto. No olvide que éste era un hombre de medios y de influencia, quien pedía el cuerpo de Jesús. En el versículo 53 veremos el cuidado que José puso al cuerpo inerte de Jesús:

Y quitándolo, lo envolvió en una sábana, y lo puso en un sepulcro abierto en una peña, en el cual aún no se había puesto a nadie. [Lc. 23:53]

Surge entonces, la pregunta: “¿Dónde está el sepulcro en el cual pusieron a Jesús?” Hay dos sitios hoy en día que se dicen ser aquel sepulcro. Uno de estos sitios tiene construido sobre él una hermosa iglesia católica conocida como “La Iglesia del Santo Sepulcro”. Y el otro sitio está localizado fuera de la ciudad. Personalmente yo no creo que ninguno de estos dos sitios sea el lugar donde sepultaron a Jesús. ¿Por qué? Pues, porque hubo tantas personas que odiaban tanto a Cristo y al cristianismo que de seguro tratarían de quitar todo vestigio y recuerdo de Él. Ha habido muchos hombres que han despreciado todo lo que Cristo representaba. Había muchos que odiaban a la nación judía y su amada ciudad de Jerusalén. Tito, el romano, realmente arrasó con todo en la ciudad de Jerusalén, y también lo hizo más tarde Justín, el apóstata. Por siglos, todos los sitios físicos que estaban presentes en los tiempos de Cristo han desaparecido y sus sitios exactos ahora no se conocen. El sepulcro queda en alguna parte de la región del huerto, pero no creo que sea el sepulcro que está allí. El sepulcro que está allí todavía, simplemente fue un sepulcro que no se destruyó, pero sin duda que el sepulcro en el cual fue colocado el cuerpo del Señor Jesucristo, fue destruido. Por otra parte, Dios no dejó nada intacto como el sepulcro, porque hay cierto grupo de personas que adorarían el sepulcro y lo harían fetiche, en lugar de adorar solamente al Señor Jesucristo. Hay

quienes van a visitar el sepulcro del huerto y se postran sobre sus rodillas y sus manos y empiezan a besar el suelo del sepulcro y lloran y gritan y hasta se comportan escandalosamente. No hay ningún mérito en aquel sitio. Aun si éste fuera el sepulcro en el cual Cristo hubiera sido sepultado, el mérito no estaría en aquel lugar, sino en Aquél que está a la diestra de Dios hoy en día. Él es un Salvador viviente. Démosle, pues, a Él nuestra atención.

Era día de la preparación, y estaba para comenzar el día de reposo. Y las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron también, y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo. [Lc. 23:54-55]

El día de reposo se acercaba. Probablemente era viernes. Ésta es una cuestión que no deseo discutir, porque la Biblia no dice que Jesús murió por nuestros pecados el miércoles, o el jueves, o el viernes. La Biblia simplemente dice que Jesús murió por nuestros pecados. No debemos malgastar el tiempo en discusiones en cuanto al día en que Cristo fue crucificado. Sin embargo, personalmente creo, que siendo que aquí dice que estaba para rayar el día de reposo, bueno, Cristo murió en un día viernes, aunque el día en realidad no es lo esencial.

Las mujeres, pues, vieron cómo fue puesto el cuerpo de Jesús. En otras palabras, lo vieron cuando no habían terminado de sepultarlo. Es decir, Su cuerpo todavía no estaba envuelto en todos los lienzos. Más adelante, Nicodemo y José hicieron esto.

Y vueltas, prepararon especias aromáticas y ungüentos; y descansaron el día de reposo, conforme al mandamiento. [Lc. 23:56]

El sábado era día de reposo, y por eso ellas no vinieron al sepulcro. Prepararon las especias para ungir el cuerpo del Señor. Estas mujeres nunca ungieron el cuerpo de Jesús con las especias que habían preparado porque a la hora que llegaron al sepulcro, el cuerpo de Jesús ya no estaba allí. María de Betania, como usted recordará, había ungido Su cuerpo mientras Él estaba vivo, y fue criticada por gastar en ungüento precioso. Pero ese ungüento no fue mal usado. Como nota final en este capítulo, quisiera que usted note que fueron las mujeres las únicas que estuvieron con Él hasta el fin. ¡Que Dios bendiga a las mujeres!

CAPÍTULO 24

El Dr. Lucas incluye el relato sobre la resurrección de Jesús, como también lo hacen Mateo, Marcos y Juan. Pero, sólo Lucas cuenta del viaje del Señor resucitado en el camino a Emaús y Su encuentro con los dos discípulos. Aunque Jesús tenía un cuerpo glorificado, todavía era un ser humano. Caminó con estos dos hombres en el camino polvoriento y cenó con ellos. Jesús apareció también ante Sus discípulos en un aposento alto y comió con ellos. Todavía es humano, aunque glorificado, como Él Mismo lo declara en los versículos 39, 42 y 43 de este capítulo, donde Él dice: Mirad Mis manos y Mis pies, que Yo Mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que Yo tengo. Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y Él lo tomó, y comió delante de ellos. La cosa más importante en estos dos casos en que aparece ante Sus discípulos es Su referencia a las Escrituras para comprobar Su muerte y Su resurrección. El capítulo 24 de San Lucas, presenta los hechos históricos de la resurrección de Cristo.

Cristo es resucitado de entre los muertos, y sale de la tumba de José

El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, trayendo las especias aromáticas que habían preparado, y algunas otras mujeres con ellas. [Lc. 24:1]

Las mujeres venían trayendo sus especias. Sería interesante preguntar a esas mujeres, ¿qué hicieron con esas especias? Recuerde usted que a María le preguntaron cuando ungió al Señor antes de Su muerte: “¿Para qué has hecho este desperdicio de perfume?” (Véase Jn. 12:5) Ungió al Señor mientras vivía, porque a nadie le sería posible ungir al Señor después de Su muerte. Las especias de estas mujeres nunca se usaron y creo que se echaron a perder. Es posible que las mujeres se hayan conmovido tanto que, bueno, simplemente dejaron las especias en el sepulcro.

Y hallaron removida la piedra del sepulcro. [Lc. 24:2]

La piedra que tapaba la entrada al sepulcro no fue quitada para dejar salir al Señor Jesús. Porque, Él tenía ya un cuerpo glorificado que no estaba sujeto a las limitaciones a las cuales estamos sujetos nosotros. La piedra fue quitada del sepulcro para dejar entrar a las mujeres.

Y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. [Lc. 24:3]

El Señor Jesús ya se había ido antes de que llegaran las mujeres.

Aconteció que estando ellas perplejas por esto, he aquí se pararon junto a ellas dos varones con vestiduras resplandecientes; Y como tuvieron temor, y bajaron el rostro a tierra, les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado. Acordaos de lo que os habló, cuando aún estaba en Galilea, Diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día. Entonces ellas se acordaron de sus palabras. [Lc. 24:4-8]

La pregunta: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? es una buena pregunta. ¿Por qué vinieron corriendo Pedro y Juan al sepulcro? Pues sin duda porque estaban buscando al que creían muerto entre los muertos. No buscaban a una persona viviente de ninguna manera. Ellos no creían que el Señor Jesucristo volvería de los muertos. El hecho es que aquí tenemos a las mujeres que vinieron buscando a Jesús en la tumba.

Algunos creen que hay un conflicto entre los Evangelios en cuanto a la mañana de la resurrección y los eventos que tuvieron lugar. Pero, un estudio cuidadoso de los Evangelios revela que no hay ningún conflicto. Cada escritor presenta un aspecto diferente de la resurrección. Lucas nos cuenta de la venida de las mujeres al sepulcro, y nos recuerda que Jesús Mismo había declarado que era necesario que el Hijo del Hombre fuera entregado. Las mujeres se acordaron de estas palabras cuando los ángeles les recordaron de lo que Jesús había dicho antes de ser crucificado. A veces es posible oír decir algo, y casi creer que es verdad, pero no creerlo al fin. Así es como muchos tratan la Palabra de Dios hoy en día. Todos los autores de los Evangelios establecen con suma claridad que el Señor Jesús les dijo a los discípulos muchas veces que Él iba a Jerusalén para morir y para resucitar al tercer día. Oyeron muy bien lo que dijo, pero de alguna manera en realidad no lo creyeron.

Y volviendo del sepulcro, dieron nuevas de todas estas cosas a los once, y a todos los demás. Eran María Magdalena, y Juana, y María madre de Jacobo, y las demás con ellas, quienes dijeron estas cosas a los apóstoles. [Lc. 24:9-10]

Cuando las mujeres se enteraron de que Jesús había resucitado de los muertos tal como lo había dicho, se apresuraron para contárselo a los Apóstoles. Uno creería que los Apóstoles estarían grandemente impresionados por lo que las mujeres les dijeron, pero fíjese usted la reacción que hubo en ellos:

Mas a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían. [Lc. 24:11]

Uno creería que a estas mujeres se les habría aceptado como testigos competentes, y que su testimonio de la resurrección habría sido aceptado. Los primeros incrédulos, sin embargo, fueron los mismos Apóstoles. Esto ocurrió, aunque nuestro Señor les había dicho muchas veces lo que iba a suceder en cuanto a Su muerte y resurrección.

Pero levantándose Pedro, corrió al sepulcro; y cuando miró dentro, vio los lienzos solos, y se fue a casa maravillándose de lo que había sucedido. [Lc. 24:12]

Simón Pedro tuvo que reflexionar mucho sobre toda la evidencia antes de llegar a una decisión en cuanto a lo que había sucedido. No creo que Pedro fuera tan alerta mentalmente como lo era Juan el Apóstol. Juan nos dice en su Evangelio que, cuando fue al sepulcro y miró adentro, creyó (Jn. 20:8). Mientras que Juan quedó convencido en seguida en cuanto a la resurrección del Señor, Simón Pedro tuvo que reflexionarlo un poco antes de tomar su decisión en cuanto a la verdad de la situación.

Jesús va por el camino a Emaús y se revela a los discípulos

El camino a Emaús es muy interesante, pues fue en este camino que dos de los discípulos se encontraron con el Cristo resucitado.

Y he aquí, dos de ellos iban el mismo día a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén. [Lc. 24:13]

Hay preguntas en cuanto a la distancia entre Emaús y Jerusalén. Probablemente Emaús estaba a una distancia de unos 11 kilómetros de Jerusalén.

E iban hablando entre sí de todas aquellas cosas que habían acontecido. Sucedió que mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó, y caminaba con ellos. Mas los ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen. Y les dijo: ¿Qué pláticas son éstas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes? [Lc. 24:14-17]

El Señor se juntó con dos de Sus discípulos en el camino a Emaús, y ellos estaban hablando sobre lo que habían oído de la resurrección. Ellos mismos no habían visto al Señor, y francamente no creían que había resucitado de los muertos. No tenían ninguna idea de que era el Señor resucitado quien se había juntado con ellos en el camino. En primer lugar, no le estaban buscando de ninguna manera. Al caminar, pues, surgió una pregunta.

Respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofas, le dijo: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días? [Lc. 24:18]

Esta pregunta de Cleofas revela una cosa que solamente el Dr. Lucas menciona. El arresto, la crucifixión, y la implicada resurrección de los muertos habían conmovido a toda la ciudad de Jerusalén. Estos dos hombres no podían creer que hubiera alguien en aquella comarca que no supiera de estos eventos. Sería como si usted caminase por las calles de su pueblo natal con un amigo discutiendo los pormenores de un viaje reciente a la luna, por ejemplo, y que entonces un extranjero se juntara con usted y le dijera: “¿Me quieren decir que alguien ha ido a la luna?” Es sólo natural que usted se sorprendiera. Sería difícil creer que alguien viviera en estos tiempos sin saber que alguien ha ido a la luna y que ha vuelto a la tierra. Pues bien, era igualmente increíble para estos discípulos que alguien no hubiera oído nada acerca de los eventos de los días anteriores en Jerusalén. Era cosa de conocimiento común que Jesús había muerto y resucitado de los muertos. El Apóstol Pablo nos dice que esto no era en manera alguna un secreto. (Véase Hch. 26:26) Todo había ocurrido al descubierto, y por eso todo el mundo estaba hablando en cuanto a ello.

Entonces él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo. [Lc. 24:19]

¿Se fijó usted, lo que ellos expresaron? Dijeron: que fue varón profeta. Es decir, ellos creían que todavía estaba muerto. No creían lo que habían oído de que había resucitado de los muertos.

Y cómo le entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y le crucificaron. Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y ahora, además de todo esto, hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido. [Lc. 24:20-21]

Ahora dieron un testimonio en cuanto a la muerte de Cristo. Estos hombres decían que habían esperado que Jesucristo fuese el profeta que redimiría a Israel, pero que ahora habían perdido esa esperanza. Había sido crucificado y había muerto. Ya no tenían mucha fe en lo que había dicho este profeta, eso es seguro.

Aunque también nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros, las que antes del día fueron al sepulcro; Y como no hallaron su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, quienes dijeron que él vive. [Lc. 24:22-23]

Estos hombres no creyeron el informe de las mujeres. No creyeron que el sepulcro estaba vacío. Usted puede ver cuánta incredulidad había en cuanto a la resurrección en aquel entonces. Pero, aun así, hay cierta esperanza y una pequeña luz que parece penetrar repentinamente al pensamiento de estos dos hombres.

Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron así como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron. [Lc. 24:24]

En el momento preciso en que parecía que su fe crecía, pusieron un “pero”; dijeron, pero a Él no le vieron. Ellos no sabían lo que había pasado, pero de alguna manera el cuerpo había sido quitado. No estaban preparados para explicar lo ocurrido, pero era un hecho de que nadie había visto al Señor.

Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! [Lc. 24:25]

Éste es un versículo algo interesante, amigo. El Señor les está hablando en cuanto a Su propia resurrección, y no les mostró la señal de los clavos en Sus manos como prueba de ella. Les refirió a las Escrituras antes que a la señal de los clavos. Les dijo que debían haber creído lo que dijeron los profetas. No sería malo fijarnos en la actitud del Señor en cuanto a la Biblia. Era una actitud de reverencia. Éste, es el tiempo de las dudas. Las dudas amenazan la Palabra de Dios. Hay muchos que en realidad dicen que es imposible ser inteligente y a la vez creer la Biblia. Muchos hasta tienen miedo de que no les consideren personas inteligentes si dicen que creen que lo que la Biblia dice es la verdad. Supongo que la trampa más sutil y satánica de nuestros tiempos es la de desestimar la infalibilidad y la integridad de la Palabra de Dios. Cristo dice que un hombre es insensato si no la cree. Cristo aceptó unánime y sinceramente las declaraciones de la Biblia. Ahora, fíjese que el Señor hace gran énfasis en la Palabra de Dios.

¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían. [Lc. 24:26-27]

Él empezó con Moisés y los profetas. Moisés y los profetas habían hablado de Él. Cristo dice que hay dos cosas que son esenciales para poder comprender la Palabra de Dios. Son sencillas, pero importantes. La primera cosa, tal como el versículo 25 lo indica, es que debemos tener fe en la Biblia. Cristo dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! Pascal dijo: “El conocimiento humano tiene que ser entendido para ser creído, pero el conocimiento divino tiene que ser creído para luego ser entendido”. Creo que la Biblia es un libro cerrado al crítico y al infiel. Quizá podrá aprender algunos hechos mencionados en la Biblia, pero perderá su mensaje. En cambio, alguna persona que sea sencilla, cuyo corazón se vuelve a Dios con una fe humilde, esa persona será alumbrada por el Espíritu Santo de Dios, y los ojos de su entendimiento serán abiertos. Grandes hombres del pasado han llegado a las páginas de la Escritura para recibir luz y vida en las horas oscuras o de crisis. No es pues, nada inteligente burlarse de la Biblia. Tampoco es una marca de sofisticación ser incrédulo a lo que dice. El Señor dijo: “Eres insensato si no la crees”. Yo prefiero que se diga que me falta la sofisticación y la sutileza y creer la Biblia, que ser insensato.

Luego, el Señor dice que la Biblia sólo puede ser entendida divinamente. El intelecto humano no es suficiente para poder entender sus verdades. En el versículo 25 Cristo dice: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!

Luego en 1 Corintios 2:14, Pablo declara: Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. ¡Cuán importante son estas cosas! Éstas son las cosas que están más allá de la comprensión humana, y sólo el Espíritu de Dios nos las puede aclarar. Nuestra oración siempre debe ser “Abre mis ojos, y miraré las maravillas de Tu Palabra”. Debemos acercarnos a la Biblia con una actitud humilde. Simplemente porque uno lea la Biblia, no significa que la conozca. El Espíritu de Dios tendrá que aclarársela.

Llegaron a la aldea adonde iban, y él hizo como que iba más lejos. Mas ellos le obligaron a quedarse, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado. Entró, pues, a quedarse con ellos. Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio. Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; mas él se desapareció de su vista. [Lc. 24:28-31]

El Cristo resucitado y glorificado desea tener comunión con aquéllos que son de Él. Sólo tiene comunión con los que creen en Él. Antes de desaparecer, el Señor cenó con ellos y habló con ellos. Comenzó con Moisés y los profetas, y luego terminó partiendo el pan con ellos en la mesa. A la hora de comer en la mesa, es una hora maravillosa para compartir las cosas de Cristo. No hay nada malo en tener los banquetes en la iglesia con tal que se trate allí la Palabra de Dios. La iglesia tiene que poner su mayor énfasis en la Palabra de Dios, y entonces, habrá bendición.

Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras? Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén, y hallaron a los once reunidos, y a los que estaban con ellos, Que decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón. [Lc. 24:32-34]

Aunque era tarde, ellos se dieron prisa y volvieron a Jerusalén a contar las nuevas. El Señor Jesucristo apareció privadamente a Simón Pedro porque Pedro tenía algunos problemas, el Señor necesitaba hablar con él personalmente y, el Señor pudo ayudarle. Recuerde que Pedro le había negado. La restauración a compañerismo era algo personal y privado entre Pedro y su Señor.

Jesús va a los discípulos reunidos—se revela a los once

Entonces ellos contaban las cosas que les habían acontecido en el camino, y cómo le habían reconocido al partir el pan. Mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros. Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían espíritu. [Lc. 24:35-37]

Estoy seguro de que ésta debe haber sido una experiencia aterradora. Si nosotros hubiéramos estado allí, nuestra reacción habría sido la misma.

Pero él les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. [Lc. 24:38-39]

No deseo enfatizar esto demasiado, pero creo que el cuerpo glorificado de nuestro Señor tenía carne y huesos, como dice Él Mismo aquí. Pero, no carne y sangre, porque Él derramó Su sangre en la cruz.

Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él lo tomó, y comió delante de ellos. [Lc. 24:40-43]

Éste es un golpe maestro, y el Dr. Lucas lo comparte con nosotros. La prueba de que el Señor resucitado, nuestro Señor y Salvador, es un ser humano, es que pudo comer carne.

Y les dijo: Éstas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos.

Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras. [Lc. 24:44-45]

Simplemente no habían creído Su Palabra. Alguien ha dicho en cuanto a las palabras del Señor Jesucristo que, si uno las cortara, sangrarían. Es seguro que sí sangrarían porque son palabras vivas. Para poder comprender la Biblia, hay que permitir que el Espíritu de Dios abra nuestra mente y corazón.

Y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; Y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. [Lc. 24:46-47]

Fíjese usted en la perspectiva global de estos versículos. El punto de vista aquí es mundial. Este Evangelio tiene que ir a los confines de la tierra.

Jesús promete enviar al Espíritu Santo

Y vosotros sois testigos de estas cosas. He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto. [Lc. 24:48-49]

Debemos ser testigos de estas cosas. Éste es el método que el Señor quiere utilizar. El mensaje que tenemos que compartir es que Cristo murió y resucitó de los muertos. Es por medio de la fe en Él, que los pecadores se salvan. Para poder llevar nuestro testimonio al mundo, el Padre ha prometido darnos poder por medio de Su Espíritu Santo.

Jesús bendice a los Suyos y asciende al cielo

Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo. [Lc. 24:50-51]

La última vez que los discípulos vieron al Señor, lo vieron mientras les estaba bendiciendo. Siempre será Su actitud en cuanto a Sus hijos. Cuando Él venga la próxima vez, vendrá en juicio contra el mundo. No vendrá en juicio para la iglesia; vendrá en bendición y debemos

anticipar con gran gozo Su venida.

Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; Y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. Amén. [Lc. 24:52-53]

Éste es el testimonio del Evangelio de San Lucas. Espero que le haya servido de mucha bendición. Espero que su corazón haya sido bendecido y su mente enriquecida y que su voluntad se haya fortalecido. Espero, pues, que el estudio de este libro haya despertado en usted el profundo deseo de saber más en cuanto al Señor Jesucristo.

